



Departamento de Psicología Social y Metodología

Programa de Doctorado

COMPORTAMIENTO SOCIAL Y ORGANIZACIONAL: INVESTIGACIÓN,
DESARROLLO E INNOVACIÓN EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Tesis Doctoral

**REVISIÓN SISTEMÁTICA DE LA EFECTIVIDAD DEL
TRATAMIENTO DIRIGIDO A DELINCUENTES
JUVENILES SERIOS INSTITUCIONALIZADOS**

Presentado por:

Luz Anyela Morales Quintero
Para la obtención del título de Doctor

Directores

Dr. Vicente Garrido Genovés
Universidad de Valencia
Departamento de Teoría de la Educación

Dr. Julio Sánchez Meca
Universidad de Murcia
Departamento de Psicología Básica y Metodología

Dr. José Antonio Corraliza Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid
Departamento de Psicología Social y Metodología

Madrid, abril 2011

RESUMEN

Si bien la adolescencia es la etapa del desarrollo en que más personas presentan comportamientos de riesgo, sólo una parte de ellas se involucra en la comisión de delitos. A su vez, de este grupo de jóvenes que comete acciones ilegales sólo una pequeña proporción llega a comprometerse en delincuencia seria. Sin embargo, este pequeño grupo puede ser responsable de la mayor parte de delitos registrados en sus comunidades. Estos jóvenes representan el concepto de delincuencia juvenil seria, que se refiere a la comisión de delitos violentos y/o la vinculación a carreras delictivas crónicas (tres o más contactos con el sistema de justicia) de chicos con edades entre los 12 y los 21 años, que se involucran en diferentes tipos de actividades ilegales (versatilidad delictiva) y que tienen alta probabilidad de recibir sanciones de privación de su libertad.

Por las características de este grupo de jóvenes, los programas dirigidos a reducir su reincidencia delictiva resultan prioritarios. Por un lado, dado su parón persistente de conducta delictiva, estos jóvenes contribuyen de forma importante a los niveles generales de delincuencia. Si los programas de intervención pueden demostrar su capacidad para reducir su conducta delictiva esto redundará en el logro de los propósitos de disminución de la delincuencia en general.

Por otro lado, dado el periodo de desarrollo en que se encuentran estos jóvenes, los efectos de los programas de intervención pueden ofrecer importantes beneficios. Como su cerebro aún está en formación, los aprendizajes que tienen lugar en la adolescencia son más significativos y permanentes que aquellos que tienen lugar en etapas posteriores de la vida. Si los programas de intervención correccional logran generar nuevos conocimientos y habilidades en estos adolescentes, a favor de la legalidad, no sólo se conseguirán efectos en la reducción de su reincidencia delictiva sino también en la mejora de su calidad de vida. De no aplicarse estos programas de tratamiento o de no demostrarse su

efectividad, estos jóvenes tienen una alta probabilidad de pasar largos periodos de tiempo privados de su libertad y de continuar vinculados a patrones delictivos serios durante su adultez.

Método

En el marco del grupo de investigación internacional denominado Colaboración Campbell, y su división de Crimen y Justicia, el objetivo de esta revisión fue evaluar e integrar, de manera sistemática, la evidencia empírica disponible acerca del efecto de la intervención correccional en escenarios institucionales, sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos (delincuentes serios).

Para lograr el objetivo de esta revisión, se buscaron estudios –cuasi experimentales y experimentales- publicados y no publicados, realizados entre 1970 y 2008, cuyo propósito fuera la evaluación de algún programa de intervención dirigido a reducir la delincuencia de jóvenes (12 a 21 años) institucionalizados por la comisión de un delito violento o que tuvieran un historial delictivo crónico.

Una vez identificados los estudios que cumplían con los criterios de inclusión especificados para esta revisión, se realizaron cuatro meta-análisis correspondientes con las medidas de resultado de: (a) reincidencia general; (b) reincidencia seria; (c) ajuste psicológico emocional; y (d) ajuste institucional.

El cálculo del tamaño del efecto de los programas de intervención sobre las medidas de reincidencia (general y seria) se realizó con base en el índice de *odds ratio*. El cálculo del tamaño del efecto de los programas de intervención sobre las medidas de ajuste psicológico emocional y de ajuste institucional se realizó con base en la diferencia de medias tipificada.

Los cálculos meta-analíticos se realizaron con base en el modelo de efectos aleatorios. En los meta-análisis en que la prueba Q de heterogeneidad fue estadísticamente significativa, se utilizó un modelo de efectos mixtos para analizar las variables moderadoras que podían explicar la variabilidad entre los efectos estimados. Para las variables moderadoras cualitativas, se utilizó un análisis de

varianza ponderado sobre el efecto estimado. Las variables moderadoras continuas se evaluaron con modelos de regresión por mínimos cuadrados ponderados

Resultados

Asumiendo un modelo de efectos aleatorios, se obtuvo como resultado general en el último periodo de seguimiento, para los datos de los jóvenes que completaron el tratamiento, un resultado positivo y estadísticamente significativo a favor de los grupos tratados ($or_+ = 1.269$; $r = .07$; $p = .005$). Con respecto a los resultados generales para el grupo de intención de tratamiento (donde se asume que los participantes de quienes no se pudieron obtener datos en el último periodo de seguimiento reincidieron), con base en el análisis del modelo de efectos fijos, se encontró un promedio de *odds ratio* estadísticamente significativo ($or_+ = 1.209$; $r = .057$; $p < .001$). Sin embargo, con el modelo de efectos aleatorios no se obtuvo un efecto global significativo ($or_+ = 1.129$; $r = .037$; $p = .281$). Este resultado mostró que asumiendo el peor escenario la intervención fue efectiva sólo asumiendo el modelo de efectos fijos. Las variables moderadoras no mostraron resultados estadísticamente significativos para explicar la heterogeneidad con relación a la efectividad del tratamiento, pero se encontró una tendencia favorable a los programas cognitivo-conductuales y multi-enfocados.

Con relación a la reincidencia seria se obtuvo una media de *odds ratio* significativa que apoya la efectividad del tratamiento ($or_+ = 1.488$; intervalo de confianza: 1.200 y 1.845; $r = .119$). Al considerar sólo los 16 estudios que informaron de ambos tipos de reincidencia: general y seria, la media de TE en términos del coeficiente de correlación para la reincidencia seria fue casi dos veces el TE obtenido en el análisis de la media de reincidencia general ($or_+ = 1.249$; $r = .067$).

De hecho, se obtuvieron resultados positivos en la reducción de la reincidencia general y seria, en jóvenes que cumplieron los criterios de psicopatía. Estos datos son de resaltar puesto que son chicos vistos como inmanejables, problemáticos y con baja probabilidad de éxito en la reducción de su reincidencia. El hecho de obtener resultados positivos con jóvenes que presentan rasgos

psicopáticos y que están vinculados a patrones delictivos extremos (crónicos y violentos) son esperanzadores, puesto que si es posible reducir la reincidencia en este tipo de jóvenes, la probabilidad de hacerlo con poblaciones menos serias puede ser aún mayor.

En cuanto a las medidas de ajuste psicológico los datos sugieren que no hubo mejoras relevantes en los participantes ($d = .104$; intervalo de confianza no significativo -0.185 a 0.229). Las medidas de la categoría de ajuste emocional presentaron el TE más alto de las tres categorías de ajuste psicológico analizadas ($d = .104$), aunque su intervalo de confianza tampoco fue significativo (-0.169 a 0.377). En el meta-análisis de las medidas de ajuste interpersonal se obtuvo $d = .060$ (intervalos de confianza -0.171 a 0.292). El ajuste educativo tampoco mostró efecto de los programas ($d = .0004$) con intervalo de confianza (-0.221 a 0.222).

Respecto al ajuste institucional no se puede afirmar que los tratamientos lo hayan mejorado de forma significativa ($d = .229$; intervalo de confianza -0.046 a 0.504).

Como en las medidas de reincidencia general, en el ajuste psicológico e institucional las variables moderadoras no mostraron resultados estadísticamente significativos para explicar la heterogeneidad con relación a la efectividad del tratamiento. Sin embargo, se encontró una tendencia favorable a los programas cognitivo-conductuales y multi-enfocados.

En las medias de ajuste institucional sí se encontraron diferencias significativas a favor de los programas cognitivo-conductuales.

Implicaciones para la política criminológica y las investigaciones futuras

Los resultados de esta investigación indican que los programas de intervención correccional son efectivos para reducir la reincidencia delictiva de jóvenes comprometidos en carreras delictivas serias. Con base en estos datos se puede decir que aplicar programas dirigidos a esta población de jóvenes es mejor que no hacerlo, con lo cual se favorece la idea del tratamiento, incluso en casos de patrones delictivos extremos (crónicos y violentos).

Los resultados de esta revisión invitan a establecer políticas que favorezcan la investigación, la aplicación y la evaluación de programas con la finalidad de reducir la reincidencia de jóvenes (hombres y mujeres) vinculados a carreras delictivas serias, provenientes de diferentes culturas e idiomas. Además, los datos generados en esta investigación sugieren que los programas cognitivos-conductuales y multi-enfocados pueden ser la mejor elección para los jóvenes vinculados a patrones delictivos crónicos y violentos. En particular, deben evaluarse aquellos programas que contemplan el entrenamiento en habilidades de identificación y reconocimiento emocional, la terapia de ayuda al otro, estrategias de solución de problemas, auto-control y manejo de la ira, puesto que sus resultados parecen esperanzadores.

Por otro lado, la escasez de información sobre variables moderadoras de los participantes, del tratamiento y de la metodología utilizada, observada en los estudios sobre este tema, llaman la atención sobre la necesidad de que se detallen mejor en futuras investigaciones. Para ello, se sugiere tener en cuenta el formato construido para la codificación de los estudios incluidos en esta revisión, y algunos otros puntos que se especifican en la discusión de los resultados. Quedan por analizarse efectos de variables moderadoras importantes como el género, el nivel de riesgo de los participantes, componentes específicos de los programas, condiciones de los grupos de control, medidas de resultados específicas de reincidencia (reincidencia grave, frecuencia de comisión de delitos, tiempo transcurrido entre la salida en libertad y la reincidencia) y otras variables que permitan conocer el logro de objetivos positivos y legales, por parte de los jóvenes.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN

.....	¡Error!
r! Marcador no definido.	
LISTA DE CUADROS.....	xiv
LISTA DE GRÁFICOS.....	xvi
LISTA DE TABLAS.....	xvii
LISTA DE FIGURAS.....	xx
LISTA DE APÉNDICES.....	xxi
INTRODUCCIÓN.....	1
AGRADECIMIENTOS.....	7
PRESENTACIÓN.....	8

CAPÍTULO 1

ADOLESCENCIA Y DELINCUENCIA

1.1. La adolescencia.....	10
1.1.1. <i>Procesos cerebrales</i>	11
1.1.2. <i>Procesos psico-sociales</i>	17
1.1.3. <i>Interacción biología y ambiente</i>	19
1.1.4. <i>Problemas de conducta</i>	20
1.1.5. <i>La conducta antisocial y la delincuencia juvenil</i>	21
1.2. Teorías explicativas	28
1.2.1. <i>Teorías con énfasis individual</i>	30
1.2.1.1. <i>Genética y cerebro: alteraciones estructurales, funcionales y bioquímicas</i>	30
1.2.1.2. <i>De los genes al cerebro, y del cerebro a la conducta antisocial</i>	32

1.2.1.3.	<i>La personalidad.....</i>	37
1.2.2.	<i>Teorías con énfasis en la relación entre individuos y su entorno social próximo.....</i>	41
1.2.2.1.	<i>El aprendizaje social.....</i>	46
1.2.2.2.	<i>La tensión.....</i>	50
1.2.2.3.	<i>El control social o los vínculos sociales.....</i>	128

CAPÍTULO 2

CRIMINOLOGÍA DEL DESARROLLO Y DELINCUENCIA SERIA

2.1.	Las teorías con énfasis en las etapas vitales o criminología del desarrollo	54
2.1.1.	<i>Teoría de Terrie Moffitt (1993).....</i>	56
2.1.2.	<i>Teoría de Farrington (1996).....</i>	59
2.1.3.	<i>Teoría de Loeber (1996)</i>	63
2.1.4.	<i>Teoría de Thornberry (1987)</i>	64
2.2.	Delincuencia seria.....	67
2.2.1.	<i>Cronicidad y violencia.....</i>	71
2.3.	Factores de riesgo y de protección para el comportamiento antisocial y delictivo	76
2.3.1.	<i>Factores individuales.....</i>	81
2.3.2.	<i>Factores familiares</i>	85
2.3.3.	<i>Factores escolares</i>	91
2.3.4.	<i>Factores de pares o iguales</i>	92
2.3.5.	<i>Factores contextuales o comunitarios</i>	93
2.3.6.	<i>Factores de riesgo y de protección en el curso de las carreras delictivas.....</i>	94
2.4.	El desistimiento en las carreras delictivas	104
2.5.	El género cómo variable moderadora	108
2.6.	Dificultades e implicaciones del estudio de la delincuencia seria.....	111

CAPÍTULO 3

PROGRAMAS DE TRATAMIENTO PARA LA PREVENCIÓN DE LA REINCIDENCIA DELICTIVA

3.1.	Marco normativo	115
3.2.	La intervención correccional	122
3.2.1.	<i>Las sanciones</i>	125
3.2.2.	<i>Los programas de tratamiento</i>	127
3.2.2.1.	<i>Programas de psicoterapia no cognitivo conductual</i>	128
3.2.2.2.	<i>Programas conductuales</i>	129
3.2.2.3.	<i>Programas cognitivos</i>	130
3.2.2.4.	<i>Programas cognitivo – conductuales</i>	130
3.2.2.5.	<i>Programas educativos y vocacionales</i>	132
3.2.2.6.	<i>Programas basados en la disuasión</i>	133
3.2.2.7.	<i>Ambientes institucionales saludables y comunidades terapéuticas</i>	133
3.2.2.8.	<i>Evitación del etiquetado a través de los programas de derivación</i>	134
3.2.2.9.	<i>Programas multimodales o de múltiples servicios</i>	134
3.2.2.10.	<i>Programas que atienden causas biológicas</i>	135
3.2.3.	<i>El contexto</i>	136
3.2.4.	<i>Estructura e integridad de los programas</i>	136
3.2.5.	<i>Población objeto</i>	137
3.2.5.1.	<i>Individual</i>	137
3.2.5.2.	<i>Familiar</i>	138
3.2.5.3.	<i>Fraternal</i>	138
3.2.5.4.	<i>Escolar y comunitario</i>	138
3.2.5.5.	<i>Macrosocial</i>	139
3.3.	Criterios de individualización	139
3.3.1.	<i>Principio de riesgo</i>	141
3.3.2.	<i>Principio de necesidades</i>	145

3.3.3.	<i>Principio de adaptación.....</i>	<i>147</i>
3.3.4.	<i>Otros principios</i>	<i>148</i>
3.4.	<i>Implicaciones.....</i>	<i>151</i>

CAPÍTULO 4

EVALUACIÓN DE PROGRAMAS DE TRATAMIENTO APLICADOS A JÓVENES VINCULADOS EN CARRERAS DELICTIVAS

4.1.	<i>Historia de la evaluación</i>	<i>156</i>
4.2.	<i>Métodos para evaluar la efectividad de programas</i>	<i>160</i>
4.2.1.	<i>Método de un solo estudio</i>	<i>160</i>
4.2.2.	<i>Revisiones narrativas de la literatura.....</i>	<i>162</i>
4.2.3.	<i>Conteo de votos.....</i>	<i>163</i>
4.2.4.	<i>Las revisiones sistemáticas y los meta – análisis</i>	<i>165</i>
4.3.	<i>Principales hallazgos de los efectos de la intervención correccional sobre el comportamiento delictivo</i>	<i>171</i>
4.3.1.	<i>Meta-análisis en Europa.....</i>	<i>173</i>
4.3.1.1.	<i>Variables de tratamiento.....</i>	<i>174</i>
4.3.1.2.	<i>Variables de participantes.....</i>	<i>175</i>
4.3.1.3.	<i>Variables de la metodología.....</i>	<i>177</i>
4.3.2.	<i>Meta – análisis sobre la aplicación de programas a jóvenes vinculados con el sistema de justicia.</i>	<i>179</i>
4.3.2.1.	<i>Variables de tratamiento.....</i>	<i>181</i>
4.3.2.2.	<i>Variables de participantes.....</i>	<i>185</i>
4.3.2.3.	<i>Variables de la metodología.....</i>	<i>186</i>
4.3.2.4.	<i>Otras variables.....</i>	<i>191</i>
4.3.3.	<i>Meta – análisis sobre delincuentes serios.....</i>	<i>191</i>
4.3.3.1.	<i>Variables de tratamiento.....</i>	<i>192</i>
4.3.3.2.	<i>Variables de participantes.....</i>	<i>194</i>
4.3.3.3.	<i>Variables de la metodología.....</i>	<i>195</i>
4.3.3.4.	<i>Variables del contexto.....</i>	<i>197</i>
4.3.3.5.	<i>Rasgos psicopáticos.....</i>	<i>197</i>

4.4. Dificultades e implicaciones de la evaluación de la efectividad de la intervención correccional	200
--	-----

CAPÍTULO 5

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

5.1. Objetivos.....	206
5.1.1. <i>Problema de investigación</i>	206
5.1.2. <i>Objetivos de la investigación</i>	206
5.1.2.1. <i>Objetivos generales</i>	206
5.1.2.2. <i>Objetivos específicos</i>	207
5.1.3. <i>Variables objeto de estudio</i>	208
5.1.3.1. <i>Variable independiente</i>	208
5.1.3.2. <i>Variables dependientes</i>	208
5.1.3.3. <i>Variables moderadoras de los resultados de eficacia</i>	210
5.1.4. <i>Hipótesis</i>	213
5.2. Metodología.....	214
5.2.1. <i>Criterios de inclusión de los estudios</i>	214
5.2.1.1. <i>Tipo de estudio</i>	214
5.2.1.1. <i>Participantes</i>	214
5.2.1.3. <i>Características de comportamiento delictivo de los participantes</i>	215
5.2.1.4. <i>Tipo de tratamiento</i>	216
5.2.1.5. <i>Contexto</i>	216
5.2.1.6. <i>Metodología</i>	217
5.2.1.7. <i>Medidas de resultados</i>	217
5.2.2. <i>Estrategias de búsqueda de los estudios</i>	217
5.2.3. <i>Elegibilidad y codificación de los estudios</i>	220
5.2.4. <i>Análisis de fiabilidad de la codificación</i>	221
5.2.5. <i>Análisis estadístico</i>	221
5.2.6. <i>Cálculo del tamaño del efecto</i>	225

5.2.6.1.	<i>Estudios excluidos por información insuficiente.....</i>	225
5.2.6.2.	<i>Procedimiento empleado para el cálculo de TE en los estudios incluidos.....</i>	226
5.2.6.3.	<i>Cálculos meta-analíticos para las medidas de reincidencia general y seria.....</i>	230
5.2.6.4.	<i>Cálculos meta-analíticos para las medidas psicológicas relacionadas con la reincidencia.....</i>	232

CAPÍTULO 6

RESULTADOS

6.1.	Resultados de la búsqueda y la selección de estudios	235
6.2.	Descripción de los estudios incluidos en esta revisión.....	237
6.3.	Análisis del efecto de los tratamientos sobre la reincidencia general	255
6.3.1.	<i>Análisis del efecto medio “de quienes terminaron” el programa.....</i>	255
6.3.2.	<i>Análisis del efecto medio “de intención de tratamiento”...</i>	256
6.3.3.	<i>Análisis de sesgo de publicación</i>	256
6.3.4.	<i>Análisis de heterogeneidad</i>	257
6.3.5.	<i>Análisis de fiabilidad de la codificación.....</i>	257
6.3.6.	<i>Análisis de variables moderadoras.....</i>	257
6.3.6.1.	<i>Variables de tratamiento.....</i>	257
6.3.6.2.	<i>Variables de participantes.....</i>	258
6.3.6.3.	<i>Variables de la metodología.....</i>	260
6.4.	Análisis del efecto de los tratamientos sobre la reincidencia seria.....	261
6.4.1.	<i>Análisis del efecto medio “de quienes terminaron” el programa.....</i>	261
6.4.2.	<i>Comparación de los resultados de efecto medio de las medidas de reincidencia general y reincidencia seria.....</i>	262
6.5.	Análisis del efecto de los tratamientos sobre las medidas de ajuste psicológico.....	262
6.5.1.	<i>Análisis del efecto medio.....</i>	262
6.5.2.	<i>Análisis de sesgo de publicación</i>	263

6.5.3.	<i>Análisis de heterogeneidad</i>	264
6.5.4.	<i>Análisis de variables moderadoras</i>	264
6.5.4.1.	<i>Variables de tratamiento</i>	264
6.5.4.2.	<i>Variables de participantes</i>	265
6.5.4.3.	<i>Variables de la metodología</i>	266
6.6.	Análisis del efecto de los tratamientos sobre las medidas psicológicas institucionales	267
6.6.1.	<i>Análisis del efecto medio</i>	267
6.6.2.	<i>Análisis de sesgo de publicación</i>	267
6.6.3.	<i>Análisis de heterogeneidad</i>	267
6.6.4.	<i>Análisis de variables moderadoras</i>	268
6.6.4.1.	<i>Variables de tratamiento</i>	268
6.6.4.2.	<i>Variables de participantes</i>	269
6.6.4.3.	<i>Variables de la metodología</i>	270

CAPÍTULO 7

DISCUSIÓN

7.1.	Disponibilidad de estudios	271
7.1.1.	<i>Limitada descripción y clasificación de los participantes</i> ..	273
7.1.2.	<i>Número reducido de jóvenes con patrón delictivo crónico y violento</i>	274
7.1.3.	<i>Dificultad para conformar grupos controles o de comparación</i>	274
7.1.4.	<i>Clima de escepticismo</i>	274
7.1.5.	<i>Estudios provenientes de países de habla inglesa</i>	275
7.2.	Formatos de registro para la elegibilidad y codificación de los estudios incluidos en esta revisión	276
7.3.	Efectividad de la intervención correccional	277
7.3.1.	<i>Efecto de los tratamientos sobre la reincidencia general</i> ..	280
7.3.1.1.	<i>Efecto medio</i>	280
7.3.1.2.	<i>Variables moderadoras de tratamiento</i>	281
7.3.1.3.	<i>Variables moderadoras de participantes</i>	291

7.3.1.4.	<i>Variables moderadoras de la metodología.....</i>	296
7.3.1.5.	<i>Otras variables moderadoras.....</i>	300
7.3.2.	<i>Efecto de los tratamientos sobre la reincidencia seria y su comparación con la reincidencia general.....</i>	301
7.3.2.1.	<i>Efecto medio.....</i>	301
7.3.3.	<i>Otras medidas de reincidencia de interés.....</i>	302
7.3.4.	<i>Dificultades para medir la reincidencia.....</i>	305
7.3.5.	<i>Efecto de los tratamientos sobre las medidas de ajuste psicológico.....</i>	306
7.3.5.1.	<i>Efecto medio.....</i>	307
7.3.5.2.	<i>Variables moderadoras de tratamiento.....</i>	309
7.3.5.3.	<i>Variables moderadoras de participantes.....</i>	310
7.3.5.4.	<i>Variables moderadoras de la metodología.....</i>	311
7.3.5.5.	<i>Relación entre variables psicológicas y reincidencia.....</i>	311
7.3.6.	<i>Efecto de los tratamientos sobre las medidas psicológicas institucionales.....</i>	311
7.3.6.1.	<i>Efecto medio.....</i>	311
7.3.6.2.	<i>Variables moderadoras de tratamiento.....</i>	312
7.3.6.3.	<i>Variables moderadoras de participantes.....</i>	312
7.3.6.4.	<i>Variables moderadoras de la metodología.....</i>	313
7.3.7.	<i>Otras medidas de resultados.....</i>	313
7.3.8.	<i>Otra información cualitativa de interés.....</i>	315
7.4.	<i>Clasificación y características de los programas de intervención dirigidos a jóvenes con carreras delictivas serias.</i>	316
7.5.	<i>Características y condiciones que aumentan la probabilidad de éxito de los programas.....</i>	317
7.6.	<i>Implicaciones en políticas públicas</i>	321
8.	<i>REFERENCIAS.....</i>	325

LISTA DE CUADROS

Cuadro 1.	Criterios diagnósticos del trastorno disocial.	22
Cuadro 2.	Criterios diagnósticos del trastorno negativista desafiante.	23
Cuadro 3.	Criterios diagnósticos del trastorno de personalidad antisocial.	24
Cuadro 4.	Criterios para psicopatía en jóvenes.	25
Cuadro 5.	Relación entre alteración en áreas cerebrales específicas y su manifestación conductual.	35
Cuadro 6.	Resumen de la teoría integradora de Farrington.	60
Cuadro 7.	Categorías de comportamiento delictivo a examinar.	67
Cuadro 8.	Proporción de delitos cometidos por delincuentes violentos y violentos crónicos en Denver y Rochester.	74
Cuadro 9.	Factores de riesgo para ocho problemas de conducta.	78
Cuadro 10.	Factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial, delictiva y violenta.	80
Cuadro 11.	Exposición a factores de riesgo en el estudio de Rochester.	95
Cuadro 12.	Factores de riesgo para la delincuencia violenta y persistente por rangos de edad.	97
Cuadro 13.	Factores de riesgo en el estudio de Rochester.	101
Cuadro 14.	Artículos de la normativa internacional sobre justicia para adolescentes.	117
Cuadro 15.	Ejemplos de reglamentación internacional sobre el tratamiento dirigido a jóvenes que han cometido delitos.	118

Cuadro 16.	Artículos que sustentan la medida de pérdida de libertad como último recurso.	120
Cuadro 17.	Criterios para la acreditación de programas de la Home Office Joint Prison-Probation Accreditation Panel.	152
Cuadro 18.	Escala de clasificación de métodos científicos de Sherman <i>et al.</i> (1997).	165
Cuadro 19.	Características generales de los estudios realizados en Europa.	174
Cuadro 20.	Resultados de meta – análisis europeos respecto a la asignación al azar de los participantes.	177
Cuadro 21.	Resumen de características y resultados de meta – análisis sobre intervención en jóvenes vinculados a la delincuencia.	180
Cuadro 22.	Resumen de diferentes medidas de resultados del meta – análisis de Garret (1985) en función del rigor de los diseños.	187
Cuadro 23.	Resumen de resultados del meta – análisis de Gottschalk <i>et al.</i> (1987 ^a) sobre las medidas de resultados en función del rigor metodológico de los estudios incluidos.	187
Cuadro 24.	Resumen de resultados del meta – análisis de Latimer (2001) sobre los TEs en función de algunas variables metodológicas.	188
Cuadro 25.	Tamaño del efecto en diferentes medidas de resultados (Lipsey 1992b).	190
Cuadro 26.	Resultados del tipo de tratamiento y del régimen de institucionalización del meta – análisis de Lipsey y Wilson (1998).	193
Cuadro 27.	Longitud y dosis de tratamiento en función del nivel de riesgo de los jóvenes.	194

LISTA DE GRÁFICOS

Gráfico 1.	Circuito aproximativo.	11
Gráfico 2.	Circuitos cerebrales y sistema dopaminérgico.	13
Gráfico 3.	Amígdala y otras estructuras subcorticales.	14
Gráfico 4.	Corteza pre-frontal.	15
Gráfico 5.	Teoría del patrón de desarrollo de problemas de conducta y delincuencia.	65
Gráfico 6.	Índice de reincidencia de grupos tratados vs. controles con base en el BESD.	174

LISTA DE TABLAS

Tabla 1.	Análisis de fiabilidad del proceso de codificación.	361
Tabla 2.	Ejemplo de organización de datos en una tabla de contingencia 2X2.	361
Tabla 3.	Características categóricas de los documentos incluidos en la revisión.	362
Tabla 4.	Descripción de variables numéricas de los documentos incluidos en la revisión.	363
Tabla 5.	Número de estudios por cada investigación incluida en la revisión.	364
Tabla 6.	Características categóricas de los estudios incluidos en la revisión.	365
Tabla 7.	Descripción de variables numéricas de los estudios incluidos en la revisión.	365
Tabla 8.	Número de estudios por tipo de medida de resultado.	366
Tabla 9.	Análisis del efecto de las intervenciones sobre la reincidencia general “ <i>de quienes terminaron</i> ” el programa.	366
Tabla 10.	Análisis del efecto de las intervenciones sobre la reincidencia general de los datos de “ <i>intención de tratamiento</i> ”.	366
Tabla 11.	Sesgo de publicación y TE de reincidencia general.	367
Tabla 12.	Tipo de tratamiento y reincidencia general.	367
Tabla 13.	Tipo de enfoque del tratamiento y reincidencia general.	367
Tabla 14.	Duración del tratamiento y reincidencia general.	368
Tabla 15.	Edad y reincidencia general.	368

Tabla 16.	Género de los participantes y reincidencia general.	368
Tabla 17.	Tipo de participantes y reincidencia general.	368
Tabla 18.	Tipo de diseño de los estudios y reincidencia general.	369
Tabla 19.	Tipo de grupo control y reincidencia general.	369
Tabla 20.	Análisis de regresión simple (mediante mínimos cuadrados ponderados y asumiendo un modelo de efectos mixtos) de variables moderadoras metodológicas continuas sobre los TEs de reincidencia general.	369
Tabla 21.	Análisis del efecto de las intervenciones sobre reincidencia general y reincidencia seria “ <i>de quienes terminaron</i> ” el programa.	370
Tabla 22.	Análisis del efecto de las intervenciones sobre las medidas de ajuste psicológico.	370
Tabla 23.	Sesgo de publicación y TE de ajuste psicológico emocional.	370
Tabla 24.	Tipo de tratamiento y TE de ajuste psicológico emocional.	370
Tabla 25.	Tipo de enfoque y TE de ajuste psicológico emocional.	371
Tabla 26.	Duración de la intervención y TE de ajuste psicológico emocional.	371
Tabla 27.	Edad de los participantes y TE de ajuste psicológico emocional.	371
Tabla 28.	Género de los participantes y TE de ajuste psicológico emocional.	371
Tabla 29.	Tipo de participantes y TE de ajuste psicológico emocional.	372
Tabla 30.	Tipo de diseño metodológico y TE de ajuste psicológico emocional.	372
Tabla 31.	Tipo de grupo control y TE de ajuste psicológico emocional.	372

Tabla 32. Análisis del efecto de las intervenciones sobre los resultados psicológicos institucionales.	373
Tabla 33. Sesgo de publicación y TE de medidas psicológicas institucionales.	373
Tabla 34. Tipo de tratamiento y medidas psicológicas institucionales.	373
Tabla 35. Tipo de enfoque de tratamiento y medidas psicológicas institucionales.	373
Tabla 36. Duración del tratamiento y medidas psicológicas institucionales.	374
Tabla 37. Edad de los participantes y medidas psicológicas institucionales.	374
Tabla 38. Género de los participantes y medidas psicológicas institucionales.	374
Tabla 39. Tipo de participantes y medidas psicológicas institucionales.	374
Tabla 40. Tipo de diseño metodológico y medidas psicológicas institucionales.	375
Tabla 41. Grupo control y medidas psicológicas institucionales.	375

LISTA DE FIGURAS

Figura 1.	<i>Forest plot de los odds ratios para los resultados de reincidencia general con los datos “de quienes terminaron” el programa.</i>	377
Figura 2.	<i>Forest plot de los odds ratios para los resultados de reincidencia seria con los datos “de quienes terminaron” el programa.</i>	378
Figura 3.	<i>Forest plot de las diferencias medias tipificadas para la medidas psicológicas de ajuste emocional con los datos “de quienes terminaron” el programa.</i>	379
Figura 4.	<i>Forest plot de las diferencias medias tipificadas para la medidas psicológicas de ajuste institucional con los datos “de quienes terminaron” el programa.</i>	380

LISTA DE APÉNDICES

Apéndice A.	Carta de solicitud de información sobre investigaciones que pudieran ser incluidas en la revisión.	382
Apéndice B.	Lista de registro y verificación de criterios de elegibilidad.	384
Apéndice C.	Formato de codificación.	388
Apéndice D.	Resumen de las características categóricas de las investigaciones incluidas en la revisión.	400
Apéndice E.	Variables categóricas por estudio.	404
Apéndice F.	Resumen de variables numéricas de características de los programas aplicados en los estudios incluidos en la revisión.	408
Apéndice G.	Tipo de medidas de resultado por estudio.	410
Apéndice H.	Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación.	412

INTRODUCCIÓN

El tema central de esta investigación tiene una estrecha relación, como no podía ser de otra forma, con un interés personal por las causas y la prevención de la delincuencia, que me ha acompañado por años. Preguntas como ¿por qué algunos jóvenes presentan comportamiento antisocial, y varios de ellos se comprometen en largas y violentas carreras delictivas? y ¿qué tanto se puede hacer para contribuir a reducir su vinculación delictuosa? han sido tema recurrente de reflexión para mí.

Por un lado, el haber pasado parte importante de mi infancia y adolescencia en un contexto social en el que la solución de conflictos interpersonales a través de la violencia no era la excepción, me permitió conocer de cerca la situación de chicos de mi edad que en algún momento, ya sea en su infancia o durante su adolescencia, empezaban a presentar comportamientos antisociales.

No fue coincidencia que durante mi último curso de Secundaria eligiera como tema central de un ensayo la violencia en mis compañeros de Colegio. A pesar de que el tema no fue fácilmente aceptado por mis profesores, la elaboración de este trabajo fue una buena excusa para pasar un buen número de horas leyendo una Enciclopedia, editada en Barcelona, que sería mi primera fuente bibliográfica sobre este tema. Allí, busqué por primera vez el concepto de “delincuencia juvenil” y empecé a encontrar algunas respuestas a mi curiosidad por este tipo de conductas.

En este mismo periodo, visité por primera vez un Centro para niñas *difíciles*, que habían dejado su hogar o que habían sido abandonadas, que vivían en la calle y habían infringido alguna norma legal. Una religiosa nos llevó a algunas de sus alumnas a este lugar, con el propósito de que hiciéramos amistad con estas internas. Recuerdo la sensación de desasosiego que sentí al pensar en lo que pasaría con ellas una vez que salieran del Centro, dado que entre otras

circunstancias adversas, no tenían dónde ir y si lo tenían, no parecía ser un lugar al que quisieran regresar.

Más adelante, ya en la Universidad, realicé mi primer trabajo de Psicología aplicada con base en una visita al Centro para Menores Infractores de la Ciudad de Bogotá, en donde hacía una descripción detallada de las características de algunos chicos a quienes tuve la oportunidad de entrevistar. De nuevo, continuaban las preguntas sobre las posibilidades que tendrían estos jóvenes al salir de la institución.

Tiempo después, en los últimos años como estudiante de la carrera de Psicología en la **Universidad Católica de Colombia**, tuve oportunidad de elegir como área de profundización a la Psicología Jurídica. En ella, la profesora **Nancy Vargas** nos presentó los trabajos de investigadores como **Santiago Redondo** y **Vicente Garrido**. De nuevo, con influencia del conocimiento generado en España sobre este ámbito, tanto la práctica profesional como la Tesis de Licenciatura versaron sobre el comportamiento delictivo, pero esta vez de mujeres adultas. Durante este periodo de labor profesional e investigación, una y otra vez me preguntaba cuántas historias de las internas en reclusión serían diferentes si durante su adolescencia y en sus primeros contactos con el Sistema de Justicia, hubieran tenido otro tipo de experiencias. En particular, y de forma recurrente, me planteaba qué podría hacer yo, como psicóloga, así como el sistema legal, con respecto a los jóvenes que apenas empezaban su actuar delictivo.

Posteriormente, ya como docente de Psicología Jurídica en la Universidad de la que egresé y trabajando en el **Centro de Investigaciones Criminológicas de la Policía de Colombia**, obtuve una beca de la **Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI)** para realizar el **Doctorado en “Comportamiento social y organizacional: Investigación, desarrollo e innovación en la sociedad del conocimiento”** en el **Departamento de Psicología Social y Metodología de la Universidad Autónoma de Madrid**. Allí tuve la fortuna de conocer al profesor **José Antonio Corraliza**, mi tutor, experto en el área de la Psicología Social y Ambiental. Desde mi llegada a esta Universidad tuve la valiosa oportunidad de trabajar con él; experiencia que fue muy importante para continuar mi formación, en especial en el área metodológica.

En este periodo y junto con el profesor Corraliza, presenté por primera vez una ponencia fuera de mi país en un Congreso Internacional, vivencia que siempre recordaré con gratitud.

Más adelante, al final del primer año cursado en el Programa de Doctorado, durante un Congreso en la Universidad de Granada conocí al profesor **Vicente Garrido Genovés** de la Universidad de Valencia. Fue un encuentro más que afortunado, puesto que ya había leído varios de sus libros y me interesaba tener la posibilidad de participar en alguna de sus líneas de investigación. En particular, años atrás me había impactado el contenido de uno de sus libros: **Pedagogía de la Delincuencia Juvenil**. Unas semanas después volveríamos a coincidir en Madrid, donde acordamos que iniciaríamos la presente investigación, en el tema que aquí se desarrolla en páginas posteriores.

En aquella ocasión, el profesor Garrido me explicó que él formaba parte del Grupo internacional de investigación ***Campbell Collaboration: Crime and Justice*** (Colaboración Campbell y su división de Crimen y Justicia), conformado desde el año y cuyo objetivo es la preparación, el mantenimiento y la difusión de los resultados de diversas revisiones sistemáticas acerca de los efectos de las intervenciones criminológicas sobre la prevención y reducción de la delincuencia. Tras comentarme lo anterior, el profesor Garrido, me señaló que mi Tesis Doctoral constituiría uno de los 30 temas de investigación desarrollados por este Grupo.

Dado que la Colaboración Campbell apoya y fomenta *la política y la práctica profesionales en los temas de crimen y justicia, basadas en la evidencia* demostrada por la investigación, las revisiones sistemáticas en el marco de este Grupo se caracterizan por el empleo de los meta-análisis, considerados como el mejor método de investigación (estándar de oro) para analizar la eficacia de programas o intervenciones en diferentes ámbitos. En este contexto, el profesor Garrido me contactó con quien sería desde entonces mi Director Metodológico, el **Dr. Julio Sánchez-Meca** de la **Universidad de Murcia**, experto reconocido en el área de los meta-análisis.

A partir de ese momento, el trabajo realizado en el marco de la Colaboración Campbell ha constituido una experiencia invaluable de aprendizaje,

aunque también debo reconocer que me ha representado un importante esfuerzo, tanto por sus altos estándares metodológicos, como por la necesidad de que los informes y documentos se presentaran en el idioma inglés.

Recuerdo que después de recibir los resultados de la primera revisión de nuestro protocolo por parte de evaluadores *ciegos* asignados por el Grupo Campbell, me sentí abrumada. Sin embargo, aquella fue una de las principales lecciones aprendidas durante el proceso de elaboración de esta Tesis: entendí el valor de la retroalimentación académica y comprendí la importancia de contar con evaluadores con un alto nivel de exigencia. El protocolo resultó de mayor calidad después de las correcciones correspondientes y constituyó una ruta segura durante el desarrollo de la presente investigación.

La realización de esta Tesis ha pasado por varios momentos. Después de iniciar el estudio en Madrid, realicé una estancia de un año en la **Universidad de Valencia**, y otra más corta, que consistió en búsqueda de información, en la *Université Libre de Bruxelles*. Posteriormente, regresé a Colombia y luego me establecí en México en donde continúe con la investigación.

Si bien este estudio ha resultado motivador para responder a interrogantes que me han perseguido por varios años, también ha enfrentado algunas dificultades.

Por ejemplo, el periodo de recolección de estudios fue largo, y aún así el número de investigaciones identificado al final fue muy limitado. Sin embargo, en este esfuerzo fue invaluable la colaboración que recibimos del profesor **Mark W. Lipsey**, quien por intermedio del profesor Sánchez-Meca, nos envió una parte importante de los artículos incluidos en su meta-análisis del año 1999 sobre la efectividad de las intervenciones dirigidas a jóvenes con carreras delictivas serias.

El análisis de datos también fue dispendioso, máxime cuando ya no me encontraba residiendo en España y la asesoría tuvo que ser a distancia. A pesar de ello, de nuevo el apoyo de mis Directores fue crucial para culminar el trabajo.

Es digno de destacarse que la Colaboración Campbell ha sido un espacio académico muy importante para esta investigación. Por un lado, su rigurosa evaluación del proceso seguido en esta revisión sistemática ha contribuido a la validez y confiabilidad de sus resultados. Por otro lado, ha apoyado la difusión de

nuestro trabajo en diferentes países, a través de su base de datos gratuita y disponible en internet, y de la publicación de informes de investigación, auspiciados por instituciones como la **Universidad de Pensilvania** (Estados Unidos) y la **Oficina para la Prevención del Crimen de Suecia**, caso este último en el que el profesor **David Farrington** prologó el escrito.

También es de resaltar que en el transcurso de este proceso, mi perspectiva académica y personal sobre el tema de la delincuencia, y en particular sobre la efectividad de los programas para reducir la reincidencia delictiva, se ha ampliado y se ha modificado substancialmente. Además de que logré profundizar en el estudio acerca de los factores que contribuyen al desarrollo de las carreras delictivas crónicas y violentas, y sobre diferentes tipos de programas dirigidos a reducir su reincidencia delictiva, sin lugar a dudas, el aprendizaje más significativo durante la realización de esta Tesis ha sido reconocer la importancia de que el diseño, la aplicación y evaluación de los programas que tienen este objetivo, se basen en la evidencia científica. Esta idea ha influido de manera constante en mi trabajo posterior al inicio del Doctorado, en particular en lo relacionado con la necesidad de documentar cada paso seguido en un proyecto de investigación, con la finalidad de hacerlos replicables por parte de otros investigadores o incluso de uno mismo.

Tengo mayor conciencia del compromiso social que debe estar presente cuando se diseñan, aplican y evalúan programas que buscan la reducción de la reincidencia delictiva, así como de la necesidad imperante de que cualquier esfuerzo desde la academia debe promover la articulación entre investigación, práctica profesional y políticas basadas en la evidencia científica.

Sin duda, ahora otorgo mayor valor a la fundamentación teórica y metodológica, tanto del diseño como de la aplicación y evaluación de un programa en el ámbito de la atención a jóvenes implicados en actividades delictivas. El identificar, comunicar y difundir, más y mejor, los elementos de las intervenciones de este tipo que resultan exitosas, son indispensables en los propósitos de prevención de la delincuencia, vista tanto como fenómeno individual como social. Aun más importante, estoy convencida de que el conocimiento generado en esta dirección, puede sugerirnos los elementos clave

que debemos considerar en los programas dirigidos a jóvenes comprometidos en carreras delictivas crónicas y violentas. El fin último, desde mi perspectiva, es que este conocimiento pueda contribuir de algún modo para que estos jóvenes tengan la oportunidad de decidir otro camino menos doloroso para ellos y para sus víctimas.

Soy consciente de que la aplicación de un programa no puede garantizar el cambio de comportamiento de los jóvenes involucrados en carreras delictivas serias, y que se requieren cambios estructurales en los sistemas sociales, políticos y económicos, para conseguir tan complejo propósito. Sin embargo, considero de vital importancia el aporte que pueden hacer los programas en el proceso de construcción de proyectos de vida más prosociales que antisociales, dado que constituye uno de los elementos fundamentales que han resultado efectivos en el desistimiento de las carreras delictivas.

En la actualidad, soy Profesora – Investigadora de la Licenciatura en Criminología que ofrece la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla en México, y en el marco de mis actividades, entre otras responsabilidades, desarrollo un proyecto en el Centro de Internamiento para Adolescentes de la Ciudad de Puebla. El conocimiento y las habilidades desarrolladas en el transcurso de esta Tesis Doctoral han sido el pilar de lo que ahora nos proponemos: diseñar y aplicar, con base en la evidencia científica, programas de tratamiento dirigidos a esta población, a partir de una cuidadosa evaluación de riesgo y de necesidades de los adolescentes, de sus familias y de su entorno.

Espero y confío en que el conjunto modesto de conocimientos generados en el marco de esta Tesis motiven otros trabajos en esta área, no solo en Europa, sino también en América Latina, en particular en mi país Colombia con el que mantengo lazos afectivos y profesionales, y en México, ahora mi hogar, que me ha recibido y me ha permitido hacer realidad proyectos académicos y personales.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas e instituciones a quienes debo gratitud.

A mis Directores de Tesis: Vicente Garrido Genovés, Julio Sánchez-Meca y José Antonio Corraliza, por toda su asesoría en este proceso, por su paciencia, por la transmisión de su conocimiento y sobre todo por darme la oportunidad de tener modelos tanto en el ámbito académico como en el humano.

Al gobierno y a la sociedad de España, por la beca que me fue otorgada a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) para realizar los primeros años de esta investigación.

A la Colaboración Campbell, a las personas e instituciones que la conforman, por su evaluación del proceso y resultados de esta investigación, así como por su apoyo para la difusión de los mismos.

A mis compañeros y amigos de la Universidad Católica, la Policía Nacional y la Universidad Nacional de Colombia; en México, al Instituto Nacional de Ciencias Penales, la Universidad Autónoma de Yucatán, la Universidad Autónoma de Puebla, el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente, el Centro de Internamiento Especializado para Adolescentes el estado de Puebla y la Universidad Nacional Autónoma de México; y en España, a la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad de Valencia y la Universidad Complutense de Madrid. Conocerlos y tener la oportunidad de conversar, preguntar y responder han sido parte importante de este proceso.

A mi esposo, por su compañía, por leer cada palabra escrita en este documento, por su interés, por sus opiniones y apoyo en todos los sentidos.

A mis padres y amigos que de un modo u otro han facilitado el desarrollo y culminación de este trabajo.

PRESENTACIÓN

Esta revisión sistemática contiene siete capítulos. Los cuatro primeros apartados consisten en una revisión de los antecedentes teóricos y empíricos del tema de investigación. El quinto capítulo contiene la propuesta metodológica de la revisión. El sexto apartado presenta los resultados de la investigación. Y el séptimo capítulo se dedica a la discusión de los resultados.

El primer capítulo de esta investigación se dedica a la definición de términos básicos como los de adolescencia, problemas de conducta, delincuencia juvenil y conducta antisocial. Además, en este apartado se realiza un recorrido por los principales grupos de teorías que explican el comportamiento delictivo, tanto desde la perspectiva individual como social.

El segundo capítulo de esta investigación se avoca al estudio de la delincuencia seria. Aquí, se definen y explican las carreras delictivas caracterizadas por comisión de delitos violentos y largos historiales delictivos en el marco de la criminología del desarrollo y de los factores de riesgo y de protección que promueven o inhiben dichos patrones de comportamiento.

En el capítulo tres se describe el marco legal internacional respecto al tratamiento de jóvenes institucionalizados por la comisión de un delito, así como la importancia de la complementariedad entre sanciones y programas de tratamiento. Luego, se describen modelos específicos de intervención junto con condiciones particulares de aplicación tales como la estructura e integridad de los programas, el contexto en que son aplicados y su relación con el nivel de riesgo de los participantes.

En el capítulo cuarto se hace un recorrido por diferentes métodos que permiten la evaluación de programas aplicados con la finalidad de reducir la reincidencia delictiva. Además, se presentan los principales hallazgos de meta-

análisis y revisiones sistemáticas previas sobre la efectividad de diferentes programas en los propósitos de reducción de comportamiento delictivo en adolescentes. Después se discuten los resultados del efecto de los programas en función de variables moderadoras relacionadas con el tratamiento, los participantes y la metodología de los estudios.

En el capítulo cinco se describen los objetivos y la metodología empleada en esta investigación para realizar una revisión sistemática y meta-análisis del efecto de los programas dirigidos a jóvenes comprometidos en patrones delictivos serios (crónicos y violentos) que se encontraban institucionalizados durante la aplicación del tratamiento. Aquí se especifican los criterios de inclusión de estudios, las estrategias de búsqueda, los procesos de elegibilidad y codificación de las investigaciones analizadas, y los procedimientos estadísticos utilizados para el cálculo del efecto de cada medida de resultado informada en los estudios.

En los capítulos seis y siete se informan los resultados obtenidos en esta revisión con relación a cada uno de los objetivos e hipótesis planteados en el capítulo cinco. En esta sección se tienen en cuenta variables moderadoras del tratamiento como el modelo empleado, su enfoque (individual, grupal, de pares, familiar, multi-enfocado) y su duración. Así mismo, se incluyen factores moderadores de los participantes como la edad, el género y el patrón delictivo (crónico o violento). Y también se analizan variables metodológicas como el diseño del estudio, la asignación de participantes, las características de los grupos controles, la mortalidad experimental y los periodos de seguimiento.

Por último, en el capítulo siete también se discuten las implicaciones que pueden tener los resultados de esta revisión sistemática en la política, en la práctica profesional y en la investigación, relacionadas con la intervención correccional (sanción y tratamiento) dirigida a jóvenes comprometidos en carreras delictivas serias.

CAPÍTULO 1

ADOLESCENCIA Y DELINCUENCIA

1.1. La adolescencia

El concepto de adolescencia proviene del verbo latino *adolescere* (*ad* - ‘hacia’; *alescere* - ‘crecer’) que significa criarse, madurar o crecer de forma progresiva. De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS, 1995) la adolescencia es la etapa que transcurre entre los 11 y los 19 años, constituyendo dos fases: la temprana (de 11 a 14 años) y la tardía (15 a 19 años). Estas dos fases se caracterizan por importantes cambios fisiológicos, anatómicos y psicológicos que pueden variar en función de condiciones individuales y sociales propias de cada persona.

Desde la psicología del desarrollo, esta etapa se define como el periodo previo a la madurez o a la edad adulta (Feldman, 2007; Real Academia Española - RAE-, 2001), y comprende desde el inicio de la pubertad (alrededor de los 12 años) hasta la edad en que se asumen la mayor parte de responsabilidades adultas (aproximadamente los 20 y hasta 21 años), lapso que puede variar dependiendo del contexto y de la cultura (Tolan y Guerra, 1994).

Esta etapa de la vida, entendida como un proceso de transformación a la adultez, se caracteriza por importantes cambios físicos (crecimiento rápido y madurez sexual) y cognoscitivos (desarrollo de patrones de pensamiento relativos y abstractos) asociados con experiencias emocionales intensas (de miedo, alegría, enojo, tristeza, etc.) (Feldman, 2007).

Aunque algunas personas pasan la adolescencia sin presentar ni experimentar dificultades importantes, la investigación sobre esta etapa muestra que en ella se incrementan los conflictos con los padres, la inestabilidad

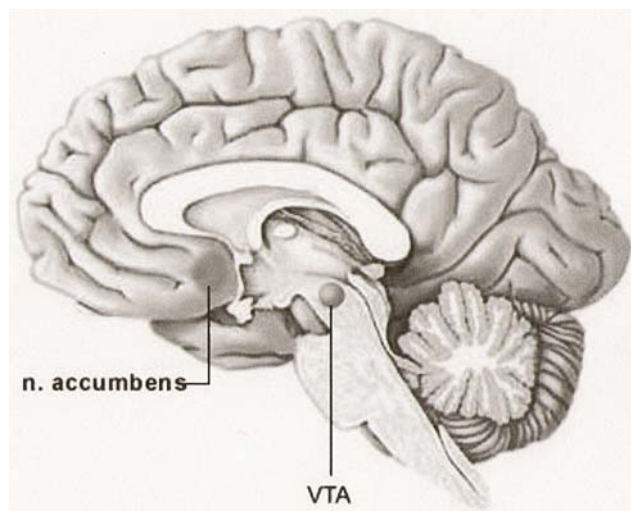
emocional y, sobre todo, las conductas de riesgo (Ahmann, 2008; Leather, 2009; Oliva, 2007).

1.1.1. Procesos cerebrales

En la última década, las investigaciones en el área de la neurociencia fundamentan una estrecha relación entre el importante desarrollo del cerebro durante la adolescencia y las conductas propias de esta etapa. Entre los procesos cerebrales asociados con las características de la pubertad están la hiperexcitabilidad de estructuras subcorticales, la maduración de la parte prefrontal y el incremento de conexiones sinápticas (Galván, 2010; Geier, 2010).

Para entender la interrelación entre la maduración del Sistema Nervioso Central y el comportamiento adolescente es fundamental revisar las funciones de tres sistemas cerebrales: el aproximativo, el evitativo y el regulatorio (Oliva y Antolín, 2010).

Gráfico 1. Circuito aproximativo.



Fuente: Elaboración propia

El circuito aproximativo compromete la parte estriada ventral del cerebro, en especial el *núcleo accumbens* (estas partes pueden observarse en el Gráfico 1). Este sistema está relacionado con la motivación y la recompensa. Debido a la alta producción hormonal que tiene lugar en la adolescencia, el circuito aproximativo

sufre una sobreexcitación ante la obtención o anticipación de recompensas (Galván, 2010). Conductas inmediatas y placenteras relacionadas con la comida, el sexo y/o el consumo de drogas pueden producir esta sobre-excitación. A su vez, las experiencias agradables se asocian con la liberación del neurotransmisor dopamina que produce una sensación de bienestar que motiva la repetición de estas acciones (Chambers, Taylor y Potenza, 2003).

Como se observa en los Gráficos 1 y 2, la dopamina transita desde el área tegmental ventral al cuerpo estriado (en especial a los núcleos *accumbens* y caudado) y de allí a las estructuras límbicas (en particular a la amígdala) y a la corteza orbitofrontal. Este proceso dopaminérgico y la alta activación mesolímbica en los adolescentes ante la obtención o anticipación de recompensas, explica la búsqueda de novedad y de riesgo a través de conductas como la conducción temeraria, el consumo de droga, la sexualidad irresponsable y la conducta antisocial (Zuckerman, 2007). Comportamientos que se presentan con mayor frecuencia en esta etapa vital comparada con otros periodos del desarrollo. Estudios recientes explican que en situaciones de anticipación de recompensas los adolescentes presentan una mayor activación mesolímbica que los adultos, y en consecuencia son más impulsivos (Van Leijenhorst, Moor, Op de Macks, Rombouts, Westenberg, Crone, 2010).

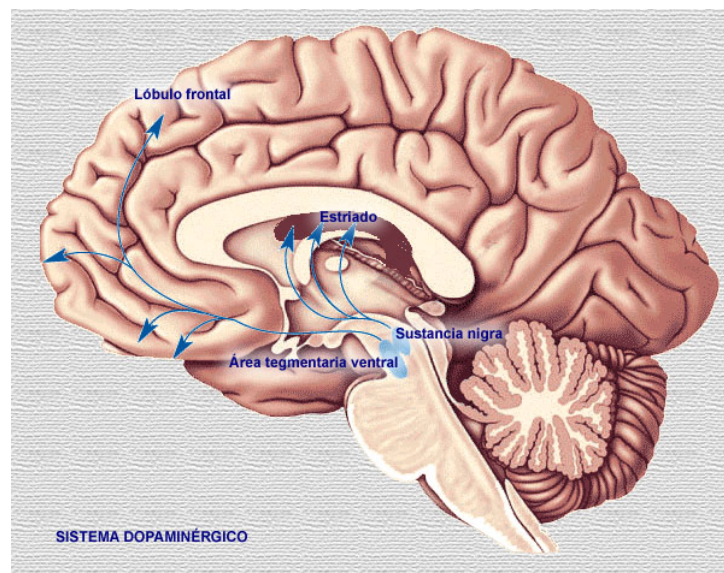
Desde otras posturas, se sostiene que la pubertad acarrea disminución de activación en el circuito de recompensa, en otras palabras, un déficit dopaminérgico en el sistema mesolímbico, mayor al inicio de la adolescencia y que se va equilibrando al final de la misma. De acuerdo con esta explicación, para compensar este déficit, los jóvenes se involucran en actividades de riesgo (Spear, 2007).

La evidencia científica apoya estas dos explicaciones, y al parecer la pertinencia de una o de otra está relacionada con el tipo de consecuencia anticipada y el nivel de excitación del adolescente previo a su comportamiento. Sin embargo, la hipótesis de hiperexcitabilidad ha recibido mayor sustento en los últimos años (Galván, 2010).

El circuito cerebral evitativo incluye la amígdala y otras estructuras subcorticales encargadas de la evitación de situaciones amenazantes y dolorosas

(Gráfico 3). La amígdala funciona como freno conductual al evitar las consecuencias de la propia conducta, que se anticipan como negativas. Durante la pubertad, la baja activación en la amígdala produce menos sensibilidad ante consecuencias negativas de la conducta, es decir, una menor valoración de peligro (Steinberg, 2007), con lo cual la impulsividad y las conductas de riesgo se hacen más probables. Además, se ha encontrado una importante vinculación entre la amígdala, el lóbulo prefrontal y la identificación de emociones en otros, de tal forma que una activación pobre de esta área puede disminuir la capacidad de empatía y de culpabilidad (Hunt y Skendelas, 2009; López, Valdovinos, Méndez-Díaz y Mendoza-Fernández, 2009).

Gráfico 2. Circuitos cerebrales y sistema dopaminérgico.

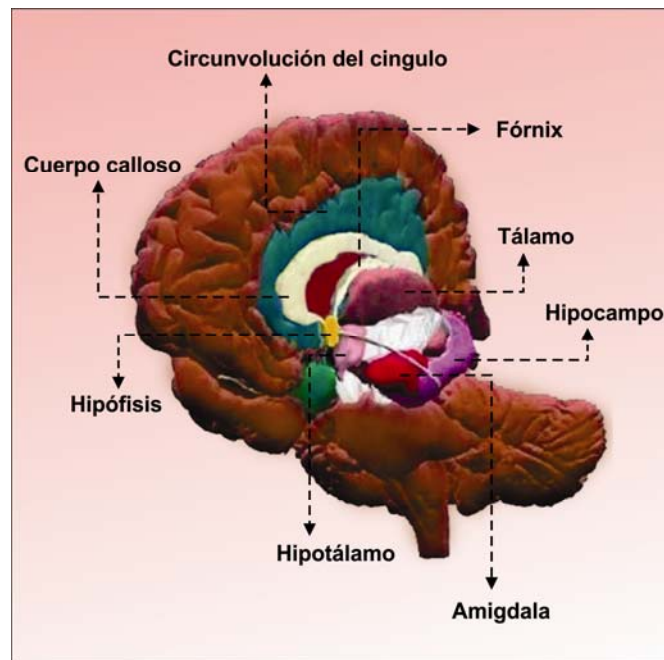


Fuente: tomado de Galiano (2003) disponible en:
<http://www.iqb.es/neurologia/atlas/lewy/lewy08.htm>.

Por último, el sistema regulatorio está conformado por las áreas medial y ventral de la corteza prefrontal (Gráfico 4) y se encarga de funciones ejecutivas como la planeación, la solución de problemas, la toma de decisiones, el pensamiento crítico, la atención en el desarrollo de tareas simultáneas, el responsabilizarse de sí mismo y el auto-control (Damasio, 1994). Los lóbulos prefrontales también se encargan del proceso de emociones complejas y de habilidades de cognición social que incluyen los juicios morales y la empatía

(Oliva y Antolín, 2010). Esta parte del cerebro es fundamental durante la pubertad, puesto que en esta etapa continúa su maduración, y llega a conformarse por completo hasta los 17 o 20 años de edad. De hecho, los cambios del lóbulo frontal durante la adolescencia son mayores a los ocurridos en otras etapas de la vida y es la última parte del cerebro que se desarrolla (O'Hare y Sowell, 2008).

Gráfico 3. Amígdala y otras estructuras subcorticales.



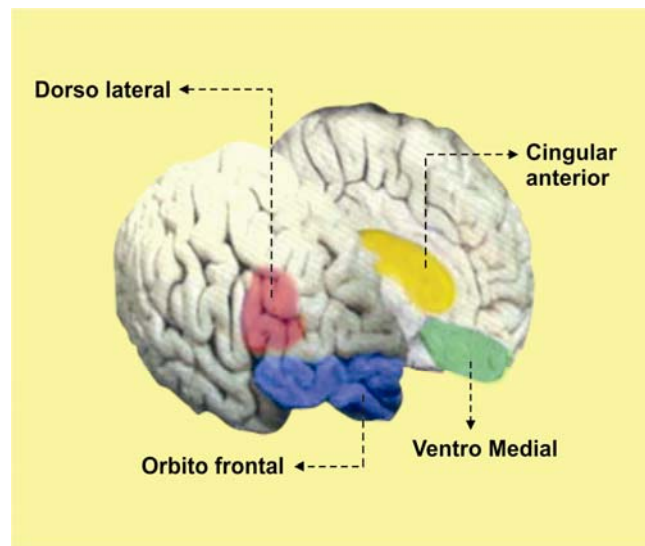
Fuente: adaptado de Novedades de medicina. Sección Neurología. Disponible en: www.blog-medico.com.ar

Como en la adolescencia la parte prefrontal del cerebro aún se encuentra en maduración, los jóvenes se enfrentan a un funcionamiento aún limitado de las funciones propias de esta área (Passarotti, Sweeney, y Pavuluri, 2009). Los adolescentes presentan fallos en la planeación, el control e inhibición conductual, la anticipación de consecuencias (positivas y negativas) de la propia conducta y en su experiencia de culpabilidad. La inmadurez de esta parte del cerebro lleva a una menor estimación del riesgo y a preferir alternativas arriesgadas, inmediatas y placenteras (Galvan, 2010). En consecuencia, los adolescentes con frecuencia presentan respuestas más asociadas con el sistema mesolímbico (conductas

impulsivas) que con el lóbulo frontal (evaluando las consecuencias de lo que hacen) (Yurgelon-Todd, 2007).

Durante la pubertad, se presenta un desequilibrio maduracional entre estos tres sistemas cerebrales. Mientras el sistema aproximativo muestra mayor activación y desarrollo (estimulado por la alta producción de hormonas), los sistemas evitativo y regulatorio están aún inmaduros y débiles (Oliva y Antolín, 2010; Van Leijenhorst, Moor, Op de Macks, Rombouts, Westenberg y Crone, 2010).

Gráfico 4. Corteza pre-frontal.



Fuente: adaptado de de Discovering The brain and the mind.

Disponible en:

www.asociacioneducar.com/newsletter/noviembre2007/index.php

De forma simultánea, la alta producción de hormonas en la adolescencia se relaciona con cambios importantes en el estado de ánimo que incrementan la probabilidad de que los jóvenes experimenten enojo, asociado con frustración en los hombres, y con depresión en las mujeres (Feldman, 2007).

Mientras el circuito motivacional mesolímbico es influido por la alta producción hormonal, la maduración prefrontal cognitiva es lenta y se moldea con las experiencias del aprendizaje. El proceso de maduración cerebral lleva a reducir la excitabilidad mesolímbica y a aumentar el control cortical. Durante los primeros años de la adolescencia la inmadurez biológica es mayor que al final de

la misma, por lo que la búsqueda de sensaciones, la impulsividad y las conductas de riesgo son más frecuentes. Asimismo, los jóvenes que inician de forma precoz su pubertad lo hacen con una corteza muy inmadura y un sistema mesolímbico muy excitado con lo cual presentan mayor incidencia de comportamientos de riesgo (Leather, 2009).

Al mismo tiempo, durante la pubertad el número de conexiones sinápticas aumenta en la materia gris del cerebro, en especial en los lóbulos prefrontales. Esta sobreproducción de sinapsis nerviosas contribuye al desarrollo de habilidades cognitivas abstractas (O'Hare y Sowell, 2008). Por un lado, estas habilidades afinan el procesamiento de información de los jóvenes y les permiten ser más flexibles en sus juicios (menos absolutistas), con lo cual se mejora su capacidad para comprender problemas, pensar de manera hipotética y percibir posibilidades ante situaciones problemáticas. Por otro lado, estas mismas habilidades cognitivas son las responsables de generar dudas, cuestionamientos y críticas por parte de los jóvenes con respecto a su entorno y a su propio comportamiento. La evolución del pensamiento abstracto puede llevar a cuestionar las normas sociales o a entrar en conflicto con la autoridad, de tal forma que en estas condiciones el cumplimiento de las reglas se somete primero a un escrutinio crítico por parte del adolescente.

Luego de la sobreproducción de conexiones sinápticas se da una reducción de las mismas, a través de un proceso de mielinización que incrementa la producción de sustancia blanca en el cerebro, de tal forma que aquellas conexiones que se usan se mantienen y aquellas no utilizadas desaparecen (O'Hare y Sowell, 2008; Sowell, Peterson, Thompson, Welcome, Henkenius y Toga, 2003). Con estas condiciones biológicas, la adolescencia corresponde a la etapa de la vida en la que se presentan problemas de conducta con mayor frecuencia.

Es importante comentar que aunque la búsqueda de sensaciones, la conducta de riesgo y la impulsividad pueden poner en mayor riesgo a los adolescentes que a los niños y adultos de involucrarse en situaciones problemáticas, estas características también tienen funciones adaptativas. Por ejemplo, favorecen la conducta exploratoria de los jóvenes y la formación de su identidad a través de la

adquisición de habilidades importantes para su vida como las de afrontamiento, la iniciativa, la solución de conflictos y la tolerancia a la frustración (Oliva, 2004).

En resumen, durante la adolescencia el nivel de desarrollo de las partes prefrontal y mesolímbica del cerebro está incompleto y su conexión aún es incipiente. Esta condición biológica limita el control cognitivo y la inhibición de las emociones. Así, los adolescentes presentan una tendencia importante a la expresión impulsiva de emociones, sin el control de la corteza.

1.1.2. Procesos psico-sociales

Es importante reconocer que los procesos cerebrales característicos de la adolescencia no son los únicos responsables del comportamiento propio de esta etapa. Factores como la cultura, las experiencias de aprendizaje, los vínculos emocionales y las relaciones interpersonales influyen en el desarrollo evolutivo de los jóvenes. A su vez, las condiciones biológicas antes descritas también se adaptan a las circunstancias del entorno de cada persona (Oliva, 2007).

Recientes propuestas para explicar las conductas de riesgo en los adolescentes, argumentan que el inicio de las responsabilidades de la vida adulta genera desafíos difíciles para los jóvenes, y que la presión de esta nueva situación puede representar un riesgo mayor para los adolescentes que los mismos déficits estructurales de la maduración cerebral (Romero, 2010). Esta etapa de la vida supone importantes cambios individuales y sociales que de por sí generan conflicto. Por ejemplo, conseguir pareja, pertenecer a un grupo de amigos, tomar decisiones en el ámbito académico y laboral, etc. Estos problemas se relacionan estrechamente con la satisfacción de necesidades, pero a diferencia de la adultez, el joven los debe enfrentar con pocos recursos, poca experiencia (Andrés-Pueyo, 2005) y un cerebro aún en desarrollo.

Como se mencionó al inicio, la adolescencia trae consigo importantes cambios físicos. Además, durante la pubertad, el joven se hace más consciente de sí mismo. La coincidencia de estos dos puntos genera en los adolescentes emociones intensas (gusto, vergüenza, confusión) asociadas con su nueva apariencia y las expectativas sociales frente a ella.

La prontitud o la demora en el inicio de la pubertad también pueden generar reacciones sociales significativas. Los cambios físicos que experimentan algunos chicos en edades tempranas pueden contribuir a su integración en espacios de socialización que les proveen importantes fuentes de refuerzo (por ejemplo, la popularidad). Los jóvenes que inician pronto su pubertad, alcanzan en poco tiempo mayor estatura que los chicos que inician más tarde este proceso, con lo cual, los primeros pueden ser más aptos para integrarse con éxito en actividades competitivas y de deportes. Al mismo tiempo, quienes empiezan antes esta etapa de cambios, tienen mayor probabilidad de involucrarse en conductas de riesgo como el fracaso escolar, actos delictivos y abuso de sustancias. Estos comportamientos no solo están relacionados con un mayor desfase entre el desarrollo de la corteza prefrontal y el de las estructuras mesolímbicas, sino también con los efectos que tienen las características físicas de mayor madurez, en los procesos de socialización de los chicos. Estos jóvenes pueden tener un tamaño mayor al de sus compañeros de la misma edad, que puede facilitar su interacción con chicos más grandes, y esto a su vez puede facilitar el que se involucren en actividades no propias para su edad.

Por otro lado, los adolescentes que inician su adolescencia de manera tardía, se ven como menos atractivos, se perciben como menos aptos para los deportes y esto contribuye a un bajo auto-concepto. A pesar de ello, es frecuente que por las condiciones de desventaja en que se encuentran al principio de la adolescencia desarrollen habilidades de asertividad, perspicacia y creatividad.

Por su parte, las mujeres que inician temprano su adolescencia socializan con jóvenes del sexo opuesto antes y con mayor frecuencia, que las chicas que inician su pubertad después. Esta situación puede contribuir a incrementar su popularidad y su auto-concepto. Quienes empiezan más tarde la pubertad tienen un estatus social más bajo y pocas probabilidades de citas, pero también pueden tener menos problemas emocionales a la postre. Las jóvenes que inician primero la adolescencia tienen mayores desafíos maduracionales dado que su aspecto físico puede indicar un nivel de desarrollo muy superior a su madurez psicológica, esta brecha puede causar desajustes importantes relacionados con expectativas irreales y desproporcionadas respecto a su conducta.

Además, en la pubertad, el joven aún no es autosuficiente (es económicamente dependiente, por ejemplo), pero busca definirse y desligarse poco a poco del control de los padres. Este periodo de la vida es fundamental en la búsqueda de identidad y el logro de la autonomía. En esta etapa los adolescentes exploran más, tienen curiosidad por diferentes actividades y por los distintos papeles que pueden desempeñar en su contexto social, necesitan experimentar distintas situaciones para responder preguntas relacionadas con el lugar que ocupan y que ocuparán en el mundo. Esta exploración influye en el desarrollo de la auto-imagen, el auto-concepto y la autoestima, y ayuda al joven en la conformación de su identidad, le permite conocer lo que le hace diferente de otros, sus habilidades y sus debilidades. Sin embargo, la conciencia de su propia existencia junto con el incremento de su conducta exploratoria también hace al joven más propenso a las situaciones de riesgo.

Durante esta etapa de la vida, el adolescente cada vez es menos dependiente de los adultos y más cercano a sus pares. Empieza a confiar más en sus amigos que en sus padres y maestros. Sus coetáneos cobran especial importancia porque les brindan posibilidades de pertenencia a grupos y de comparación social entre iguales (de conocimientos, de habilidades, de pensamientos, de cambios físicos, etc.) (Rankin, Lane, Gibbons y Gerrard, 2004). En la adolescencia los jóvenes son especialmente susceptibles a la influencia de sus amigos e hipersensibles al rechazo de los mismos, de tal forma que experiencias negativas en este sentido conllevan consecuencias afectivas negativas de mayores proporciones en los adolescentes comparados con los adultos (Sebastian, Viding, Williams, y Blakemore, 2010).

1.1.3. Interacción biología y ambiente

Las condiciones biológicas propias de la adolescencia interactúan con el ambiente del joven, y viceversa. A este respecto se ha encontrado que las relaciones afectivas satisfactorias promueven la generación de dopamina, y ésta a su vez contribuye al desarrollo de la corteza prefrontal (Van Leijenhorst *et al.*, 2010). En general, un entorno enriquecido con actividades estimulantes y afecto parental promueve la producción de dopamina, con lo cual se favorece el

desarrollo pre-frontal del cerebro. Los estilos parentales afectuosos y las experiencias emocionales placenteras con los padres (y cuidadores) contribuyen al desarrollo de capacidades cognitivas y de comportamiento adecuado. También existe evidencia de que la actividad física y deportiva incrementa la liberación de dopamina y la participación en estas actividades contribuye a reducir el consumo de sustancias (Eisler, 2002).

Por el contrario, la privación afectiva y el déficit en vínculos emocionales durante la adolescencia pueden impedir el sano desarrollo del cerebro. Además, las situaciones de tensión pueden contribuir a la hiperexcitabilidad del sistema mesolímbico, de tal forma que los altos niveles de estrés en la adolescencia aunados al pobre desarrollo de la corteza prefrontal pueden generar una sobre excitación de las estructuras subcorticales que incrementan el comportamiento impulsivo (Romeo y McEwen, 2006).

Como los circuitos cerebrales descritos están en desarrollo durante la adolescencia, las influencias ambientales y las experiencias vividas durante esta etapa pueden tener efectos persistentes. El compromiso y participación de los jóvenes en actividades educativas, sociales, de recreación, etc. son muy importantes para el desarrollo cerebral. Problemas de conducta como el consumo de drogas durante la pubertad producen un deterioro grave, mayor al que se puede presentar en otras etapas de la vida, si se tiene en cuenta que durante la adolescencia apenas se está desarrollando la corteza prefrontal y con ella las capacidades personales de auto-regulación.

1.1.4. Problemas de conducta

La adolescencia es la etapa de desarrollo con mayor probabilidad de conflictos, de búsqueda de sensaciones, de impulsividad y de conductas de riesgo. A su vez, la evidencia científica demuestra que es frecuente la presentación simultánea de diferentes problemas de conducta como: las mentiras, la crueldad a animales, atacar personas, involucrarse en peleas, escaparse de casa, la piromanía, el robo, el absentismo escolar, el vandalismo, portar armas, allanar casas, forzar a otras personas para tener sexo, consumir drogas, etc. (Howell, 2009).

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002) en casi todos los países del mundo, los adolescentes y los adultos jóvenes son tanto las principales víctimas como los principales perpetradores de violencia. Además, los jóvenes violentos tienden a cometer diferentes tipos de delitos, y a menudo presentan también otros problemas como el ausentismo escolar, el abandono de los estudios, el abuso de sustancias psicotrópicas, las mentiras compulsivas, la conducción imprudente y las altas tasas de enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, la misma Organización explica que no todos los jóvenes violentos tienen problemas significativos además de su violencia, ni todos los jóvenes con problemas son necesariamente violentos.

1.1.5. La conducta antisocial y la delincuencia juvenil

Dentro de los comportamientos de riesgo que se presentan con mayor frecuencia en la adolescencia se encuentran la conducta antisocial y la delincuencia juvenil.

En el contexto de las ciencias sociales el comportamiento antisocial se entiende como un conjunto de conductas contrarias a las normas sociales que vulneran los derechos de otros, tanto en su persona como en sus propiedades (Kazdin y Buela-Casal, 1994). El concepto de comportamiento antisocial está fuera del ámbito de la ley, puesto que engloba tanto la conducta antisocial que tiene como consecuencia un procedimiento jurídico como aquella que no lo tiene (Bartol, 2008; Rutter, Giller y Hagell, 2000). Así, el comportamiento antisocial hace referencia a “determinadas acciones que, estén o no catalogadas en el código penal o legislaciones similares, son inapropiadas porque son lesivas y dañinas para la sociedad, sus miembros y hasta para el propio actor de la conducta antisocial. En este grupo de comportamientos se incluyen acciones vandálicas, acoso en la escuela, agresiones a iguales, auto-lesiones, etc.” (Andrés-Pueyo, 2005, p. 4).

Desde la perspectiva clínica, el comportamiento antisocial se entiende dentro de categorías diagnósticas caracterizadas por deterioro significativo de funcionamiento diario en casa o en la escuela, conductas consideradas incontrolables por familiares y amigos, que sobrepasan el ámbito del

funcionamiento normal (Bartol, 2008; Kazdin y Buela-Casal, 1994; Rutter, Giller y Hagell, 2000). En este sentido, la conducta antisocial obedece a trastornos de conducta en los que por efecto de sus síntomas se trasgreden normas e incluso se representa un peligro para la seguridad y el bienestar de otras personas. Ejemplo de estos trastornos son el disocial y el negativista desafiante—diagnosticables en la infancia, la niñez y la adolescencia— y el trastorno de personalidad antisocial diagnosticable después de los 18 años de edad (los criterios diagnósticos de estos trastornos se describen en el Cuadro 1 al 3) (American Psychiatric Association – APA-, 2000).

Cuadro 1. Criterios diagnósticos del trastorno disocial. Parte 1.

<p>A. Un patrón repetitivo y persistente de comportamiento en el que se violan los derechos básicos de otras personas o normas sociales importantes propias de la edad, manifestándose por la presencia de tres (o más) de los siguientes criterios durante los últimos 12 meses y por lo menos de un criterio durante los últimos 6 meses:</p>	
<p>Agresión a personas y animales</p>	
1.	a menudo fanfarronea, amenaza o intimida a otros
2.	a menudo inicia peleas físicas
3.	ha utilizado un arma que puede causar daño físico grave a otras personas (por ejemplo, bate, ladrillo, botella rota, navaja, pistola)
4.	ha manifestado crueldad física con personas
5.	ha manifestado crueldad física con animales
6.	ha robado enfrentándose a la víctima (por ejemplo, ataque con violencia, arrebatar bolsos, extorsión, robo a mano armada)
7.	ha forzado a alguien a una actividad sexual
<p>Destrucción de la propiedad</p>	
8.	ha provocado deliberadamente incendios con la intención de causar daños graves
9.	ha destruido deliberadamente propiedades de otras personas (distinto de provocar incendios)
<p>Fraudulencia o robo</p>	
10.	ha violentado el hogar, la casa o el automóvil de otra persona
11.	a menudo miente para obtener bienes o favores o para evitar obligaciones (esto es, "tíma" a otros)
12.	ha robado objetos de cierto valor sin enfrentamiento con la víctima (por ejemplo, robos en tiendas, pero sin allanamientos o destrozos; falsificaciones)

Fuente: tomado del DSM IV (2002), p. 113 - 115.

Cuadro 1. Criterios diagnósticos del trastorno disocial. Parte 2.

Violaciones graves de normas

- 13.** a menudo permanece fuera de casa de noche a pesar de las prohibiciones paternas, iniciando este comportamiento antes de los 13 años de edad
- 14.** se ha escapado de casa durante la noche por lo menos dos veces, viviendo en la casa de sus padres o en un hogar sustitutivo (o solo una vez sin regresar durante un largo período de tiempo) suele no ir a la escuela, iniciando esta práctica antes de los 13 años de edad

B. El trastorno disocial provoca deterioro clínicamente significativo de la actividad social, académica o laboral.

C. Si el individuo tiene 18 años o más, no cumple criterios de trastorno antisocial de la personalidad.

Tipo en función de la edad de inicio:

Tipo de inicio infantil: se inicia por lo menos una de las características criterio de trastorno disocial antes de los 10 años de edad

Tipo de inicio adolescente: ausencia de cualquier característica criterio de trastorno disocial antes de los 10 años de edad

Fuente: tomado del DSM IV (2002), p. 115.

Cuadro 2. Criterios diagnósticos del trastorno negativista desafiante.

A. Un patrón de comportamiento negativista, hostil y desafiante que dura por lo menos 6 meses, estando presentes cuatro (o más) de los siguientes comportamientos:

- 1. se encoleriza e incurre en pataletas
- 2. discute con adultos
- 3. desafía activamente a los adultos o rehúsa cumplir sus obligaciones
- 4. molesta deliberadamente a otras personas
- 5. acusa a otros de sus errores o mal comportamiento
- 6. es susceptible o fácilmente molestado por otros
- 7. es colérico y resentido
- 8. es rencoroso o vengativo

B. El trastorno de conducta provoca deterioro clínicamente significativo en la actividad social, académica o laboral.

C. Los comportamientos en cuestión no aparecen exclusivamente en el transcurso de un trastorno psicótico o de un trastorno del estado de ánimo.

D. No se cumplen los criterios de trastorno disocial, y, si el sujeto tiene 18 años o más, tampoco los de trastorno antisocial de la personalidad

Fuente: tomado del DSM IV (2002), p. 118.

Cuadro 3. Criterios diagnósticos del trastorno de personalidad antisocial.

<p>A. Un patrón general de desprecio y violación de los derechos de los demás que se presenta desde la edad de 15 años, como lo indican tres (o más) de los siguientes ítems:</p> <ol style="list-style-type: none">1. fracaso para adaptarse a las normas sociales en lo que respecta al comportamiento legal, como lo indica el perpetrar repetidamente actos que son motivo de detención2. deshonestidad, indicada por mentir repetidamente, utilizar un alias, estafar a otros para obtener un beneficio personal o por placer3. impulsividad o incapacidad para planificar el futuro4. irritabilidad y agresividad, indicados por peleas físicas repetidas o agresiones5. despreocupación imprudente por su seguridad o la de los demás6. irresponsabilidad persistente, indicada por la incapacidad de mantener un trabajo con constancia o de hacerse cargo de obligaciones económicas7. falta de remordimientos, como lo indica la indiferencia o la justificación del haber dañado, maltratado o robado a otros
<p>B. El sujeto tiene al menos 18 años.</p>
<p>C. Existen pruebas de un trastorno disocial que comienza antes de la edad de 15 años.</p>
<p>D. El comportamiento antisocial no aparece exclusivamente en el transcurso de una esquizofrenia o un episodio maniaco.</p>

Fuente: tomado del DSM IV (2002), p. 789.

Otro trastorno asociado con el comportamiento delictivo es el de Psicopatía (tanto en jóvenes como en adultos), comprendido como categoría diagnóstica distinta al trastorno disocial y al de personalidad antisocial, que de hecho no está descrito dentro del Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales - DSM IV- (APA, 2002). La psicopatía cada vez es más reconocida como un conjunto de características asociadas con una personalidad proclive a ir en contra de los derechos de otros y a no sentirse responsable por ello. Si bien el diagnóstico de psicopatía no exime de responsabilidad legal, en el ámbito de la justicia penal, su presencia está asociada con comportamientos antisociales (Cuadro 4).

El diagnóstico de psicopatía ha sido controvertido, y en el caso de los jóvenes, aún es más complejo. En la actualidad permanece la discusión acerca de si debe emplearse el término de psicopatía aplicado a menores de edad, sugiriendo como alternativa el concepto de “rasgos psicopáticos” (Edesn, Skeem, Cruise y Cauffman, 2001; Seagrave y Grisso, 2002).

A pesar de la resistencia a la utilización del concepto en jóvenes, los criterios para psicopatía se han observado en esta población e incluso en niños. Como lo explican Forth y Mailloux (2000) “es escasa la investigación en el ámbito de la psicopatía infanto-juvenil, pero en la medida en que resulte laborioso

trabajar con los psicópatas adultos, se abre una vía de esperanza si conseguimos detectar de modo precoz el desarrollo de una personalidad psicopática, poniendo los medios necesarios para evitar su consolidación. Por supuesto, es importante diferenciar a los jóvenes psicópatas de otros adolescentes agresivos, ya que es evidente que no todos los delincuentes juveniles violentos se convertirán en personalidades psicopáticas en su edad adulta” (citados por Garrido, 2003, p. 112).

Cuadro 4. Criterios para psicopatía en jóvenes.

FACTOR 1. Dos facetas: AFECTIVO/INTERPERSONAL

- *Imagen personal falsa*
- *Grandioso sentido de valía personal*
- *Mentira patológica*
- *Manipulación para obtener una ganancia personal*
- *Falta de remordimientos (A)*
- *Afecto superficial (A)*
- *Insensibilidad y falta de empatía (A)*
- *Fracaso para aceptar la responsabilidad (A)*

FACTOR 2. Dos facetas: CONDUCTA IMPULSIVA Y ANTISOCIAL

- *Búsqueda de estimulación*
- *Orientación parásita*
- *Pobre control de la ira (A)*
- *Problemas tempranos de conducta (A)*
- *Falta de metas*
- *Impulsividad*
- *Irresponsabilidad*
- *Violación grave de la libertad condicional (medida) (A)*
- *Conducta delictiva grave (A)*
- *Versatilidad delictiva (A)*

Fuente: elaborado con base en la versión para jóvenes de la Lista de Registro de Psicopatía (PCL: YV) de Forth, Kosson y Hare (2003).

Al igual que con población adulta, en los jóvenes se ha encontrado importante evidencia que relaciona la psicopatía y el comportamiento delictivo (Harris, Rice y Lalumière, 2001). De acuerdo con algunas revisiones (Caldwell, McCormick, Umstead y Van-Rybroek, 2007; Caldwell, Skeem, Salekin y VanRybroek, 2006; Garrido, 2003) las principales características en las que se encuentran diferencias entre jóvenes psicópatas y no psicópatas vinculados al sistema de justicia, pueden resumirse como sigue:

- (a) Empiezan su conducta antisocial a más temprana edad, tanto violenta como no violenta, con alrededor de dos años de diferencia comparados con jóvenes sin rasgos psicopáticos.
- (b) Cometan más delitos y de mayor gravedad.
- (c) Abandonan con mayor probabilidad los esfuerzos de intervención correccional y tienen menos logros en ella.
- (d) Se involucran en más problemas durante la institucionalización

En el contexto clínico, los diagnósticos asociados con el comportamiento antisocial, sólo son posibles si se observa un deterioro clínicamente significativo de la actividad social, académica o laboral de la persona evaluada. Esto implica que no todas las personas comprometidas en conductas en contra de las normas sociales y/o jurídicas presentan un trastorno. A este respecto, se estima una prevalencia de 25% de psicopatía en los escenarios correccionales juveniles (Salekin, Neumann, Leistico, DicCicco, y Duros, 2004). En el caso de los trastornos de conducta, una alta proporción de jóvenes privados de su libertad cumplen con sus criterios diagnósticos. Teplin, Abram, McClelland, Dulcan, y Mericle (2002) en un estudio realizado con 1829 jóvenes de entre 10 a 18 años de edad que se encontraban detenidos por la comisión de al menos un delito, encontraron que los trastornos más comunes en su muestra fueron los de abuso de sustancias y los de conducta (disocial y negativista desafiante). La mitad de los chicos (50.7%) y casi la mitad (46.8%) de las mujeres reunieron los criterios para el trastorno por uso de sustancias. El 41.4% y el 45.6% de toda la muestra (hombres y mujeres respectivamente) reunieron los criterios para trastornos de conducta. El 38.8% de los chicos y 40.6% de las chicas que participaron en este estudio fueron diagnosticados con trastorno disocial. Por otro lado, el 14.5% de los chicos y el 17.5% de las chicas en esta investigación reunieron los criterios para el diagnóstico de trastorno negativista desafiante.

De otro lado, en el contexto jurídico, el término aplicado a tales conductas es el de delito y obedece a las restricciones propias de la ley, es decir, se define en la medida en que es una conducta típica (específica y sin lugar a ambigüedades), antijurídica (contraria a la ley) y culpable (que tenga un o varios responsables identificables). Así, el comportamiento delictivo es entendido como una conducta

tipificada por la ley penal como antijurídica, es decir, prohibida por las leyes penales y que generalmente va en contra de las costumbres y orden sociales. Dadas estas condiciones su definición es relativa al país y cultura a las que se circunscriba (Rutter, Giller y Hagell, 2000).

Con lo anterior, la delincuencia juvenil puede entenderse como el fenómeno de comisión de delitos por parte de adolescentes. Sin embargo, como se planteó antes, el concepto delito está circunscrito a la ley y por ello, se trata de un concepto relativo al contexto legal en el que se enmarque.

Desde el punto de vista legal, el concepto de “delincuente juvenil” ha hecho referencia a la persona que comete acciones tipificadas como delitos para los adultos pero que pertenece a la categoría “menor de edad”. Esto significa que no se le considera, en razón de su juventud, jurídicamente autónomo o enteramente responsable de sus actos. Por ello, los jóvenes corresponden al rango de edad inferior al establecido por la ley para asumir responsabilidad penal (Garrido, 1987; Rutter, Giller y Hagell, 2000). Desde esta concepción la definición varía de una legislación, de un país o de una cultura a otras.

El rango de edad para que alguien sea tratado como adulto puede variar desde los 13 hasta los 21 años, dependiendo de las disposiciones generales de minoría de edad o especiales, relativas al tipo de delito. Por ejemplo, en el caso de aquellas acciones cometidas con violencia como el homicidio o la violación, en algunos países y jurisdicciones, un adolescente en principio bajo disposición de un sistema especial para jóvenes, puede pasar a ser juzgado en un sistema para adultos, aunque estos procedimientos son ampliamente cuestionados (Fagan, 1995; Modecki, 2008).

De acuerdo con la definición de delito y de menores de edad, se ha debatido sobre la conveniencia del concepto de delincuencia juvenil. Se propone, por ejemplo, que este concepto se incluya en el marco general de la inadaptación social, de la misma forma que se ha hecho con la conducta antisocial, sin hacer referencia explícita al aspecto legal. Es decir, se cuestiona la pertinencia del término delito en el caso de los jóvenes, proponiéndose que la violación de la ley por parte de éstos se denomine falta o infracción, puesto que legalmente no estarían bajo la jurisdicción penal adulta para llamar delito a sus actos (para una

discusión más amplia ver Garrido, 1987; Garrido y López, 1997). De hecho, las Directrices de Riad de las Naciones Unidas para la prevención de la delincuencia juvenil (1990, Principios Fundamentales, Artículo 5, inciso (f)) reconoce que “calificar a un joven de "extraviado", "delincuente" o "predelincuente" a menudo contribuye a que los jóvenes desarrollen pautas permanentes de comportamiento indeseable”, por lo que se sugiere no utilizar estos conceptos para referirse a los menores de edad.

A pesar de que en el presente estudio se reconocen los inconvenientes en el uso del concepto de delincuencia juvenil, se utiliza dicho término en el sentido tradicional para referirse al fenómeno delictivo en menores de edad de acuerdo con la ley. A su vez, lo enmarca en el intervalo de edades entre 12 y 21 años, para cubrir tanto el periodo correspondiente a la etapa de desarrollo denominada “adolescencia”, como a los rangos legales de minoría de edad de diferentes países.

1.2. Teorías explicativas

Ante el importante número de registro de delitos cometidos por adolescentes y su creciente participación en grupos ilegales (Organización Mundial de la Salud, OMS, 2002) es de vital importancia conocer las variables que influyen en el origen (causas), mantenimiento, aumento y disminución de la delincuencia juvenil.

En la actualidad existe consenso en el reconocimiento de la influencia simultánea de diversos factores para explicar el comportamiento humano. Sin embargo, algunas aproximaciones enfatizan el papel de variables individuales, biológicas y clínicas, mientras otras destacan el papel de variables sociales, políticas, económicas, etc.

La psicología, como ciencia que estudia el comportamiento humano, es una de las disciplinas comprometidas en la investigación y el trabajo aplicado en este campo. Dentro de esta ciencia, existe un área específica dedicada al estudio del comportamiento antisocial y de la delincuencia, la psicología criminológica. El propósito de esta área consiste en investigar por qué algunas personas experimentan motivación suficiente para ejecutar actos delictivos y por qué fallan los dispositivos de control personal para neutralizarlos. En otras palabras, la

psicología criminológica estudia los motivos que tienen algunos individuos para cometer delitos y por qué no los inhiben. Con base en este conocimiento, la psicología criminológica también se ocupa del diseño, aplicación y evaluación de programas de prevención y tratamiento para reducir el comportamiento delictivo (Garrido, 2005).

En este mismo sentido, Andrews (1995) ha planteado que si bien la psicología en general aborda de manera abierta, completa y flexible, tanto el estudio de la conducta delictiva como su prevención efectiva y su rehabilitación, también existe un área particular de la psicología denominada “*psicología de la conducta criminal*” (PCC). Este campo es empíricamente defendible y sus aplicaciones representan esperanza para el diseño y aplicación de programas de tratamiento efectivos para delincuentes. Esta psicología empírica y racional del crimen, estudia la conducta criminal a partir de la personalidad y de la psicología social, áreas que proporcionan una base práctica y seria para la predicción de la conducta criminal y la modificación de la predisposición al delito.

Desde esta perspectiva, la PCC tiene en cuenta un amplio rango de correlatos potenciales de la conducta criminal, que no se restringen a factores situacionales y circunstanciales, sino que además incluyen los biológicos, personales, interpersonales y familiares, que a su vez se reflejan en diferentes tipos de organización social en cuanto a estructura, cultura y economía política. Esto le da la ventaja, como modelo teórico, de explicar, predecir e influir sobre la actividad criminal (Andrews, 1995; Andrews y Bonta, 2006).

En el marco de un enfoque psicosocial, en esta investigación se reconocen múltiples factores que incrementan la probabilidad de que se presente el comportamiento delictivo: factores de tipo personal (como la impulsividad, el déficit de autocontrol, la capacidad de condicionamiento, las habilidades sociales, las actitudes, las estrategias cognitivas y motivacionales, etc.), ambiental (como el nivel de oportunidades para el comportamiento antisocial y prosocial, la estructura y organización social, etc.) y social (como el escolar, el familiar, de coetáneos, la calidad de las relaciones con otras personas, la percepción y las actitudes hacia el crimen, etc.).

A continuación se presentan las teorías que han marcado las líneas de investigación sobre el comportamiento delictivo juvenil, en la última década, aunque algunas de ellas tienen su origen en años anteriores. Estas propuestas teóricas sobre la etiología de la conducta antisocial permiten identificar los factores que incrementan o reducen la probabilidad de que un joven se involucre en actividades delictivas. Para efectos de esta revisión las teorías se han organizado en tres grupos: las que tienen énfasis en factores individuales, aquellas con explicaciones de predominancia social y las teorías integradoras, dentro de las cuales se da especial relevancia a las del desarrollo de las etapas vitales. En este apartado se revisan las teorías con énfasis individual y social, mientras el siguiente capítulo se dedica a las teorías integradoras del desarrollo y a la delincuencia seria.

1.2.1. Teorías con énfasis individual

Estas teorías, aunque no niegan la influencia del contexto y del aprendizaje, explican el comportamiento antisocial y delictivo con base en factores propios de la persona, como los genéticos, biológicos y de personalidad.

En general, se sabe que el funcionamiento biológico de las personas involucradas en actividades antisociales es diferente de quienes no presentan estas conductas; sin embargo, no es claro en qué medida se influyen mutuamente y si estos comportamientos producen los cambios biológicos o viceversa. Aunque en los últimos años hay abundante investigación sobre la relación de la conducta antisocial con factores biológicos y sus datos apoyan la existencia de correlatos, no se ha encontrado una evidencia causal directa (Gallardo-Pujol, Forero, Maydeu-Olivares y Andrés-Pueyo, 2009).

1.2.1.1. Genética y cerebro: alteraciones estructurales, funcionales y bioquímicas

La genética hace referencia a los factores heredados ó condiciones biológicas con las que se nace. A través de los genes se transmiten rasgos propios de una misma familia. Aunque algunos rasgos, como los físicos, pueden observarse fácilmente, otros son más difíciles de identificar, como aquéllos que se

manifiestan en la conducta. Por ello, durante décadas se ha intentando resolver la pregunta con relación a la etiología genética de la conducta y la proporción de la misma que puede ser explicada desde la herencia. En cuanto a la conducta antisocial, una de las investigaciones clásicas en este tema, encontró que alrededor del 50% de la varianza de la conducta antisocial se puede explicar por la genética (Moffitt, 2005). En el mismo sentido, un meta-análisis reciente, en el que se incluyeron 38 estudios publicados entre los años 1996 y 2006, sobre la influencia genética y ambiental en el comportamiento antisocial y violento en gemelos e hijos adoptados, encontró que el 56% de la varianza de este tipo de comportamiento se puede explicar por influencias genéticas, el 11% se comparte entre causas genéticas y no genéticas, y el 31% obedece únicamente a influencias no genéticas (Ferguson, 2010). Tales resultados avalan una importante relación entre la genética y la conducta antisocial.

En los últimos años, la investigación en este campo se ha avocado a descubrir qué genes predisponen a diferentes tipos de conducta antisocial. Si bien no se han identificado genes específicos causales de comportamientos particulares, sí se ha probado la existencia de rasgos que pueden facilitar la manifestación de ciertas conductas. Además, el ambiente parece jugar un papel moderador relevante en el desarrollo o no de conducta antisocial en presencia de predisponentes genéticos. Así, no se trata de que la delincuencia se herede a través de un gen específico, sino más bien que se heredan condiciones que incrementan su probabilidad de ocurrencia. Entre estas condiciones están la impulsividad, los bajos niveles de miedo y la necesidad de sensaciones novedosas e intensas (Garrido, 2005). Aunque todas las personas que heredan estas características no llegan a ser delincuentes, sí tienen una mayor probabilidad de presentar conductas de riesgo (dentro de la legalidad con la práctica de deportes extremos o trabajos que de por sí implican riesgo, o al margen de la legalidad, con conductas de tipo delictivas).

En el ámbito biológico también existe evidencia de alteraciones de tipo estructural, funcional y bioquímico del cerebro que se relacionan con el comportamiento violento (Gallardo-Pujol *et al.*, 2009). En especial, estas alteraciones se han encontrado en áreas cerebrales como la corteza prefrontal

ventromedial, la corteza cingulada anterior, la amígdala y la corteza prefrontal dorsal lateral (Gráficos 3 y 4). En el mismo sentido, se ha descubierto que la disminución del volumen de materia blanca pre-frontal se asocia con el diagnóstico de trastorno de personalidad antisocial (Raine, 2008).

Además, la investigación sobre alteraciones bioquímicas en el sistema nervioso confirma la relación entre algunos neurotransmisores y comportamientos de índole antisocial. Por ejemplo, el aumento de dopamina se relaciona con un pobre control de los impulsos, y los niveles bajos de serotonina se asocian con la impulsividad y la agresión (Brever y Potenza, 2008; Krakowski, 2003; Miczek, Fish, De Bold y DeAlmeida, 2002; Nelson y Trainor, 2007).

Las hormonas también influyen sobre el comportamiento. En especial la testosterona parece tener un importante papel en la agresión, dado que como se explicaba en la conformación del cerebro durante la adolescencia, las hormonas influyen sobre la amígdala, el hipotálamo y la corteza orbitofrontal, estructuras encargadas del procesamiento emocional, la impulsividad y la búsqueda de sensaciones (Hermans, Ramsey y Honk, 2008, citados por Gallardo-Pujol *et al.*, 2009).

Como se explicó en el apartado de procesos cerebrales en la adolescencia, las partes prefrontal y mesolímbica del cerebro, y la comunicación entre ellas, intervienen en la manifestación de comportamiento antisocial, delictivo y violento. Si bien durante la pubertad se incrementa la probabilidad de presentar conductas de riesgo, debido en parte al desequilibrio en el nivel maduracional de estas áreas cerebrales, algunos adolescentes pueden presentar dificultades y déficits aún más específicos y no explicables por la edad, que potenciarían su probabilidad de manifestar conducta delictiva.

1.2.1.2. De los genes al cerebro, y del cerebro a la conducta antisocial

Esta teoría, propuesta por el psicólogo Adrian Raine (2008), sostiene que existen genes específicos relacionados con alteraciones estructurales y funcionales del cerebro que predisponen a la conducta antisocial; aunque esta influencia es modulada por las experiencias de la persona en la interacción que tiene con otros y con su entorno.

La investigación sobre genética y conducta ha identificado al menos siete genes asociados con la conducta antisocial y agresiva, que tienen influencia en estructuras cerebrales y alteran los niveles de serotonina. Estos genes son: MAOA, 5HTT, BDNF, NOTCH4, NCAM, tLxm y Pet-l-ETS.

Por ejemplo, el polimorfismo en el gen monoaminooxidasa A (MAOA) se asocia con conducta antisocial. Si este gen se neutraliza en ratones, éstos llegan a comportarse de forma agresiva unos con otros. Y cuando el gen se activa de nuevo, los ratones regresan a su comportamiento normal (Cases *et al.*, 1995). Con humanos se han encontrado resultados similares. Las personas con alguna disfunción en el gen MAOA tienen mayor probabilidad de involucrarse en comportamiento antisocial si experimentan altos grados de maltrato (Kim-Cohen, Caspi, Taylor, Williams, Newcombe, Craig y Moffitt, 2006). La enzima que el gen MAOA codifica puede alterar o desajustar los niveles del neurotransmisor serotonina, el cual se ha encontrado en niveles particularmente bajos en personas que presentan comportamiento antisocial. Quienes presentan polimorfismo en el gen MAOA tienen un 8% de reducción en el volumen de la amígdala, el cíngulo anterior y el cortex orbito-frontal (ventral – prefrontal) del cerebro (Meyer-Linderberg *et al.*, 2006). A su vez, estas estructuras cerebrales están involucradas en los procesos emocionales y están comprometidas en quienes presentan conducta antisocial.

Otro ejemplo en esta misma línea es el del gen 5-HTT y su relación con la serotonina. En una muestra de 153 hombres vinculados con la comisión de delitos se encontró una fuerte asociación entre la función de transportación de la serotonina de este gen y la violencia impulsiva. El polimorfismo en este gen predijo la conducta impulsiva y violenta en la población estudiada (Retz, Retz-Jungunger, Supprian, Thome y Rosler, 2004).

La investigación sobre la estructura del cerebro de personas que manifiestan conducta antisocial también ha mostrado alteraciones en el cortex prefrontal, que se manifiestan en conducta psicopática caracterizada por desinhibición, disminución del funcionamiento autónomo y emocional, y por la mala toma de decisiones (Raine y Yang, 2006). Asimismo, los sujetos con un TPA tienen una reducción de alrededor del 11% en la materia gris de la parte prefrontal del

cerebro, y una actividad autónoma reducida ante situaciones de estrés social que producen culpa y vergüenza (Raine, Lenez, Bihrlé, LaCasse y Colletti, 2000, citados por Raine, 2008). Los estudios sobre imágenes estructurales del cerebro han identificado que los genes explican el 90% de la variación en el volumen de la materia gris prefrontal en humanos (Thompson *et al.*, 2001, citados por Raine, 2008). Esto sugiere que el daño estructural cerebral en personas antisociales tiene una base genética significativa. Además, se han encontrado comprometidas otras partes del cerebro como el cíngulo, el córtex temporal, el giro angular, la amígdala y el hipocampo (Raine y Yang, 2006), todas ellas estructuras subcorticales relacionadas con la conducta emocional y moral.

Del mismo modo, los hallazgos de las investigaciones sobre funcionamiento cerebral de personas con TPA apoyan la idea de una base biológica para estos comportamientos. Por ejemplo, los homicidas tienen un menor metabolismo de glucosa en el córtex prefrontal que las personas de quienes se tiene evidencia de un historial no violento (Raine, Buchsbaum y La Casse, 1997, citados por Raine, 2008).

Estos daños estructurales y funcionales en el cerebro dan lugar a factores de riesgo cognitivos, emocionales y conductuales que predisponen a la conducta antisocial. Los factores de riesgo no causan directamente la conducta antisocial y agresiva, pero sí sesgan la conducta hacia la dirección antisocial (estos procesos se describen en el cuadro 5). Por ejemplo, la amígdala está directamente relacionada con el condicionamiento al miedo. Una alteración en esta estructura subcortical puede producir bajo condicionamiento al miedo. A su vez, este bajo condicionamiento puede influir en las respuestas emocionales que motivan a las personas para inhibir o desistir de una conducta que es castigada. Una persona con niveles “normales” de condicionamiento aprende de la experiencia y, por lo mismo, tiende a disminuir conductas que han sido castigadas previamente. Otro ejemplo consiste en que los individuos con alteraciones en el córtex prefrontal medial y ventral, en el giro angular, en el cíngulo posterior y en la amígdala, presentan dificultades para tomar decisiones que involucran la sensibilidad moral, y estas condiciones predisponen a quienes las sufren a romper las reglas y a involucrarse en conducta antisocial.

Cuadro 5. Relación entre alteración en áreas cerebrales específicas y su manifestación conductual. Parte 1.

Área del cerebro comprometida	Factores de riesgo/procesos	Consecuencias
Córtex Frontal		
Dorsolateral	Respuesta de perseverancia.	No se desiste de una conducta a pesar de ser castigado por ella. Conducta rígida ante cambios en el contexto.
	Déficit de planeación/organización.	Disfunción ocupacional y social, bajo ingreso.
	Cognición alterada (rasgos atribucionales)	Mala percepción de la intención de la conducta de otros.
Ventral/orbitofrontal	Toma de decisión	Decisiones que implican fracaso personal en diferentes áreas de la vida.
	Regulación emocional	Bajo control de la ira.
	Mediación de respuestas emocionales que guían la conducta.	Bajo control conductual.
	Empatía/interés por otras personas.	Insensibilidad y desprecio por los sentimientos o situaciones en que se encuentran otras personas.
Medial polar prefrontal	Juicio moral	Incumplimiento de reglas sociales
	Auto-reflexión	Falta de auto-conciencia
Estructuras Límbicas		
Cíngulo anterior	Inhibición	Dificultad para inhibir respuesta antisocial.
	Errores para procesar conflictos	Dificultad para hacer frente a situaciones conflictivas.
Cíngulo posterior	Toma de decisión moral	Incumplimiento de normas sociales.
	Auto-referencia	Bajo locus de control interno en situaciones de consecuencias negativas para sí mismo.
Amígdala	Bajo condicionamiento de miedo	Falta de afecto y pobre desarrollo de la conciencia.
	Juicios emocionales sociales	Mala interpretación de los sentimientos y motivaciones de otras personas.
	Emociones y moralidad	Incumplimiento de reglas sociales
	Juicio de confianza en otros	Hipersociabilidad y victimización.
Hipocampo	Condicionamiento contextual al miedo.	No identificar las conductas que han sido castigadas previamente, asociadas a contextos sociales específicos.

Fuente: Raine, A. (2008, p. 236). Traducción propia, con ligeros cambios de la autora.

Cuadro 5. Relación entre alteración en áreas cerebrales específicas y su manifestación conductual. Parte 2.

Cortex temporal		
Polo temporal –giro temporal Superior	Cognición y percepción social	Atribución negativa a las motivaciones de otras personas.
Giro temporal superior Posterior	Juicio moral	Incumplimiento de reglas sociales
Cortex parietal		
Giro angular	Juicio moral	Incumplimiento de reglas sociales
	Sentido de responsabilidad por las propias acciones	Conducta irresponsable

Fuente: Raine, A. (2008, p. 236). Traducción propia, con ligeros cambios de la autora.

Aunque la teoría de Raine enfatiza el papel de los genes y de los daños estructurales y funcionales del cerebro que provocan factores de riesgo para la conducta antisocial, también reconoce el papel fundamental del ambiente en la manifestación abierta y observable de dichos genes. Desde esta perspectiva, no se considera que los genes sean inmodificables, por el contrario, el autor propone un papel transcendente del ambiente en la expresión última de los genes.

De acuerdo con esta línea de investigación, las influencias tempranas pueden cambiar la expresión de los genes y su influencia en la estructura y las funciones del cerebro. Por ejemplo, las complicaciones en el parto (como la anoxia) pueden producir daños en el hipocampo, y si esto se suma a ambientes familiares negativos y al temprano rechazo materno, la predisposición a la delincuencia violenta se incrementa, mientras que un ambiente positivo puede aminorar los efectos de la condición biológica. En este sentido, es factible que las personas que provienen de ambientes positivos con un bajo riesgo para la delincuencia (hogares funcionales, afectivos, con pautas de crianza adecuadas), pero que presentan algún predisponente biológico (bajo nivel de metabolismo de glucosa en el lóbulo pre-frontal y/o bajo nivel de excitación fisiológica, por ejemplo) se involucren en conductas antisociales.

Con base en la teoría de Raine, en los casos en que las personas no tienen factores de riesgo sociales para la delincuencia, los factores biológicos tienen un importante papel explicativo. En otras palabras: cuanto mejor sea el ambiente, la importancia de la biología aumenta en la explicación de la conducta delictiva.

1.2.1.3. La personalidad

La personalidad, como constructo psicológico, corresponde con un conjunto de rasgos ó de estrategias utilizados por una persona para relacionarse con el mundo. Estos rasgos suelen ser persistentes a lo largo de la vida y en diferentes contextos. La personalidad se construye con base en el temperamento y el carácter. El primero corresponde a características fisiológicas estables relacionadas con la afectividad. Por ejemplo, los niveles de condicionalidad y la experimentación de emociones básicas como la ira, el miedo, la alegría y la tristeza. El carácter resulta de la interacción y del aprendizaje social. Por ejemplo, emociones complejas como la vergüenza, la culpa y la empatía.

De acuerdo con Rothbart (1989, citado por Garrido, 2005) el temperamento hace evidentes diferencias individuales en cuanto a reactividad y autorregulación. La reactividad se refiere a la emotividad tanto positiva (aceptación, sensibilidad, gusto por el contexto) como negativa (baja tolerancia a la frustración, miedo, baja adaptabilidad). La auto-regulación representa el conjunto de procesos que inhiben o facilitan la reactividad o respuesta afectiva, modula la afectividad (por ejemplo, atención, impulsividad, control de inhibición). La respuesta emotiva negativa y los niveles de auto-regulación que favorecen la impulsividad, pueden dar lugar a trastornos de conducta y a comportamientos antisociales en la adolescencia. Desde esta perspectiva, fungen como factores de riesgo para la delincuencia el temperamento hostil, la búsqueda de sensaciones y la impulsividad.

El temperamento hostil se refiere a un estilo de reactividad negativo en el que son frecuentes emociones como el enojo, la ira y la irritabilidad. A este respecto se ha encontrado que los niños que presentan un temperamento difícil desde edades muy tempranas (3 y 4 años), caracterizado por irritabilidad, desobediencia y dificultades para adaptarse, tienen mayor probabilidad de presentar problemas de conducta durante su adolescencia y de involucrarse en largas carreras delictivas (Farrington, 2005).

La búsqueda de sensaciones constituye aversión a la rutina y tendencia al aburrimiento, con lo cual las personas que puntúan alto en este factor suelen implicarse en experiencias intensas, novedosas y arriesgadas. Dado que la conducta antisocial y violenta provee este tipo de experiencias, quienes tienden a

la búsqueda de emociones y tienen bajos niveles de miedo, están en mayor riesgo de involucrarse en actividades delictivas. Por el contrario, los jóvenes que puntúan bajo en búsqueda de sensaciones y que tienen niveles de miedo medios a altos, tienen una menor probabilidad de presentar problemas de conducta.

La impulsividad se define como la conducta de satisfacción de los propios deseos o necesidades, sin considerar las consecuencias de la misma. Las personas impulsivas suelen centrarse en las expectativas de posibles ganancias y no prestar atención a las pérdidas potenciales.

Los individuos no impulsivos consideran las consecuencias tanto positivas como negativas de su propia conducta, de tal forma que se dan un tiempo antes de tomar una decisión o de actuar.

En resumen, las teorías de la personalidad explican la delincuencia como el resultado de la interacción entre las características genéticas de cada persona y el medio ambiente en el que se desarrolla. La predisposición hereditaria se manifiesta en el nivel de activación cortical y en el grado de labilidad del Sistema Nervioso Autónomo. De acuerdo con estas teorías, las personas nacen con predisposiciones para experimentar con mayor o con menor dificultad las emociones, para percibir la intensidad de los estímulos y para regular los propios niveles de excitabilidad. Por ejemplo, las frecuencias cardíacas bajas se asocian con la búsqueda de sensaciones y el deseo de correr riesgos, con lo cual pueden constituir factores de riesgo para la conducta antisocial (Farrington, 1997). Por el contrario, las tasas cardíacas altas se asocian con niveles elevados de miedo que pueden funcionar como inhibidores de la conducta antisocial (Kagan, 1989).

Una de las teorías más representativas en esta línea es la propuesta por Hans Eysenck. En este modelo factorial se proponen tres dimensiones: introversión-extraversión; estabilidad-neuroticismo y normalidad –psicoticismo (Eysenck y Gudjonsson, 1989).

La dimensión introversión-extraversión se refiere al nivel de estimulación cortical. Los introvertidos tienen altos umbrales de activación cortical, y bajos umbrales sensoriales y de inhibición. En consecuencia, en el marco de esta teoría, las personas introvertidas, pueden percibir con intensidad diversas sensaciones incluso ante estímulos de baja intensidad. Por el contrario, los extrvertidos tienen

bajos niveles de activación cortical, y umbrales sensoriales y de inhibición altos, de tal forma que tienen mayor probabilidad de buscar sensaciones y correr riesgos para encontrar estímulos de suficiente intensidad como para experimentarlos. A su vez, los niveles bajos de activación cortical, se asocian con baja condicionabilidad con lo cual las personas requieren mayor estimulación y desarrollan gran tolerancia al castigo.

La dimensión de estabilidad-neuroticismo está vinculada con las estructuras subcorticales del cerebro y se refiere a la capacidad de manejo de situaciones de estrés. La neurosis implica una alta sensibilidad a los estímulos (incluso poco intensos) caracterizada por una activación precoz de las emociones. Además, el neuroticismo se caracteriza por una baja tolerancia física y psicológica ante situaciones de conflicto, que se traduce en frustración y se manifiesta en “afectividad negativa” (estados de estrés, ansiedad, depresión u hostilidad).

Rasgos como la sugestionabilidad, la falta de persistencia, la lentitud en el pensamiento y en la acción, la poca sociabilidad y la tendencia a reprimir hechos desagradables son frecuentes en personas que puntúan alto en la evaluación de neuroticismo. La neurosis se explica por una predisposición biológica para reaccionar de manera intensa en su sistema nervioso autónomo, incluso ante estímulos de baja intensidad. La estabilidad, en cambio, se manifiesta en una actitud calmada de difícil excitabilidad (Garrido, 2002).

La dimensión de Normalidad - Psicoticismo está asociada con los neurotransmisores de dopamina y serotonina; y se manifiesta en los niveles de insensibilidad social, crueldad hacia otros y agresividad (Redondo y Andrés-Pueyo, 2007). El Psicoticismo se manifiesta en rasgos como inmadurez, irresponsabilidad, oposición a la autoridad, independencia, dificultad para ser gobernado y poca cooperación para con los demás.

La interrelación entre estas dimensiones de la personalidad y la conformación de la conciencia moral desde la infancia explica, según Eysenck, el comportamiento antisocial.

Para Eysenck (1996) la conciencia moral en los niños se adquiere mediante un proceso de condicionamiento clásico en el que se asocian las conductas antisociales tempranas (desobediencia, robos pequeños, escaparse de la escuela,

etc.) con estímulos aversivos propios de la educación de padres y maestros (llamados de atención, regaños, castigos). Los estímulos aversivos posteriores a la conducta antisocial producen en los niños sensaciones desagradables asociadas con emociones como el miedo o la ansiedad. Ante situaciones o tentaciones posteriores de oportunidad para presentar una conducta antisocial, el niño puede experimentar estas emociones condicionadas de forma anticipada a su propia respuesta, con lo cual se favorece la inhibición de ese comportamiento. A su vez, el no presentar dicha conducta se acompaña de una sensación de alivio asociada a la evitación de castigo condicionado y esto aumenta la probabilidad de que la inhibición sea recompensada y mantenida en el repertorio del niño.

De acuerdo con esta propuesta, la conformación de la conciencia moral se ve afectada por los grados en que estén presentes las dimensiones de este modelo factorial. Una persona con escasa activación cortical tendrá mayor dificultad para lograr el proceso de condicionamiento descrito en la adquisición de la conciencia moral. La baja condicionabilidad limita el aprendizaje de la propia experiencia, lo hace más lento y aumenta la probabilidad de vinculación en actividades de riesgo.

Esta teoría propone que las personas con elevados extraversión, neuroticismo y psicoticismo tienen mayor probabilidad de comportarse de forma antisocial. Los resultados de investigaciones sobre la relación entre las dimensiones de personalidad propuestas por Eysenck y la delincuencia autoinformada apoyan la teoría, aunque también plantean algunas diferencias dependiendo del rango de edad y de la carrera delictiva de las personas evaluadas (frecuencia y seriedad de los delitos cometidos). Por ejemplo, en un estudio realizado por Gomà-i-Freixane, Grande, Valero y Puntí (2001) en el que se evaluó a 436 hombres y mujeres de alrededor de 19 años de edad, entre quienes había estudiantes con y sin historial de problemas de comportamiento, y población penitenciaria, se encontró una importante relación entre la conducta antisocial autoinformada y la dimensión de psicoticismo. También es de resaltar que la dimensión de neuroticismo se encontró más elevada en los jóvenes que se encontraban privados de la libertad por la comisión de delitos, sugiriendo mayor neuroticismo a mayor gravedad de la conducta antisocial. Al parecer la dimensión de psicoticismo es la mejor fundamentada empíricamente con respecto a su alta

correlación con la conducta antisocial y delictiva. Por otro lado, la dimensión de extraversión puede estar modulada por la edad, algunos datos sugieren que la extroversión es mayor en la población más joven, mientras presenta rangos más bajos en la población adulta. El neuroticismo adquiere mayor relevancia cuando se asocia con la gravedad y frecuencia del historial delictivo: los jóvenes que cometen delitos más graves puntúan más alto en esta dimensión, aunque en general el neuroticismo sería mayor en adultos que en jóvenes (Furnham, 1984; Martin, 1985).

1.2.2. Teorías con énfasis en la relación entre individuos y su entorno social próximo

1.2.2.1. El aprendizaje social

La teoría del aprendizaje social, propuesta originalmente por Albert Bandura (1987), sostiene que la delincuencia se aprende mediante la observación y la imitación del comportamiento de personas que parecen tener éxito a través de su conducta antisocial. Este proceso de aprendizaje aumenta su probabilidad ante la disponibilidad de modelos delincuentes exitosos (por sus logros en cuanto a estatus, poder, dinero, etc.), que motivan la imitación de su comportamiento para obtener resultados similares.

En esta misma línea, la teoría del aprendizaje social de Akers (2009) integra la teoría sociológica de la asociación diferencial de Sutherland (1996) y los principios de aprendizaje derivados de la psicología conductual. Desde este planteamiento, se explica el hecho de que las personas se vuelvan propensas a la conducta delictiva o desviada, así como la estabilidad o el cambio en dicha propensión. Por lo tanto, la teoría explica tanto el desarrollo de las diferencias individuales estables como los cambios en las pautas o tendencias a la conducta antisocial y delictiva, a lo largo del tiempo y en diferentes situaciones. Esta postura también plantea la hipótesis de que el proceso de aprendizaje social modula los efectos que tienen la sociedad, la cultura y la estructura social sobre los índices de la delincuencia.

Akers considera distintos factores para la explicación de la adquisición del comportamiento delictivo, por un lado, y del proceso de mantenimiento de esas conductas, por otro.

El aprendizaje y la imitación tienen lugar cuando quien observa activa procesos cognitivos que le permiten identificar el comportamiento de otras personas, percatarse de sus consecuencias, comparar estas circunstancias con las propias, ponerse en el lugar del modelo observado e imaginar escenarios posibles en caso de adoptar dicha conducta.

De acuerdo con esta teoría, la explicación de la conducta delictiva debe considerar tres momentos: adquisición, repetición y mantenimiento del comportamiento en cuestión. El proceso de adquisición se refiere a la observación y a la posterior imitación de la conducta de un modelo antisocial, seguidas por una consecuencia favorable y directa para quien la imita. La repetición consiste en la reproducción del comportamiento delictivo en función de diferentes factores que funcionan como facilitadores, tales como oportunidades ambientales, promesa de recompensa económica, incitación por parte de un grupo de jóvenes, etc. Por último, el mantenimiento se produce mediante las consecuencias de la conducta delictiva, que son percibidas por quien la manifiesta como reforzamiento positivo (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006).

En el marco de esta propuesta, la conducta delictiva se aprende y se modifica: se adquiere, se ejecuta, se repite, se mantiene y se cambia, a través de los mismos mecanismos cognitivos y conductuales presentes en cualquier otro tipo de comportamiento. La conducta antisocial difiere de la prosocial en la dirección, en el contenido y en las consecuencias obtenidas a través de estos mecanismos. Dentro de la teoría de Akers los principales mecanismos de aprendizaje son: la asociación y el reforzamiento diferenciales, la imitación y las definiciones. La teoría del aprendizaje social plantea que la probabilidad de que se presente la conducta antisocial aumenta cuando el individuo se relaciona de forma diferencial con otras personas que realizan, modelan, apoyan y propugnan definiciones favorables a las violaciones de normas sociales y jurídicas (asociación diferencial). De acuerdo con Akers, las relaciones que ocurren antes (prioridad), persisten (duración), tienen lugar con mayor frecuencia (frecuencia) e

implican a las personas con quienes se tienen relaciones más importantes y cercanas (intensidad) son las que poseen mayor efecto sobre la conducta de un joven. Si el círculo social más significativo para una persona está involucrado en actividades ilegales, la probabilidad de que ésta se vincule en tales acciones será mayor.

La conducta desviada es con mayor frecuencia y magnitud, objeto de refuerzo diferencial frente a la conducta conforme con la norma. Es decir, cuando la persona recibe refuerzo por conductas desviadas y se le anticipa una recompensa superior al castigo por conductas antisociales en el futuro (refuerzo diferencial) se aumenta la probabilidad de que este tipo de comportamientos se repitan. El reforzamiento diferencial atañe al condicionamiento instrumental en el que la conducta se presenta en función de la frecuencia, la cantidad y la probabilidad de recompensas y castigos contingentes, percibidos y experimentados por los individuos.

El reforzamiento diferencial, tanto anticipado como real, se refiere a las consecuencias que se asocian con las creencias y con las conductas. El reforzamiento anticipado consiste en las consecuencias esperadas por una persona respecto a su propio pensar o actuar. El refuerzo real corresponde al fáctico, a lo ocurrido y experimentado por el propio individuo como consecuencia de sus actitudes y/o de su comportamiento. En este sentido, a mayor cantidad, probabilidad y frecuencia de refuerzo que obtenga una persona como resultado de su conducta delictiva, mayor es la probabilidad de delinquir (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006). Por ejemplo, como consecuencia de la conducta antisocial una persona puede experimentar: placer por encontrarse en una situación de alto riesgo (lo cual va ligado a las características propias de la personalidad); el apoyo, el reconocimiento o la admiración por parte de un grupo de iguales; la obtención de dinero u otros recursos sin mayor esfuerzo y en un plazo de tiempo muy corto; entre otras.

Mientras el proceso de adquisición de las conductas antisociales está más asociado con los refuerzos anticipados (lo que se observa y se espera obtener), en el proceso de repetición del comportamiento delictivo los refuerzos son experimentados de forma real y directa.

La frecuencia relativa, la intensidad, la duración y la prioridad de las asociaciones afectan a la cantidad, la frecuencia y la probabilidad relativa de refuerzo de la conducta conforme o desviada. De forma simultánea, la manera en que se dan las asociaciones diferenciales influye en la exposición de las personas a normas y modelos de conducta desviados o conformes. Asimismo, la frecuencia, la intensidad y la duración de las relaciones se incrementan en la medida en que la persona las percibe como gratificantes, y se reducen, si se experimentan como desagradables. Las relaciones significativas para los jóvenes se presentan con los grupos primarios como la familia y los amigos. Sin embargo, otros grupos secundarios y de referencia pueden influir en su conducta. Los vecinos, las iglesias, los profesores de colegio, los médicos, las figuras jurídicas y las autoridades y otras personas y grupos de la comunidad (así como los medios de comunicación social y otras fuentes más remotas de actitudes y modelos) tienen diferentes niveles de influencia sobre la propensión de las personas a la conducta delictiva.

Simbólicamente o en términos reales, la persona que comete delitos está más expuesta a los modelos desviados que a los legales. El proceso de imitación se da tras la observación de un modelo y de las consecuencias que éste obtiene tras la ejecución de la conducta observada. La imitación se hace más probable cuando quien observa se identifica con el modelo observado, encuentra puntos comunes con él (tanto en términos reales como de aspiraciones); y cuando se percibe al modelo como exitoso.

Desde esta perspectiva, la probabilidad de delinquir en un joven será mayor en tanto esté más expuesto a modelos antisociales que prosociales, donde los primeros tengan éxito (reconocimiento social, poder, dinero, etc.) y cuando existan más vínculos con ellos. De igual modo, cuando las definiciones, actitudes y creencias aprendidas por una persona son relativamente más favorables (deseables o justificadas) a la comisión que a la abstención de actos desviados (definiciones), la delincuencia será más probable.

Las personas adquieren y estructuran sus propias definiciones normativas tanto de forma general como de manera concreta. Las definiciones generales pueden tener una menor influencia sobre el comportamiento, mientras las

específicas se relacionan de forma estrecha con las acciones concretas (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006). Por ejemplo, una persona puede estar de acuerdo en que la violencia es reprobable, pero creer que el uso del castigo físico es necesario en la “educación” de los hijos. La segunda idea tendría una mayor influencia que la primera en la conducta concreta de quien tiene tales creencias. Por lo mismo, la persona del ejemplo tendría mayor probabilidad de ejercer violencia contra sus hijos que de inhibirla.

La adquisición de definiciones se da a través de un proceso de imitación de las actitudes de modelos disponibles para cada quien, en el entorno cercano o distal (por ejemplo, a través de los medios de comunicación); y/o del reforzamiento diferencial obtenido por conductas acordes con tales creencias.

La evaluación de la efectividad de intervenciones basadas en la teoría del aprendizaje social indica que, comparada con otras teorías, ésta cuenta con un mayor apoyo empírico, con efectos globales más fuertes y a más largo plazo, tanto en estudios estadounidenses como europeos y asiáticos (Akers, 2009; Akers y Sellers, 2004). Por ejemplo, el Programa para Adolescentes en Transición (Adolescent Transition Program: ATP) del Centro de Aprendizaje Social de Oregon (Oregon Social Learning Center: OSLC) tiene como objetivo la formación de padres en técnicas y estrategias eficaces para la crianza de los hijos. Las sesiones individuales y de grupo dirigidas a adolescentes en situación de riesgo de edades comprendidas entre los 10 y los 14 años para fomentar las asociaciones y actitudes prosociales, y el autocontrol. La investigación que ha evaluado este programa sugiere reducciones importantes en la conducta antisocial de los jóvenes que participaron en el programa (Dishion, Patterson y Kavanagh, 1992).

En otro de los programas del OSLC, de Cuidado Adoptivo Temporal de Tratamiento Multidimensional (Multidimensional Treatment Foster Care [MTFC] program) diseñado para jóvenes delincuentes crónicos y violentos, la investigación de evaluación ha mostrado que los delincuentes del grupo de tratamiento del MTFC tienen unos índices de delincuencia tanto oficial como auto-informada inferiores a los de otros jóvenes comparables situados en otros programas de tratamiento comunitario (Chamberlain, Fisher y Moore, 2002).

1.2.2.2. *La tensión*

De acuerdo con la revisión realizada por Garrido, Stangeland y Redondo (2006), el principal fundamento de las teorías de la tensión es que la sociedad propone objetivos de éxito difíciles de lograr para la mayoría (estatus social y económico, por ejemplo), y a la par, ofrece recursos legítimos limitados para alcanzar dichos objetivos (como oportunidades de formación académica y de empleo reducidas). La discrepancia entre los objetivos propuestos por el contexto cultural de la persona y los medios para alcanzarlos producen altos niveles de tensión. Como respuesta a la tensión, la delincuencia es una alternativa de solución y de alivio. De acuerdo con esta teoría en la medida en que la delincuencia proporciona sensación de bienestar (a través de la reducción de tensión), se incrementa la probabilidad de repetir una y otra vez conductas en esta dirección.

En estas aproximaciones teóricas, los jóvenes con escasos recursos socio-económicos tienen mayor probabilidad de involucrarse en actividades delictivas para satisfacer sus necesidades. Quienes tienen menor acceso a recursos pueden tener también mayores dificultades para alcanzar un alto estatus social, con lo cual se pueden generar sentimientos de frustración. Esto unido a otros factores probables en este sector de la población –como el fracaso escolar y la vinculación con otros chicos en las mismas condiciones- aumenta la probabilidad de vinculación en actividades ilegales (Cohen, 1955, citados por Garrido, Stangeland y Redondo, 2006).

Los mismos revisores explican algunos planteamientos clásicos, como los de Cloward y Ohlin (1966, citados por Garrido, Stangeland y Redondo, 2006) en los que se ha incluido un elemento fundamental: la disponibilidad de estructuras de oportunidad ilegítimas. De acuerdo con esta postura, las pocas oportunidades que ofrecen las sociedades para comprometerse en el logro de metas dentro de la legalidad, en contraposición a la creciente oferta de opciones en el ámbito ilegal (por ejemplo, redes de delincuencia organizada como el narcotráfico, la trata de personas, pornografía, etc.) aumentan la probabilidad de que los jóvenes formen parte de la industria del crimen. La disponibilidad de modelos delictivos, las

recompensas sociales al delito y las oportunidades para el mismo, son la combinación perfecta para el incremento de conductas al margen de la ley.

En los últimos años, la teoría de la tensión ha sido renovada, fundamentalmente a partir de la propuesta de Agnew (1992). Esta teoría, denominada teoría general de la tensión, plantea que la delincuencia es producto de la tensión producida por las relaciones conflictivas con otras personas, responsables de sentimientos de frustración o tensión; de tal forma que los estados emocionales negativos como la ira, la frustración, el resentimiento y la mala relación con el entorno, pueden motivar el uso de medios ilegítimos para lograr objetivos sociales. En esta propuesta Agnew intenta remediar algunos problemas encontrados en las teorías de la tensión clásicas, aunque mantiene el supuesto básico de que la delincuencia es producto de las relaciones interpersonales que producen tensión. Esta nueva versión, se diferencia de la versión clásica, básicamente en tres aspectos:

- (a) La teoría general de la tensión se plantea desde una perspectiva socio-psicológica, mientras la propuesta clásica concibe la tensión como un concepto estrictamente social. De esta manera, para Agnew la tensión se conceptualiza en un nivel individual que da lugar a las diferencias individuales para explicar las reacciones frente a la tensión, con lo cual se puede explicar mejor por qué algunas personas recurren al crimen para aliviar la tensión, mientras otras no lo hacen.
- (b) Para Agnew el concepto de tensión es más amplio que en las teorías clásicas. Mientras en las propuestas tradicionales la tensión es el resultado de la discrepancia entre las metas que se proponen en determinada cultura y los medios para alcanzarlas, en esta nueva versión existen tres fuentes de tensión:
 - La dificultad para experimentar el logro de metas sociales positivas. La fuente de tensión se encuentra en la diferencia entre las expectativas de logro y los logros reales. Por ejemplo, no conseguir un empleo que se desea o no poder acceder a un grupo social de referencia.

- La privación de gratificaciones que ya posee o se espera poseer. Es decir, una vez que se ha conseguido la posición deseada, ésta se pierde. Como la persona que por su esfuerzo tiene una situación económica ideal, pero debido a una crisis económica internacional debe declararse en quiebra.
- Los estímulos aversivos o condiciones negativas de las que no se puede escapar. Este punto hace referencia a contextos en los que las personas tienen poco control, hay incertidumbre y se experimentan emociones negativas de forma prolongada y repetitiva. Por ejemplo, el acoso o el abuso por parte de otra persona.

La propuesta de diferentes fuentes de tensión da a esta teoría una mayor cobertura de explicación para las conductas desviadas y delictivas, que las teorías previas. Por ejemplo, mientras la teoría de la tensión clásica enfatiza la probabilidad de delincuencia en personas de bajo nivel socio-económico, la teoría de Agnew proporciona una explicación más amplia de la conducta delictiva aplicable a clases sociales baja, media y alta. Desde esta perspectiva, personas con suficientes recursos económicos también pueden presentar conductas antisociales para lograr otro tipo de satisfacciones relacionadas con el estatus o con el reconocimiento social.

- (c) Por último, a diferencia de la teoría de la tensión que asume una relación universal y directa entre la tensión y la delincuencia, la teoría general de Agnew propone varios factores que median la relación entre tensión y crimen. Uno de los principales factores que median esta relación es el de emociones negativas.

Las diferentes fuentes de tensión, y en general, las relaciones negativas con otras personas limitan el logro de metas positivas, aumentan la exposición a estímulos negativos y reducen las situaciones valoradas positivamente. Estas relaciones negativas incrementan la probabilidad de que una persona experimente

una o más emociones negativas como la ira, el enojo, la depresión, la ansiedad, la decepción y el resentimiento. De estas emociones, la ira es una de las más importantes con relación a la delincuencia, dado que incrementa la percepción de amenaza, origina el deseo de venganza, motiva a la persona a la acción y disminuye las inhibiciones conductuales. En el afán de resolver tales emociones, la delincuencia constituye una alternativa para aliviar la tensión –lograr metas valoradas positivamente, proteger estímulos positivos o escapar de estímulos negativos-. Si el comportamiento delictivo contribuye de forma efectiva a aliviar la tensión, éste tendrá alta probabilidad de repetirse. Por ejemplo, el robo en una crisis económica puede aliviar la tensión producida por los recursos limitados o la pérdida de estatus social vinculada con el poder adquisitivo; o las lesiones ocasionadas por una mujer a su esposo maltratador pueden “liberarle” temporalmente de la agresión sufrida.

A diferencia de la teoría básica de la tensión, la teoría de Agnew reconoce que algunas personas –no todas- recurren a la delincuencia para aliviar la tensión, porque existen diferencias individuales en las estrategias de afrontamiento y adaptación de cada quien. El adoptar una estrategia conforme a la legalidad o no, depende de la disponibilidad de estas habilidades (en una u otra dirección), de su efecto para reducir la tensión y de la disposición para comprometerse en unas u otras.

La elección de estrategias conforme a la legalidad o de carácter antisocial depende tanto de factores predisponentes como de factores impulsores. La teoría general de la tensión propone como factores predisponentes el temperamento de cada persona, así como sus creencias y experiencias a favor de la delincuencia. Los factores impulsores están relacionados con el valor que dan los individuos al logro de sus objetivos, las habilidades propias de cada persona, el apoyo social con que cuenta, y con factores sociales y culturales que promueven el uso de la delincuencia, por ejemplo, la importancia que se da a la posición social, al dinero, etc. (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006).

Aunque son escasos los estudios que investigan la validez de esta teoría, existe evidencia que apoya la relación entre diferentes tipos de tensión y la delincuencia (por ejemplo, Piquero y Sealock, 2000, 2004). Además, se ha

encontrado que el impacto de la tensión sobre la delincuencia es mediada, por lo menos parcialmente, por la ira y otras emociones negativas, así como por la disponibilidad de estrategias de afrontamiento legítimo (por ejemplo, Broidy, 2001). Sin embargo, en general los datos difieren en función del tipo de tensión y de las emociones negativas que se evalúan, aunque existen resultados contradictorios al respecto (Capowich, Mazerolle y Piquero, 2001).

Mientras las emociones negativas diferentes a la ira se asocian con un incremento significativo de habilidades de afrontamiento legítimo y un significativo decremento de estrategias antisociales, Broidy encontró que cuando la tensión induce la ira se incrementa de forma significativa la conducta delictiva, aunque no se relaciona con la probabilidad de estrategias legítimas. En general, se ha encontrado que las habilidades legales no parecen intervenir en la relación entre emociones negativas y estrategias delictivas. Más bien, las estrategias de afrontamiento legítimas e ilegítimas parecen adoptarse en respuesta a diferentes emociones negativas, resultantes de distintas experiencias que producen tensión.

El estudio de Broidy apoya la teoría de Agnew con respecto a que la tensión, las emociones negativas y las estrategias legítimas de afrontamiento son importantes para explicar la probabilidad de conducta antisocial. Sin embargo, quedan dudas respecto a la naturaleza de las relaciones entre estos elementos.

1.2.2.3. El control social o los vínculos sociales

La teoría clásica de control social propuesta por Hirschi (1969) plantea una relación significativa entre los vínculos interpersonales de una persona y su probabilidad de involucrarse en actividades delictivas. A menor cantidad y calidad de las relaciones sociales con personas no delincuentes y bien integradas, mayor es la posibilidad de que se cometan delitos.

Desde esta teoría la pregunta esencial no es por qué algunas personas delinquen, sino por qué la mayoría de la gente no llega a cometer delitos, es decir, qué procesos de inhibición funcionan para disuadir a las personas de comportarse acorde con la legalidad. De acuerdo con Hirschi, los vínculos afectivos con personas prosociales o socialmente integradas reducen la probabilidad de que una

persona delinca, mientras la inexistencia o ruptura de vinculaciones sociales prosociales la aumentan.

Estos vínculos afectivos se establecen en la familia, la escuela, el grupo de amigos y en las actividades sociales convencionales disponibles, a través de cuatro mecanismos (Redondo y Andrés-Pueyo, 2007):

- (a) El apego: se refiere a los lazos emocionales que se establecen con otras personas. La intensidad de los vínculos emocionales es mayor con personas significativas o de grupos de referencia con quienes el joven se identifica o a quienes admira. Cuando las personas con quienes se establecen los vínculos emocionales desapruueban o rechazan la delincuencia, aumentan la probabilidad de que los jóvenes eviten involucrarse en actividades delictivas.
- (b) El compromiso: es el grado en que se asumen objetivos sociales. Cuando un joven ha invertido tiempo y esfuerzo para el logro de metas convencionales, evitará ponerlas en riesgo mediante el delito, y con todas las implicaciones que tiene esto a nivel social.
- (c) La participación: representa el nivel de implicación de la persona en actividades sociales. Si la participación de una persona en actividades positivas es alta, no tendrá espacio para involucrarse de forma simultánea en actividades ilegales.
- (d) Las creencias: son las convicciones favorables a los valores establecidos y contrarios al delito. Así, un joven que justifica el daño causado a otras personas y que considera que no está “mal” herir a alguien para lograr sus propósitos, tendrá mayor probabilidad de cometer delitos.

En esta teoría, el control se desarrolla con los mismos mecanismos del aprendizaje social: refuerzos y castigos. En el caso de los jóvenes las consecuencias más efectivas son aquéllas que se presentan de forma inmediata y que están disponibles en el contexto próximo de la persona. Por ejemplo, son más

efectivos los castigos que se presentan justo después de emitida una conducta, que las sanciones penales, que generalmente tardan en producirse.

De acuerdo con esta teoría, los mecanismos de vinculación social pueden sufrir rupturas en cuatro contextos: familiar (padres); escolar; pares o amigos; y actividades convencionales.

A mayor vinculación en estos contextos menor probabilidad de delincuencia. En especial, si el apego afectivo con los padres es fuerte, la posibilidad de involucrarse en actividades delictivas se reduce.

En 1990 Gottfredson y Hirschi propusieron su teoría del autocontrol. Esta teoría se basa en el supuesto básico de que toda la conducta es motivada por el logro del placer y la evitación del dolor. De acuerdo con estos teóricos, la delincuencia y otras conductas desviadas (fumar, beber en exceso, conducir de forma temeraria, sexo irresponsable, etc.) ofrecen gratificación inmediata, simple, excitante y fácil. Si bien todas las personas estarían motivadas por la consecución de placer o de satisfacción con el mínimo esfuerzo y en el menor tiempo posible, la mayoría de las personas no presentan comportamiento antisocial. La pregunta clave es ¿por qué las personas se comportan de acuerdo con la ley o qué hace que las personas se abstengan de la conducta delictiva? La respuesta desde esta teoría recae en el “auto-control”.

Desde esta perspectiva teórica, el auto-control representa la tendencia diferencial de las personas a evitar los actos delictivos independientemente de las circunstancias en las que se encuentren. En otras palabras, las personas con alto auto-control se resisten al placer inmediato asociado con la delincuencia y la desviación. Por el contrario, quienes tienen bajo autocontrol tienen restricciones insuficientes con respecto a los placeres que ofrecen estas conductas, con lo cual, cuando están ante oportunidades de desviación y delincuencia, ceden ante ellas.

Los jóvenes con bajo autocontrol son impulsivos, prefieren tareas fáciles y simples (en contraposición a las difíciles o que requieren mayor esfuerzo), tienen propensión a asumir riesgos, prefieren las actividades físicas a las mentales, se centran en sí mismos y son insensibles a las necesidades de otros. Estos rasgos facilitan su comportamiento delictivo.

Gottfredson y Hirschi implican las relaciones sociales tempranas y las prácticas de crianza de los padres en el desarrollo del auto-control. Las causas de bajo auto-control se relacionan con una falta de compromiso parental con sus hijos. Específicamente, los padres o cuidadores no establecen vínculos de apego con sus hijos y si lo hacen utilizan pautas de crianza en las que no se monitorea la conducta de los niños, no se reconocen sus comportamientos desviados cuando ocurren y no se sancionan. La conjunción de los tres puntos anteriores generarán niños incapaces de demorar la gratificación, menos sensibles a los intereses y deseos de otros, menos capaces de aceptar restricciones; en suma, niños con bajo auto-control.

Para Gottfredson y Hirschi no hay una relación causal o directa entre la tensión y la frustración y la conducta delictiva, más bien se le ve como manifestación del bajo auto-control que causa la conducta antisocial a lo largo de la vida.

Numerosos estudios han evaluado y encontrado apoyo a la propuesta central de la teoría del auto-control como predictor del crimen y de otros problemas de conducta. Por ejemplo, se ha encontrado que tanto las medidas actitudinales como conductuales de bajo autocontrol se relacionan con la conducta ilegal y la probabilidad de delincuencia futura (por ejemplo, Tittle y Botchkovar, 2005; Vazsonyi, Wittekind, Belliston y Van Loh, 2004), y con otros problemas de conducta (Gibson, Schreck y Miller, 2004).

En un meta-análisis que incluyó 21 estudios que evaluaban la validez de la teoría del auto-control, Pratt y Cullen (2000) encontraron que el bajo autocontrol tenía un tamaño del efecto alrededor de .27 (lo cual apoya la idea de un fuerte correlato entre auto-control y delincuencia). En general, diferentes estudios apoyan el supuesto de que el bajo auto-control está relacionado con la desviación y la delincuencia de forma consistente, significativa y positiva (Por ejemplo, Romero, Gómez-Fraguela, Luengo y Sobral, 2003; Vazsonyi *et al.*, 2004).

CAPÍTULO 2

CRIMINOLOGÍA DEL DESARROLLO Y DELINCUENCIA SERIA

2.1. Las teorías con énfasis en las etapas vitales o criminología del desarrollo

La criminología del desarrollo estudia la secuencia de inicio, mantenimiento y desistimiento de las conductas delictivas a la largo de la vida de las personas (Loeber, Farrington y Waschbusch, 1998; Loeber y Le Blanc, 1990). Esta secuencia, denominada carrera delictiva, permite el análisis de los factores que influyen en dicho comportamiento durante la infancia, la adolescencia, la juventud y la adultez (Howell, 2009).

El inicio de la carrera delictiva es importante para entender la etiología de la delincuencia, el por qué algunas personas se involucran en ella y de qué depende que lo hagan a edades tempranas o no.

El mantenimiento de la carrera delictiva ofrece comprensión respecto a su duración, la frecuencia y la seriedad de los delitos cometidos (incremento en la violencia utilizada, por ejemplo) y los factores que influyen en que los jóvenes permanezcan en la cultura del delito. En este sentido, también es de interés la relación entre la edad en que se manifiestan las primeras conductas antisociales y la persistencia en ellas.

Finalmente, el estudio del desistimiento o reducción de la conducta delictiva ayuda a identificar las variables que facilitan ese proceso.

En el marco de la criminología del desarrollo, las carreras delictivas se presentan en función de los factores de riesgo y de protección implicados en cada etapa vital. Si bien algunos factores son fundamentales en una etapa de la vida, pueden no serlo en otras. Por ejemplo, el vínculo afectivo padres e hijos puede ser significativo en la infancia, pero no en la adultez; mientras la relación de pareja

puede jugar un papel decisivo en la adultez temprana, pero no en etapas anteriores.

Los planteamientos de las teorías del desarrollo se sustentan en los resultados de diferentes estudios longitudinales que han permitido conocer el curso de las carreras delictivas. Entre estas investigaciones están las realizadas por la dirección de Justicia Juvenil y de prevención de la delincuencia en Estados Unidos (la Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention – OJJDP-) (Huizinga, Loeber, Thornberry y Cothorn, 2000; Huizinga, Weiher, Espiritu, y Esensen, 2003; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995); el estudio de Snyder (1998) realizado en el condado de Maricopa (Arizona, Estados Unidos); el estudio de Cambridge en Inglaterra (Farrington, 2003); y el estudio de Dunedin en Nueva Zelanda (Moffitt, Caspi, Dickson, Silva y Stanton, 1996).

La OJJDP estudió la delincuencia grave, la violencia y el uso de drogas en jóvenes (Huizinga, Loeber, Thornberry y Cothorn, 2000; Huizinga, Weiher, Espiritu, y Esensen, 2003; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995; Thornberry y Khron, 2003, 2005). Esta investigación estuvo conformada por tres proyectos: (a) la encuesta juvenil de Denver (b) el estudio Juvenil de Pittsburg y (c) el estudio del desarrollo juvenil de Rochester.

El proyecto en Denver consistió en una encuesta realizada a niños y adolescentes que tenían entre siete y 15 años de edad al comienzo del estudio, y a sus padres, todos provenientes de vecindarios de *alto riesgo* (Huizinga, Loeber, Thornberry y Cothorn, 2000; Huizinga, Weiher, Espiritu, y Esensen, 2003).

En Pittsburg, se hizo una evaluación de problemas de conducta informados por 1517 niños de primer, cuarto y séptimo grados del sistema escolar público de esta ciudad; además fueron entrevistados sus padres y profesores sobre el mismo tema (Loeber *et al.*, 2003; Loeber, Farrington, Stouthamer-Loeber y White, 2008).

Por último, en el análisis de desarrollo juvenil de Rochester se seleccionaron de forma aleatoria 1000 estudiantes de séptimo y octavo grados de colegios públicos. Una proporción significativa de los participantes provenían de zonas de alta criminalidad. Se hicieron evaluaciones con intervalos de 6 meses durante 4 años y medio (Thornberry y Khron, 2003, 2005).

En el estudio de Maricopa (Snyder, 1998) se analizaron los datos de 16 cohortes de jóvenes nacidos en el condado de Arizona, Estados Unidos, durante los años 1962 a 1977. La muestra total estuvo conformada por 151.209 jóvenes que cometieron algún delito antes de sus 18 años.

En la investigación de Cambridge (Farrington, 2003) se han estudiado las tendencias antisociales y prosociales de 411 jóvenes londinenses (desde que tenían ocho años hasta la edad de 46). Para ello, se han realizado cerca de cuatro entrevistas en profundidad y aplicaciones de pruebas psicológicas a cada uno de los participantes, combinando métodos de investigación cualitativos y cuantitativos.

Finalmente, en Dunedin se procesaron los datos de cerca de 1000 personas (niños, padres y maestros). Los niños habían nacido entre 1972 y 1973 y a sus tres años se encontraban en la misma ciudad natal. Los participantes fueron evaluados desde sus tres hasta sus 18 años (con lapsos de tiempo de dos años entre una y otra evaluación), luego se les volvió a evaluar a sus 18, 21, 26 y 32 años. Se utilizaron entrevistas, pruebas físicas, exámenes médicos, cuestionarios por computador y encuestas (Moffitt *et al.*, 1996).

2.1.1. Teoría de Terrie Moffitt (1993)

La teoría del desarrollo delictivo de Moffitt (1993) explica la delincuencia como un fenómeno multicausado en el que intervienen las condiciones biológicas de la persona que delinque, sus experiencias de socialización y el ambiente en que se desarrolla.

Con base en los resultados de Maricopa, Moffitt identificó dos tipos de carreras delictivas: (1) aquella que se presenta sólo en el transcurso de la adolescencia, y que corresponde a la mayoría de las personas que cometen delitos; y (2) el patrón de delincuencia persistente que se inicia en edades tempranas y que se extiende hasta la adultez. De acuerdo con esta autora, los jóvenes que delinquen de manera persistente en diferentes etapas de la vida se diferencian de quienes sólo lo hacen en la adolescencia, tanto en sus déficits neuropsicológicos -en especial en las habilidades verbales y en las funciones ejecutivas- como en

factores de personalidad y en el tipo de oportunidades disponibles en el ambiente en que se desarrollan (Moffitt, 1993; Raskin, Bates y Buyske, 2001).

Los jóvenes que presentan un patrón delictivo limitado a la adolescencia muestran menor incidencia de rasgos antisociales que los persistentes. La delincuencia se explica como una manifestación normal de esta etapa del desarrollo asociada con una importante dependencia del grupo de amigos (pares) y de su entorno social.

En la delincuencia persistente sólo se compromete un pequeño grupo de personas (alrededor del 5% de la población de jóvenes) en quienes confluyen varios factores como las disfunciones neurológicas graves y los rasgos de personalidad difíciles, que unidos a contextos sociales adversos promueven una importante vulnerabilidad para el desarrollo del comportamiento antisocial.

Las disfunciones neurológicas pueden ser causadas por daños ocurridos en el cerebro desde la etapa prenatal (por abuso de drogas de la madre ó influencia genética), déficits neonatales (nutrición, por ejemplo) ó complicaciones en el parto. A su vez, las disfunciones neuropsicológicas causan déficit neurocognitivos que comprometen las habilidades verbales y las funciones ejecutivas, ambas fundamentales en los procesos de socialización. El déficit en las habilidades verbales interfiere en la mediación verbal para el autocontrol, promueve los estilos cognoscitivos orientados al presente haciendo más probable la impulsividad.

Las funciones ejecutivas –como se explicó en el primer capítulo- se refieren a la atención, el razonamiento abstracto, la flexibilidad cognitiva, la planeación estratégica, la anticipación de acontecimientos futuros, la programación de secuencias específicas de conducta, la autoevaluación, la autoconciencia, la inhibición de conductas impulsivas o inapropiadas, y la interrupción de patrones de conducta para sustituirlos por conductas más adecuadas a la situación. El daño en estas funciones promueve la conducta impulsiva, la ruptura de relaciones interpersonales, la disminución de habilidades para resolver problemas sociales, para proponer soluciones alternativas a los conflictos, y para inhibir respuestas agresivas.

Los rasgos de personalidad difíciles se manifiestan en edades tempranas a través de comportamientos de hiperactividad o de irritabilidad, mientras en la adolescencia son más frecuentes la impulsividad y la desinhibición.

Los jóvenes que presentan tanto las disfunciones neuropsicológicas como el temperamento difícil, en ambientes adversos de escasas oportunidades legales, pobreza, violencia, etc., tienen una mayor probabilidad de involucrarse en actividades delictivas. Si bien los estilos de crianza positivos (que establecen apego emocional, límites apropiados, ejemplos prosociales, etc.) pueden modular el efecto de variables biológicas y ambientales adversas, la existencia de pautas de crianza inadecuadas (que fomentan la ruptura de vínculos afectivos, no establecen límites, son negligentes o autoritarios y proporcionan ejemplos antisociales) promueven las carreras delictivas persistentes a lo largo de la vida.

Las personas que inician a tempranas edades su comportamiento delictivo tienen mayor probabilidad de desarrollar carreras delictivas violentas, versátiles y largas, es decir, cometen un gran número de delitos graves, de diferente tipo y durante periodos largos de su vida.

De acuerdo con la investigación de Moffitt (1993), con independencia de la edad de inicio en actividades delictivas, los jóvenes que habían cometido delitos solían tener trabajos no cualificados, estar desempleados y presentar inestabilidad emocional a sus 18 años de edad. Sin embargo, en evaluaciones posteriores (a sus 32 años), los chicos que habían presentado actividades delictivas sólo en el curso de la adolescencia se diferenciaron de los crónicos de inicio temprano en que habían logrado objetivos importantes como tener una casa, conseguir un empleo estable y tener una baja tasa de condenas oficiales. Además, la autora explica que los jóvenes que sólo delinquen en la adolescencia participan en actividades delictivas menores y, aunque persisten en algunos hábitos antisociales (beber en exceso, consumir drogas ilícitas e iniciar peleas), éstos interfieren poco con su vida laboral.

La evidencia parece apoyar el hecho de que el grupo limitado a la adolescencia, aunque puede no volver a involucrarse en comportamiento delictivo después de esta etapa, en cambio sí persiste en conductas como prácticas sexuales inseguras o conducción peligrosa; conductas consideradas de riesgo que se pueden

presentar dos o tres veces con mayor frecuencia que en los grupos de no delincuentes (Rutter, Giller y Hagell, 2000).

En general, la investigación avala la propuesta de Moffitt (1993) acerca de las diferencias entre los jóvenes que inician a temprana edad su comportamiento delictivo y quienes lo hacen desde la adolescencia. En el estudio clásico de Cambridge, por ejemplo, del total de hombres con edades entre los 17 y 24 años que recibieron una condena por la comisión de delitos, el 73% tenía antecedentes de una sentencia por delitos cometidos cuando tenían entre 10 y 16 años, mientras sólo el 16% no presentó antecedentes de este tipo. Además, cerca de la mitad de los delincuentes juveniles fueron condenados por segunda vez cuando tenían entre 25 y 32 años, y sólo el 8% de esta población no tenía antecedentes de sentencias en su juventud (estudios de Krohn *et al.*, 2001).

En este mismo sentido, en el estudio multidisciplinario sobre desarrollo y salud, realizado en Dunedin, el siete por ciento de la muestra presentó conducta antisocial y persistente en su niñez y adolescencia, mientras el 24% registró comportamiento antisocial sólo en su adolescencia (Moffitt, Caspi, Dickson, Silva y Stanton, 1996). En el trabajo de Kratzer y Hodgins (1996; citados por Rutter, Giller y Hagell, 2000), también se informaron diferencias en función de la edad de inicio del comportamiento delictivo, encontrando que sólo el siete por ciento de la muestra la inició en edades tempranas.

2.1.2. Teoría de Farrington (1996)

Farrington (1996) propuso una teoría integradora para explicar las tendencias antisociales en una persona y su decisión de comprometerse en actividades delictivas (en el Cuadro 6 se resumen los elementos esenciales de esta teoría). Para este autor, la tendencia antisocial de una persona depende de tres tipos de factores (Garrido, Stangeland y Redondo, 2006; Redondo y Andrés Pueyo, 2007): (1) los procesos energizantes o de motivación; (2) la direccionalidad de la conducta; y (3) la existencia de mecanismos inhibidores de la conducta antisocial.

Los procesos energizantes se refieren a las condiciones que motivan el comportamiento antisocial, tales como: (a) el nivel de deseo de bienes materiales,

de estimulación y de prestigio social; (b) la frustración y el estrés; y (c) el consumo de alcohol.

Cuadro 6. Resumen de la teoría integradora de Farrington.

Tendencias Antisociales	Decisión de cometer un delito	Inicio, persistencia y desistimiento de la delincuencia.
<ul style="list-style-type: none"> • Procesos energizantes (o motivación): <ul style="list-style-type: none"> - Bienes y estatus - Excitación - Frustración/ira - Consumo de alcohol • Dirección antisocial del comportamiento: <ul style="list-style-type: none"> - Habilidades psicosociales para logro de objetivos. • Procesos inhibitorios: <ul style="list-style-type: none"> - Creencias y actitudes contrarias al delito. - Supervisión adecuada. - Empatía. - Ausencia de impulsividad. - Inteligencia media/alta. 	<ul style="list-style-type: none"> • Oportunidades • Costes/beneficios anticipados. • Consecuencias (refuerzos/castigos) del delito que pueden modificar: <ul style="list-style-type: none"> - Las tendencias antisociales. - El cálculo costes/beneficios. 	<ul style="list-style-type: none"> • Inicio (sobre todo por influencia de los amigos): <ul style="list-style-type: none"> - Aumento de la motivación. - Elección de métodos ilegales. - Mayores oportunidades. - Mayor utilidad esperada. • Persistencia: <ul style="list-style-type: none"> - Estabilidad de la tendencia antisocial. • Desistimiento: <ul style="list-style-type: none"> - Mejora de las habilidades lícitas. - Influencia inhibitoria de las parejas. - Menores oportunidades. - Menor utilidad esperada.

Fuente: Garrido, Stangeland y Redondo, 2006, p. 415.

La direccionalidad de la conducta corresponde a la orientación antisocial o lícita del comportamiento. En este punto Farrington explica que las habilidades psicosociales que tiene un joven para conducirse respecto a la legalidad o fuera de ella influyen en su elección de los medios a utilizar para obtener gratificación. Cuanto menores sean los recursos psicosociales lícitos, mayor es la probabilidad de optar por medios antisociales.

Los mecanismos inhibidores de la conducta antisocial son factores que funcionan como contenedores de este tipo de comportamiento y que reducen la probabilidad de vincularse en actividades delictivas. Dentro de estos mecanismos están las creencias y las actitudes que favorecen la legalidad, la empatía y el auto-control. El aprendizaje de estos mecanismos se da a través del vínculo con adultos

significativos que utilizan pautas de crianza adecuadas (no aversivas, autoritarias o negligentes).

Por otro lado, la teoría integradora de Farrington plantea que la decisión de cometer un delito depende de tres situaciones (Muñoz y Navas, 2004): (1) la interacción de la personas con una situación concreta; (2) las oportunidades para cometer el ilícito; y (3) la valoración de costes y beneficios anticipados al delito (de tipo material y de castigo por parte del sistema de justicia).

Del mismo modo que en otras teorías del desarrollo, en ésta se pueden distinguir tres momentos en las carreras delictivas: el inicio, la persistencia y el desistimiento.

El inicio está estrechamente vinculado con la satisfacción de necesidades de los jóvenes, independientemente de su naturaleza. Las personas empiezan a delinquir por el logro de dinero, de estatus, de satisfacción sexual, etc.

La persistencia se asocia con el mantenimiento de las tendencias antisociales a lo largo del tiempo y a través de procesos de aprendizaje.

El desistimiento se relaciona con la reducción de satisfacción de logro a través de acciones ilegales y la compensación del éxito a través de alternativas legales. En este sentido, la adquisición de habilidades lícitas para el logro de los objetivos (por ejemplo, la capacitación laboral, el logro de un empleo digno, etc.) contribuyen a elegir un método legal. La vinculación afectiva con una pareja que no comparte creencias ni actitudes delictivas también incrementa la probabilidad de abandonar la carrera delictiva. El bloqueo de oportunidades para la comisión de delitos o mayores medidas de seguridad preventivas como *chips* electrónicos con dispositivos de alarma en productos de tiendas departamentales (o cámaras de vigilancia) disuaden del delito e incrementan la percepción de riesgo de consecuencias legales ante la comisión de delitos.

Farrington propone que los jóvenes que provienen de niveles socioeconómicos más bajos tienen mayor tendencia a delinquir, dado que en ausencia de alternativas legales para lograr sus metas la delincuencia es una opción. Las personas que han sido víctimas de maltrato también estarían más propensas a vincularse en acciones delictivas, puesto que su historial de violencia

puede influir en el escaso o inapropiado desarrollo de vínculos afectivos, y en consecuencia, el déficit en habilidades de auto-regulación emocional.

De acuerdo con esta teoría existe una alta concentración del delito en la adolescencia. En el estudio de Cambridge la mayor parte de las actividades delictivas fueron cometidas por jóvenes de 17 años, aunque la frecuencia de comisión de delitos se redujo en las edades subsecuentes. La edad media de quienes dijeron haber cometido delitos fue 21 años, mientras la media de inicio fue de 14 y la de culminación 23. Estos rangos de edad están relacionados con la etapa evolutiva de la adolescencia que se describió antes, en la que alrededor de los 14 años los jóvenes viven una transición entre la influencia de los padres y la posterior importancia de los amigos; mientras en edades cercanas a los 23 – relacionadas con la culminación de la carrera delictiva- se identifica una transición diferente entre la influencia de los amigos y la cercanía de la pareja (Ver Farrington, 2004).

Por otro lado, el desistimiento parece estar relacionado con la edad de inicio del comportamiento antisocial y con la frecuencia del actuar delictivo. Farrington (1996) encontró una disminución de 10% del delito después de cada condena en los delincuentes persistentes, en comparación con un 33% en los ocasionales. En esta misma línea, Nagin, Farrington y Moffitt (1995) con base en datos de condenas oficiales encontraron que los delincuentes crónicos empiezan su descenso delictivo a una edad más tardía que los limitados a la adolescencia, que dejaron en general de delinquir después de los 20 años. Este declive de la carrera delictiva está relacionado con algunos factores adicionales a la edad de inicio como la exposición a situaciones de riesgo y a condiciones protectoras en momentos determinantes; momentos que se definen por su capacidad de facilitar nuevas oportunidades para la integración social (en especial mediante la consolidación de las relaciones íntimas), lo que tiene marcados efectos positivos sobre la auto-estima y la propia eficacia, así como sobre las opiniones y expectativa de los demás (Rutter, Giller y Hagell, 2000).

2.1.3. Teoría de Loeber (1996)

La teoría del *patrón de desarrollo* de Loeber plantea que el comportamiento antisocial se desarrolla de manera progresiva y predecible, iniciándose con problemas de conducta poco serios que pueden evolucionar a través del tiempo a delitos graves y violentos (Howell, 2009; Loeber *et al.*, 2008; Loeber y Hay, 1997). En el Gráfico 5 se resume esta teoría.

De acuerdo con los resultados de la investigación de Denver y Pittsburg, para Loeber existen tres dimensiones que describen la trayectoria del comportamiento delictivo: (1) la gravedad progresiva del comportamiento antisocial, que se presenta desde conductas problemáticas poco serias hasta la comisión de delitos graves y violentos; (2) la proporción de jóvenes involucrados en comportamientos delictuosos, que va desde una alta proporción que presentan conductas poco peligrosas hasta una baja proporción que se vincula con carreras delictivas graves y violentas; y (3) la edad de inicio del comportamiento antisocial, que puede ser en la infancia, durante la adolescencia o en la adultez.

A su vez, en la dimensión de la gravedad progresiva del comportamiento se pueden identificar tres patrones de desarrollo de la conducta delictiva. El primero, denominado patrón de conflicto con la autoridad, se inicia antes de los 12 años de edad con desacatos menores a las normas y a las figuras de autoridad, y progresa con la desobediencia hasta llegar a problemas graves de conducta antisocial o pre delictiva (por ejemplo, escaparse o permanecer a altas horas de la noche fuera de casa).

El segundo se caracteriza por la participación del joven en delitos contra la propiedad, no violentos (desde menores hasta graves) y desconocidos para el sistema de justicia, por lo que se le ha llamado patrón encubierto. Este patrón hace referencia a una secuencia de acciones que se inicia con conductas manifiestas menores (mentir con frecuencia, hacer robos pequeños, entre otros), el siguiente paso se caracteriza por daño a la propiedad (incendios o vandalismo en general), y termina con formas de delincuencia que van de moderadas a graves (fraudes, robos de coches, etc.).

El tercer patrón corresponde a la conducta abierta o manifiesta, y está estrechamente relacionado con el empleo de la violencia, desde conductas poco

graves (como la amenaza o el molestar a otros) hasta comportamientos peligrosos (como el homicidio).

Los jóvenes que se ubican en los extremos de los tres patrones presentan historias de problemas de conducta persistentes característicos de las primeras etapas en cada patrón; y corresponden a los chicos con carreras delictivas crónicas y violentas. Dado que estas personas han delinquido por más tiempo, también tienen oportunidad de involucrarse en diferentes tipos de delitos, en el uso de drogas y otros problemas relacionados. Además, probablemente estos delincuentes poseen múltiples factores de riesgo y déficit sociales que se interrelacionan con la criminalidad.

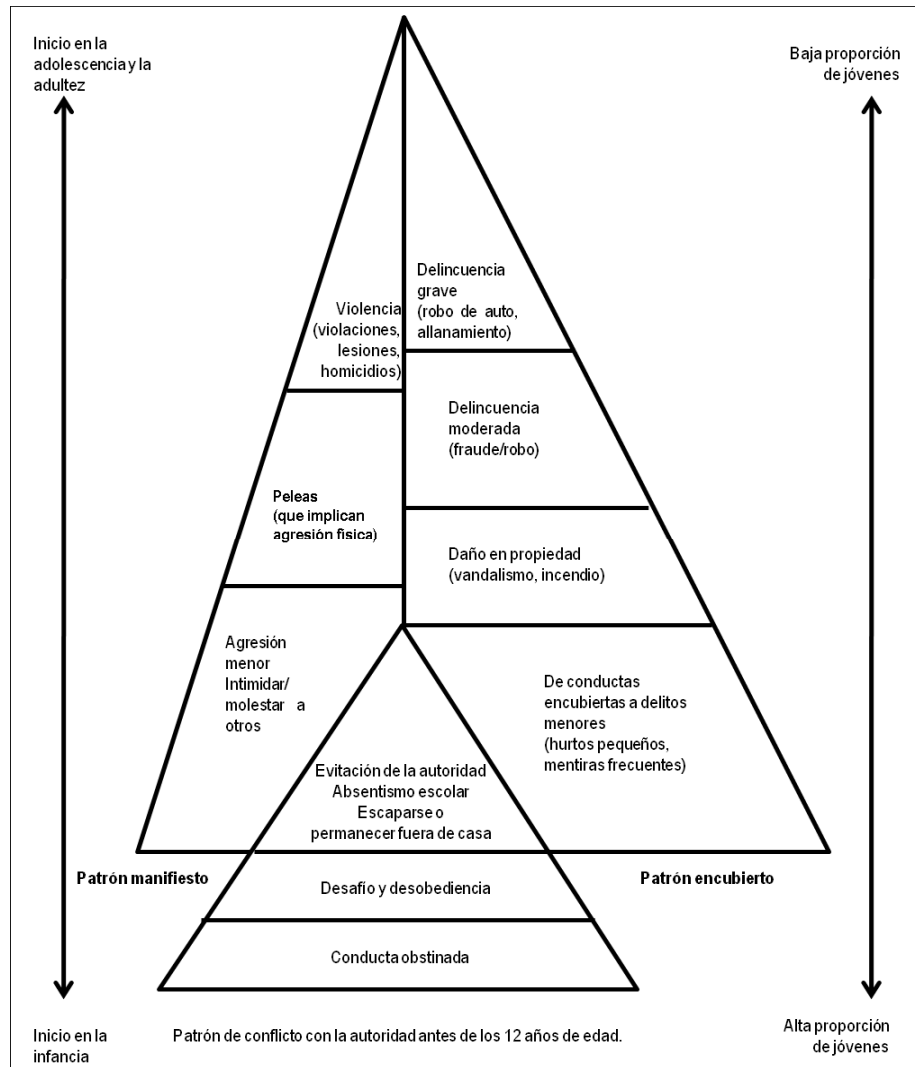
2.1.4. Teoría de Thornberry (1987)

La teoría de la interacción de Thornberry concibe la delincuencia como un proceso de aprendizaje que tiene lugar a través de la relación recíproca entre el comportamiento de las personas y las influencias criminógenas de su medio social. Entre estas influencias están las relaciones familiares disfuncionales y a favor de la delincuencia, y la relación con pares delincuentes.

De acuerdo con Thornberry el proceso de desarrollo humano es continuo y gradual, y en él puede distinguirse: la infancia, la adolescencia temprana, la adolescencia tardía y la adultez temprana. En cada una de estas etapas existen factores con mayor o menor influencia para el inicio, curso y desistimiento del comportamiento delictivo.

Además, esta teoría sostiene que no existen antecedentes estáticos y únicos en la explicación de la conducta antisocial, más bien es un conjunto de eventos causales mutuamente reforzantes a lo largo del tiempo el que causa la delincuencia. Por ejemplo, la delincuencia empeora la vida familiar, lo cual puede estimular más la delincuencia, y con ello empeorar la vida familiar, y así sucesivamente (Howell, 2009).

Gráfico 5. Teoría del Patrón de desarrollo de problemas de conducta y delincuencia.



Fuente: tomado de Howell (2009) p. 96. Traducción propia.

Con base en los resultados del estudio de Rochester, Thornberry y Khron (2003, 2005) han planteado que la delincuencia puede iniciarse en diferentes momentos del curso de la vida de las personas, desde la infancia hasta la adultez temprana. Si bien el delito puede comenzar a edades tempranas o tardías, no se pueden separar de forma tajante los patrones asociados con la edad de inicio. Desde esta perspectiva, las carreras delictivas no corresponden a una clasificación

dicotómica en función de la edad de inicio, sino más bien se presentan como el resultado de múltiples posibilidades: unas de corta duración -casi de naturaleza episódica-, otras persistentes e incluso intermitentes. A continuación se listan algunos de los hallazgos del estudio de Rochester que avalan esta propuesta:

- (a) A mayor edad en el momento de iniciar el comportamiento delictivo, menor fue el nivel de la delincuencia. Los jóvenes que cometieron su primer delito a los 15 años se involucraron en menos actividades delictivas que quienes comenzaron antes.
- (b) Una pequeña proporción de la muestra (el 17%) se involucró en actividades delictivas antes de cumplir 13 años (con edad promedio de 9.4 años). Los niveles de delincuencia para estos jóvenes fueron persistentes.
- (c) En función de la persistencia y de la edad en actividades delictivas se encontraron distintos patrones:
 - Bajo nivel de delincuencia (29.7%).
 - Delincuencia intermitente con periodos libres de delincuencia (10.8%).
 - Carreras delictivas crónicas (7.9%).
 - Delincuencia gradual con aumento paulatino de conducta delictiva y de violencia (12.6%).
 - Bajo nivel de desistimiento en la conducta antisocial (12.4%).
 - Transición (10.4%).
 - Inicio tardío (9.4%).
 - Altos niveles de delincuencia durante un periodo de tiempo determinado seguido por desistimiento (6.9%).

El desistimiento también mostró diferencias dependiendo del tipo de carrera delictiva. Los jóvenes que presentaron un bajo nivel de delincuencia empezaron su proceso de desistimiento a los 15 años. Quienes presentaron carreras

intermitentes desistieron a la edad promedio de 17,5 años; y los de transición a los 19 años.

Los jóvenes que iniciaron su comportamiento antisocial en edades tempranas experimentaron con mayor frecuencia la ruptura de sus relaciones familiares y escolares, lo cual a su vez pareció fortalecer sus relaciones con pares antisociales. En cambio, quienes iniciaron su comportamiento delictivo durante la adolescencia experimentaron mayor influencia de factores como el socio-económico y el de estrés familiar. Los jóvenes que iniciaron su vinculación delictiva en la adolescencia desistieron pronto o continuaron largas carreras delictivas en función de la presencia de factores protectores que compensaron el riesgo de la delincuencia.

Desde esta teoría el desistimiento es gradual y obedece a cambios ambientales y de patrones de interacción individuo-ambiente. Así, el desistimiento ocurre en diferentes edades, no solo en la transición de la adolescencia a la adultez.

2.2. Delincuencia seria

Los resultados de la investigación sobre el desarrollo de carreras delictivas han generado datos importantes para comprender las conductas delictivas y para diferenciarlas en función de su cronicidad (reincidencia ocasional o persistente) y violencia. Como se describe en el Cuadro 7, algunos jóvenes pueden cometer delitos violentos con una frecuencia mínima (letra C en el cuadro), mientras otros pueden caracterizarse por su actividad delincuencial crónica y violenta (letra D). Esta última corresponde con el concepto de delincuencia seria.

Cuadro 7. Categorías de comportamiento delictivo a examinar.

	No crónicos	Crónicos
No violentos	A	B
Violentos	C	D

Fuente: elaboración propia.

La cronicidad se refiere a las características de repetición y persistencia de la conducta delictiva. Estudios longitudinales como los citados en el apartado anterior han identificado diferentes niveles de cronicidad. A este respecto, en la

encuesta Denver se encontraron distintos patrones en las trayectorias delictivas: (a) una única vez en la vida del individuo, (b) durante un lapso de tiempo corto – un año-, pero de manera repetitiva, (c) en varios años de forma consecutiva –sin lapsos de descanso- y (d) a lo largo de varios años de modo intermitente – con lapsos de interrupción-.

El concepto de delincuentes crónicos corresponde a jóvenes con largos y persistentes historiales delictivos, es decir que tienen antecedentes de al menos tres arrestos o procedimientos legales por la comisión de un delito (Capaldi y Paterson, 1996).

Por otro lado, la violencia, en un sentido amplio, se entiende como una conducta grave y extrema que tiene la intención de causar daño a otros. La Organización Mundial de la Salud (2002) define la violencia como el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona, un grupo o una comunidad y que cause -o tenga muchas probabilidades de causar- lesiones, muerte o daños psicológicos. Es de aclarar que esta definición comprende tanto la violencia interpersonal como el comportamiento suicida y los conflictos armados, si bien nuestra investigación se centra en la primera.

La violencia, en el marco de la presente revisión, se refiere a la forma, modo o manera estratégica de enfrentarse a los problemas y a los conflictos sociales e interpersonales, caracterizada por producir consecuencias dañinas y perjudiciales a terceros y/o a sus bienes y pertenencias (Andrés-Pueyo, 2005). En el contexto juvenil, la violencia se entiende como el conjunto de actos que van desde la intimidación y las peleas hasta formas extremas como el homicidio, que afectan – como sujetos activos y/o pasivos- a las personas con edades comprendidas entre los 10 y los 29 años de edad (en concordancia con la propuesta de la OMS, 2002).

Algunos autores, hacen una distinción entre agresión y violencia. La primera, entendida como una capacidad “innata” del ser humano para defenderse ante estímulos amenazantes y sobrevivir, hace referencia a una conducta menos extrema y más normativa que la violencia. Esta última, en cambio, obedece a un comportamiento aprendido y moldeado culturalmente, caracterizado por ser potencialmente extremo y peligroso (por ejemplo, Sanmartín, 2000).

Existen diversas tipologías de la violencia, entre ellas, una de las más citadas y fundamentadas a través del estudio de personas que manifiestan comportamiento violento es la que distingue entre violencia expresiva e instrumental (Rojas, 1998). La violencia expresiva o emocional hace referencia a una conducta impulsiva, que aparece rápidamente y sin dar tiempo a pensar ante situaciones que generan algún tipo de malestar o estrés a la persona. En este sentido, se inflige daño por el daño mismo, de manera que la agresión constituye el fin y no el medio. Por ejemplo, cuando como consecuencia de un insulto la persona ofendida arremete contra el autor de la grosería.

La violencia instrumental, en cambio, se refiere a la conducta dirigida a obtener algún tipo de beneficio distinto al daño en sí mismo. Por ejemplo, en un robo se puede causar daño físico a la víctima, pero el objetivo principal no es el daño causado sino obtener el bien que se sustrae.

Algunos autores han propuesto otras categorías en la clasificación de la conducta violenta de los jóvenes. Por ejemplo, en el trabajo de Tolan y Guerra (1994) se distinguen los siguientes tipos de violencia adolescente:

- (a) Situacional: conducta que se presenta en una condición específica que puede exacerbar una predisposición individual hacia la violencia o incrementar la seriedad del acto.
- (b) De relaciones interpersonales: comportamiento que se da como resultado de disputas entre amigos y miembros de la familia que parece tener su base en características sociales y psicológicas.
- (c) Predatoria: acciones realizadas de manera intencional para obtener alguna ganancia o como parte de un patrón de conducta antisocial y criminal. Algunas formas comunes son los asesinatos, el robo y los asaltos de bandas. Se estima que cerca del 20% de los adolescentes cometen actos como estos pero que una pequeña parte de este grupo (5% a 8% de hombres y 3% a 6% de mujeres) son responsables de la mayoría de violencia predatoria (Tracy *et al.*, 1990; citados por Tolan y Guerra, 1994).

- (d) Psicopatológica: en esta categoría la violencia tiende a ser más repetitiva y extrema que en los otros tipos. En este sentido, la conducta violenta representa un producto de la patología individual más que una provocación situacional o un aspecto del desarrollo de la carrera criminal. Aunque esta categoría es poco frecuente se asocia con altos niveles de violencia.

Estas cuatro modalidades existen en un continuo multidimensional dentro de un modelo de causa biopsicosocial. La distinción de estos tipos de violencia tiene implicaciones importantes tanto para la prevención como para la intervención. Dado que cada subtipo de violencia se asocia con factores de riesgo y de protección específicos, el diseño de programas efectivos para su prevención debe fundamentarse en estas diferencias. Por ejemplo, se puede identificar que la adolescencia temprana es el mejor momento para tratar la violencia situacional e interpersonal, y que la predatoria y la psicopatológica deberán tratarse incluso desde antes.

Con lo anterior, el concepto de delincuentes violentos hace referencia a las personas responsables de la conducta antisocial más extrema, por ello, se les cataloga de persistentes, difíciles, peligrosos, entre otras denominaciones. Se consideran jóvenes delincuentes violentos quienes tienen historial por la comisión de algún delito en contra de la vida y de la integridad corporal de otras personas (en este tema se puede revisar a Wiebush, Baird, Krisberg y Onck (1995), con relación a la categoría de delitos “serios y violentos” en la cual se fundamentó la Encuesta Anual de la Oficina de Justicia Juvenil y Prevención de la Delincuencia de los Estados Unidos, OJJDP, p. 176). En esta categoría de delitos se encuentran el homicidio, el secuestro, el asalto agravado, el robo de vehículos y otras acciones ilegales que implican amenaza mediante el uso de la fuerza o las armas; y se excluyen delitos menores como el robo continuado en tiendas, los delitos de tráfico y de orden público. La acepción de carreras delictivas violentas implica la comisión de delitos que ocasionan daño serio a otras personas, determinado por la necesidad de tratamiento médico, por la presencia de heridas, de episodios de inconsciencia de la víctima o secuelas psicológicas producidas por las condiciones

de amenaza e intimidación por parte del agresor (Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995, p. 224 en referencia a la Encuesta Juvenil de Denver).

Aunque algunos delitos sexuales, como la violación, se podrían incluir en esta categoría, para efectos de esta revisión no se hará así. La razón para lo anterior es que la presente investigación hace parte del grupo internacional: *Campbell Collaboration, Crime and Justice* (Colaboración Campbell, División de Crimen y Justicia). En esta Colaboración se desarrollan alrededor de 30 proyectos de investigación, cuyos temas se eligen con base en las necesidades identificadas, tanto a nivel teórico como de práctica profesional y de políticas públicas, en los diferentes países que conforman este grupo. Dados los criterios específicos para delimitar el tema de cada uno de los proyectos que conforman la Colaboración Campbell, el tópico de la efectividad de intervenciones dirigidas a agresores sexuales fue asignado al equipo del profesor Friedrich Losel, mientras el tema de la efectividad de programas dirigidos a jóvenes con carreras delictivas crónicas y violentas fue asignado a quienes realizamos el trabajo que aquí se presenta.

2.2.1. *Cronicidad y violencia*

A pesar de que algunos delincuentes crónicos pueden ser violentos, otros no lo son; de la misma forma que no todos los delincuentes violentos son crónicos. Sin embargo, una buena proporción de jóvenes que presentan carreras delictivas violentas también son persistentes.

Loeber, Farrington y Waschbush (1998), por ejemplo, encontraron que 53% de los jóvenes catalogados como violentos en el estudio de Cambridge también eran crónicos, en tanto que el 47% restante ni siquiera fueron reincidentes; y que el 29% de los delincuentes crónicos eran delincuentes violentos, mientras el 71% restante había cometido delitos de otro tipo. Con esto, al parecer la mitad de los delincuentes violentos son también reincidentes, pero mucho menos de la mitad de delincuentes crónicos son violentos.

Por otro lado, en la encuesta Denver el 50% de la muestra cometió delitos violentos, de éste porcentaje el 36% correspondió a delincuentes violentos no crónicos y el 14% a violentos-crónicos. Por su parte, en el estudio de Rochester el 58% de los jóvenes cometió delitos violentos, y de ellos el 15% también fue

crónico. Estos altos porcentajes de comportamiento violento se debieron en gran parte a la estrategia de selección de la muestra, en la que se escogieron los jóvenes de mayor riesgo.

No obstante la importante asociación existente entre la violencia y la cronicidad, los jóvenes con este patrón delictivo suelen ser la minoría. Wiebush *et al.* (1995) informan que usualmente corresponde a menos del 10% de la población total de delincuentes, Moffitt (1993) habla de sólo un 5%, Farrington de 6% (2005), Snyder de 3% (1998) y Thornberry y Khron (2003) de 7%. En general, las personas que inician temprano sus actividades delictivas y persisten a lo largo de la vida no constituyen un grupo muy grande, pero sí parecen ser responsables de gran parte de los delitos cometidos.

En el estudio Cambridge, por ejemplo, el 6% de la muestra total fue responsable de la mitad de todos los delitos registrados oficialmente, y de los 24 sujetos que conformaron este porcentaje, 16 habían cometido por lo menos cinco tipos diferentes de delitos, incluyendo el 53% de todos los robos auto-informados (Farrington, 2005).

En la misma dirección, en la investigación de Maricopa (Snyder, 1998) se identificaron cuatro tipos de carreras delictivas en los jóvenes vinculados a la delincuencia:

- (a) Comunes: se refiere a jóvenes que no tuvieron más de tres arrestos o condenas, no presentaron conducta delictiva crónica ni tuvieron cargos por delitos graves¹. Esta categoría estuvo conformada por el 64% de la población en estudio.
- (b) Crónicas: corresponde con jóvenes que presentaron cuatro o más arrestos o condenas, el 15% de la muestra en estudio (aquí se pueden identificar quienes no cometieron ningún delito grave ni violento –la mayoría- y quienes sí tuvieron historial delictivo serio).

¹ Entre los delitos graves no violentos están el allanamiento y el robo, el hurto grave, el robo de coches, los incendios, el uso de armas de fuego y el tráfico de drogas.

- (c) Serias/graves: describe a jóvenes que han cometido algún delito grave no violento (contra la propiedad y no contra las personas)², que estuvo conformado por el 18% del estudio.
- (d) Violentas: representa la comisión de delitos que implican violencia (el 8% de la población en estudio)³.
- (e) Serias, violentas y crónicas: incluye a los jóvenes que han cometido delitos violentos graves y que lo han hecho cuatro o más veces (el 3% de la muestra estudiada).

De los jóvenes que tuvieron carreras delictivas crónicas, el 29% también fueron violentos. Así mismo, el 35% de quienes habían cometido delitos graves además eran persistentes. Y en el caso de quienes cometieron algún delito violento, el 53% también fueron crónicos. Por lo anterior, la suma de porcentajes de los diferentes tipos de trayectorias delictivas puede superar el 100%.

Con todo y que el porcentaje de jóvenes vinculados a carreras delictivas crónicas y violentas es pequeño comparado con el total de jóvenes que cometen acciones ilegales, esta población parece ser la responsable de una importante proporción de los delitos que se registran oficialmente. Lo anterior se refleja en los resultados de diversos estudios. Éste es el caso de una investigación sobre patrones delictivos realizada en Canadá en la que se encontró que el 16% de los delincuentes juveniles con historial de cinco o más incidentes legales fueron responsables del 58% de todos los incidentes registrados oficialmente (Carrington, Matarazzo y de Souza, 2005).

Los resultados de los estudios de Denver y Rochester aportan evidencia en el mismo sentido. En estas investigaciones a pesar de que el número de delincuentes crónicos y violentos fue inferior que el de violentos no crónicos, los primeros fueron responsables de la mayor parte de delitos violentos registrados oficialmente (Cuadro 8).

En el estudio de Rochester, los jóvenes con historial delictivo crónico y violento informaron haber cometido alrededor de 4.134 crímenes violentos, es

² En los delitos no graves están el asalto simple, la posesión de sustancias controladas, la conducta desordenada o inapropiada, el vandalismo, el delito sexual no violento, el robo menor, los delitos relacionados con la ingesta de alcohol.

³ En delitos violentos se incluyen: el homicidio, el secuestro, el asalto sexual violento, el robo y el asalto agravado.

decir 33,6 delitos en promedio por persona. Los jóvenes con trayectorias violentas, pero no crónicas dijeron haber cometido 1.370 delitos, es decir, un promedio de 3,9 delitos por persona.

Cuadro 8. Proporción de delitos cometidos por delincuentes violentos y violentos crónicos en Denver y Rochester.

	Denver	Rochester
Delincuentes Violentos/crónicos	14%	15%
Porcentaje explicado de actos violentos informados por delincuentes crónicos/violentos.	82%	75%
Delincuentes Violentos/no crónicos	36%	43%
Porcentaje de actos violentos cometidos por delincuentes Violentos/no crónicos.	18%	25%
Delincuentes No violentos/no crónicos	49%	42%

Fuente: elaboración propia con base en Thornberry, Huizinga y Loeber (1995).

Por otra parte, en Denver los chicos con carreras delictivas crónicas y violentas se atribuyeron la comisión de 4.237 delitos, esto es 51,7 delitos por persona aproximadamente. En cambio, los adolescentes involucrados en actividades delictivas violentas de poca frecuencia informaron de 927 delitos, es decir 4,5 crímenes por persona.

Por otro lado, los estudios realizados por la OJJDP (Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995; Thornberry y Khron, 2003, 2005) muestran que los delincuentes crónicos-violentos comienzan sus actividades delictivas, en general, así como la comisión de delitos violentos en particular, un año antes respecto a los jóvenes que presentaron otro tipo de carreras delictivas. Por ejemplo, en el estudio de Rochester, se encontró que la mayor proporción de delincuentes crónicos y violentos inició su comportamiento antisocial antes de los nueve años (37%), un porcentaje menor lo hizo entre los 10 y los 11 años (28%) y una mínima parte inició después de los 12 años de edad (17%). En este mismo estudio el 39% de los jóvenes comprometidos en carreras delictivas crónicas y violentas había cometido

un delito grave antes de cumplir los nueve años y otro 30% lo había hecho entre los 10 y los 12 años.

Los datos de Denver apoyan los resultados de Rochester. El 62% de los delincuentes considerados crónicos-violentos informaron haber cometido delitos graves antes de los nueve años de edad.

Otra característica asociada con la violencia y la cronicidad es la versatilidad, es decir, el hecho de que los jóvenes con historiales crónicos no cometen solamente un tipo de delito o un único problema de conducta. Por ejemplo, en el estudio de Cambridge, 55 de los 65 hombres condenados por violencia tenían también sentencias por crímenes de otro tipo. Así, los delincuentes persistentes en algún momento de su carrera delictiva cometieron delitos violentos, mostrando que la probabilidad de hacerlo es mayor a medida que incrementa el número de delitos cometidos. En este estudio el 18% de los delitos violentos fue responsabilidad de delincuentes que lo hacían por primera vez, mientras que el 82% lo fue de delincuentes que tenían 12 o más condenas (Farrington, 2004).

En el estudio de Rochester el 82% de los jóvenes que habían cometido delitos violentos y que tenían más de tres vinculaciones legales se responsabilizaron también de delitos contra la propiedad; en el caso de los chicos que habían cometido delitos violentos, pero que no se podrían catalogar de crónicos, el 54% también cometió delitos contra la propiedad. Por otro lado, de los jóvenes que cometieron delitos ocasionales y no violentos sólo el 18% dijo haber cometido delitos contra la propiedad. Los datos de esta misma investigación mostraron que los jóvenes con historiales violentos y crónicos explicaron un porcentaje alto del delito de venta de drogas (37%) y de ser miembros de bandas organizadas (66%), mientras los violentos no crónicos sólo registraron 10% y 32% respectivamente, y los no violentos 2% y 4%. La mayoría de los delincuentes violentos crónicos identificados en este estudio se involucraron en otros delitos como los de desorden público y venta de drogas, así como en el consumo de alcohol y marihuana. Además, estos jóvenes informaron de otra variedad de problemas de conducta como el escaparse de la escuela, poseer y usar armas, ser

miembros de pandillas, tener relaciones sexuales, ser padres e independizarse de sus familias a edades tempranas.

En resumen, el comportamiento delictivo crónico y violento se caracteriza por iniciarse en edades tempranas (infancia), por la comisión de diferentes tipos de delitos y por persistir en ellos a lo largo de la vida. La investigación sobre carreras delictivas indica que este grupo de jóvenes crónicos y violentos es pequeño, pero parece ser el responsable de una gran parte de los delitos registrados oficialmente. Así, la prevención e intervención dirigida a este grupo de chicos puede representar cambios importantes en las tasas delictivas en general, de ahí la importancia de su estudio.

2.3. Factores de riesgo y de protección para el comportamiento antisocial y delictivo

La criminología del desarrollo ha permitido identificar, en diferentes países y culturas, una serie de factores de riesgo y de protección asociados con los comportamientos antisocial, delictivo y violento. El conocimiento generado por la investigación sobre este tema ha hecho importantes contribuciones al desarrollo de programas de prevención y de intervención que tienen en cuenta las diferentes etapas del desarrollo y los factores relacionados con cada una de ellas (O'Shaughnessy, 2004).

Los factores de riesgo consisten en características o condiciones que incrementan la probabilidad de ocurrencia de un fenómeno (Kazdin, 1996). Aunque un solo factor de riesgo no tiene un impacto definitivo en la presentación de un suceso, la presencia simultánea de varios factores de riesgo puede incrementar de forma exponencial su aparición.

Como se describe en el Cuadro 9, los distintos tipos de problemas de conducta que se pueden presentar en la adolescencia como el abuso de drogas y de alcohol, el escapar de la escuela, el embarazo juvenil, y por supuesto, la delincuencia, comparten una serie de factores de riesgo (Howell, 2009; Huizinga, Loeber y Thornberry, 1994). Sin embargo, no todos los jóvenes que poseen o que se encuentran expuestos a estos factores desarrollan problemas de conducta, y los que sí lo hacen, no siempre los manifiestan de la misma manera o con igual

intensidad. Esta observación ha dado lugar a la investigación de otro conjunto de factores denominados “de protección”.

Los factores de protección median o moderan los efectos de la exposición a factores de riesgo, de tal forma que reducen la incidencia de los problemas de conducta causados por ellos. De acuerdo con Rutter, Giller y Hagell (2000) los factores de protección pueden reducir el riesgo, disminuir las reacciones negativas que se presentan en cadena, desarrollar auto-estima, fomentar auto-eficacia y generar nuevas oportunidades de éxito para las personas.

De acuerdo con la revisión realizada por Garrido (2005) sobre este tema, los factores de protección reducen o aminoran los efectos patogénicos de riesgos específicos. En la misma revisión, el autor refiere que los factores de protección están relacionados con el concepto de resistencia, entendido como un proceso de adaptación bio-psicológica, que se desarrolla de acuerdo con las circunstancias propias del momento, de la persona y del contexto, lo cual implica un proceso de adaptación flexible en tres sentidos:

- (a) Un desarrollo saludable en medio de un ambiente desfavorable (por ejemplo, vivir en un barrio muy marginal).
- (b) Mantener la competencia social bajo factores de estrés específicos (por ejemplo, la muerte de un padre; divorcio).
- (c) Recuperarse de un trauma severo (por ejemplo, abuso sexual; maltrato).

En el caso de la conducta antisocial y delictiva los factores de protección corresponden a los procesos que disminuyen la probabilidad de que ésta se presente; y se asocian tanto con la capacidad personal de sobrellevar la influencia de los factores de riesgo que favorecen la delincuencia, como con el desarrollo de comportamientos positivos alternativos. No todos los jóvenes expuestos a los factores de riesgo llegan a ser delincuentes, y de los que llegan a serlo, no todos se comprometen en carreras delictivas largas o violentas. En este sentido, los factores de protección se refieren a condiciones o características que moderan la exposición de los jóvenes a los factores de riesgo y que reducen la probabilidad de presentación de la conducta delictiva (Krisberg *et al.*, 1995).

Cuadro 9. Factores de riesgo para ocho problemas de conducta.

Factor de riesgo	Conducta antisocial	Fracaso escolar	Salud Física precaria	Daño físico	Abuso físico	Embarazo	Uso de drogas	AIDS
Comunidad								
Pobreza en el vecindario	X	X	X	X	X	X	X	
Políticas sociales no efectivas.	X	X	X		X	X	X	
Escuela								
Déficit en la calidad escolar	X	X	X			X	X	X
Pares								
Presión y modelamiento de pares antisociales.	X	X	X			X	X	X
Rechazo de los pares.	X				X			
Familia								
Bajo nivel socio-económico	X	X	X	X	X	X	X	
Psicopatología de los padres	X	X	X	X	X	X	X	
Conflicto marital.	X	X			X	X	X	
Modelos de crianza negativos.	X	X	X	X	X		X	
Individual								
Inicio temprano de problemas	X	X	X	X	X	X	X	X
Problemas en otras áreas	X	X	X	X	X	X	X	X
Otros								
Estrés	X	X	X	X	X	X	X	X

Fuente: tomado de Howell (2009, p. 62). Traducción propia.

La presencia y la ausencia de unos y otros factores (de riesgo y de protección) parecen jugar un papel decisivo en el inicio, mantenimiento y desistimiento del comportamiento antisocial y delictivo. La presencia de una determinada variable puede ser un factor de protección, en tanto que su ausencia puede ser un factor de riesgo. Por ejemplo, el temperamento caracterizado por la búsqueda de sensaciones y por la impulsividad incrementa la probabilidad de involucrarse en actividades antisociales. Por el contrario, un temperamento caracterizado por altos niveles de miedo, baja impulsividad y escasa búsqueda de sensaciones, se relaciona con una baja probabilidad de vincularse en acciones delictuosas.

El desempeño escolar también puede ayudar a representar la manera en que actúa una variable como factor de riesgo o de protección. Por un lado, el absentismo escolar y el fracaso académico aumentan la probabilidad de un problema de conducta; por otro, el compromiso en la escuela y el éxito académico pueden reducir las posibilidades de que un chico cometa delitos. Así, el efecto de

los factores de riesgo puede ser reducido o neutralizado por la presencia de factores de protección. Por ejemplo, en un estudio realizado en Washington D.C., Chaiken (2000) encontró que uno de cada cinco jóvenes que vivían en zonas de alta delincuencia juvenil fue resistente y evitó involucrarse en conducta violenta, gracias al efecto de factores que actuaron como protectores.

La relación entre los factores de riesgo y de protección se presenta en varios sentidos: la cantidad y frecuencia de unos y de otros; la intensidad del efecto de un factor o de un grupo de ellos; ó la etapa de la vida en que se presentan.

En atención al criterio de cantidad, a mayor exposición a factores de riesgo y menor disponibilidad de factores protectores, existe mayor probabilidad de que un joven llegue a ser delincuente (Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995). En este sentido, los resultados del estudio de Denver sugieren que cuando el número de factores de riesgo sobrepasan a los de protección, la probabilidad de éxito del adolescente es baja: tiene mayor probabilidad de vinculación delictiva, consume sustancias, tiene dificultades en el ámbito académico (están en grados escolares por debajo de lo esperado para su edad), tiene baja auto-estima y baja auto-eficacia.

De otro lado, es posible establecer la relación entre factores de riesgo y protectores en función de la intensidad del efecto que pueden tener en el desarrollo del comportamiento delictivo. Es decir, un grupo de factores de riesgo puede tener un efecto distinto a otra serie de factores. Por ejemplo, se ha encontrado que los factores de riesgo familiares y de amigos tienen mayor efecto sobre el comportamiento delictivo que los factores comunitarios, o que el apego afectivo que se establece en la infancia con la madre tiene un mayor poder predictivo que los problemas de aprendizaje (Rutter, Giller y Hagell, 2000).

De igual forma, la edad o la etapa vital en que confluye una serie de factores de riesgo pueden tener efectos diferenciales en la ocurrencia de la conducta delictiva. Por ejemplo, en el estudio de Rochester, el 82% de los jóvenes que tuvieron nueve o más factores de protección -cuando tenían entre 13 y 14 años- fueron resistentes a la delincuencia. Sin embargo, los jóvenes que tuvieron la misma cantidad de factores de protección cuando tenían entre 15 y 17 años se involucraron en actividades delictivas con la misma probabilidad que los jóvenes

que no tenían estos mismos factores de protección (Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995).

Cuadro 10. Factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial, delictiva y violenta.

Individuales	Familiares	Escolares	Grupo de iguales	Contextuales
<ul style="list-style-type: none"> • Condiciones biológicas. • Características psicofisiológicas. • Personalidad (temperamento, búsqueda de sensaciones e impulsividad). • Inteligencia (capacidades intelectuales, sociales y emocionales). 	<ul style="list-style-type: none"> • Antecedentes de problemas de conducta en la familia. • Dinámicas familiares funcionales o disfuncionales. • Estilos parentales de crianza. 	<ul style="list-style-type: none"> • Historial académico de éxito o de fracaso (aspiraciones académicas, participación y compromiso). • Asistencia escolar, absentismo, deserción escolar. • Estabilidad o transición escolar frecuente. • Estrategias de disciplina y apego en la relación profesor-alumno. • Expectativas escolares de padres y maestros respecto a los niños y los jóvenes. 	<ul style="list-style-type: none"> • Aceptación o rechazo de otros jóvenes. • Asociación con jóvenes prosociales o antisociales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Medios de comunicación. • Infraestructura y oportunidades legales e ilegales en la zona en que viven o permanecen la mayor parte del tiempo los niños y los jóvenes. • Nivel de desorden social en la zona en que permanecen niños y jóvenes: drogadicción, prostitución, violencia, delincuencia, supervisión policial.

Fuente: elaboración propia con base en la información de revisiones teóricas realizadas previamente sobre factores de riesgo y de protección para la conducta antisocial, delictiva y violenta (por ejemplo, Garrido, 2005; Hawkins y Catalano, 1992; Howell, 2009).

Así, es evidente que la combinación de las diferentes posibilidades de presentación de factores de riesgo y de protección genera distintas probabilidades de desarrollo de conducta delictiva. El estudio de los factores de riesgo y de protección a lo largo de las diferentes etapas de la vida permite identificar importantes diferencias etiológicas entre los jóvenes que no se involucran en comportamiento delictivo y quienes lo hacen de forma persistente y con delitos de

tipo violento. A su vez, el estudio de estos factores aporta información valiosa sobre las variables que deben considerarse en los programas de prevención y de intervención con el objetivo de reducir la conducta antisocial, los actos violentos y la reincidencia delictiva.

De acuerdo con diferentes fuentes de la literatura se pueden identificar distintos grupos de factores de riesgo y de protección (por ejemplo, Garrido, 2005; Hawkins y Catalano, 1992; Howell, 2009). En el Cuadro 10 se resumen los factores que se citan de forma consistente y recurrente en diferentes revisiones sobre el tema.

2.3.1. Factores individuales

Los factores individuales se refieren a las condiciones propias de la persona que facilitan la vinculación delictiva o la inhibición del comportamiento antisocial. Entre estos factores están la genética, las alteraciones estructurales, funcionales y bioquímicas del cerebro, así como las características psicofisiológicas de las personas, que se explicaron en el apartado sobre teorías explicativas con énfasis individual en el capítulo 1.

La personalidad también juega un importante papel como factor individual de riesgo o de protección respecto a la delincuencia, tal como se advirtió en la sección sobre personalidad del capítulo anterior.

Otro factor individual digno de considerarse en el tema de la delincuencia es el de la inteligencia, que si bien con frecuencia se le relaciona con el aspecto académico, es ya sabido que en él confluyen otras habilidades de tipo social y emocional.

En cuanto al aspecto académico, el bajo funcionamiento intelectual y el fracaso escolar se han encontrado como factores de riesgo para la delincuencia juvenil. En un estudio longitudinal en el que se analizó el desarrollo de problemas de conducta en niños considerados en riesgo, se encontró que el coeficiente intelectual se asociaba con la delincuencia (Loeber, Farrington, Stouthamer-Loeber, Caspi y Lynam, 2001). En este sentido, los datos de diferentes estudios señalan que los delincuentes tienen un CI (Coeficiente Intelectual) 10 puntos más

bajo que los no delincuentes (Loeber, Farrington, Stouthamer-Loeber, Moffitt y Caspi, 1998; Lynam, Moffitt y Stouthamer-Loeber, 1993).

Los hallazgos de la investigación sobre carreras delictivas demuestran que la baja inteligencia verbal, el bajo rendimiento académico, la falta de habilidades para resolver problemas y el déficit de habilidades sociales, se relacionan con el desarrollo de comportamientos violentos (Moffitt, 1993).

En general, no se puede decir que la baja inteligencia cause la delincuencia, sino más bien que las personas con déficit en sus habilidades cognitivas están en desventaja y son más susceptibles a las influencias criminógenas, que quienes poseen tales destrezas (Ross, 1987, citado por Garrido, Stangeland y Redondo, 2006). A este respecto, se estima que el cociente intelectual predice sólo un 20% del éxito en la vida, mientras que el 80% depende de otro tipo de inteligencia, la emocional (Gardner, 1995) o la interpersonal (Ross, Fabiano y Garrido, 1990).

La inteligencia interpersonal se refiere a un conjunto de habilidades que permiten comprender y resolver problemas en el curso de las relaciones con otras personas, así como hacer inferencias sobre las intenciones y las conductas de otros (Ross, Fabiano, Garrido y Gómez, 1995). Este tipo de cognición capacita a las personas para:

- (a) Razonar de forma moral, es decir, realizar juicios de valor respecto a la conveniencia y consecuencias de la propia conducta.
- (b) Resolver cognitivamente problemas: la habilidad para imaginar y anticipar escenarios de solución de conflictos y sus posibles consecuencias.
- (c) Establecer empatía: capacidad para comprender las circunstancias, los pensamientos y las emociones de otras personas.
- (d) Autocontrolarse: habilidades para pensar antes de actuar, esperar gratificaciones, considerar las consecuencias de los propios actos.
- (e) Pensar de forma crítica: capacidad de flexibilidad en el pensamiento que capacita para analizar el propio comportamiento y el de otros, plantear dudas sobre ello, corregir o modificar ideas o creencias a la luz de la experiencia o conocimiento nuevo.

- (f) Razonar en abstracto: habilidad para comprender cuestiones complejas, poco concretas.
- (g) Elegir: habilidades para tomar decisiones, elegir una alternativa entre varias.

El déficit en habilidades como éstas interfiere en el desarrollo académico, personal y social de los individuos. Por ejemplo, las personas con deficiencias en la inteligencia interpersonal pueden tener dificultad para expresar los propios pensamientos y emociones, para resolver problemas, para planear, etc. (Henggeler, 1989).

La inteligencia también tiene que ver con la manera en que se interpreta el mundo. Como seres sociales, la percepción e interpretación del comportamiento de otras personas es fundamental para las relaciones interpersonales. A este respecto se ha encontrado que las personas que tienden a percibir amenaza o intenciones hostiles en el comportamiento de otros tienen mayor probabilidad de presentar conductas violentas. Por el contrario, quienes tienden a hacer atribuciones objetivas y positivas del actuar de sus congéneres tienen una menor probabilidad de involucrarse en problemas interpersonales.

En un estudio que evaluó si los problemas de conducta se asocian con las dificultades para reconocer expresiones faciales emocionales se encontró que tanto los jóvenes que iniciaron sus problemas de conducta en la infancia ($n = 49$) como quienes iniciaron en la adolescencia ($n = 39$) tuvieron dificultades para reconocer expresiones emocionales. Los chicos que habían presentado problemas de conducta desde la infancia tuvieron mayor dificultad para reconocer las expresiones faciales de ira, disgusto y felicidad, comparados con los de inicio en la adolescencia. Además, los jóvenes que puntuaron alto en psicopatía mostraron una mayor dificultad para reconocer el miedo, la tristeza y la sorpresa, que los no psicópatas (Fairchild, Van Goozen, Calder, Stollery y Goodyer, 2009).

Por otra parte, en una revisión sistemática realizada sobre empatía y su relación con el comportamiento prosocial, se encontró que las reacciones empáticas tienen una función importante en la reducción e inhibición de la conducta antisocial, hostil y violenta contra otros. Las personas que experimentan

reacciones emocionales negativas ante las señales que indican que están causando sufrimiento a otro ser humano, tienen menor probabilidad de involucrarse en carreras delictivas. La empatía funciona como inhibidor del comportamiento que produce sufrimiento a otras personas (Eisenberg y Miller, 1987). En la misma dirección, algunas investigaciones han encontrado que los niveles de empatía auto-informados son significativamente más bajos en delincuentes tanto adultos como juveniles, comparados con personas sin historial delictivo (Beven, O'Brien-Malone y Hall, 2004).

Por último, la inteligencia interpersonal también se relaciona con el tipo de creencias que se tienen a favor o en contra del actuar antisocial. Las personas que valoran la conducta antisocial y la violencia de forma positiva, tienen mayor probabilidad de involucrarse en acciones delictuosas. Por ejemplo, los jóvenes que ven en la violencia una estrategia exitosa para la solución de problemas interpersonales, y que además, produce beneficios más tangibles e inmediatos que otras alternativas, tienden a justificar e incrementar su actuar ilegal. Tal como se explicó en las teorías de aprendizaje social.

Otros factores individuales que son considerados de riesgo como la historia de problemas de conducta en la infancia, el déficit de atención con hiperactividad, el consumo de alcohol y de sustancias, y la psicopatía, no se detallan en este apartado. La razón para ello es que estos problemas suelen compartir factores de riesgo asociados con su inicio. Por ejemplo, el temperamento hostil, la búsqueda de sensaciones y la impulsividad están asociados tanto con el consumo de sustancias como con la delincuencia y la psicopatía. Sin embargo, vale la pena explicar que algunas de estas problemáticas pueden mantener y complejizar la conducta antisocial. Éste es el caso de la psicopatía que se relaciona con el desarrollo de carreras delictivas más crónicas y violentas, y con mayor probabilidad de reincidencia en los jóvenes con este diagnóstico, comparados con quienes no presentan rasgos psicopáticos (Gretton, Hare y Catchpole, 2004; Salekin, Neumann, Leistico, DiCicco, y Duros, 2004).

En general, los estudios sobre factores de riesgo y conducta delictiva informan de una relación positiva entre la hiperactividad, el déficit de atención, la

impulsividad, los comportamientos de riesgo y la conducta violenta (Hawkins *et al.*, 2000).

Por otro lado, es importante señalar que a nivel individual también actúan importantes factores de protección que reducen la probabilidad de que una persona se involucre en actividades delictivas. Estos factores no sólo obedecen a la ausencia o al contrario de un factor de riesgo, sino que pueden constituir condiciones cuya presencia reduce la probabilidad de delincuencia, aún cuando su ausencia no aumenta el riesgo. Tal es el caso de la capacidad para llevarse bien con otros, dado que si un chico posee esta característica su riesgo de delinquir disminuye, pero la ausencia de la misma no incrementa su posible vinculación delictiva. Entre los factores protectores individuales más representativos están (Krisberg *et al.*, 1995; Safeyouth, 2001):

- (a) El temperamento resistente
- (b) La orientación social y la auto-estima positivas
- (c) El sentido de propósito y creencias en un futuro positivo
- (d) El compromiso con la educación y con el aprendizaje
- (e) La habilidad para actuar de forma independiente y sentir control sobre el propio ambiente
- (f) La habilidad para ser adaptable y flexible
- (g) Tener empatía y cuidar de otros
- (h) Habilidad para resolver problemas
- (i) Habilidad para planear el futuro
- (j) Ser recursivo al buscar fuentes de apoyo
- (k) Habilidades de pensamiento crítico

2.3.2. Factores familiares

Los factores familiares se refieren a las condiciones del núcleo social próximo de los niños, que aumentan o reducen la probabilidad de ocurrencia del comportamiento antisocial. Dentro de las características familiares que constituyen factores de riesgo y de protección para la delincuencia están su estructura, el nivel de cohesión emocional entre sus miembros, su funcionamiento,

sus costumbres y sus creencias. Durante la infancia el ambiente familiar constituye el contexto social básico en el que la conducta de los niños se aprende, se manifiesta, se motiva o se inhibe (Dishion y Patterson, 2006), de tal forma que tiene implicaciones importantes en el desarrollo del comportamiento delictivo (Gottfredson y Hirschi, 1990; Moffitt, 1993, 2006).

La investigación sobre la relación entre factores familiares y delincuencia arroja evidencia de una importante asociación entre la vinculación multigeneracional en actividades criminales, en el abuso de sustancias y en el abandono de la escuela, con la delincuencia juvenil (Hawkins y Catalano, 1992; Loeber *et al.*, 1998). Además, se ha encontrado relación entre el nivel de estrés de los padres, la estructura y la dinámica familiar, la maternidad en edades tempranas y las transiciones familiares (a través de cambios bruscos y/o constantes de figuras parentales), con el riesgo de vinculación delictiva (Fergusson y Horwood, 2002). El nivel socio-económico de las familias también parece relacionarse con la conducta delictiva (por ejemplo, Farrington, 2002).

En el contexto de los factores familiares, diversos estudios señalan que los estilos de crianza utilizados por los padres conjuntan varias condiciones que aumentan o reducen el riesgo de manifestar conducta antisocial. Por ejemplo, la falta de supervisión, las prácticas disciplinarias inconsistentes o demasiado punitivas, los altos niveles de conflicto familiar y las actitudes de los padres que consienten o refuerzan la conducta delictiva, se asocian con el comportamiento delictivo (Hawkins y Catalano, 1992). Otros autores como Wilson y Howell (1995) incluyen dentro de los predictores familiares de la delincuencia algunas características del comportamiento parental como el rechazo, la violencia física, el abuso y la negligencia infantil.

Los estilos de crianza utilizados por los padres consisten en patrones de actitudes y de conductas utilizadas para educar a los hijos a lo largo del tiempo y en diferentes situaciones (Darling y Steinberg, 1993). Estos patrones están constituidos por dos dimensiones básicas: el apego y el control.

El apego se refiere a un continuo en cuyo extremo positivo se encuentran la calidez, la aceptación, el afecto, la sensibilidad, la intimidad y la cercanía emocional propiciada por los padres para con sus hijos, que redundará en la

percepción de los niños de sentirse cómodos, aceptados y queridos. El extremo negativo del apego implica hostilidad, negligencia y rechazo (Rohner, 2004). En general el apego se relaciona negativamente con la delincuencia, de tal forma que a mayor apego menor delincuencia (por ejemplo, Juang y Silbereisen 1999).

La dimensión de control se refiere a los esfuerzos de los padres por regular la conducta de sus hijos mediante la aplicación de reglas, la supervisión y la consistencia en la disciplina. La aplicación positiva de estas estrategias de control se ha asociado con bajos niveles de delincuencia.

En función de las dimensiones de apego y de control se han identificado cuatro estilos de crianza parentales (Maccoby y Martin, 1983):

- (a) El primero, denominado *estilo parental con autoridad*, involucra un alto nivel tanto de apego como de control.
- (b) El segundo, el *estilo autoritario*, se caracteriza por bajo nivel de apego y elevado control.
- (c) El tercero, conocido como *estilo permisivo*, presenta alto nivel de apego y bajo control.
- (d) El cuarto, el *estilo negligente*, tiene bajos niveles de apoyo y de control.

El estilo de crianza “con autoridad” se caracteriza por establecer altos niveles de apego afectivo entre padres e hijos, mantener la comunicación abierta y efectiva entre ellos, usar técnicas de disciplina que guían la conducta de los niños, así como estimular y recompensar la responsabilidad, apoyar su desempeño y sus sentimientos. Los padres con este estilo parental supervisan a sus hijos, pero no usan los castigos físicos como técnica de disciplina.

Los niños educados con el estilo parental con autoridad suelen tener mayor confianza en sí mismos durante la adolescencia y presentar niveles bajos de abuso de sustancias y de conducta delictiva (Collins, Maccoby, Steinberg, Hetherington y Bornstein, 2000).

El tipo autoritario implica el control coercitivo y restrictivo, y el empleo de técnicas de disciplina firmes que enfatizan aspectos negativos del control como el castigo físico y la manipulación (por ejemplo, usar la culpa ó condicionar el

afecto). El uso del castigo físico es frecuente e inconsistente, a la par que modela y refuerza el comportamiento antisocial. Además, en este estilo parental los niveles de apego padres-hijos son bajos. Los jóvenes educados con el estilo parental autoritario suelen ser socialmente incompetentes, con bajos niveles de auto confianza y de responsabilidad, y más agresivos que los niños educados con autoridad (Thomas, 2004 citado por Asher, 2006). Los estudios sobre el desarrollo del comportamiento delictivo han encontrado una importante relación entre el estilo de crianza autoritario y los altos niveles de conducta antisocial (Farrington, 2002; Lahey y Waldman, 2003).

El patrón de negligencia implica la ausencia de los padres, la falta de interés por sus hijos, el descuido, el rechazo, la mínima comunicación, el uso de técnicas inadecuadas e inconsistentes de disciplina y de supervisión, así como el uso frecuente de castigo físico. Los padres que utilizan este patrón no son conscientes de la importancia del apego afectivo y de la supervisión de sus hijos. Los niños que padecen este estilo parental tienen mayor probabilidad de presentar problemas psicológicos como la ansiedad y la depresión, de comprometerse en abuso de sustancias y de presentar conducta delictiva. Este estilo parental ha sido el que se ha relacionado de manera más consistente con la conducta delictiva y se ha identificado como un fuerte predictor de trayectorias delictivas crónicas y graves (Steinberg, Blatt Eisengart y Cauffman, 2006).

En la modalidad permisiva existe mínima o nula supervisión de los hijos, los padres se sienten inseguros en su papel, y tienen miedo de aplicar estrategias de disciplina o de supervisión. No hay consecuencias para el comportamiento antisocial, de forma tal que los niños no aprenden desde pequeños lo que está permitido y lo que no. Los chicos educados con el estilo permisivo son influenciados por sus pares delincuentes y se involucran en conducta delictiva y abuso de sustancias con mayor frecuencia que los jóvenes cuyos padres emplean otros estilos de crianza. Este patrón parental facilita la conducta delictiva debido a la falta de supervisión y de interés en la conducta de los niños por parte de los padres.

En una investigación realizada con base en los datos del estudio de Pittsburgh, se evaluó la influencia de los estilos parentales de crianza sobre el

desarrollo de carreras delictivas juveniles (Hoeve *et al.*, 2008). Los resultados de este estudio mostraron una relación diferencial entre los estilos de crianza y la delincuencia. El estilo negligente fue el más frecuente en los jóvenes comprometidos en carreras delictivas caracterizadas por la comisión de delitos graves. Además, la negligencia de los padres mostró diferencias significativas entre los jóvenes no delincuentes y quienes se involucraron en patrones graves de delincuencia.

Otro estudio analizó la relación entre patrones de funcionamiento familiar y trayectorias delictivas (Gorman-Smith, Tolan y Henry, 2000) y encontró que las familias con déficit en estrategias de disciplina y supervisión, con poca estructura y cohesión, y caracterizadas por prácticas negligentes, ponen a los niños en mayor riesgo de involucrarse en actividades delictivas. Por el contrario, las familias con estructura, disciplina y cohesión adecuadas tienen menor probabilidad de involucrarse en patrones delictivos.

En esta misma línea, en un meta-análisis reciente se analizaron 161 estudios para determinar si existe asociación entre los patrones de crianza parentales y la delincuencia. Las variables que mostraron mayor relación con la delincuencia fueron el nivel escaso de supervisión, el control psicológico negativo (manipulación, culpa, condicionalidad de afecto), el rechazo y la hostilidad. Aunque es importante señalar que el efecto de estas variables sobre el desarrollo de la delincuencia es moderado por otras variables como el género de los padres y de los hijos, la edad de los niños y el tipo de delitos cometidos, en general se mantuvieron los efectos de relación con la delincuencia (Hoeve *et al.*, 2009).

Los resultados de este meta-análisis señalan que los aspectos negativos del apego, como la combinación de negligencia, hostilidad y rechazo se relacionaron fuertemente con delincuencia (con rangos de tamaños del efecto de r entre .26 y .33). La supervisión activa de los padres a los hijos tuvo una moderada y significativa asociación con la delincuencia (con tamaños del efecto de -0.23 a -0.31 que muestran una relación inversa). La falta de acuerdo entre los padres con respecto a la manera de educar y aplicar estrategias de disciplina se relacionó de forma inversa con la delincuencia. El control psicológico y la sobre protección presentaron tamaños del efecto de 0.21 a 0.23. Los tamaños del efecto más

pequeños se encontraron en la comunicación ($r = -0.07$), la permisividad ($r = 0.09$) y el castigo físico ($r = 0.10$).

En otro estudio, los resultados sugieren que los jóvenes que describen a sus padres como afectuosos y firmes (con autoridad) son maduros, competentes académicamente, con baja predisposición al estrés y con baja probabilidad de presentar problemas de conducta. Por otra parte, los adolescentes que describen a sus padres como negligentes son menos maduros, menos competentes y se involucraban en más problemas. Los jóvenes que describen a sus padres como autoritarios (firmes pero no afectivos) o indulgentes (afectivos pero no firmes) se ubican entre los dos extremos de las variables descritas (Steinberg, Blatt-Eisengart y Cauffman, 2006).

Es importante señalar que si bien los estilos parentales influyen sobre el desarrollo de comportamiento antisocial, el temperamento de los niños y su conducta difícil en edades tempranas también influyen sobre las estrategias disciplinarias de los padres (es lo que se denomina el efecto evocativo de la conducta de los niños). Así, los padres de niños con temperamento difícil pueden llegar a utilizar con más frecuencia los castigos, ser inconsistentes o involucrarse menos en los procesos de socialización de sus hijos. Estas interacciones negativas incrementan el riesgo de que los niños presenten comportamiento antisocial y que empiecen a involucrarse en conductas delictivas (Moffitt, 1993).

En resumen, la evidencia de diversos estudios –como los citados- sugiere que el estilo con autoridad tiene efectos positivos en la adaptación de los niños y reduce la probabilidad de vinculación delictiva. Por otro lado, los estilos negligentes o permisivos, la nula o baja supervisión, y las prácticas disciplinarias inconsistentes se asocian de manera significativa con las conductas antisociales que se manifiestan en la adolescencia (Farrington, 2005).

En el ámbito familiar y social se han identificado como factores de protección los vínculos con familiares, profesores y amigos significativos, caracterizados por comportamiento pro – social y altos niveles de apego. Los patrones de creencias saludables y estándares claros para la conducta de los adultos con los que interactúa el adolescente y que son responsables de él, en diferentes contextos como el familiar, el escolar y el comunitario, también se han

identificado como factores de protección (Krisberg *et al.*, 1995; Wiebush *et al.*, 1995).

2.3.3. Factores escolares

En este grupo de factores se encuentran el historial académico de los niños y adolescentes, los factores asociados con éxito o fracaso escolar, la asistencia o la inasistencia regular a clases (que incluye la deserción), el grado de participación y compromiso en actividades académicas, la estabilidad o cambio frecuente de escuela y los problemas de conducta en el contexto escolar. Así mismo se incluyen factores como el ambiente de la escuela, las estrategias disciplinarias, las relaciones entre alumnos y profesores, y las expectativas de logro académico de los niños y jóvenes por parte de los padres y de los maestros (Hawkins y Catalano, 1992).

A pesar de que la inteligencia es considerada una variable individual, ésta es fundamental también en el ámbito escolar. Por ejemplo, la baja inteligencia verbal de algunos chicos trae consigo otras dificultades que aumentan su vulnerabilidad para desarrollar problemas de conducta. Los déficits cognitivos llevan a dificultades académicas en la escuela dado que impide que los chicos asimilen los conocimientos con la misma rapidez y buen desempeño que los jóvenes con niveles de inteligencia normales y superiores. A su vez, el fracaso escolar se relaciona con otro tipo de problemas como el rechazo o la burla de los compañeros, con lo cual el joven que tiene problemas académicos termina aislándose o relacionándose con otros chicos en su misma condición. Esta situación aunada al sentimiento de frustración alimenta la motivación del joven por otro tipo de actividades que pueden reforzar el desarrollo de problemas de conducta.

Por otro lado, los chicos que se ausentan con frecuencia de la escuela o la dejan durante los 12 a los 14 años parecen tener mayor probabilidad de comprometerse en actos violentos cuando son adolescentes y durante la adultez. Dejar el colegio antes de los 15 años correlaciona con alto riesgo de delincuencia (Farrington, 2002).

Además, se ha encontrado que los niños con bajo desempeño académico, bajo compromiso y participación en la escuela y bajas aspiraciones educativas - durante la primaria y la secundaria- están en mayor riesgo de comprometerse en actividades delictivas que otros niños (Herrenkohl *et al.*, 2000). A este respecto se ha encontrado que las políticas de suspensiones y expulsiones de los niños y jóvenes por mal comportamiento o bajo desempeño escolar incrementan el riesgo de delincuencia juvenil, y no reducen en ningún sentido los problemas de conducta (McCord, Widom y Crowell, 2001, citados por Shader, 2002).

2.3.4. Factores de pares o iguales

Los factores de pares se refieren a las características de los amigos de los jóvenes que promueven la conducta prosocial (protección) o antisocial (riesgo). A este respecto se ha encontrado que los chicos que establecen vínculos importantes con jóvenes que están involucrados en delincuencia o en otros problemas de conducta, tienen mayor probabilidad de vincularse en actividades delictivas. Así mismo, las creencias y las actitudes de los chicos que justifican y favorecen la violencia y la ilegalidad fomentan el comportamiento antisocial y constituyen mecanismos de aprendizaje mutuamente reforzantes dentro de los grupos de jóvenes (Hawkins y Catalano, 1992). De modo contrario, el ambiente social próximo de un joven que favorece el comportamiento prosocial, contribuye de forma positiva a hacerle resistente frente al delito.

Por otro lado, si un joven es rechazado por sus pares durante la adolescencia, buscará opciones de pertenencia en grupos que probablemente presenten también un patrón de rechazo o de resistencia a las normas sociales, con lo cual su probabilidad de iniciar o mantener una carrera delictiva es elevada.

Estos factores de riesgo se han incluido en teorías de explicación de la delincuencia como las de la asociación diferencial de Sutherland (1996) y el aprendizaje social de Akers (2009).

De nuevo, los pares no ejercerán una influencia aislada de otros factores. Por ejemplo, el apego y el control por parte de los padres y de la escuela pueden jugar un papel moderador importante en la influencia de los amigos.

2.3.5. Factores contextuales o comunitarios

Este conjunto de factores se refiere a las condiciones macrosociales propias del ambiente donde viven o pasan gran parte de su tiempo los niños y los jóvenes. En esta categoría se incluyen los medios de comunicación (con contenidos que justifican el comportamiento antisocial, delictivo y violento vs. contenidos que favorecen el comportamiento prosocial); las condiciones de las zonas en las que viven, estudian o trabajan los chicos (como la infraestructura, las oportunidades de desarrollo legal e ilegal, el nivel de orden y de desorden social -drogadicción, prostitución, violencia, delincuencia, etc.-; la disponibilidad de drogas y de armas, así como las normas que apoyan o regulan su uso, etc.).

Los contextos sociales y culturales deprimidos con deterioro de mobiliario urbano, desorganización vecinal, altos niveles de desempleo, baja supervisión policial, falta de instalaciones para la recreación y el deporte, existencia de bandas o grupos organizados para distribución de drogas, prostitución, bajo nivel de ingreso y pocas oportunidades de empleo se asocian con mayores índices de conducta antisocial.

Por ejemplo, la pobreza puede reducir la posibilidad de conseguir y mantener un empleo. En este sentido, la formación académica y ocupacional de baja calidad hace menos competitivas a las personas, ó las dificultades en el desplazamiento a su trabajo (no contar con medios de transporte, tener que viajar largas distancias, etc.) puede reducir las oportunidades laborales, con lo cual la delincuencia se fortalece como alternativa de ascenso socio-económico. Si lo anterior se suma a la existencia de delincuencia organizada en el vecindario, la probabilidad de vinculación delictiva es aún mayor. La prevalencia de drogas y de armas en una comunidad predice una mayor probabilidad de conducta violenta (Hawkins *et al.*, 2000).

De la misma forma, la falta de instituciones que brinden servicios suficientes y apropiados para los jóvenes, así como la calidad de los colegios y de la infraestructura para ofertar actividades recreativas, limitan el acceso de los jóvenes a experiencias de desarrollo productivo y positivo. Es bien sabido que existe relación entre los ambientes adversos y la delincuencia (McCord, Widom y Crowell, 2001, citados por Shader, 2002). En línea con teorías de control social

estos escenarios parecen reducir la percepción de control y aumentar la probabilidad de inseguridad y de actividad delictiva.

Además, se ha encontrado que la exposición repetida a actos violentos está fuertemente asociada con el riesgo de sufrir o verse implicado en comportamientos violentos. Los niños expuestos de forma continua a contenidos e imágenes violentos se vuelven insensibles a la violencia y a sus consecuencias, aceptan con normalidad las actitudes agresivas y además comienzan a comportarse agresivamente. Los niños expuestos a violencia en los medios y en su contexto próximo perciben un mundo en el que la conducta antisocial y la violencia son una alternativa viable de éxito, como un comportamiento normal y como una estrategia razonable para solucionar los conflictos (APA, 1993).

Por el contrario, algunos factores protectores pueden contribuir al desarrollo de la resiliencia (o resistencia) y a reducir los factores de riesgo para la conducta violenta en el nivel ambiental. Por ejemplo, las políticas públicas y programas orientados a la asistencia de niños y jóvenes, que promueven su participación en actividades prosociales, que enfatizan el cuidado y el apoyo de estos jóvenes promueven bajos niveles de delincuencia y de violencia (Benard, 1996). Los programas que fomentan la cultura del cuidado y del apoyo en lugar de la ignorancia y del etiquetamiento; y la oferta de oportunidades laborales legales y dignas, constituyen factores importantes de protección contrarios a la ilegalidad. En este sentido, las comunidades pueden crear oportunidades para que los jóvenes participen en actividades donde ellos pueden elegir o tener poder de decisión y de compartir responsabilidades. Estas experiencias ayudan a desarrollar nuevas habilidades e incrementar la auto-confianza.

2.3.6. Factores de riesgo y de protección en el curso de las carreras delictivas

La exposición a múltiples factores de riesgo, en relativa ausencia de factores de protección, potencia el inicio y mantenimiento de los patrones delictivos persistentes y violentos (Souththamer-Loeber *et al.*, 2002; van der Laan, Veenstra, Bogaerts, Verhulst y Ormel, 2010). Además, las condiciones específicas en que se presentan estos factores pueden aumentar o reducir la probabilidad de que un

joven desarrolle una carrera delictiva seria. A continuación se presentan algunos resultados de estudios que apoyan estas ideas.

Cuando se presentan de forma simultánea la alteración genética y la exposición a abuso físico durante la infancia de las personas, la probabilidad de presentar problemas de conducta es tres veces mayor que cuando sólo se presenta la alteración genética; y diez veces mayor respecto a la comisión de delitos graves violentos. Sin embargo, el abuso físico en ausencia de la alteración genética no incrementa el riesgo de problemas de conducta o de delito violento (Caspi *et al.*, 2002). Estos datos sugieren que la presentación simultánea de varios factores de riesgo incrementa la probabilidad de ocurrencia de conductas antisociales, pero también demuestra que el grado de influencia de cada factor puede ser diferente.

En la investigación de Rochester, como se ilustra en el Cuadro 11, los jóvenes que experimentaron dos o más formas de violencia familiar estuvieron más propensos a vincularse en actos violentos. Estos resultados sugieren que la intensidad de exposición a los factores de riesgo o su presentación acumulativa se asocia con la ocurrencia de comportamiento delictivo violento y persistente.

Cuadro 11. Exposición a factores de riesgo en el estudio de Rochester.

Factor de riesgo general	Factores de riesgo más específicos	Porcentaje de jóvenes que informaron violencia juvenil
Exposición a Violencia Familiar	No se reporta exposición a violencia familiar	38,5%
	Exposición a una forma de violencia	60%
	Exposición a dos formas de violencia familiar	73%
	Exposición a tres formas de violencia familiar	78%

Fuente: elaboración propia con base en Thornberry, Huizinga y Loeber (1995).

En la revisión de Howell (2009) se analizaron los resultados de diferentes estudios longitudinales sobre factores de riesgo que llevan a la comisión de delitos violentos y a la vinculación persistente en actividades delictivas. De acuerdo con esta revisión los factores de riesgo pueden clasificarse en función de la edad en que se presentan (Cuadro 12).

Para Howell, durante la infancia son los factores individuales y familiares los más relevantes con relación al desarrollo posterior de carreras delictivas. La presentación simultánea de antecedentes parentales de conducta antisocial, consumo de alcohol y de sustancias, aunada a la existencia de conflictos familiares graves, la exposición a estilos de crianza abusivos y negligentes, vivir en contextos de bajo nivel socio-económico y presentar síntomas tempranos de hiperactividad, todo ello se asocia con una alta probabilidad de desarrollar un comportamiento delictivo crónico y violento.

En la misma clasificación, entre los seis y los 12 años, los factores académicos cobran especial interés. Los problemas de aprendizaje, el fracaso académico y la deserción escolar, junto con las bajas expectativas, tanto del joven como de los adultos significativos para él, respecto a las posibilidades de éxito académico, incrementan la probabilidad de que los jóvenes se vean involucrados en acciones ilegales.

Es importante destacar que a partir de los seis años se identifica un mayor número de factores de riesgo en diferentes niveles (individual, familiar, escolar, de pares y comunitario) que influyen en el inicio del comportamiento antisocial y de actividades delictivas. En la adolescencia sobresale la influencia de los amigos y de los vecindarios en que viven los jóvenes. Para los adolescentes la falta de actividades sociales positivas y los pares negativos son los factores de riesgo más potentes con relación a la vinculación delictiva. Los jóvenes que viven en vecindarios pobres, con altos índices de crimen, desorganizados, con disponibilidad de armas y drogas tienen mayor probabilidad de vincularse en carreras delictivas crónicas y violentas.

En general, los estudios sobre factores de riesgo y de protección para la delincuencia crónica y violenta avalan la propuesta de Howell.

Por ejemplo, se estima que alrededor del 80% de los delincuentes jóvenes violentos tienen una historia de complicaciones prenatales, comparados con el 47% de los jóvenes no comprometidos en carreras delictivas (Kandel y Mednick, 1991).

En un estudio en el que participaron 123 delincuentes juveniles de Calgary (Canadá), alrededor de las tres cuartas partes de los jóvenes que presentaron

comportamiento delictivo violento y crónico tuvieron algún diagnóstico de déficit de atención con hiperactividad y de desorden de conducta (DeGusti, MacRae, Vallée, Caputo y Hornick, 2009). Respecto al abuso de sustancias se ha encontrado que en particular quienes presentan carreras delictivas crónicas y violentas tienen mayor probabilidad de consumir y abusar de sustancias ilegales que quienes no cometen delitos o se vinculan con delitos menores y en carreras delictivas de corta duración (MacRae *et al.*, 2008).

Cuadro 12. Factores de riesgo para la delincuencia violenta y persistente por rangos de edad. Parte 1.

Edad	Factores				
	Individuales	Familiares	Escolares	De pares	Comunitarios
0 – 3 años	Complicaciones prenatales y durante el parto. Temperamento difícil. Hiperactividad, impulsividad y problemas de atención.	Madres muy jóvenes. Abuso de drogas, alcohol y tabaco de las madres durante el embarazo. Depresión materna. Abuso de sustancias por parte de los padres. Historial delictivo en los padres. Déficit en la comunicación padres-hijos. Bajo nivel socio-económico. Conflictos maritales graves.			
3 – 6 años	Conducta agresiva. Problemas de conducta. Mentiras frecuentes. Búsqueda de sensaciones y asumir riesgos. Falta de culpa y empatía. Bajo nivel de inteligencia.	Estilos de crianza inapropiados. Maltrato infantil (abuso o negligencia).			

Fuente: tomado de DeGusti *et al.*, 2009, apéndice B y con base en Howell, 2009, p. 69-80. Traducción propia.

Cuadro 12. Factores de riesgo para la delincuencia violenta y persistente por rangos de edad.
Parte 2.

Edad	Factores				
	Individuales	Familiares	Escolares	De pares	Comunitarios
6 – 12 años	Vinculación delictiva. Creencias antisociales y delictivas. Agresión. Hiperactividad. Conducta antisocial temprana y persistente. Condiciones psicológicas. Condiciones físicas o médicas. Pocos vínculos sociales (poca participación en actividades sociales, baja popularidad). Conflicto con la autoridad, rebeldía, trastornos de conducta). Manifestación de comportamiento violento a edades tempranas. Victimización y exposición a la violencia. Déficit en habilidades de asertividad. Consumo de sustancias (marihuana y alcohol).	Padres autoritarios que utilizan con frecuencia el castigo físico. Bajo nivel socioeconómico. Padres y hermanos antisociales. Escaso apego emocional padres – hijos. Escasa supervisión, monitoreo y control parental. Violencia familiar (maltrato infantil, violencia entre padres). Padres separados. Actitud pro violenta por parte de los padres.	Fracaso escolar en la primaria. Absentismo escolar y suspensiones de la escuela. Problemas de aprendizaje. Escuelas desorganizadas, poco estructuradas, sin políticas claras. Bajo compromiso y participación escolar. Bajo apego al colegio. Escasas aspiraciones académicas.	Rechazo de los pares. Asociación con pares delincuentes. Asociación con pares agresivos.	Vivir en un vecinadario desorganizado. Disponibilidad de armas. Disponibilidad y acceso a las drogas. Sentimiento de inseguridad en el vecindario en que se vive. Bajo apego al vecindario. Jóvenes del vecindario vinculados a actividades antisociales.

Fuente: tomado de DeGusti *et al.*, 2009, apéndice B y con base en Howell, 2009, p. 69-80.
Traducción propia.

Cuadro 12. Factores de riesgo para la delincuencia violenta y persistente por rangos de edad. Parte 3.

Edad	Factores				
	Individuales	Familiares	Escolares	De pares	Comunitarios
12 – 16 años	Escasas relaciones interpersonales (vinculación a actividades sociales, popularidad). Vinculación delictiva. Vinculación al tráfico de drogas. Violencia física. Ser víctimas de la violencia. Problemas de salud mental. Trastornos de conducta. Poseer y portar armas. Relaciones sexuales tempranas. Paternidad y maternidad tempranas. Creencias antisociales y a favor de la delincuencia. Uso de alcohol ó drogas. Depresión. Eventos estresantes.	Escasos vínculos afectivos padres-hijos. Déficit en comunicación padres e hijos. Padres antisociales. Padres separados. Separación padres-hijos. Bajo nivel socioeconómico. Historia familiar de problemas de conducta y de delincuencia. Hermanos delincuentes. Tener una madre muy joven. Bajo apego afectivo con adultos durante la infancia. Escasos niveles de supervisión y control parentales. Bajos niveles educativos de los padres. Maltrato infantil (abuso y negligencia). Transiciones familiares (cambios de figuras parentales – varios padrastros o madrastras-).	Actitud y desempeño escolar. Fracaso académico. Escasa vinculación y compromiso escolares. Absentismo y deserción escolares. Transiciones escolares frecuentes. Etiquetamiento negativo por parte de los profesores (decirles que son malos, perturbados, incapaces, tontos, etc.). Bajas aspiraciones académicas. Bajo apego y vínculo con los profesores. Bajas expectativas escolares de los padres respecto a sus hijos. Escasas habilidades matemáticas (sobre todo en hombres).	Pares antisociales. Asociación con pares delincuentes. Asociación con pares agresivos. Uso de drogas por parte de sus amigos. Ser miembro de una banda.	Leyes y normas comunitarias que toleran el crimen. Pobreza. Desorganización comunitaria. Disponibilidad y uso de drogas en el vecindario. Exposición a violencia y a racismo. Altas tasas de delincuencia en el vecindario. Disponibilidad de armas.

Fuente: tomado de DeGusti *et al.*, 2009, apéndice B y con base en Howell, 2009, p. 69-80. Traducción propia.

En la investigación de Dunedin los jóvenes que presentaron conducta antisocial persistente desde la niñez registraron los niveles más altos de exposición a factores de riesgo como los rasgos temperamentales adversos, el déficit de atención, el negativismo entre los 3 y 5 años, la distancia social, las deficiencias cognitivas, la impulsividad, al ambiente familiar conflictivo y las pautas de crianza inconsistentes o coercitivas en la infancia y en la adolescencia. En la misma investigación, los jóvenes que no cometieron delitos registraron los niveles más bajos de exposición a los factores de riesgo, mientras que quienes se involucraron en actividades delictivas sólo en el curso de su adolescencia, aunque también difirieron de los no delincuentes por su mayor exposición y presentación de estos factores de riesgo, tuvieron niveles más bajos que los chicos con carreras delictivas persistentes (Moffit, Caspi, Dickson, Silva y Stanton, 1996).

El estudio de Fergusson, Lynskey y Horwood (1996) mostró que quienes presentaban comportamiento antisocial desde su infancia y persistían en conductas delictivas acumulaban un mayor número de factores de riesgo, tanto individuales como familiares, que quienes empezaban a manifestar estas conductas durante o después de la adolescencia. Los estudios de Wiebush *et al.* (1995) también encontraron que la tasa de reincidencia de los jóvenes con mayor exposición a factores de riesgo fue casi dos veces la de los jóvenes clasificados en exposición media, y casi 3 o 4 veces comparados con los jóvenes que tuvieron una mínima exposición a los factores de riesgo.

En general, los jóvenes que han manifestado comportamiento antisocial desde edades tempranas, con carreras delictivas caracterizadas por su cronicidad y violencia han tenido una mayor exposición a factores de riesgo familiares, escolares, de pares y comunitarios, que los jóvenes con carreras delictivas no violentas ni crónicas, tal como se puede observar en los resultados del estudio de Rochester, que se resumen en la Cuadro 13.

En el mismo sentido, en el estudio de Herrenkohl *et al.* (2000) los resultados sugieren que un niño de 10 años expuesto a seis o más factores de riesgo tiene 10 veces mayor probabilidad de cometer un acto violento antes de sus 18 años, que un niño que a sus 10 años sólo ha sido expuesto a un factor de riesgo. A este respecto, en un meta-análisis realizado por Lipsey y Derzon (1998) con base en

los resultados de 34 estudios longitudinales (en los que se analizaron factores asociados con la comisión de delitos graves y violentos) se encontró que las relaciones familiares tienen mayor efecto en la infancia que en la adolescencia, mientras que la influencia de los pares es mayor en esta última. Los factores de la infancia (6 a 11 años) con mayor poder predictivo de delincuencia crónica y violenta durante la adolescencia fueron:

- (a) Ser hombres
- (b) Involucrarse en delincuencia y usar drogas a edades tempranas (infancia)
- (c) Vivir con familias de nivel socio-económico bajo.
- (d) Tener padres con conducta antisocial
- (e) Ser víctima de maltrato
- (f) Historial de comportamiento agresivo

Cuadro 13. Factores de riesgo en el estudio de Rochester.

Factores de riesgo	Porcentaje de jóvenes con carreras delictivas no violentas que presentan el factor de riesgo	Porcentaje de jóvenes con carreras delictivas que presentan el factor de riesgo
Menor apego a los padres	16.4	41.4
Bajo vínculo educativo	21.3	40.6
Apego a los profesores	Alto	Bajo
Relación con pares delincuentes	5.3	59
Vecindarios con alta tasa de crimen	59.8	75.8

Fuente: elaboración propia con base en Thornberry, Huizinga y Loeber (1995).

El factor con menor nivel de predicción en la infancia fue el de vincularse con pares antisociales.

Los factores con mayor poder predictivo entre los 12 y 14 años de edad para la vinculación posterior en delincuencia crónica y violenta fueron:

- (a) Ser hombres
- (b) Pocos lazos emocionales con personas significativas.
- (c) Relación con pares antisociales (el predictor más fuerte).
- (d) Vinculación delictiva
- (e) Ser víctima de maltrato

- (f) Historia de comportamiento antisocial
- (g) Antecedentes de fracaso escolar

Para ambos grupos de edad los predictores más débiles fueron los hogares desestructurados. Sin embargo, diversas investigaciones avalan la estrecha e importante relación entre la delincuencia seria y las variables familiares. Por ejemplo, en el estudio de Hoeve *et al.* (2009) los patrones parentales negligente y autoritario fueron más frecuentes en los chicos con carreras delictivas serias y persistentes, que en los jóvenes que no llegaron a involucrarse en actividades delictivas. En otras investigaciones se ha encontrado estrecha relación entre la baja cohesión emocional familiar (Henggeler, Melton y Smith, 1992) y las habilidades inadecuadas de solución de problemas (Tolan y Guerra, 1994) con la vinculación delictiva crónica y violenta. Además, los jóvenes con carreras delictivas serias tienden a presentar experiencia de violencia en la familia y de divorcio (MacRae *et al.*, 2008).

En una revisión realizada por DeGusti, MacRae, Vallée, Caputo y Hornick (2009) se encontró que el conflicto marital, el divorcio de los padres y las experiencias de pérdidas en la infancia y la adolescencia (muerte o abandono de seres queridos, sufrir abuso y rechazo en el entorno familiar) incrementan de forma importante la probabilidad de involucrarse en delincuencia persistente. En la misma investigación, el maltrato sufrido durante la adolescencia fue un predictor importante de la reincidencia delictiva. Además, los jóvenes con carreras delictivas serias parecen requerir, con mayor frecuencia que otros jóvenes, de la asistencia de servicios sociales infantiles durante las primeras etapas de su vida. A este respecto, en el estudio de Dunedin se encontró que la agresión en los jóvenes con un funcionamiento neurológico bajo y que pertenecían a familias con estilo parental negligente era cuatro veces mayor que en los chicos que no tenían ninguno de estos dos factores de riesgo (Moffitt *et al.*, 2006).

Otras variables que se relacionan con el desarrollo de carreras delictivas violentas son la baja auto-estima, la falta de empatía por otros y la poca esperanza en el futuro (McMurtry y Curling's (2008, citado por DeGusti *et al.*, 2009).

Pertenecer a bandas y asociarse con pares comprometidos en conductas de riesgo, también se ha encontrado como un importante factor de riesgo para las carreras delictivas crónicas y violentas (DeGusti *et al.*, 2009).

Además, los delincuentes con carreras delictivas serias informan con mayor frecuencia que los jóvenes no delincuentes o los que se involucran en delitos menores por un corto periodo de tiempo, de problemas escolares, dificultades de aprendizaje e indisciplina. Asimismo, se involucran con mayor frecuencia en peleas y alguna vez llevaron algún tipo de armas al colegio (Arnall *et al.*, 2005; MacRae *et al.*, 2008, Mullis *et al.*, 2005).

Por el contrario, la presencia de factores de protección parece reducir el efecto de los de riesgo. Por ejemplo, en el estudio de Rochester se encontró que aunque un importante número de jóvenes presentaba altos niveles de riesgo, no todos cometieron delitos graves. Se analizaron las variables que pudieron jugar el papel de protección frente a la delincuencia y se identificaron factores escolares (compromiso académico, buen desempeño escolar e intentos por continuar su formación académica), familiares (altos niveles de supervisión de los padres, buenas relaciones con ellos) y de amigos (asociación con jóvenes convencionales y/o aprobados por sus padres). Los jóvenes expuestos a mayor cantidad de factores protectores tuvieron mayor resistencia a la presentación de comportamiento delictivo. Por ejemplo, quienes tenían de cero a cinco de estos factores registraron 22% de resistencia a la conducta delictiva y quienes contaron con nueve o más de ellos presentaron un sorprendente porcentaje de resistencia (82%). Estos resultados muestran que, aun dentro del conjunto de jóvenes evaluados como de alto riesgo para el comportamiento delictivo, el 82% puede evitar la delincuencia crónica si existen múltiples factores protectores.

En el estudio de Pittsburg se identificaron como factores de protección para la prevención de la delincuencia el pertenecer a familias pequeñas, con pocos problemas en su interior y con actividades compartidas; asimismo se encontró que vivir en casas que cuentan con buenas condiciones, tener amigos prosociales y con actitud negativa hacia la delincuencia se asocia con una baja frecuencia de patrones delictivos crónicos y violentos.

Otros factores de protección que han demostrado relevancia en la prevención de la delincuencia son el temperamento, el auto-control, tener padres con bajos niveles de frustración y de estrés, y vivir en un ambiente familiar de apoyo (van der Laan *et al.*, 2010).

Es importante mencionar que los estilos parentales también juegan un importante factor de protección aun en vecindarios de riesgo para la delincuencia. En el estudio realizado por Chung y Steinberg (2006) con una muestra de delinquentes juveniles serios se encontró que a pesar de vivir en vecindarios de alto riesgo, los jóvenes con padres preocupados por ellos, con habilidades de supervisión y de control (los padres que sabían dónde estaban sus hijos, conocían a sus amigos y establecían reglas y expectativas firmes) fueron más efectivos para prevenir que sus hijos se involucraran en problemas. Los jóvenes que provienen de vecindarios conflictivos, pero tienen padres que supervisan de manera efectiva y ponen reglas disciplinarias claras se resisten a involucrarse en actividades criminales en mayor medida que quienes tienen padres ineficaces en la labor educativa.

Por último, se ha encontrado que las oportunidades de participación en actividades extracurriculares prosociales funcionan como importantes factores de protección para el desarrollo de carreras delictivas crónicas. Los jóvenes vinculados a patrones de delincuencia crónicos y violentos que fueron entrevistados en un estudio realizado por MacRae *et al.* (2008) informaron que su participación y compromiso en actividades extraescolares (deportes, clubs, etc.) fueron significativamente bajas, comparados con los chicos que no estaban involucrados en actividades delictivas.

2.4. El desistimiento en las carreras delictivas

Desde otra perspectiva, a través del estudio del desistimiento del comportamiento delictivo se ha identificado otra serie de factores que contribuyen al fenómeno de reducción de la delincuencia (registrada y auto-informada) que se produce al final de la adolescencia y en la adultez temprana (Piquero, Farrington y Blumstein, 2003). Así, a pesar de que algunos jóvenes presentan comportamiento antisocial, muchos de ellos dejan de presentarlo y no continúan en largas carreras

delictivas. El estudio de los factores que contribuyen al desistimiento, tanto completo (dejar de involucrarse en acciones delictuosas) como parcial (reducir la frecuencia y la violencia implicada en los delitos cometidos), resulta esencial en el diseño de programas que tienen como objetivo contribuir a la reducción de la reincidencia.

Los resultados de estudios longitudinales indican que este patrón de desistimiento ocurre de forma diferencial entre subgrupos de delincuentes, encontrándose que, dependiendo del tipo de carrera delictiva en que están comprometidos los jóvenes, existe una mayor o menor probabilidad de desistir. Este conocimiento es esperanzador dado que si se pueden identificar los factores que contribuyen de forma natural al patrón de desistimiento del crimen antes de los veinte años, se podrán estructurar políticas y prácticas que promuevan este proceso.

Entre las principales hipótesis que se proponen para explicar el desistimiento vale la pena mencionar las siguientes (para una revisión de los factores asociados con el desistimiento se puede revisar DeGusti *et al.*, 2009): el proceso de maduración que representa el paso de la adolescencia a la adultez; el cambio de papeles sociales desempeñados por los jóvenes; la experiencia de un evento traumático o de pérdida que lleva a la auto-reflexión; y la adquisición de conocimientos y habilidades a través de programas específicos. Los cambios en las competencias y valores de los jóvenes hacen que la conducta antisocial sea menos atractiva y aceptable.

En primer lugar, el proceso de maduración se refiere a los cambios naturales que se presentan como consecuencia del término de una etapa de desarrollo y el comienzo de la siguiente. Los jóvenes se hacen menos impulsivos y más reflexivos, sus conexiones neuronales dan paso a un mayor equilibrio entre las emociones y la razón; con ello, se hacen menos susceptibles a la influencia de los pares y más confiados de su propio criterio. Así mismo, se reducen las conductas de riesgo y se aumenta la preferencia por condiciones de seguridad y de estabilidad. La madurez que se adquiere entre la adolescencia y la adultez permite al joven desarrollar responsabilidad (autonomía, autoconfianza, sentido de identidad), perspectiva (orientación futura, habilidad para considerar puntos de

vista alternativos) y un temperamento más dócil (capacidad de autorregulación, reactividad emocional e impulsividad) (Steinberg y Cauffman, 1996).

En segundo lugar, el asumir diferentes papeles sociales en el trabajo y en la familia promueve nuevos patrones de conducta y demandas que hacen que la actividad antisocial sea menos útil. La vinculación laboral favorece el aprendizaje de nuevas destrezas y el descubrimiento de las propias capacidades, de tal forma que se fortalecen los sentimientos de auto-eficacia y de auto-estima y se incrementan las propias expectativas con lo cual se motiva la continuación de dichas actividades y la disminución de comportamientos ilegales. La consecución de una pareja y/o el inicio de un hogar propio también contribuyen al desarrollo de nuevas habilidades y al fortalecimiento de vínculos afectivos que compiten con el comportamiento antisocial (esta competencia es más fuerte si la pareja no es antisocial). La vinculación en actividades dentro de la legalidad y la existencia de relaciones afectivas prosociales, reducen el tiempo y las oportunidades para el comportamiento delictivo. Si las nuevas actividades ofrecen a la persona experiencias de apego emocional, de refuerzo social, de estatus (por ejemplo reconocimiento en el trabajo) este nuevo estilo de vida puede significar para la persona condiciones tan valiosas que percibirá que vale la pena mantenerlas y protegerlas. Ante la posibilidad de delinquir la persona puede percibir mayores pérdidas que ganancias.

El asumir otros papeles en el ámbito social hace que el adolescente se perciba de manera diferente a sí mismo, lo cual se retroalimenta con los resultados que obtiene al emplear nuevas habilidades en su entorno. Estos cambios ofrecen al joven oportunidades distintas de relacionarse con su propio contexto. En esta transición, las relaciones y la influencia de pares puede reducirse, en tanto otras se incrementan, como las de noviazgo o de compañeros de trabajo. Se establecen nuevos roles sociales relacionados con distintos ambientes tanto en el ámbito laboral como espiritual o incluso de esparcimiento.

En tercer lugar, el experimentar eventos importantes, fuertes e intensos también se ha encontrado como un elemento frecuente en el desistimiento del comportamiento delictivo. Este tipo de experiencias llevan al joven a reflexionar sobre sí mismo y a valorar los costos y beneficios de la conducta antisocial. A su

vez, esta reflexión permite reconocer la importancia de un cambio y puede acompañarse de transformaciones importantes en el estilo de vida.

Por último, la participación en algún programa de capacitación o de desarrollo de habilidades puede ofrecer a los jóvenes la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos, descubrir aptitudes y aprender destrezas, con lo cual pueden cambiar sus aspiraciones, sus metas y sus decisiones. Terminar un entrenamiento laboral o tener la oportunidad de aprender de alguien a quien se admira puede abrir el panorama del joven, hacer que reconozca o que genere oportunidades que antes no tenía. La posibilidad de participar en este tipo de programas puede darse por primera vez cuando el joven ingresa al sistema de justicia, aunque lo ideal es que suceda mucho antes.

En general, los estudios sobre desistimiento han mostrado la relevancia de que los jóvenes sean conscientes de su propia conducta antisocial, pero también de la necesidad de que el contexto social en el que viven les ofrezca oportunidades para que cambien sus hábitos delictivos. Es importante que el comportamiento dentro de la legalidad proporcione habilidades psicosociales que permitan al joven lograr pequeñas metas, dado que así poco a poco el chico ganará confianza en sí mismo y en las consecuencias que este comportamiento le proporciona y en las personas con quienes se relaciona de esta nueva manera.

Desde la perspectiva de DeGusti *et al.* (2009) los principales predictores del desistimiento de los jóvenes comprometidos en carreras delictivas son los niveles de capital social y humano que pueden tener al final de la adolescencia. El capital humano se refiere a las capacidades básicas, habilidades individuales que un chico tiene para trabajar en la adultez. El capital social se refiere al valor total de la red social de un adolescente, es decir a la gente (por ejemplo, amigos, miembros de familia extensa, padres, grupos comunitarios, compañeros de trabajo) que acompaña, apoya y promueve su desarrollo positivo.

Sin duda, la identificación y promoción de factores tanto de protección como de aquéllos que favorecen el desistimiento son indispensables en el diseño y aplicación de programas cuyo objetivo sea la prevención de la conducta antisocial y de la reincidencia delictiva.

2.5. El género cómo variable moderadora

Existe una mayor proporción de hombres que de mujeres involucrados en carreras delictivas crónicas y violentas. Se estima que la prevalencia de delincuencia seria en los adolescentes es dos a tres veces mayor en hombres que en mujeres (alrededor del 6 al 7% en los chicos, y del 2 al 3% en las chicas). Investigaciones como la de Elliot, Huizinga y Morse (1986) han planteado que en la población joven (de 12 a 27 años) el 42% de los hombres llegan a vincularse en acciones delictivas graves o violentas, mientras sólo lo hace el 16% de las mujeres. De acuerdo con estos autores, la edad en que se presenta la mayor prevalencia de conducta delictiva es más temprana en las mujeres que en hombres; y la tasa de desistimiento en la conducta antisocial es mayor en mujeres que en hombres. Los datos de delincuencia auto-informada de la encuesta de Fagan *et al.* (2007) señalaron que los hombres tenían el doble de probabilidad de involucrarse en delincuencia grave, que las mujeres.

En un estudio realizado en Filadelfia que evaluó la continuidad de las carreras delictivas serias se encontraron diferencias entre hombres y mujeres en su participación en distintos patrones delictivos. Una mujer por cada tres hombres estuvo involucrada en algún delito grave (contra la propiedad o contra las personas); una mujer por cada cuatro hombres cometió delitos de tipo violento; y una mujer de cada siete hombres desarrolló una carrera delictiva crónica y violenta. De acuerdo con esta investigación alrededor del 2 % de las mujeres cometen delitos violentos con frecuencia, y de este pequeño porcentaje cerca de la mitad persisten en las actividades delictivas durante su adultez. Además, este pequeño grupo de chicas se responsabiliza de cerca del 11% de los delitos registrados como cometidos por mujeres en el sistema de justicia. En el caso de los hombres, se estima que al menos el 14% de quienes delinquen se comprometen en carreras delictivas violentas y crónicas, siendo responsables del 21% de la criminalidad registrada oficialmente en el sistema de justicia (Kempf-Leonard, Tracy y Howell, 2001; citados por Howell, 2009).

En este mismo sentido, Thornberry y Krohn (2003) también explican que aunque la proporción de mujeres adolescentes involucradas en grupos de jóvenes delincuentes varones llega solo al 16% (con base en el estudio de Rochester), ellas

son responsables de más del 60% de los actos violentos cometidos por las adolescentes en general.

En un estudio realizado en los países bajos se encontró la misma tendencia, los hombres tendieron a presentar mayores índices de delincuencia que las mujeres. En su muestra de más de 2200 jóvenes se encontró que el 38,3% de quienes no se involucraron en ningún tipo de actividad delictiva fueron hombres y 61,7% mujeres. El 48,8% de quienes cometieron delitos menores fueron hombres y el 51,2% mujeres. Respecto a la delincuencia grave, alrededor del 72% fueron hombres y 27,4% mujeres (van der Laan *et al.*, 2010).

Desafortunadamente, pocos estudios comparan hombres y mujeres en factores de riesgo para la delincuencia. Sin embargo, la evidencia disponible en este tema sugiere factores similares tanto en hombres como en mujeres (Rutter, Giller y Hagell, 2000). Por ejemplo, Kempf-leonard y Tracy (2000) midieron factores de riesgo y problemas de conducta en las primeras dos décadas de la vida de su muestra, y encontraron que los mismos factores de riesgo predicen problemas de conducta, tanto en hombres como en mujeres.

Los estudios de Denver y Rochester compararon hombres y mujeres adolescentes en función de predictores clave de delitos graves contra la propiedad y sólo informaron de diferencias de género pequeñas en factores como el uso de drogas, los problemas escolares y de salud mental. En esta investigación hubo una relación estadísticamente significativa entre la delincuencia crónica y el uso persistente de drogas, tanto para hombres como para mujeres. De igual forma, sufrir la violencia como víctimas y padecer secuelas graves se relacionó con la vinculación en carreras delictivas serias en chicos y chicas (Loeber *et al.*, 2001).

En otro estudio longitudinal realizado en Nueva Zelanda los resultados fueron en la misma dirección que las investigaciones citadas, en hombres y en mujeres se identificaron factores similares de riesgo para la delincuencia: problemas tempranos de conducta, ambiente familiar conflictivo, amigos delincuentes, consumo de sustancias y el uso de castigo físico por parte de los padres. Empero, los resultados mostraron que las mujeres presentan con mayor frecuencia que los hombres historia de abuso físico y sexual, mayores problemas de salud mental y abuso de alcohol, todo lo cual se asocia con su posterior

vinculación a la delincuencia (Woodward y Ferguson, 2000). Además, las jóvenes que inician su vida sexual en edades más tempranas y/o que padecen abuso sexual están en mayor riesgo de pertenecer a una banda.

En una encuesta realizada por Fagan, Van Horn, Hawkins y Arthur (2007) a cerca de 8000 estudiantes de décimo grado en Estados Unidos, se evaluó la relación entre 22 factores de riesgo y de protección, y la vinculación de hombres y mujeres en delincuencia seria. Los resultados de este estudio indicaron que todos los factores de riesgo evaluados (individuales, familiares y de pares) se relacionaron de forma significativa con carreras delictivas serias, y todos los factores de protección se asociaron con menor vinculación delictiva, en hombres y en mujeres por igual. No se encontraron diferencias de género en el nivel de exposición a pares que usan drogas o que recompensan las conductas delictivas. En los pocos casos que se encontraron diferencias entre hombres y mujeres, éstas fueron pequeñas.

Aunque las jóvenes parecen seguir los mismos patrones de delincuencia que los chicos (Gorman-Smith y Loeber, 2005) es posible encontrar algunas diferencias en los factores de riesgo y los problemas de conducta que presentan unos y otros. La mujeres tienen prevalencia e incidencia más baja en problemas de conducta que los hombres (Loeber, Buker, Lahy, Winters y Zera, 2000), pero otros problemas afectan más y de forma negativa a las mujeres. Por ejemplo, los trastornos de ansiedad y de depresión, el uso de sustancias y la conducta suicida se registran con mayor frecuencia en mujeres que en hombres.

En el estudio de Fagan *et al.* (2007) las pocas diferencias de género encontradas sugieren que las chicas que se involucran en carreras delictivas serias han tenido mayor exposición a factores de riesgo como el conflicto familiar y bajos niveles de apego con los padres, que los varones. Al parecer las adolescentes son más sensibles ante conflictos familiares, reflejados en discusiones y problemas de comunicación frecuentes que los chicos, en parte porque ellas permanecen más tiempo en casa que ellos. En el ámbito escolar los jóvenes informaron de mayor fracaso académico, más bajo compromiso escolar y menores oportunidades y recompensas para la vinculación prosocial que las chicas.

En resumen, la investigación actual sobre las diferencias de género en este ámbito es todavía escasa, aunque parece que hay más semejanzas que otra cosa.

2.6. Dificultades e implicaciones del estudio de la delincuencia seria

El estudio de la delincuencia seria (crónica y violenta) se dificulta por varias razones. En primer lugar, la delimitación legal de este concepto no es del todo clara.

En el caso de la violencia, se encuentran diferencias en la definición y categorización de lo que se denomina delito violento; y con relación a la cronicidad tampoco existe unanimidad respecto al número de vinculaciones legales que la definen. Si bien las estadísticas oficiales constituyen una importante fuente de información, también tienen limitaciones. Algunos jóvenes podrían haber cometido conductas antisociales que no se registran como delitos (por desconocimiento de las autoridades, porque en la condición de menores de edad no se reconocieron como tales, etc.) presentándose cifras menores a la actividad delictiva real. En este punto vale la pena mencionar que para tener acceso a los datos que no se conocen mediante estadísticas oficiales, algunas investigaciones introducen los auto-informes, que aunque permiten conocer datos, tanto de las posibles víctimas como de los agresores, también pueden presentar sesgos en los que se sobreestima el volumen de actividad delictiva (por ejemplo, los jóvenes podrían exagerar su participación en la delincuencia). Para resolver estos inconvenientes se sugiere la combinación de diversas fuentes con el fin de obtener un estimativo cercano a la realidad.

En segundo lugar, dado que los jóvenes comprometidos en carreras delictivas crónicas y violentas suelen constituir un grupo más pequeño que quienes presentan patrones ocasionales no violentos, el diseño de estudios para su comprensión se ve limitado. Por ejemplo, el número reducido de jóvenes limita la conformación de grupos de comparación en los diseños de investigación. Además, puesto que los chicos comprometidos en patrones delictivos serios suelen llamar la atención por su comportamiento extremo, pocas veces el personal del sistema de justicia está de acuerdo en que algunos reciban atención y otros no, en el caso

de los estudios que evalúan el efecto de un programa y que requieren un grupo comparable que no reciba tal intervención.

Por último, dado que los delitos violentos son cometidos con mayor frecuencia durante la etapa final de la adolescencia y en los primeros años de la vida adulta de los delincuentes, la mayoría de estudios sobre delitos violentos se ha realizado con adultos (Rutter *et al.*, 2000), lo cual dificulta comprender el desarrollo de la carrera delictiva desde su inicio, y en especial durante la adolescencia.

A pesar de la complejidad del estudio de la delincuencia seria, los hallazgos respecto a la heterogeneidad de la conducta delictiva y la concentración de la mayor parte del delito en un grupo pequeño de personas, tienen importantes implicaciones para el diseño y evaluación de los programas de prevención e intervención con el fin de reducir la delincuencia.

El hecho de que las conductas antisocial y delictiva sean heterogéneas en función del tipo de derecho vulnerado (la propiedad o la vida), de la frecuencia de presentación (ocasional, persistente, continua o intermitente) y de la edad de inicio (temprano o tardío) implica importantes desafíos para la investigación. La existencia de diferentes tipos de patrones delictivos, como los que se listan a continuación, justifica la necesidad de realizar evaluaciones previas a la aplicación de planes de prevención y tratamiento que clasifiquen a los jóvenes de acuerdo con sus necesidades y que planteen objetivos adecuados para su intervención. Estos patrones pueden ser:

- (a) No antisociales
- (b) Antisociales no vinculados a delincuencia
- (c) Vinculados a delincuencia (no crónica - no violenta)
- (d) Vinculados a delincuencia crónica, pero no violenta
- (e) Vinculados a delincuencia violenta, pero no crónica
- (f) Vinculados a delincuencia crónica y violenta

Si una pequeña parte de la población delincuente –crónica y violenta- es la responsable de la mayoría de delitos registrados y auto-informados, es evidente la necesidad de identificar e intervenir de manera efectiva sobre su comportamiento.

De otro lado, el conocimiento derivado de la investigación también es relevante para el proceso de evaluación de los programas aplicados a la población de jóvenes vinculados a la delincuencia.

En este sentido, los resultados de las evaluaciones pueden valorarse de manera distinta de acuerdo con el tipo de población que se esté tratando. Así, la tasa delictiva medida después de la aplicación de un programa no es comparable entre un grupo de personas cuya actividad delictiva se limita a la adolescencia y un grupo de delincuentes crónicos persistentes. En el primer caso, la disminución en la tasa, por ejemplo, podría deberse al curso normal de la carrera delictiva y no al programa aplicado; y en el segundo, el mismo decremento, puede representar una influencia importante de la intervención.

En el caso de delincuencia crónica – violenta la medida de la reincidencia guarda diferencia con la de otros grupos. Dado el patrón de repetición y persistencia del primero, resulta necesario evaluar tanto la frecuencia de comisión de delitos posterior a la aplicación de una intervención, como el lapso de tiempo que transcurre hasta su recaída y el grado de violencia implicado en sus subsiguientes actividades delictivas. Para un programa dirigido a este grupo particular de jóvenes un criterio de éxito podría ser la reducción de la reincidencia o de la violencia y no necesariamente la extinción total del comportamiento delictivo.

Finalmente, la existencia de patrones consecutivos e intermitentes también tiene implicaciones para el periodo de evaluación de los programas. Si los participantes en él presentan un patrón intermitente, una sola evaluación no permitiría conocer realmente el curso de la conducta del individuo. En este caso, sería conveniente realizar un seguimiento más largo con varias medidas de evaluación, tal como se explicó en el tipo de diseño.

Como conclusión, tal como lo plantea Farrington (2002, 2003) “dadas las características de los delincuentes crónicos, es importante enfocarse en ellos para la prevención y tratamiento del crimen. Y ya que muchos delincuentes juveniles

crónicos - violentos cometen delitos muy frecuentemente (crónicos) y además diferentes tipos de delitos (versátiles) que reciben sentencias de institucionalización, la efectividad del tratamiento es un tema crítico”.

CAPÍTULO 3

PROGRAMAS DE TRATAMIENTO PARA LA PREVENCIÓN DE LA REINCIDENCIA DELICTIVA

3.1. Marco normativo

La preocupación internacional por el fenómeno de la vinculación de jóvenes a actividades delictivas ha contribuido a la unión de esfuerzos y a la creación de diversas reglamentaciones y acuerdos entre un buen número de países. En ese sentido, la Declaración Internacional de los Derechos del Niño (1979), las reglas mínimas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para la administración de justicia de menores (1985), la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño (1989) y las Directrices de las ONU para la prevención de la delincuencia juvenil (1990) constituyen guías invaluable para el abordaje de esta problemática.

La Reglas mínimas para la administración de justicia de menores (conocidas como Reglas de Beijing, dado que en esta ciudad fueron aprobadas), propuestas por la ONU desde 1985, promueven la protección de los derechos humanos fundamentales de los menores que se encuentran en dificultades con la justicia y describen las condiciones mínimas aceptadas para su tratamiento.

En esta misma línea, las Directrices de las Naciones Unidas para la prevención de la delincuencia juvenil (Directrices de Riad, 1990) son esenciales en el diseño de políticas y sistemas de justicia. En los principios fundamentales de este documento se enfatiza la necesidad de ofrecer a los jóvenes un desarrollo armonioso, así como el respeto y cultivo de su personalidad a partir de la primera infancia, que facilite la adquisición de actitudes no criminógenas. En estas directrices se establece que: “Deberá reconocerse la necesidad y la importancia de aplicar una política progresista de prevención de la delincuencia, así como de estudiar sistemáticamente y elaborar medidas pertinentes que eviten criminalizar y

penalizar al niño por una conducta que no causa graves perjuicios a su desarrollo ni perjudica a los demás...”(Numeral 5).

En la convención sobre los Derechos del niño también se contemplan algunos artículos sobre menores que incurren en actividades delictivas, en ellos se reconocen sus derechos y se proponen condiciones para el tratamiento que reciban como consecuencia de dichos actos.

Entre otras bondades, los documentos antes citados han planteado la necesidad de un paradigma de autonomía para la Justicia de menores diferente al derecho penal para adultos. Este paradigma, caracterizado por un modelo garantista, promueve la protección integral de los menores, el reconocimiento de su diferencia respecto a los adultos y la necesidad de garantías específicas acordes con las condiciones particulares de esta etapa del desarrollo. Es de resaltar que todos y cada uno de los documentos citados dan prioridad a la protección de los derechos de los adolescentes y a la promoción de su bienestar integral. Además, la reglamentación internacional se pronuncia con relación a las medidas que se apliquen como consecuencia de la comisión de actos delictivos, recomienda que maximicen los derechos del adolescente y minimicen los efectos negativos de su aplicación (en el Cuadro 14 se pueden leer algunos de los apartados de los documentos citados que enfatizan estos elementos).

Las sugerencias internacionales en materia de tratamiento de jóvenes que han cometido delitos enfatizan la necesidad de ofertar programas que les proporcionen asistencia, capacitación, protección y formación personal, vocacional y profesional acordes con sus características (Cuadro 15). La finalidad del tratamiento es mitigar los motivos que llevaron a los adolescentes a involucrarse en actos ilegales, satisfacer sus necesidades relacionadas con su conducta delictiva y brindar nuevas oportunidades dentro de la legalidad.

Cuadro 14. Artículos de la normativa internacional sobre justicia para adolescentes.

La Declaración Internacional de los derechos del niño (1979)
<p>Artículo 37.</p> <p><i>Los Estados Partes velarán porque:</i></p> <p>3. Ningún niño sea sometido a torturas ni a otros malos tratos o penas crueles, inhumanas o degradantes. No se impondrá la pena capital ni la de prisión perpetua sin posibilidad de excarcelación en delitos cometidos por menores de 18 años de edad;</p> <p>c) Todo niño privado de libertad sea tratado con la humanidad y el respeto que merece la dignidad inherente a la persona humana, y de manera que se tengan en cuenta las necesidades de las personas de su edad. En particular, todo niño privado de la libertad estará separado de los adultos, a menos que ello se considere contrario al interés superior del niño, y tendrá derecho a mantener contacto con su familia por medio de correspondencia y de visitas, salvo en circunstancias excepcionales;</p> <p>d) Todo niño privado de su libertad tendrá derecho a un pronto acceso a la asistencia jurídica y otra asistencia adecuada, así como derecho a impugnar la legalidad de la privación de su libertad ante un tribunal u otra autoridad competente, independiente e imparcial y a una pronta decisión sobre dicha acción.</p> <p>Artículo 40.</p> <p>3. Los Estados Partes tomarán todas las medidas apropiadas para promover el establecimiento de leyes, procedimientos, autoridades e instituciones específicos para los niños de quienes se alegue que han infringido las leyes penales o a quienes se acuse o declare culpables de haber infringido esas leyes, y en particular:</p> <p>a) El establecimiento de una edad mínima antes de la cual se presumirá que los niños no tienen capacidad para infringir las leyes penales;</p> <p>b) Siempre que sea apropiado y deseable, la adopción de medidas para tratar a esos niños sin recurrir a procedimientos judiciales, en el entendimiento de que se respetarán plenamente los derechos humanos y las garantías legales.</p>
Reglas de Beijing (1985)
<p>Primera parte. Principios Generales</p> <p>1. Orientaciones fundamentales</p> <p>1. Los Estados Miembros procurarán, en consonancia con sus respectivos intereses generales, promover el bienestar del menor y de su familia.</p> <p>5. Objetivo de la justicia de menores</p> <p>1. El sistema de justicia de menores hará hincapié en el bienestar de éstos y garantizará que cualquier respuesta a los menores delincuentes será en todo momento proporcionada a las circunstancias del delincuente y del delito.</p> <p>Comentario:</p> <p>El primer objetivo del sistema de justicia de menores es el fomento del bienestar del menor.</p>
Directrices de Riad (1990)
<p>La política y las medidas para la prevención del delito deberán incluir entre otras:</p> <p>d. La protección del bienestar, desarrollo derechos e intereses de los jóvenes.</p>

Fuente: reglamentación internacional citada en el cuadro.

Cuadro 15. Ejemplos de reglamentación internacional sobre el tratamiento dirigido a jóvenes que han cometido delitos.

Reglas de Beijing (1985)
<p>Cuarta Parte. Tratamiento fuera de los establecimientos penitenciarios.</p> <p>24. Prestación de asistencia. Se procurará proporcionar a los menores, De todas las etapas del procedimiento, asistencia en materia de alojamiento, enseñanza o capacitación profesional, empleo o cualquiera otra forma de asistencia, útil y práctica, para facilitar el proceso de rehabilitación.</p> <p>Quinta Parte. Tratamiento en establecimientos penitenciarios.</p> <p>26. Los objetivos del tratamiento en establecimientos penitenciarios</p> <p>26.1. La capacitación y el tratamiento de menores confinados en establecimientos penitenciarios tienen por objetivo garantizar su cuidado y protección, así como su educación y formación profesional para permitirles que desempeñen un papel constructivo y productivo en la sociedad.</p> <p>26.2. Los menores confinados en establecimientos penitenciarios recibirán los cuidados, la protección y toda la asistencia necesaria – social, educacional, profesional, psicológica, médica y física- que puedan requerir debido a su edad, sexo y personalidad y en interés de su desarrollo sano.</p> <p>28. Frecuente y pronta concesión de la libertad condicional.</p> <p>28.1. La autoridad pertinente recurrirá en al mayor medida posible a la libertad condicional y la concederá tan pronto como sea posible.</p> <p>28.2 Los menores en libertad condicional recibirán asistencia del correspondiente funcionario a cuya supervisión estarán sujetos, y el pleno apoyo de la comunidad.</p> <p>29. Sistemas intermedios</p> <p>29.1. Se procurará establecer sistemas intermedios como establecimientos de transición, hogares educativos, centros de capacitación diurnos y otros sistemas pertinentes que puedan facilitar la adecuada reintegración de los menores a la sociedad.</p>
Directrices de Riad (1990)
<p>La política y las medidas para el tratamiento de menores deberán incluir entre otras:</p> <p>a) La creación de oportunidades, en particular educativas, para atender las diversas necesidades de los jóvenes y servir de marco de apoyo para velar por el desarrollo personal de todos los jóvenes, en particular de aquellos que están patentemente en peligro o en situación de riesgo social y necesitan cuidado y protección especiales.</p> <p>b) La formulación de doctrinas y criterios especializados para la prevención de la delincuencia, basados en las leyes, los procesos, las instituciones, las instalaciones, y una red de servicios, cuya finalidad sea reducir los motivos, la necesidad y las oportunidades de comisión de infracciones o las condiciones que las propicien.</p>

Fuente: reglamentación internacional citada en el cuadro.

El Consejo de Europa (especialmente en la Recomendación N R (87) 3) también señala algunos principios con relación a la intervención sobre la población interna por la comisión de delitos. Estos son:

- (a) Los objetivos de alta prioridad en el tratamiento son salvaguardar la salud y la dignidad de los internos, desarrollar su responsabilidad y proporcionarles aquellas competencias que les ayudarán a volver a la sociedad sin delinquir, y a saber cubrir sus necesidades por ellos mismos.
- (b) El tratamiento debe enfocarse en reducir los resultados perjudiciales que la detención implica. Para lograr este objetivo, se recomienda el uso de estrategias como las siguientes:
 - La orientación y preparación profesional de los sujetos, así como la realización de una actividad ocupacional específica.
 - La aplicación de sistemas de información y asesoramiento que mejoren la relación entre los internos y el personal que los atiende, para hacer que el régimen de la prisión y los tratamientos sean más eficaces.
 - Un sistema de régimen abierto.
 - El diseño de programas de tratamiento después de un estudio intensivo de la personalidad de los sujetos.
 - Establecimiento de sistemas específicos para promover la cooperación y la participación de los condenados en su proceso de tratamiento.
 - Establecer un programa de educación normalizado.
 - Usar diversas modalidades de libertad condicional.

En el sistema de justicia juvenil resulta crítica la decisión respecto a las medidas que se deben imponer. Los documentos internacionales coinciden en que para la individualización y la aplicación de las medidas para adolescentes se deben considerar los principios de proporcionalidad y mínima intervención (en el Cuadro 16 se transcriben algunos apartados de documentos que sustentan estos principios).

Cuadro 16. Artículos que sustentan la medida de pérdida de libertad como último recurso.

La Declaración Internacional de los derechos del niño (1979)
<p>Artículo 37. Los Estados Partes velarán porque:</p> <p>3. Ningún niño sea privado de su libertad ilegal o arbitrariamente. La detención, el encarcelamiento o la prisión de un niño se llevará a cabo de conformidad con la ley y se utilizará tan solo como medida de último recurso y durante el período más breve que proceda.</p> <p>Artículo 40</p> <p>Se dispondrá de diversas medidas, tales como el cuidado, las órdenes de orientación y supervisión, el asesoramiento, la libertad vigilada, la colocación en hogares de guarda, los programas de enseñanza y formación profesional, así como otras posibilidades alternativas a la internación en instituciones, para asegurar que los niños sean tratados de manera apropiada para su bienestar y que guarde proporción tanto con sus circunstancias como con la infracción.</p>
Reglas de Beijing (1985)
<p>Primera Parte. Principios Generales</p> <p>4. Objetivo de la justicia de menores</p> <p>El sistema de justicia de menores hará hincapié en el bienestar de éstos y garantizará que cualquier respuesta a los menores delincuentes será en todo momento proporcionada a las circunstancias del delincuente y del delito.</p> <p>Segunda Parte. Investigación y procesamiento</p> <p>13. Prisión preventiva</p> <p>1. Solo se aplicará la prisión preventiva como último recurso y durante el plazo más breve posible.</p> <p>2. Siempre que sea posible, se adoptarán medidas sustitutorias de la prisión preventiva, como la supervisión estricta, la asignación a una familia o el traslado a un hogar o a una institución educativa.</p> <p>3. Los menores que se encuentren en prisión preventiva gozarán de todos los derechos y garantías previstos en las reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos aprobadas por las Naciones Unidas.</p> <p>4. Los menores que se encuentren en prisión preventiva estarán separados de los adultos y recluidos en establecimientos distintos o en recintos separados en los establecimientos en que haya detenidos adultos.</p> <p>5. Mientras se encuentren bajo custodia, los menores recibirán cuidados, protección y toda la asistencia-social, educacional, profesional, psicológica, médica y física – que requieran, habida cuenta de su edad, sexo y características individuales.</p>
<p>Tercera Parte. De la Sentencia y Resolución</p> <p>17. Principios rectores de la sentencia y la resolución:</p> <p>1. La decisión de la autoridad competente se ajustará a los siguientes principios:</p> <p>b. Las restricciones a la libertad personal del menor se impondrán solo tras cuidadoso estudio y se reducirán al mínimo posible;</p> <p>c. Solo se impondrá la privación de libertad personal en el caso de que el menor sea condenado por un acto grave en el que concurra violencia contra otra persona o por la reincidencia en cometer otros delitos graves, y siempre que no haya otra respuesta adecuada.</p> <p>19. Carácter excepcional del confinamiento en establecimientos penitenciarios.</p> <p>1. El confinamiento de menores en establecimientos penitenciarios se utilizará en todo momento como último recurso y por el más breve plazo posible.</p>
Directrices de Riad (1990)
<p>I. Principios fundamentales</p> <p>6) La política y las medidas de esa índole deberán incluir entre otras: creación de servicios y programas con base en la comunidad. Solo en última instancia ha de recurrirse a organismos oficiales de control social.”</p>

Fuente: reglamentación internacional citada en el cuadro.

En las reglas de Beijing (1985) se propone como primer objetivo de la justicia de menores el fomento de su bienestar, y como segundo objetivo el “principio de proporcionalidad”. Este último sirve como instrumento de restricción para las sanciones punitivas. “La proporcionalidad indica que las medidas deben ser proporcionales a las circunstancias de los jóvenes y a la conducta realizada” (Declaración internacional de los Derechos del niño, artículo 37, numeral 3, 1979).

Por otro lado, el principio de mínima intervención promueve el uso de las medidas menos rigurosas posibles, de tal forma que el internamiento sólo debe aplicarse como medida extrema, por el tiempo más breve que proceda y en casos en los que haya evidencia de que el joven representa un riesgo importante para la sociedad. La privación de libertad sólo puede ser posible en casos de actos delictivos graves, de violencia contra otras personas o de reincidencia seria, y siempre que no haya otra respuesta adecuada (Reglas de Beijing, 1985).

El principio de la mínima intervención favorece las medidas en comunidad por considerar que ofrecen mayores oportunidades para la reintegración social de los jóvenes. Por el contrario, la privación de la libertad es objeto de constantes debates.

La pérdida de libertad se vincula con la idea de incapacitación del joven para volver a cometer delitos (por lo menos durante su institucionalización) y prevé un impacto significativo en la disuasión general, al enviar el mensaje de que quien comete un delito recibirá un castigo severo. Además, se ha demostrado que la institucionalización tiene grandes desventajas. Por ejemplo, se ha calculado el alto costo que implica el mantenimiento de una persona en regímenes cerrados (se deben proveer recursos para satisfacer necesidades básicas como alimentación, cuidados de salud, sitio para dormir, etc.; y otras necesidades relacionadas con la capacitación académica, laboral, de desarrollo personal y social, etc.) (MacKenzie, 2002). Asimismo, la evidencia ha demostrado, en repetidas ocasiones, que los efectos de la institucionalización son perjudiciales en diversos sentidos para las personas que la sufren (para una revisión de este tema Valverde, 1997).

También es claro que el impacto de la prisión es mayor en las poblaciones más débiles, dado que con frecuencia medidas como las multas no pueden ser costeadas por personas de escasos recursos y en su lugar se impone la pérdida de libertad. Lo anterior, incrementa el número de internos por razones económicas y no por criterios que en principio sustentan este tipo de sanción (por el ejemplo el riesgo que representan estas personas para la comunidad) (para una revisión del tema ver MacKenzie, 2002).

Con relación a la decisión específica de las medidas, las Reglas de Beijing son claras en cuanto a la necesidad de un estudio cuidadoso antes de imponerlas, en particular cuando se contempla la disposición de restricción a la libertad personal de un menor de edad:

“16. Informe sobre investigaciones sociales. Para facilitar la adopción de una decisión justa por parte de la autoridad competente, y a menos que se trate de delitos leves, antes de que esa autoridad dicte una resolución definitiva se efectuará una investigación completa sobre el medio social y las condiciones en que se desarrolla la vida del menor y sobre las circunstancias en que se hubiere cometido el delito”, p. 11.

A pesar de que no hay criterios estandarizados que delimiten las áreas y los instrumentos mínimos necesarios para realizar estudios de los menores antes de asignar una medida, las sugerencias internacionales promueven tener en cuenta no sólo el tipo de delito cometido (su gravedad), sino también variables como la personalidad y las circunstancias de cada joven. También se propone que estos estudios sean realizados por personal idóneo y capacitado para ello. Así, las características propias de cada adolescente (personales, familiares, sociales, de daño causado por el delito, de esfuerzos para reparar los daños causados o para comportarse acorde a la legalidad, etc.) deben influir en el tipo de medida que se aplica.

3.2. La intervención correccional

Una vez que un joven es considerado responsable de la comisión de un hecho delictivo, se imponen una serie de medidas con la finalidad de reducir la probabilidad de que vuelva a vincularse en este tipo de actividades en el futuro.

En general, existen dos posibles alternativas, que lejos de ser excluyentes, se recomienda que sean complementarias.

La primera se refiere a las sanciones legales que tienen el objetivo de disuadir, tanto al joven que ha cometido el acto delictivo como a quienes pueden potencialmente hacerlo, de no incurrir en tales actividades. Estas sanciones se caracterizan por proponer restricciones, prohibiciones u obligaciones.

La segunda alternativa es la aplicación de programas de tratamiento que constituyen oportunidades de aprendizaje en las que se intentan satisfacer las necesidades propias del joven y con ello reducir las condiciones que en principio le llevaron a cometer un delito.

El hecho de proponer tanto las sanciones como los programas de tratamiento lleva implícita la convicción en la prevención de la reincidencia delictiva, lo cual supone una relación estrecha, inequívoca y predictora entre las medidas impuestas y la modificación del actuar delictuoso.

En el tema de la efectividad de las sanciones y de los programas de tratamiento se pueden distinguir dos extremos: uno que considera la sanción legal suficiente para hacer frente a la problemática, apoyado en la idea de la proporcionalidad de delito *versus* pena, tal como lo mantenía la hoy denominada escuela clásica de la criminología; y otro, que apuesta por la aplicación de programas que atiendan a las necesidades y al nivel de riesgo de los jóvenes que cometen delitos.

El polo de las sanciones legales se apoya en la idea de que el comportamiento delictivo es el producto de una decisión racional del individuo en la que “el escarmiento” juega un papel importante para que cambie o bien el resultado de condiciones propias e inmodificables del sujeto, con lo cual no tiene sentido la aplicación de programas de intervención.

El polo del tratamiento por su parte supone que el comportamiento obedece a condiciones del individuo, pero también de su ambiente. Así, para cambiar la conducta delictiva se deben generar cambios tanto en las personas que la presentan como en su contexto. Desde esta perspectiva se apoya la necesidad de planes de tratamiento que influyan sobre diferentes factores.

La psicología, como ciencia del comportamiento humano, estudia las condiciones que pueden modificar la conducta de forma efectiva, y en este sentido hace aportes valiosos para la reducción del fenómeno delictivo. En este capítulo se realiza una revisión sobre las principales sanciones y programas de tratamiento cuyo objetivo es la prevención de la reincidencia delictiva.

Por fortuna, en los últimos años la promoción de sanciones y el apoyo a programas de intervención han llegado a puntos de conciliación. Se ha acordado la necesidad de imponer sanciones legales como una consecuencia legítima al comportamiento delictivo, que a su vez permitan la socialización y generen oportunidades para que las personas aprendan habilidades de vida dentro de la legalidad, se reduzca la reincidencia y se fomente el comportamiento prosocial. Este planteamiento ha recibido el nombre de “intervención correccional”, que consiste en una combinación de sanciones y programas de tratamiento acordes con las características y necesidades de quienes las reciben.

Desde hace varios años, la intervención correccional ha propuesto que se establezca un continuo comprehensivo y simultáneo de intervenciones y sanciones. Algunos autores, como Wilson y Howell (1995), han presentado propuestas de las características que este continuo debe tener, llamando la atención sobre estrategias de prevención y niveles de sanciones que vayan de acuerdo con el riesgo y las necesidades de quienes las reciben. Para estos investigadores este continuo estaría compuesto por:

- (a) Esfuerzos de prevención basados en la comunidad, que incluyan a la familia y las instituciones comunitarias como facilitadores clave para el cambio/la prevención.
- (b) Intervención temprana con jóvenes que manifiesten riesgo de conductas delictivas.
- (c) Evaluación inmediata a jóvenes que cometan delitos por primera vez y con delincuentes no violentos.
- (d) Sanciones intermedias para jóvenes que cometen delitos violentos por primera vez y delincuentes que reinciden en delitos relacionados con drogas y contra la propiedad.

- (e) Sanciones graduales, institucionalización y tratamiento para delincuentes de mayor riesgo.
- (f) Uso de instituciones pequeñas y cerradas para delincuentes de mayor riesgo, con servicios especiales posteriores cuando se haya obtenido la liberación.

Cabe precisar que estas consideraciones están dirigidas, por un lado, tanto a intervenciones diferenciales como a sanciones y programas más seguros e intensivos en los casos de personas en mayor riesgo de reincidencia y de amenaza para la sociedad. Y, por otro lado, a promover otro tipo de sanciones para quienes representan bajo o mediano riesgo. Es decir, sanciones más estrictas para quienes cometen delitos de mayor envergadura, y lo opuesto respecto de quienes han cometido infracciones menos graves.

3.2.1. Las sanciones

Las sanciones son medidas disuasorias caracterizadas por la imposición de restricciones, prohibiciones u obligaciones que se establecen como consecuencias para las personas que cometen delitos.

Entre las sanciones legales utilizadas con mayor frecuencia en diferentes lugares del mundo se encuentran:

- (a) El pago de multas.
- (b) La amonestación (llamada de atención y advertencia).
- (c) La asignación a supervisión de adultos como padres, tutores o familias provisionales.
- (d) La supervisión en comunidad.
- (e) La obligación de realizar trabajo comunitario.
- (f) La obligación de presentarse periódicamente ante un Juez.
- (g) La obligación de realizar actividades ocupacionales y formativas en las áreas académica, laboral, deportiva, cultural, recreativa, etc.
- (h) La obligación de participar y/o pagar por programas de tratamiento especializados.

- (i) El control electrónico.
- (j) Los análisis de orina para evaluar consumo de alcohol o drogas.
- (k) La prohibición de salir de una zona geográfica determinada sin autorización.
- (l) La prohibición del consumo de bebidas alcohólicas, drogas, estupefacientes y demás sustancias prohibidas.
- (m) Restricciones en sus relaciones con otros, tales como:
 - convivir o comunicarse con personas determinadas.
 - asistir a lugares específicos.
 - conducir.
- (n) El arresto domiciliario.
- (o) El internamiento parcial o semi- internamiento en días u horas delimitados, en fines de semana o en tiempo libre.
- (p) El internamiento total en instituciones especializadas.

Como se puede observar, estas medidas pueden ir desde las más flexibles (como el pago de multas) hasta las más rígidas (como la pérdida de libertad). La rigidez guarda estrecha relación con la gravedad y daño que significan para las víctimas, y para el sistema legal, las acciones u omisiones que se están sancionando.

En la actualidad, se cuenta con otro tipo de medidas como medios alternativos de justicia, tal es el caso de procesos como la negociación, la mediación, la conciliación y la restauración del daño ocasionado.

Respecto a las sanciones legales que incluyen la posibilidad de rehabilitación, MacKenzie (1997, p. 9-10; citado por Welsh y Farrington, 2001), por ejemplo, propuso algunas categorías no excluyentes, en las que cada una de éstas hace referencia a la acción dirigida desde un sistema legal para reducir el comportamiento delictivo. Dichas categorías son:

- (a) Incapacitar: se limita la capacidad del joven para cometer delitos, generalmente a través de su detención en prisión o del castigo.

- (b) Disuadir: se impone al joven un castigo tan desagradable que ni él (disuasión específica) ni otros (disuasión general) cometerán un delito en el futuro por el miedo de ser castigados.
- (c) Rehabilitar: el tratamiento tiene el propósito de generar cambios en los jóvenes y por lo tanto prevenir la conducta delictiva futura del individuo tratado. Por ejemplo, mediante programas académicos o de entrenamiento en habilidades cognitivas.
- (d) Restringir en el ámbito comunitario: consiste en vigilar y supervisar al joven en su comunidad reduciendo su capacidad y/o oportunidad de realizar actividades delictivas. Por ejemplo, supervisión intensiva, arresto domiciliario o monitoreo electrónico.
- (e) Estructurar, disciplinar y cambiar: enfatiza la necesidad de que el joven experimente cambios físicos y/o mentales positivos o disuasivos en instituciones o en la comunidad, con el fin de que no vuelva a cometer delitos en el futuro (disuasión específica). Ejemplo de ello son los programas “*boot camps*” y “*wilderness programs*”.
- (f) Combinar la rehabilitación con la restricción: promueve que los jóvenes realicen cambios asociados con la reducción de la conducta delictiva futura a través de la aplicación de tratamientos. Por ejemplo, un programa de tratamiento sobre el consumo de drogas que, a su vez, aplica pruebas de orina para evaluar su consumo.

3.2.2. Los programas de tratamiento

Los programas de tratamiento consisten en proveer y facilitar contextos y procesos de aprendizaje cuya finalidad es satisfacer las necesidades de los jóvenes y ampliar su repertorio de habilidades alternativas a la conducta delictiva. Estas intervenciones tienen como objetivo el desarrollo de competencias alternativas a la conducta delictiva que ayuden a satisfacer las necesidades que llevaron a los jóvenes a cometer delitos. Los programas brindan oportunidades para que los jóvenes aprendan habilidades (emocionales, sociales, ocupacionales, académicas, laborales, etc.) que faciliten su desempeño e integración social en el marco de la legalidad.

Los programas se basan en supuestos de explicación del comportamiento antisocial y delictivo, así como en variables asociadas con su presentación. Su propósito es actuar sobre las áreas que se considera que han causado, están manteniendo y/o aumentan la probabilidad de ocurrencia de estas conductas en diferentes macro y micro niveles.

Los programas de intervención correccional se pueden clasificar en función de las características de las personas a quienes van dirigidos, del modelo teórico que los sustentan, del contexto y de la manera en que se aplican. Para identificar cuáles son más o menos eficaces en su objetivo, primero deben conocerse las principales características de los modelos que son aplicados con mayor frecuencia dentro de los Sistemas de Justicia. Aquí se describirían algunos de ellos, considerando clasificaciones como las de Garrido, Stangeland y Redondo (2006) y Tolan y Guerra (1994), así como los tipos y condiciones de intervenciones identificados en diversos meta-análisis previos.

Existen tantas clases de programas de intervención para la prevención del comportamiento delictivo como explicaciones sobre el mismo. En la actualidad, con el fin de diseñar programas de tratamiento para jóvenes que tienen mayores posibilidades de éxito, es innegable la utilidad de paradigmas de explicación y de intervención integradores que vinculan factores biológicos, psicológicos y sociales. Para los propósitos del presente trabajo se revisan específicamente aquellos programas aplicados dentro del sistema jurídico correccional. A continuación se revisan algunos modelos representativos.

3.2.2.1. Programas de psicoterapia no cognitivo conductual

Este modelo parte de la creencia de que los delincuentes experimentan una serie de problemas emocionales profundos y que la conducta criminal es una manifestación externa de estos trastornos, lo que se denomina en el contexto clínico: un síntoma. En estos programas se trabaja sobre la historia de la persona. Según esta concepción, el tratamiento debe intervenir sobre los problemas psicológicos subyacentes. Como resultado exitoso de la terapia psicológica, la conducta delictiva debería reducirse o desaparecer. En este modelo se incluyen

técnicas como las basadas en la aproximación psicodinámica, en una concepción médica o patológica del crimen o en teorías procedentes de la terapia centrada en el cliente. Estas intervenciones suelen ser individuales y están estrechamente ligadas a una concepción médico-clínica en la relación profesional-paciente.

Dentro de los problemas trabajados pueden encontrarse psicopatologías como la depresión o la ansiedad, pero también síntomas como malestar o insatisfacción por un evento relevante en la historia de la persona.

3.2.2.2. *Programas conductuales*

Los programas conductuales se basan en el principio de que el comportamiento es aprendido, y la conducta delictiva no es la excepción. La idea central de estas intervenciones es que la delincuencia puede desaprenderse y se pueden aprender otros tipos de comportamientos alternativos a la criminalidad y dentro de la legalidad. En esta aproximación se enfatiza el papel del ambiente y de las consecuencias de la conducta. El reforzamiento y el castigo (consecuencias contingentes a la conducta que aumentan o reducen su probabilidad de ocurrencia) constituyen procesos indispensables para explicar el aprendizaje de la delincuencia y de comportamientos alternativos.

Dentro de los modelos conductuales más conocidos están la economía de fichas y los programas ambientales de contingencia. En la economía de fichas, las personas pueden ganar o perder puntos de acuerdo con su comportamiento, y luego pueden intercambiarlos por privilegios o castigos, respectivamente. Los programas ambientales de contingencias, por su parte, se refieren a sistemas de fases progresivas, caracterizados por metas conductuales que la persona debe ir cumpliendo a cambio de recompensas que le irán llevando de un régimen muy restrictivo a otro más abierto. En estos programas se abarca la vida diaria de las personas. El logro progresivo de las metas establecidas permite que el individuo se acerque en forma gradual a su libertad.

3.2.2.3. *Programas cognitivos*

Estos programas plantean la existencia de patrones de pensamiento que favorecen la delincuencia, y proponen estrategias como la reestructuración cognitiva para modificar la manera de pensar y promover conductas alternativas dentro de la legalidad. Desde estos programas se estima que cambiando la forma de interpretar el mundo se podrá llegar a reducir o eliminar aquellas ideas que, bien sea como antecedentes del delito (precursores o disparadores) o como consecuentes (racionalizaciones), mantienen el estilo de vida antisocial.

3.2.2.4. *Programas cognitivo – conductuales*

Las intervenciones cognitivo–conductuales conjuntan las explicaciones conductuales y cognitivas de la conducta delictiva. Estos programas enfatizan la relación entre los pensamientos, las emociones y las conductas, y consisten en entrenamiento en habilidades de interacción social que facilitan el establecimiento y mantenimiento de relaciones interpersonales (en la familia, en el trabajo y en general en cualquier contexto social). Habilidades como el auto-control, el manejo de la ira, el entrenamiento en perspectiva social, el razonamiento moral y el entrenamiento en solución de problemas sociales son de especial relevancia en estos modelos.

La idea central es enseñar habilidades y comportamientos prosociales útiles en situaciones problemáticas de interacción social. Muchos de estos programas enfatizan la relación entre los pensamientos y las emociones.

Algunos programas importantes que siguen este modelo son el Entrenamiento en Reemplazo de la Agresión (programa ART; Goldstein, Glick y Gibbs, 1998), que enfatiza el desarrollo de habilidades sociales, el razonamiento moral y el control de la ira; y el programa EQUIP, que se basa en la cultura positiva de pares en la que los jóvenes de un grupo se ayudan mutuamente para desarrollar habilidades emocionales y sociales y para modificar las distorsiones cognitivas asociadas con la delincuencia, junto a las tres estrategias ya comentadas del programa ART (Gibbs, 2004).

Uno de los programas cognitivo-conductuales más reconocido en la actualidad es el de “competencia psicosocial” (Ross, Fabiano y Garrido, 1990) o de “pensamiento prosocial” (Ross, Fabiano, Garrido y Gómez, 1995). Los principales elementos de estos programas son:

- (a) Evaluación de los déficits cognitivos y de las habilidades de interacción de los participantes
- (b) Aprendizaje de habilidades como:
 - Identificación de problemas interpersonales.
 - Búsqueda de alternativas de solución.
 - Control de emociones, como la ira.
 - Razonamiento crítico, que enseña a ser reflexivo sobre uno mismo y sobre los demás.
 - Desarrollo de valores, que incluye, ponerse en el lugar de otras personas y resolver dilemas morales.
 - Habilidades de negociación, como alternativa de la confrontación y la violencia.
 - Pensamiento creativo, que ayuda a pensar en formas distintas a la violencia para afrontar los problemas.
- (c) Utilización de técnicas como las discusiones de grupos, el modelamiento, la retroalimentación, el refuerzo social y la instrucción. Se puede trabajar de manera individual, pero también es importante el trabajo grupal y la exposición de situaciones sociales para poner en práctica lo que se aprende durante el programa.

Otro programa representativo de este modelo es el *descompresión* (Caldwell, Skeem, Salekin y Van Rybroek, 2006), que se fundamenta en las teorías del aprendizaje social (Bandura, 1987), del control social (Hirschi, 1969) y la teoría del desafío (Sherman, 1993). Este modelo propone romper la cadena de imposición de sanciones y reactancia por parte de los jóvenes, lo cual favorece el incremento de la frecuencia, persistencia o seriedad de la conducta criminal. El programa de *descompresión* fortalece los roles, agentes y expectativas

convencionales en los jóvenes al procurar que no perciban elementos disuasorios aversivos (Caldwell y VanRybroek, 2001; Monroe, VanRybroek, y Maier, 1988). Bajo estos supuestos, esta intervención contempla varios componentes: un sistema de evaluación conductual; el manejo sistemático de la información; un programa de contingencias denominado *hoy-mañana*; y un tratamiento de servicios directos.

El sistema de evaluación conductual implica un proceso continuo, claro, simple e integral de valoración de conductas observadas en los participantes. El manejo sistemático de la información se realiza a través de la elaboración de una base de datos que permite cuantificar las conductas por categorías (por ejemplo, interacción con pares y con adultos, y cumplimiento de reglas) y por periodos de tiempo determinados (diario, semanal o mensual). El programa de contingencias facilita el desarrollo de habilidades de interacción prosocial y fomenta la participación activa en el tratamiento, a través de la vinculación, compromiso y apego a actividades convencionales que refuerzan su creencia en la inaceptabilidad moral de la conducta agresiva. Los servicios directos de tratamiento se refieren a que se ofertan de forma individual o en grupos pequeños. La intervención de *descompresión* enfoca sus esfuerzos a lograr el compromiso del joven con el tratamiento, más que en el contenido del mismo.

3.2.2.5. Programas educativos y vocacionales

Las intervenciones de tipo educativo y vocacional tienen por objetivo incrementar el nivel y las habilidades académicas de los jóvenes a través de programas intensivos de escolarización.

Dado que buena parte de los jóvenes que se vinculan con patrones delictivos, especialmente los procedentes de ambientes marginales, no logran obtener grados académicos y, por consiguiente, tienen un déficit cultural y educativo, se propone que una de las principales tareas de la intervención correccional hacia ellos sea incrementar su nivel en estas áreas a través de programas intensivos de escolarización. En estos programas, la educación sobre conceptos teóricos prevalece sobre el entrenamiento de habilidades prácticas y puede estar encaminada a formar a los participantes en una profesión u oficio que les permita su desempeño en una actividad productiva.

3.2.2.6. Programas basados en la disuasión

El endurecimiento de las condiciones de vida de las personas en condiciones de institucionalización no puede ser considerado una técnica terapéutica como tal. Sin embargo, durante las últimas décadas en algunos países existe la tendencia a diseñar centros con un estricto régimen de vida y una férrea disciplina, inspirados en un modelo militar.

Esta perspectiva se basa en la doctrina clásica del confinamiento institucional, que propone la aplicación de sanciones penales para reducir o eliminar por sí su futura conducta delictiva. De aquí se deriva la suposición de que si el castigo previene la futura conducta criminal, cuanto más estricto y duro sea éste, mayores serán sus efectos. Los principios básicos de este modelo son: una rígida disciplina y supervisión que afecta su vida diaria; acciones planeadas y obligatorias como trabajo, gimnasia, marchas y en ocasiones sesiones en grupo; y uso de sistemas de sanciones poco flexibles.

Algunos ejemplos de estas intervenciones son los *boot camps*, que funcionan como campamentos militares con una estructura jerárquica estricta y un régimen disciplinario riguroso (Mitchell, MacKenzie y Wilson, 2006), y los programas *Scared Straight*, que consisten en enfrentar a los jóvenes con escenarios de prisiones de máxima seguridad para disuadirlos de delinquir mediante la intimidación (Petrosino, Turpin-Petrosino y Buehler, 2006).

3.2.2.7. Ambientes institucionales saludables y comunidades terapéuticas

Las comunidades terapéuticas intentan abarcar la totalidad de la vida de las personas dentro de una institución. La relación entre los internos y el personal que aplica el programa se asemeja a una relación paciente/enfermero dentro de un contexto terapéutico. La principal afirmación teórica en este modelo es que un contexto participativo y saludable en las prisiones favorecerá un mayor equilibrio psicológico en los internos y reducirá su comportamiento violento, tanto durante

su estancia en las instituciones de custodia como en su futura vida en sociedad. Las principales características de las comunidades terapéuticas son: (a) la supresión de los sistemas de sanción y el rígido control propio de las instituciones cerradas; (b) el control de la conducta de los internos por parte de la comunidad; y (c) las discusiones de los problemas que surgen en la institución realizadas en asambleas periódicas. Esta modalidad de tratamiento ha sido ampliamente utilizada tanto con personas que consumen y abusan de las drogas, como con jóvenes con carreras delictivas violentas que reciben sentencias de larga duración.

3.2.2.8. *Evitación del etiquetado a través de los programas de derivación*

Esta teoría establece que uno de los factores que mantiene la conducta criminal es la estigmatización hecha al sujeto por el sistema de justicia criminal. El proceso penal y el encarcelamiento por sí mismos determinan, según esta perspectiva, una devaluación psicológica de la identidad de la persona y esto podría promocionar el desarrollo de carreras delictivas violentas y crónicas en los jóvenes.

La implicación práctica de esta exposición teórica consiste en adjudicar a los jóvenes que cometen delitos de cualquier índole a sistemas diferentes al de justicia, que promuevan la desinstitucionalización mediante programas alternativos como la libertad condicional, la mediación, la reparación del daño, la supervisión en la comunidad y el trabajo social.

3.2.2.9. *Programas multimodales o de múltiples servicios*

Los programas de múltiples servicios incluyen varios de los tratamientos anteriores, con el propósito de resolver diversas necesidades de manera simultánea y a través de la atención en distintos contextos del mismo individuo. Un ejemplo de este tipo de intervenciones son las multisistémicas. En realidad, el enfoque multimodal no incluye técnicas novedosas, sino que utiliza aquéllas que han demostrado su eficacia, como la terapia familiar funcional, el entrenamiento conductual para padres y algunas de las técnicas cognitivo-conductuales para el

desarrollo de habilidades -como la solución de problemas y la toma de decisiones- y la supervisión de los hijos por parte de sus padres.

Las intervenciones multisistémicas trabajan de manera simultánea con los jóvenes, sus familias, sus amigos, profesores y demás personas cercanas e importantes para ellos. Estos modelos se aplican dentro de los contextos naturales de sus participantes con objeto de facilitar la generalización de los conocimientos y habilidades adquiridos en el marco del programa de tratamiento (Henggeler, Melton, Brondino, Scherer y Hanley, 1997).

3.2.2.10. Programas que atienden causas biológicas

Dados los correlatos biología – conducta antisocial que se han documentado, la propuesta de tratamientos en este sentido es digna de explicarse. Si bien se asumen condiciones biológicas que subyacen a la conducta delictiva y violenta, esta concepción no es sinónimo de que tales comportamientos sean inmodificables. En el marco de estas posturas, factores como las alteraciones genéticas, la desnutrición, el nivel de los neurotransmisores, los daños y mal funcionamiento del sistema nervioso podrían tratarse a través de distintas estrategias.

En cuanto a la desnutrición, relacionada con bajos niveles de CI, con problemas académicos y con conducta antisocial, ésta podría tratarse a través de una alimentación balanceada y rica en sustancias como el Omega 3 (Gesh *et al.*, 2002, citados por Raine, 2008), por ejemplo.

Las alteraciones genéticas y de los neurotransmisores pueden tratarse a través de medicamentos, este es el caso del Prozac –u otros similares- que contribuyen al incremento de la serotonina y con ello a la reducción de comportamientos antisociales (Connor *et al.*, 2003, citados por Raine, 2008; Karnik, Soller y Steiner, 2007).

Sin embargo, este tipo de intervenciones no son frecuentes y reciben fuertes críticas relacionadas con posibles efectos secundarios de los medicamentos. Además, son estrategias de alto costo que limitan las posibilidades de ofrecer tales servicios dentro de los sistemas de justicia. Por otra parte, el admitir la utilización de medicamentos en los casos de personas que han cometido delitos, abre una caja

de pandora con respecto a la condición de inimputabilidad de estas personas, para la cual aún no se tienen respuestas precisas en el marco de los sistemas de justicia.

Cabe aquí la reflexión de Raine (2008): “la sociedad se resiste a tratar con medicamentos la conducta antisocial, pero utiliza con frecuencia las medicinas para otros problemas conductuales –ansiedad, depresión, por ejemplo. ¿Debemos entonces utilizar los avances científicos de la perspectiva biológica para contrarrestar la delincuencia ó cerrar los ojos al nuevo conocimiento de la neurociencia y prohibir alterar la esencia biológica de la especie humana, aunque esto repercuta en la pérdida de lo que podría haber sido salvado por los esfuerzos de la prevención biológica?”, p. 327.

Dadas las dificultades asociadas con este tipo de estrategias los estudios en este sentido son limitados.

3.2.3. *El contexto*

Las características donde se aplican los programas de intervención tienen una importante relación con las disposiciones legales, puesto que dependiendo de ellas, los jóvenes reciben el programa en contextos comunitarios o dentro de instituciones.

Las instituciones cerradas suelen utilizarse para proteger a la sociedad del daño que estos jóvenes pueden causar, pero también sirven como un espacio que facilita la aplicación de las intervenciones, pues quienes las aplican tienen mayor control sobre las actividades y el ambiente externo de los participantes.

Los contextos comunitarios, por su parte, reducen el etiquetamiento de los jóvenes y facilitan que se mantengan los vínculos sociales y familiares. Las estrategias jurídicas que favorecen los programas basados en la comunidad reciben el nombre de derivación (*diversión*).

3.2.4. *Estructura e integridad de los programas*

La estructura y la integridad de los programas de intervención correccional, como los modelos de intervención descritos antes, también funcionan como criterios para diferenciar unos tipos de intervenciones respecto de otros. Ahora bien, la estructura de los programas se enfoca en que las intervenciones tengan

fundamentos teóricos y metodológicos apropiados. Ello significa que debe existir sustento teórico y/o empírico para que el programa utilizado se ajuste a la población y al contexto al que va dirigido, y que los resultados esperados correspondan con los objetivos de la intervención aplicada.

La integridad asegura que el programa propuesto sea realmente el aplicado, y que se ejecute de acuerdo con los estándares previstos en la estructura.

Latimer, Dowden, Morton-Bourgon, Edgar y Bania (2003) señalan que para hablar de integridad en el programa deben tenerse en cuenta cuatro principios: el entrenamiento y la supervisión del personal que aplica el programa; y el cumplimiento de los manuales y las medidas de evaluación del mismo.

La idea es que la intervención debe estar claramente diseñada antes de ser aplicada y, al mismo tiempo, permitir la evaluación y ajuste continuo durante ésta. Este diseño debe considerar el modelo teórico, que explica cómo se modificará el comportamiento delictivo y las estrategias para lograrlo. La intervención también debe disponer de un manual donde se especifique la duración total del programa, la cantidad de sesiones, los objetivos generales y por sesión, las actividades a realizarse, las habilidades necesarias de quienes lo dirigirán, etc.

3.2.5. Población objeto

Un programa de intervención puede aplicarse en diferentes niveles: individual, familiar, escolar, comunitario y macrosocial.

3.2.5.1. Individual

En el nivel individual se agrupan las intervenciones que buscan cambios en los jóvenes, atendiendo de manera personalizada las necesidades de cada uno de ellos. Los programas intentan modificar factores propios de cada persona, como su manera de pensar, la forma en que procesan las emociones y sus habilidades para relacionarse con los demás.

Un punto clave para el tipo de tratamiento que deben recibir los jóvenes infractores y los resultados de su eficacia es saber que el tipo de infracción cometida se relaciona con las características personales de los jóvenes que las cometen.

3.2.5.2. Familiar

En el ámbito familiar se interviene sobre las pautas de crianza negativas y coercitivas, así como en la solución de los problemas familiares, la cohesión emocional y las creencias compartidas. En esta línea, la más representativa es la Terapia Familiar Multisistémica (Henggeler *et al.*, 1997).

3.2.5.3. Fraternal

En las relaciones con amigos, las intervenciones se centran en cambiar la forma en cómo interactúan entre ellos, e incluso cambiar las normas internas del grupo, a través de la promoción de amistades prosociales y la redirección de las actividades de los grupos de amigos antisociales y bandas juveniles. Entre los programas con estas características, tal como los describen Tolan y Guerra (1994), figuran aquéllos que crean una “cultura positiva de grupo” que contrarresta la conducta antisocial y altera las actitudes que la promueven.

3.2.5.4. Escolar y comunitario

En los contextos escolar y comunitario, las intervenciones alientan el aprendizaje cooperativo a través del mejoramiento de las actitudes, habilidades y prácticas de quienes trabajan con adolescentes infractores, así como del incremento de la motivación y la participación de estos jóvenes, sus profesores y padres, y mediante la modificación del clima organizacional.

En el ámbito comunitario, estas estrategias están dirigidas a proporcionar alternativas legales a los jóvenes, mediante la creación de vínculos prosociales en la comunidad (empleo, ocio constructivo, etc.) y generando normas comunitarias contra la violencia.

Entre las posibilidades comunitarias están: el establecimiento de rutas seguras en los trayectos de actividades rutinarias (por ejemplo casa a escuela y regreso); mejoramiento de los ambientes escolares, incluidas las prácticas de enseñanza y la seguridad escolar; facilitar la participación en actividades extracurriculares; capacitación de los trabajadores de atención de salud para que identifiquen a los jóvenes en alto riesgo de violencia y los envíen a los servicios

pertinentes; vigilancia policial comunitaria; programas dirigidos a la prevención y reducción del consumo de alcohol (OMS, 2002).

3.2.5.5. *Macrosocial*

En el nivel macrosocial, los esfuerzos se centran en el cambio tanto de las políticas sociales como de los valores jurídicos y humanos. Algunos de los temas a este respecto son la regulación de contenidos violentos en la televisión, el entrenamiento para televidentes críticos, el control al acceso de armas de fuego, así como aquellos temas relacionados con la disponibilidad y la calidad de los recursos sociales y económicos que tienen los diferentes actores de una sociedad.

De acuerdo con el informe de la OMS (2002) dentro de las estrategias sociales para la prevención de la delincuencia también se encuentran los esfuerzos por reducir la pobreza y la desigualdad de ingresos, el fortalecimiento y la mejora de los sistemas policiales y judiciales, así como la reforma de los sistemas de educación.

3.3. Criterios de individualización

Si bien existen diferentes posibilidades de medidas legales, una vez que se determina la comisión de un delito por parte de un adolescente, el juez o autoridad competente debe valorar y decidir cuáles de esas medidas se ajustan mejor a cada caso para cumplir con los fines de prevención del delito futuro y desarrollo integral del menor de edad.

En el proceso de imposición de medidas legales, la Psicología puede aportar conocimiento especializado sobre las diferencias individuales existentes entre los adolescentes que cometen delitos, las condiciones que llevaron a unos y otros a cometer estos actos por primera vez, y las situaciones que les mantienen en dichas actividades. La idea central es que mientras los factores que facilitan el delito estén presentes, la posibilidad de modificar el actuar delictuoso es baja; pero si se atienden y cambian de forma diferencial (con base en las características particulares de cada quien) se tendrá mayor probabilidad de lograr el desarrollo integral de los adolescentes y la disminución de su reincidencia.

Un primer punto a considerarse en el tema de las diferencias individuales es que el comportamiento delictivo es heterogéneo: la delincuencia no se presenta de la misma manera en todos los jóvenes y en consecuencia no puede explicarse de una única forma, como tampoco modificarse en todos los casos con las mismas estrategias.

Si bien un grupo de personas puede compartir su vinculación con actividades ilegales, también pueden diferir en función de distintas características. Por ejemplo:

- (a) El tipo de delito cometido (violento, no violento, sexual).
- (b) La gravedad de la acción (daño ocasionado a la víctima).
- (c) La frecuencia y persistencia de los actos delictivos (primo-delincuente, reincidente, crónico).
- (d) La edad de inicio de la carrera delictiva (en la niñez, en la adolescencia, en la adultez).
- (e) La versatilidad (diversos tipos de delitos cometidos a lo largo de la carrera delictiva) vs. la especialización en un único tipo de delito.
- (f) Las características de personalidad asociadas con comisión de delitos (impulsividad, búsqueda de sensaciones, psicopatía, etc.).
- (g) El ambiente en que se vive o se pasa la mayor parte del tiempo (factores criminógenos que favorezcan y fomenten la delincuencia o no).

Las condiciones en cada uno de los factores enumerados dan lugar a múltiples posibilidades de combinación. Algunos jóvenes podrán coincidir en el tipo de delito cometido (asalto, por ejemplo), pero podrán diferir en la edad en que comenzaron sus acciones antisociales (uno pudo cometer su primer robo a los 10 años de edad y otro a los 15) o en el contexto criminógeno al que pertenecen (uno, proviene de una familia desestructurada con historial de negligencia en la que su padre ha tenido arrestos previos por robo; y otro, tiene una familia funcional sin antecedentes delictivos).

Ahora bien, estas posibles combinaciones conforman subgrupos de jóvenes que a su vez comparten entre sí algunas características. Esta interrelación entre semejanzas y diferencias ha permitido identificar algunos principios clave sobre la

efectividad de las intervenciones en la reducción de la delincuencia de jóvenes comprometidos en carreras delictivas. Los principios de tratamiento parten de la idea de que la intervención correccional puede ser efectiva siempre y cuando se aplique en condiciones favorables. En este sentido, Andrews (1983), en el marco de la psicología de la conducta criminal, planteó que la reincidencia es el resultado de las características tanto de quien comete delitos como del tratamiento en sí mismo y de quienes lo aplican. Así el tipo de sanción y la manera de aplicarla tendrían un efecto importante sobre la reincidencia.

Posteriormente, en esta misma línea y con base en los resultados de un meta- análisis sobre la calidad y la efectividad de programas aplicados a delincuentes, Andrews y sus colegas (1990) encontraron evidencia de que los principios de riesgo, necesidad y adaptación (*responsivity*) fueron los más relevantes clínica y psicológicamente en el servicio que se presta a los internos. Estos principios constituyen apoyo empírico para la efectividad de las intervenciones siempre que se apliquen en condiciones adecuadas.

Los meta –análisis posteriores también han apoyado la utilidad de estos principios para reducir la reincidencia delictiva (por ejemplo, Antonowicz y Ross, 1994; Dowden y Andrews, 1999a, 1999b; Lösel, 1995).

3.3.1. Principio de riesgo

Este principio propone que las personas que han cometido actos ilegales difieren entre sí en la probabilidad de repetir estas conductas, la intensidad del daño que pueden ocasionar a las víctimas, la influencia sobre la inseguridad percibida por la sociedad y la magnitud de la violencia utilizada en sus actos. De acuerdo con lo anterior, los servicios y programas de tratamiento dirigidos a adolescentes que han cometido delitos deben ser proporcionales a los niveles diferenciales de riesgo.

En general, el nivel de riesgo está asociado con las siguientes categorías delictivas:

- (a) Primodelincuentes no violentos.
- (b) Primodelincuentes que cometen delitos sexuales.

- (c) Primodelincentes violentos que no cometen delitos sexuales.
- (d) Reincidentes no violentos.
- (e) Reincidentes que cometen delitos sexuales.
- (f) Reincidentes violentos que no cometen delitos sexuales.

Como se explicó en los capítulos previos, el subgrupo de mayor riesgo está caracterizado por la comisión de delitos violentos, largas carreras delictivas (con inicio temprano y con un elevado número de delitos registrados) y versatilidad en su actuar (cometen diferentes tipos de delitos); además, la psicopatía también se vincula con los jóvenes en mayor riesgo de presentar comportamiento delictivo.

Esta evidencia sobre las diferencias individuales y la existencia de un grupo de jóvenes que tienen mayor probabilidad de continuar su carrera delictiva e incrementar la violencia en sus actos, advierte la necesidad de identificarlos y distinguirlos de los demás chicos dentro de los Sistemas de Justicia. Conocer los niveles de riesgo en que se encuentran los jóvenes contribuye a mejores decisiones respecto al tipo de servicios que deben recibir. En el entendido de que los jóvenes en mayor riesgo son responsables de un gran número de delitos a lo largo de su vida, su atención eficaz puede favorecer la reducción del fenómeno delictivo en general (Farrington, 2003).

El principio de riesgo propone que los jóvenes con carreras delictivas más largas y violentas reciban servicios más intensivos y extensos, que quienes están en menor riesgo. Así, las medidas de mayor rigor, las intervenciones intensivas y más costosas deben dirigirse a los adolescentes que presentan comportamiento delictivo más serio. En esta línea, la aplicación de medidas en función de los niveles de riesgo puede contribuir a la disminución de costos: sólo un grupo de jóvenes en el sistema de justicia recibirá medidas intensas y costosas, mientras grupos mayoritarios, que representan bajo riesgo de violencia y reincidencia delictiva, pueden recibir medidas e intervenciones acordes con sus necesidades - no tan intensas ni costosas-.

Con relación a esto último, la información sobre el nivel de riesgo ayuda a reducir la imposición de la medida de privación de la libertad. Por ejemplo, en el estudio realizado por Krisberg, Onek, Jones y Schwartz (1993, citados por

Wiebush *et al.*, 1995) después de evaluar la seriedad del delito, la historia delictiva y el riesgo de reincidencia de una población de jóvenes institucionalizados, se encontró que una tercera parte de la población era de medio riesgo, y por lo tanto, no requería estar en esas condiciones.

La Psicología ha dedicado esfuerzos importantes para identificar el nivel de riesgo de los jóvenes involucrados en actividades ilegales. Desde los años 90's se han encontrado, de forma repetida en la literatura, una serie de factores que deben considerarse en cualquier proceso de evaluación de riesgo en la comisión de delitos (Wiebush *et al.*, 1995):

- (a) Edad temprana de la primera adjudicación o acusación legal.
- (b) Número de delitos previos.
- (c) Seriedad de los delitos previos, por ejemplo, antecedentes por asalto.
- (d) Abuso de alcohol o drogas.
- (e) Problemas escolares que hayan requerido educación especial.
- (f) Conducta antisocial y creencias a favor de la delincuencia tanto en el joven evaluado como en los amigos más cercanos.
- (g) Psicopatologías (en particular, en los últimos años se ha encontrado que la psicopatía es un indicador muy relevante para la predicción de riesgo).
- (h) Problemas familiares: déficit de supervisión y vínculos afectivos.
- (i) Haber sido víctima de abuso o negligencia.

En los últimos años, la investigación sobre el tema de la evaluación de riesgo ha crecido de forma importante. Por ejemplo, en una consulta realizada en la base de datos *PsycInfo*, sólo entre los años 2005 y 2009 (hasta el mes de octubre) se registran alrededor de 1800 artículos sobre el tema. Dentro de lo más destacado de esta creciente producción de conocimiento están el diseño, la validación y la aplicación de instrumentos específicos para valorar el riesgo de violencia y de reincidencia en el delito. Entre las pruebas más citadas se encuentran:

- (a) La Structure Assessment of Violence Risk in Youth –SAVRY- (Evaluación estructurada de riesgo de violencia juvenil). Este instrumento para la evaluación de jóvenes entre 12 y 18 años, contempla tanto factores de riesgo como factores de protección (Borum, Bartel y Forth, 2005; Meyers y Shmidt, 2008).
- (b) El Youth Level of Service Case Management Inventory -YLS/CMI- (Inventario de Servicios de manejo de caso juvenil). El inventario está diseñado para el manejo de casos y la evaluación de riesgo y de necesidades en jóvenes. Este instrumento permite identificar las principales necesidades, fortalezas, barreras e incentivos de los adolescentes (Hoge, Andrews y Leschied, 2002; Marshall, Egan, English y Jones, 2006).
- (c) La Psychopathy Check List Youth Version –PCL: YV- (Lista de registro de psicopatía, versión juvenil). Esta lista se aplica en un periodo de 90 a 120 minutos para hacer la entrevista y 60 minutos para revisar información complementaria. La escala contiene 20 ítems que miden psicopatía y contempla las áreas: interpersonal, afectiva, conductual y emocional. (Forth, Kosson y Hare, 2003). En el ámbito internacional, la aplicación de esta prueba ha permitido identificar un promedio de prevalencia de 25% de psicopatía en los escenarios correccionales juveniles (Salekin, Neumann, Leistico, DicCicco, y Duros, 2004).
- (d) La Estimate of Risk of Adolescent Sexual Offense Recidivism –ERASOR- (Estimación de riesgo de reincidencia sexual en adolescentes). Esta lista de comprobación para estimar el riesgo a corto plazo de reincidencia sexual en jóvenes de 12–18 años de edad proporciona instrucciones de codificación objetivas con 25 factores de riesgo (16 dinámicos y 9 estáticos) (Worling y Curwen, 2001; Worling, 2004).
- (e) El Juvenile Sex Offender Assessment Protocol-II -SOAP-II – (Protocolo de evaluación de delincuentes sexuales juveniles). Esta lista de comprobación ayuda en la revisión sistemática de los factores de

riesgo que se han identificado en la literatura profesional sobre delitos sexuales. El SOAP está diseñado para utilizarse con jóvenes de entre 12 y 18 años que han sido detenidos por delitos sexuales, así como jóvenes que no han sido detenidos pero que tienen historial de comportamiento sexual violento (Prentky, Pimental, Cavanaugh y Righthand, 2009; Prentky y Righthand, 2003).

De acuerdo con el principio de riesgo, la evaluación de la probabilidad de reincidencia (con relación a su frecuencia y seriedad) es indispensable para fundamentar el tipo de medida que se debe imponer a cada joven. La detención solo se sugiere en situaciones crónicas y graves, mientras la mayoría de los chicos deben recibir una medida más laxa con supervisión por parte de los padres y participación en programas comunitarios.

3.3.2. Principio de necesidades

Las personas que han cometido delitos tienen gran cantidad de necesidades insatisfechas. Este principio propone clasificar las necesidades en criminógenas y no criminógenas (Andrews *et al.*, 1990).

Las necesidades criminógenas son factores de riesgo dinámicos que cuando cambian en un sentido prosocial, están asociados con niveles reducidos de actividad delictiva. Por ejemplo:

- (a) Actitudes y sentimientos antisociales de la persona, de sus amigos o de sus familias.
- (b) Dependencia de sustancias como drogas o alcohol.
- (c) Falta de cualificación laboral y escolar.
- (d) Padres inadecuados en su tarea de socialización (inexistencia de pautas educativas o que son erróneas).
- (e) Déficit de supervisión por parte de los padres.
- (f) Mala comunicación en la familia.
- (g) Apego afectivo escaso.
- (h) Grupo de amigos que refuerzan el ausentismo escolar.

- (i) Escaso desarrollo de la inteligencia social o personal.

Las necesidades no criminógenas hacen referencia a áreas particulares que no están asociadas con reducciones subsecuentes de la actividad delictiva o que obedecen a factores estáticos no susceptibles de modificarse. Por ejemplo, la edad, el historial delictivo o cualquier evento del pasado.

En el marco de este principio, si la meta final del tratamiento es reducir la reincidencia, entonces las necesidades criminógenas de los jóvenes deben ser el blanco de las intervenciones. Las necesidades no criminógenas pueden ser importantes por razones diferentes a la reducción de la reincidencia (por ejemplo, trastornos del estado de ánimo o cualquier otro efecto causados por la institucionalización⁴), con lo cual se advierte que no se puede esperar que al intervenir en ellas se reduzca ésta última (Andrews y Bonta, 2006).

Para conocer las carencias asociadas con cada caso, se propone que todos los jóvenes vinculados con el sistema de justicia sean valorados con relación a sus necesidades criminógenas. Como se mencionó en el apartado anterior, una vez que un menor de edad se involucra en actividades delictivas se deben identificar los factores que llevaron a tal comportamiento. El principio de necesidades proporciona datos importantes con relación a situaciones que pueden explicar el por qué del inicio de la conducta delictiva y de su mantenimiento. Se espera que una vez identificadas las necesidades criminógenas, la propuesta de medidas de tratamiento se acomode a las condiciones particulares de cada joven y en virtud de ello se reduzca la probabilidad de reincidencia futura.

Como en el principio de riesgo, en el de necesidades existen diferencias entre unos adolescentes y otros. Entonces, aunque las necesidades de los jóvenes en mayor riesgo pueden representar mayor número de necesidades por atenderse, en los menores que apenas inician su actuar delictivo esta valoración es igualmente importante. Si un chico ha cometido un delito, debe ser de interés el conocimiento de las condiciones que le llevaron a ello, y será responsabilidad del

⁴ También se conoce este término como prisionalización. Se refiere a los efectos producidos por la privación de la libertad y la estancia dentro de instituciones totales. En estas condiciones, los jóvenes interiorizan normas que son adaptativas en el medio en que se encuentran y que pueden ir en contra de los objetivos de la intervención correccional.

sistema de justicia ofrecer posibilidades para mitigar tales condiciones y ofrecer alternativas para su desarrollo en la legalidad.

Dentro de los factores que se proponen para la valoración del principio de necesidad están (Wiebush *et al.*, 1995):

- (a) Abuso de sustancias.
- (b) Funcionamiento de las relaciones familiares.
- (c) Estabilidad y vínculos emocionales.
- (d) Habilidades sociales y emocionales (inteligencia emocional).
- (e) Conducta escolar.
- (f) Habilidad y logro intelectual.

3.3.3. Principio de adaptación

El tercer principio se enfoca en las características del programa y afirma que los estilos y modos del servicio usados dentro de éste deben relacionarse con las modalidades de aprendizaje de los participantes. La adaptación puede ser general y específica.

La general afirma que los tipos de servicio más efectivos para inducir un cambio conductual positivo están basados en aproximaciones cognitivo-conductuales y de aprendizaje social. Las técnicas que han demostrado los resultados deseables incluyen: modelamiento, práctica gradual, ensayos, juegos de roles, reforzamiento, provisión de recursos, una guía verbal detallada y explicaciones que incluyen sugerencias, razones y reestructuración cognoscitiva (Andrews *et al.*, 1990).

También se considera positiva la aplicación de otras técnicas como el uso de la autoridad, que consiste en aproximaciones firmes pero justas - sin dominación o abuso; el modelado y reforzamiento prosocial; y la resolución de problemas y entrenamiento sistemático de habilidades para aumentar los niveles de recompensa en ambientes legales (Marín *et al.*, 2002).

Por otro lado, se recomienda evitar algunos tratamientos grupales, y en caso de utilizarlos tener cuidado de controlar la influencia de modelos delictivos y reemplazarlos por otros prosociales. Finalmente, tanto la terapia psicodinámica tradicional como la terapia no directiva centrada en el cliente, en general no han

demostrado resultados positivos con este tipo de población, por lo cual deben evitarse con jóvenes vinculados a la delincuencia.

La adaptación específica se enfoca en las características propias de cada participante como la sensibilidad, la ansiedad interpersonal y la inteligencia verbal. Por ejemplo, los jóvenes con déficit de habilidades para resolver problemas requieren programas más estructurados y concretos que los chicos que sí cuentan con estas habilidades.

3.3.4. *Otros principios*

Posteriormente, Andrews (1995) propuso otro conjunto de principios de efectividad en la prevención y tratamiento correccional a través de un tratamiento. Estos principios se derivan de los tres previos y, a la vez, los incluye como se describe a continuación:

- (a) Psicología social: la base conceptual más prometedora para los programas de rehabilitación y prevención es una comprensión general de la psicología social y de la personalidad de la conducta criminal aplicada al diseño de los programas.
- (b) Metodológico: el conocimiento de construcción se prefiere sobre el de destrucción.
- (c) Procesamiento/castigo oficial: la aplicación de sanciones sin tratamiento correccional no funciona.
- (d) Encarcelamiento como último recurso: los tratamientos realizados en comunidad producen mejores efectos que los llevados a cabo durante la institucionalización.
- (e) Evaluación de riesgo: existe una diferencia substancial en la prevalencia e incidencia de la conducta criminal futura al evaluar de forma sistemática el número y variedad de factores de riesgo y necesidad presentados por cada caso individual.
- (f) Riesgo en la clasificación de los casos: los tratamientos intensivos se deben aplicar a los casos de alto riesgo, porque los casos de bajo riesgo se beneficiarán más con tratamientos no intensivos.

- (g) Necesidad: los tratamientos deben tener en cuenta las características y circunstancias propias de los casos de alto riesgo, ya que el cambio de éstas se relaciona con variaciones en la conducta delictiva.
- (h) Evaluación individualizada del riesgo y necesidad: se trata de comprender el desarrollo de la carrera delictiva en cada caso particular, a través de un estudio cuantitativo sistemático del riesgo y de la necesidad.
- (i) Adaptación general: los mejores estilos y modos de tratamiento son aquéllos que se adaptan a las necesidades, circunstancias y estilos de aprendizaje en los casos de alto riesgo. En general, los más efectivos son aquellos estilos estructurados y activos, como las aproximaciones cognitivo-conductuales y del aprendizaje social.
- (j) Adaptación específica: los sujetos inmaduros interpersonal y cognitivamente requieren tratamientos más estructurados. Mientras las personas con mayor madurez psicológica pueden responder a estilos de intervención más evocativos, los sujetos con niveles altos de ansiedad interpersonal responden menos a tratamientos de alta confrontación.
- (k) Débil motivación para el tratamiento: la resistencia terapéutica y la baja motivación no son sinónimos de exclusión de la intervención. Sin embargo, es conveniente considerar las contingencias del tratamiento dirigidas a promover la participación y aumentar la motivación de los jóvenes.
- (l) Seguimiento estructurado: las necesidades criminógenas son dinámicas por definición y la anticipación de futuros problemas debe ser parte de la programación del programa de intervención, a la vez que es adecuado realizar seguimientos post-tratamiento de forma sistemática.
- (m) Integridad terapéutica: los tratamientos apropiados según el riesgo, la necesidad y la adaptación son más efectivos cuando son aplicados por terapeutas bien formados y supervisados que cuando son realizados por personas no calificados para ello.
- (n) Discreción profesional: el terapeuta efectivo es aquél que aplica los principios de riesgo, necesidad, adaptación e integridad terapéutica

siguiendo consideraciones morales, éticas, legales y económicas, sin olvidar la atención a la individualidad de las personas involucradas en la intervención.

- (o) Apoyo social para la aplicación de tratamientos de calidad: la creación de marcos de apoyo que coadyuven a los profesionales encargados de los programas de prevención y la rehabilitación, de forma activa y directa a través del entrenamiento, la supervisión y el respeto por el proceso y las metas del tratamiento, contribuyen a la mayor efectividad de los programas.
- (p) Aplicación y desarrollo de programas: éstos dependen de los principios de consulta, organización efectiva y cambio social.

Estos principios, y con ellos el conocimiento sobre delincuencia derivado de la investigación, parecen tener una paulatina, pero afortunada influencia en el establecimiento de políticas y de intervenciones correccionales con énfasis en el tratamiento. A pesar de las desalentadoras posturas centradas en el castigo, recientemente se le ha otorgado mayor credibilidad al tratamiento y se ha apoyado la necesidad de sistemas de justicia más responsables frente al desarrollo y recaída de la conducta delictiva.

Un ejemplo de ello son las prisiones de Inglaterra y Gales, en las que se planteó una iniciativa para incrementar el número de este tipo de instituciones que ofrecieran programas y actividades que realmente lograran reducir las tasas de reincidencia delictiva. Con este fin se propuso y se publicó un conjunto de criterios para evaluar el diseño y la puesta en práctica de intervenciones en prisión. Es importante señalar que para cumplir estos criterios las prisiones requieren contar con recursos adicionales, entrenar al personal que se hará cargo del programa, crear mecanismos de administración y manejo de la información, así como establecer un sistema de monitoreo y auditoría (por ejemplo, todas las sesiones de programas cognitivo-conductuales son grabadas para ser evaluadas por asesores externos) (Lipton, Thornton, McGuire, Porporino y Hollin, 2001, citados por McGuire, 2001).

Estos criterios se han puesto en práctica durante algunos periodos de prueba y dentro del sistema de justicia juvenil. Así, el procedimiento que se ha seguido para cumplir estos principios ha dado lugar a un proceso de *acreditación* en el que asesores externos evalúan si los programas que se están aplicando o que se planea aplicar cumplen con los criterios basados en la evidencia. Antes de que un programa sea puesto en práctica en una prisión debe presentarse una propuesta ante el “*Joint Prison Probation Accreditation Panel*”. La propuesta debe incluir una descripción de la evidencia teórica y empírica que sustenta el programa, manuales de las sesiones y de entrenamiento del personal que lo aplicará, medidas previstas para las evaluaciones, método de evaluación y en lo posible alguna predicción de la efectividad que tendrá la intervención. El panel evalúa el contenido de las propuestas con los criterios que se describen en el Cuadro 17. El programa se califica en cada uno de los criterios, con 0 si no lo cumple, con 1 si lo hace parcialmente y con 2 si lo cumple completamente. Algunos de los criterios son obligatorios (los ítems 1, 2, 7, 9, 10 y 11). Para que un programa sea aprobado debe obtener mínimo 19 puntos en esta escala. Además se evalúa el sitio donde se aplicará el programa, así como el sistema que propone para el registro y el análisis de la información obtenida a lo largo de su aplicación. Los resultados son evaluados por el personal de la correccional donde tendrá lugar la intervención y por los miembros del panel independiente de acreditación (McGuire, 2001).

En este mismo sentido se han desarrollado guías de programación correccional en Canadá, Inglaterra y Escocia (Andrews, 1995; Lösel, 1995a, 2001).

3.4. Implicaciones

Dado que la evidencia aportada por la investigación sobre el tema de la delincuencia indica que las sanciones legales por sí mismas no son tan efectivas como la intervención correccional -que consiste en la combinación de sanciones legales y programas de tratamiento- es innegable la necesidad de conocer mejor las condiciones que potencian su efectividad. En este sentido, el conocimiento sobre los principios de tratamiento representa un aporte importante.

El hecho de que la conducta antisocial sea heterogénea, y que los niveles de riesgo y necesidad influyan sobre la probabilidad de reincidencia, indica que las intervenciones correccionales no pueden generalizarse y que deben adjudicarse con base en la evaluación y clasificación de los jóvenes que han cometido delitos.

Así, la institucionalización debe restringirse solo a aquellos jóvenes en mayor riesgo de delincuencia - que de acuerdo con lo explicado en el capítulo anterior corresponde con la categoría crónicos y/o violentos -, no con el fin de aislarlos sino con el propósito de brindarles servicios acordes con sus condiciones. Todo esto para contribuir realmente en el objetivo de la modificación de la conducta delictiva.

Cuadro 17. Criterios para la acreditación de programas de la *Home Office Joint Prison-Probation Accreditation Panel*.

1. *Modelo de cambio*: el programa debe estar basado en un modelo teórico claro basado en la evidencia que explique cómo se propone tener impacto sobre los factores relacionados con la conducta delictiva.
2. *Factores de riesgo dinámicos*: el contenido del programa debe identificar los factores relacionados con el comportamiento delictivo especificados en el modelo y que si se cambian se logrará una reducción del comportamiento delictivo. Además, los contenidos del programa deben reflejar estos objetivos.
3. *Rango o cantidad de blancos a los que va dirigido el programa*: el programa debe especificar la cantidad de blancos a los que va dirigido y sus interrelaciones.
4. *Métodos efectivos*: los métodos de cambio utilizados en el programa deben tener apoyo empírico con respecto a la efectividad y coordinarse de manera apropiada.
5. *Orientado a habilidades*: para capacitar a los delincuentes para evitar actividades criminales y mantener efectos de tamaño grandes en estudios de resultados. Las habilidades a las que se dirija el programa deben explicar las relaciones con el riesgo de reincidencia y su reducción.
6. *Intensidad, secuencia y duración*: número de horas de contacto, el modo en que se llevarán a cabo las sesiones y la duración total del programa debe ser apropiada a la luz de la evidencia disponible, los objetivos y contenidos de los programas y el nivel de riesgo de los grupos de los delincuentes a los que se aplicará el programa.
7. *Selección de los participantes*: se debe especificar claramente la población de delincuentes a quienes se dirigirá el programa. Debe contarse con procedimientos realistas de identificación y selección de esta población y para la exclusión de los no apropiados.
8. *Compromiso y participación*: se refiere al principio de adaptación, se debe describir cómo se comprometerá y motivará a los delincuentes a tomar parte en el programa y a adherirse a este.
9. *Manejo de caso*: se debe especificar si habrá un oficial o persona encargada de vigilar el plan individual de sentencia de los delincuentes.
10. *Monitoreo del proceso*: cómo se hará el monitoreo y que sistemas se establecerán para revisar el programa y hacer ajustes que se consideren necesarios.
11. *Evaluación*: los programas deben incluir medidas que se tomaran en las evaluaciones tanto del impacto a corto como largo plazo.

Fuente: tomado de McGuire 2001 (p. 38), traducción propia.

Por otro lado, aunque en la actualidad se cuenta con información importante sobre las características de programas exitosos en el propósito de reducción de la reincidencia delictiva, aún quedan preguntas sobre la relación entre los diferentes modelos de intervención y los distintos tipos de conducta delictiva. Es evidente la necesidad de identificar cuál es la diferencia real entre los jóvenes que reciben intervención y los que no, y qué estrategias pueden ser las más apropiadas para tratar a diferentes tipos de adolescentes.

Aunque varios programas dirigidos a personas que han cometido delitos pueden mostrar resultados positivos en sus propósitos de reducción de la delincuencia, existe poca evidencia acerca de las características de las personas que mejor se benefician de tales programas. Una mejor descripción de las características y subtipos de carreras delictivas de los participantes en estos programas puede llevar a desarrollar tratamientos que se dirijan a déficits específicos. Por ejemplo, los jóvenes con problemas de conducta y con rasgos psicopáticos tienen una percepción alterada con respecto a las recompensas y los castigos relacionados con su comportamiento. La evidencia generada tanto en el contexto de laboratorios como en situaciones reales indica que este tipo de jóvenes se enfocan en las recompensas e ignoran los castigos. Esto quiere decir que estas personas no entienden ni procesan de forma apropiada la información que se transmite a través de los castigos. En el entendido de que los castigos cumplen la función de indicar cuándo un comportamiento es inapropiado, el déficit para discriminar esta información puede ser uno de los mecanismos que promueven su conducta antisocial. El problema persiste en la adolescencia y en la adultez, cuando se vinculan al sistema de justicia y/o a un programa que busca prevenir la reincidencia. Muchos programas incluyen un módulo de habilidades de solución de problemas que por lo general contiene cuatro pasos: identificar problemas, generar alternativas posibles, evaluar la probabilidad de consecuencias positivas y negativas de cada alternativa, y seleccionar la mejor respuesta posible. En el paso tres las personas con rasgos psicopáticos y con problemas de conducta se enfocan en las recompensas y tienen menos capacidad que otros chicos para identificar posibles resultados negativos. Para ayudarles a aprender a resolver

problemas, primero se requeriría enseñarles a identificar las consecuencias negativas de sus actos (Hodgins, 2007).

De acuerdo con lo anterior es necesario continuar investigando sobre las estrategias que son más efectivas para tratar a los jóvenes con carreras delictivas crónicas y violentas, ya que la reducción del crimen a largo plazo, será el resultado de que menos delincuentes serios, violentos y crónicos lleguen a ser criminales adultos.

En la misma dirección, la reglamentación internacional y nacional en materia de prevención del delito y tratamiento de jóvenes que han cometido actos ilegales advierte la importancia de contar con conocimiento técnico que oriente la toma de decisión sobre la individualización y la aplicación de medidas tendientes a la reincorporación integral y social de los menores de edad.

En la individualización de las medidas, la Psicología puede aportar valioso conocimiento para la evaluación de los diferentes niveles de riesgo y de necesidades de los jóvenes. Los resultados de las evaluaciones, a su vez se relacionan con la probabilidad tanto de éxito en la reintegración social como de fracaso en la reincidencia delictiva futura. La información derivada de estos esfuerzos puede contribuir a tomar decisiones más objetivas en la imposición de medidas para los adolescentes que han cometido delitos.

La psicología ha hecho contribuciones esenciales en el tema del diseño de programas específicos que procuran atender y modificar los factores que llevaron en principio a la comisión de delitos y que mantienen dicho comportamiento. Así mismo, esta ciencia ha fundamentado y puesto en práctica intervenciones acordes con el riesgo y las necesidades de subgrupos específicos de jóvenes. Si un menor comete un delito, su conducta sin duda se asocia con las condiciones en que se encuentra, para prevenir su repetición las personas significativas que están a su alrededor también han de aprender nuevas habilidades y colaborar en la construcción de escenarios propicios para su desarrollo integral y alternativo a la delincuencia.

Los jóvenes vinculados a carreras delictivas crónicas y violentas suelen no responder al control social formal, por ello los métodos convencionales pueden no satisfacer sus necesidades específicas. Para reducir el comportamiento delictivo de

los jóvenes con patrones de delincuencia persistente las intervenciones deben dirigirse a combatir la influencia de los factores de riesgo asociados con tal comportamiento; y al fomento de los factores protectores que contribuyen al desarrollo y fortalecimiento de la conducta prosocial.

CAPÍTULO 4

EVALUACIÓN DE PROGRAMAS DE TRATAMIENTO APLICADOS A JÓVENES VINCULADOS EN CARRERAS DELICTIVAS

Este apartado está dedicado al examen de los procedimientos que se han llevado a cabo para evaluar el resultado de la aplicación de programas de tratamiento dirigidos a jóvenes comprometidos en carreras delictivas.

En primer lugar, se describe el desarrollo histórico de la evaluación de la intervención correccional. Luego, se presentan los diferentes métodos utilizados para valorar la efectividad de los programas de tratamiento en el ámbito de la prevención de la reincidencia delictiva. Por último, se hace referencia a los principales hallazgos de las evaluaciones con respecto a los efectos que tiene la intervención correccional sobre el comportamiento delictivo, y las variables que influyen en estos resultados.

4.1. Historia de la evaluación

El interés por el efecto que tienen los programas de intervención sobre el comportamiento delictivo no es algo reciente. A lo largo de la historia se han presentado planteamientos en favor y en contra de la aplicación de programas de tratamiento, aludiendo a su escasa o nula efectividad, o a su influencia positiva reflejada en la reducción de la reincidencia en quienes participan comparados con quienes no reciben ningún tratamiento.

En este sentido, se distinguen dos posturas. Una que considera que nada funciona para prevenir y reducir la delincuencia, y otra, que apuesta por la aplicación de programas, llamando la atención sobre la necesidad de estudiar la relación entre las condiciones en que se llevan a cabo y sus efectos.

Existen varias posibilidades como resultado de la aplicación de programas dirigidos a jóvenes que han cometido delitos: que se reduzca el comportamiento delictivo; que permanezca igual; que se incremente; o que no haya suficiente evidencia para apoyar alguna de estas alternativas (tal como se explicará más adelante con las propuestas de Sherman, Gottfredson, MacKenzie, Eck, Reuter y Bushway, 1997). La evaluación se encarga de responder cuál de estas posibilidades ha sido producida por el programa que se está estudiando.

El propósito de evaluar la intervención correccional es que sus resultados orienten tanto el diseño de políticas relacionadas con el crimen y la justicia, como la práctica profesional en esta área.

Sin embargo, no es fácil que el conocimiento generado por la investigación se reconozca en los ámbitos políticos y prácticos; quizás por falta de difusión de esta información, por la dificultad para entender la literatura dirigida especialmente a la comunidad científica o por prejuicios y mitos acerca del funcionamiento y utilidad de los programas cuyo propósito es la prevención de la reincidencia delictiva.

Así, en el área aplicada y de formulación de políticas ha sido frecuente el uso de programas de intervención sin un fuerte fundamento teórico, y con escasos o nulos esfuerzos para evaluar sus efectos reales. Parafraseando a Lipsey (1995), la utilización de los resultados de la investigación en la práctica y en las políticas ha tenido muchas dificultades, la investigación se ha visto como irrelevante, ambigua o inconsistente para los intereses prácticos.

Desde finales de los años 60's se empezó a notar algún interés en este sentido. El primero en hacerlo evidente fue el psicólogo Donald Campbell (1969) quien llamó la atención sobre la necesidad de que los gobiernos tomaran decisiones sobre la aplicación y financiación de programas, así como sobre políticas sociales con base en la evidencia científica.

De acuerdo con Campbell los intereses y las presiones propias de la política, así como los problemas intrínsecos de los procesos de investigación dificultaban la conjunción entre los resultados de los estudios evaluativos y sus aplicaciones prácticas. Por ejemplo, este estudioso citó el hecho de que se carecía de

traducciones a diferentes idiomas de las investigaciones sobre la efectividad de programas en distintos ámbitos, lo cual contribuía a que no se difundieran clara ni ampliamente, o incluso, que sus resultados fueran inaccesibles para quienes podían utilizarlos en la práctica. Si bien Campbell planteó la situación, pasaron varios años antes de que se hiciera algo al respecto.

A mediados de los años 70 en Estados Unidos y Gran Bretaña se realizaron algunos estudios de amplia cobertura cuyo objetivo era reunir toda la investigación disponible hasta ese momento sobre trabajos que hubieran evaluado los resultados de tratamientos aplicados específicamente a delincuentes. Su objetivo fue saber si estos programas habían logrado prevenir y reducir el comportamiento delictivo.

El estudio más citado al respecto, por su relevancia para posturas y trabajos posteriores, fue el de Martinson (1974). En este trabajo se concluyó que la investigación sobre la efectividad de las intervenciones para reducir la delincuencia -disponible hasta ese momento- era metodológicamente defectuosa y que las diferencias en los diseños de los estudios dificultaban llegar a una conclusión clara. En cuanto a las características metodológicas, el autor notó que las diferentes investigaciones presentaban muy poco control, contenían efectos de variables extrañas, no tenían un sustento teórico fuerte, evaluaban de manera diferente y muy poco los periodos de seguimiento y no habían sido lo suficientemente replicadas. Además, afirmó que al considerar los pocos estudios que se habían hecho con un aceptable rigor metodológico, la evidencia sugería que ningún programa demostraba funcionar de forma consistente. Martinson concluyó que si bien podían existir ejemplos de éxito –total o parcial- en la reducción de la delincuencia, éstos correspondían a esfuerzos aislados y no a un patrón claro que permitiera identificar la eficacia de un método particular de tratamiento.

Otros estudios en la misma línea apoyaron la idea de que nada parecía funcionar para reducir la reincidencia delictiva (como los de Bailey, 1966; Brody, 1976; Greenberg, 1977; Lipton *et al.*, 1975; Logan, 1972; Sechrest *et al.*, 1979; Wrieght y Dixon, 1977).

Con estas conclusiones el interés por la rehabilitación decreció y con él los esfuerzos profesionales e incluso económicos que se dedicaban a este objetivo. Sin embargo, esto también motivó a realizar otras investigaciones para rebatir las conclusiones de que “los programas no funcionaban”.

A finales de los 70 y durante los 80 los resultados y conclusiones fueron mucho más optimistas. El mismo Martison (1979) reconoció que algunas medidas de rehabilitación sí funcionaban. Con el desarrollo de metodologías específicas para evaluar la efectividad de programas, como el meta – análisis que se ha venido usando desde 1985, se ha generado un desarrollo importante en este campo (Lösel, 1995a, 1995b).

De hecho, los estudios que integran los resultados de diferentes investigaciones y meta –análisis realizados en Norte América y en Europa han mostrado una evaluación positiva aunque pequeña de la eficacia de los programas en el logro del objetivo de reducción de la delincuencia (por ejemplo, Andrews, Zinger, Hoge *et al.*, 1990; Antowicz y Ross, 1994; Cleland, Pearson y Lipton, 1996; Dowden y Andrews, 1999a, 2000; Garret, 1985; Gottschalk, Davison II, Mayer y Gensheimer, 1987a; Gottschalk, Davison II, Gensheimer y Mayer, 1987b; Izzo y Ross, 1990; Lab y Whitehead, 1989; Latimer, 2001; Latimer *et al.*, 2003; Lipsey, 1992b, 1999^a; Lipsey, Chapman y Landenberger, 2001; Lipsey y Wilson, 1998; McKenzie, Wilson y Kider, 2001; Pearson, Lipton, Cleland y Yee, 1998; Wells-Parker, Bangert-Drowns, McMillen y Williams, 1995; Whitehead y Lab, 1988; Wilson, Gallagher y MacKenzie, 2000; Wilson y Lipsey, 2000).

Los avances en esta área han permitido un mayor acercamiento entre la investigación básica y el ámbito aplicado, tanto en lo relacionado con la elaboración de políticas públicas como con las intervenciones aplicadas en los contextos correccionales (McGuire, 2001).

Las revisiones de los trabajos desarrollados han llevado, por un lado, a mejorar la calidad de las investigaciones realizadas, y por otro, a realizar síntesis de la literatura cada vez más sistemáticas y cuantitativas (Dowden y Andrews, 2000).

La idea de “nada funciona” se ha ido modificando y la investigación se ha dirigido a descubrir qué es lo que funciona, en términos de qué tipo de programa,

para qué tipo de delincuentes, aplicado por qué personal, en qué escenarios, bajo qué circunstancias contextuales y con qué efectos (Lösel, 2001). Ello se encuentra en directa relación con el hallazgo de la heterogeneidad de la conducta antisocial y de la necesidad de desarrollar y aplicar programas acordes con los niveles de riesgo y necesidades de las personas vinculadas a la delincuencia.

El estudio de la efectividad de los tratamientos aplicados a delincuentes ha enfatizado la necesidad de difundir el conocimiento que se ha ido generando, tanto a los encargados de políticas públicas como a quienes aplican los programas (Leschied, Bernfeld y Farrington, 2001). Estos esfuerzos han recibido el nombre de “*políticas basadas en la evidencia*” (Sherman *et al.*, 1997).

4.2. Métodos para evaluar la efectividad de programas

Se han desarrollado varios métodos con el objeto de identificar qué tipo de intervenciones correccionales funcionan y cuáles no; y con ello generar, acumular, sistematizar y difundir el conocimiento en esta área. A través de las metodologías desarrolladas se puede evaluar si un programa específico o un conjunto de ellos, funciona para reducir la delincuencia.

Entre las posibilidades metodológicas útiles para realizar estas evaluaciones se han identificado las siguientes (ver Welsh y Farrington, 2001): el método de un solo estudio, las revisiones narrativas, el conteo de votos, la revisión sistemática y el meta-análisis y la revisión sistemática.

4.2.1. Método de un solo estudio

Este método corresponde a una investigación evaluativa que se caracteriza por su alta calidad metodológica. En este caso, los resultados de un solo estudio representan el cuerpo de conocimiento sobre un tipo particular de intervención, de tal forma que no existe comparación con los resultados de otros estudios.

Se han hecho algunas recomendaciones sobre las características que deben tener estos estudios para garantizar que sus resultados muestren, de la manera más objetiva posible, el efecto de la intervención sobre el comportamiento de los participantes en el programa. En términos generales se propone que los estudios contengan la siguiente información (Tolan y Guerra, 1994):

- (a) Una descripción de las características demográficas de la muestra como la edad, el género, la etnicidad, el nivel socioeconómico, la ubicación de la residencia y el riesgo o nivel de violencia previa al inicio de la intervención.
- (b) Un grupo de comparación similar al grupo de tratamiento, tanto en las características demográficas como en el nivel de riesgo de comportamiento delictivo y/o violento previo a la intervención. En este sentido, aunque la igualación de los grupos de tratamiento y control es aceptable, la asignación aleatoria es preferible.
- (c) Una descripción de los métodos aplicados que incluya las metas de la intervención y una explicación de cómo se espera que reduzca la violencia o el comportamiento delictivo.
- (d) Medidas previas y posteriores a la intervención de la conducta sobre la cual se espera un cambio y de otras variables intervinientes. A este respecto, también se sugiere tomar medidas durante un periodo de seguimiento posterior a la aplicación del programa para determinar si los cambios persisten o no.
- (e) Medidas cuantitativas de los efectos que pueden ir acompañadas de análisis cualitativos para conocer la manera en que los programas influyen en la vida de las personas que participan en ellos.

También se sugieren dos tipos de diseños que pueden aplicarse para permitir una evaluación eficiente. El primero se refiere a la utilización de dos o más aproximaciones en una intervención con asignación aleatoria de participantes a cada una de ellas. Este modelo permite probar si una u otra intervención es efectiva y qué tanto lo es cada una.

La segunda aproximación usa un diseño de pasos, que permite comparar métodos, aproximaciones, factores y niveles de intervenciones que tienen pocos componentes con aquéllas que tienen más. Cada paso adiciona un componente de la intervención.

Además, dado que se han observado programas bien concebidos desde el principio, pero pobremente aplicados; o bien aplicados, pero pobremente sustentados (Bauman, Stein & Ireys, 1991; citados por Leschied, Bernfeld y Farrington, 2001), se sugiere la evaluación de otras dos variables: la adherencia al tratamiento y el ajuste de los programas (*"compliance"*).

La variable de adherencia al tratamiento se refiere al grado en que los participantes han sido capaces de seguir el programa sin saltarse tareas, actividades o acciones propias del programa. Un programa con buena adherencia es aquél en el que todos los participantes han seguido al cien por cien dicho programa (no ha habido absentismo a las sesiones, han hecho todas las actividades y tareas, etc.). la aplicación de programas que incluyen aquellos elementos que han demostrado empíricamente su efectividad y que además tienen la capacidad de identificar factores que maximizan su efecto a largo plazo.

Por otro lado, el ajuste o conformidad del programa, se refiere a la capacidad de éste para cumplir con las condiciones que la evidencia ha sugerido que hacen que un programa sea efectivo (Leschied, Bernfeld y Farrington, 2001). Es decir, la evaluación de los programas dirigidos a delincuentes debe tener en cuenta si el programa aplicado cumple con las características de los participantes, del modelo teórico, del personal que lo aplica, del contexto y del método, que han demostrado mayor probabilidad de éxito o efectividad. Esto permite que los programas bien aplicados también estén sustentados teórica y empíricamente (lo que se relaciona con su integridad, tal y como antes lo presentamos).

4.2.2. *Revisiones narrativas de la literatura*

El segundo método de evaluación de programas es el de las revisiones narrativas de la literatura. Estas revisiones se diferencian del método de un solo estudio en que analizan los resultados de varias investigaciones permitiendo su comparación; empero, no son tan rigurosas metodológicamente y adolecen de algunos sesgos por parte de los investigadores, especialmente en sus procedimientos para buscar, seleccionar y analizar los estudios que incluyen en su revisión.

4.2.3. *Conteo de votos*

El tercer método, denominado “conteo de votos” (“vote count”) adiciona un elemento cuantitativo a la revisión narrativa. Éste tiene en cuenta el número de estudios con hallazgos significativos estadísticamente, tanto en favor de la hipótesis de estudio, como en su contra (hallazgos nulos) (Wilson, 2001).

En esta dirección Sherman y sus colaboradores (1997) desarrollaron una escala de métodos para evaluar la calidad metodológica de los estudios incluidos en la revisión. Dicho sistema permite calificar las investigaciones de acuerdo con su calidad metodológica en una escala de valores entre uno, que corresponde a la puntuación más baja, y cinco que es la más alta, como se muestra en el Cuadro 18. Así, cada punto se refiere a características del diseño de investigación que van desde poco a alto rigor metodológico con relación a su validez interna y externa.

La validez interna se refiere al grado en que los resultados de un estudio evaluativo se pueden adjudicar al efecto del programa y no a otras causas alternativas. La externa, indica la medida en que el efecto de una intervención sobre un resultado es generalizable o replicable en diferentes condiciones.

De acuerdo con esta escala y con el consenso de los investigadores en el área de la evaluación de programas de intervención correccional, el método más convincente para el estudio de la efectividad es el experimento aleatorizado (Farrington, 1983; citado por Welsh y Farrington, 2001), que con frecuencia se denomina “estándar de oro” (“gold standard”) de los diseños de evaluación.

Los experimentos aleatorizados, antes de la intervención, igualan los grupos control y experimental de acuerdo con la mayor cantidad de variables extrañas posibles; esto hace más válida su comparación y permite mayores niveles de validez (Welsh y Farrington, 2001).

A su vez, la escala de Maryland, como se ha conocido el sistema de calificación de Sherman y sus colaboradores, permite identificar y clasificar los resultados del grueso de evidencia revisada en las siguientes categorías: “lo que funciona”, “lo que no funciona”, “lo que es prometedor” y “lo que es desconocido” para prevenir el crimen. Estos autores propusieron una serie de criterios para decidir entre dichas alternativas:

Qué funciona (“*what works*”): se refiere a los programas que previenen el crimen o sus factores de riesgo en los contextos en que se han evaluado. Además, por el modelo metodológico utilizado en estos estudios sus hallazgos pueden ser generalizados a escenarios similares. Para que un programa sea clasificado en esta categoría debe haber sido evaluado mínimo en dos estudios independientes, cuyo diseño metodológico sea de alto rigor, y haber demostrado su efectividad. Además, debe existir alguna otra evidencia que apoye esta conclusión de efectividad.

Qué no funciona (“*what does not work*”): incluye los programas que fracasan en su objetivo de prevenir o reducir el crimen o sus factores de riesgo. Para esta clasificación debe haber un mínimo de dos estudios en el nivel tres de la escala de Sherman *et al.* (1997), con una prueba de significación que muestre su ineffectividad y alguna otra evidencia en la misma línea.

Qué es prometedor (“*What is promising*”): hace referencia a los programas para los que el nivel de certeza a partir de la evidencia disponible es muy bajo para apoyar conclusiones generalizables, pero existen bases empíricas para predecir que la investigación futura podría apoyar esas conclusiones. Por lo menos debe haber un estudio en el nivel tres con prueba de significación que indique efectividad y evidencia que apoye la misma conclusión.

Qué es desconocido (“*What is unknown*”): esta categoría contiene cualquier programa no clasificado en las tres anteriores o aquéllos en los que sus efectos aún no se conocen.

Si bien la Escala de Maryland mejora el método de conteo de votos, a través de la calificación de características de los diseños de las investigaciones, y representa un esfuerzo importante que va más allá del uso de la significación estadística, aún deja de lado algunos puntos de considerable interés para la evaluación de programas. Por ejemplo, esta escala no ofrece herramientas metodológicas para explicar la influencia específica de variables moderadoras como el tamaño de la muestra en los diferentes estudios, o para calcular la magnitud precisa del efecto de un tratamiento o de un conjunto de ellos (Wilson, 2001).

Cuadro 18. Escala de clasificación de métodos científicos de Sherman *et al.* (1997).

1.	Investigaciones que aportan evidencia correlacional (baja) entre el programa y la conducta delictiva (o sus factores de riesgo) en un momento dado en el tiempo. No existe forma de contrastar la experiencia de un grupo que recibe algún tipo de intervención (no se hace comparación pre-post ni se utiliza un grupo de comparación).
2.	El estudio no hace referencia al control estadístico de los sesgos de selección, pero existe algún tipo de comparación con un grupo no equivalente. Por ejemplo, existe un grupo control no equivalente cuyos resultados se comparan con un grupo que ha recibido el tratamiento, o el diseño del estudio consiste en un solo grupo pero con medidas pre y post, que facilitan la comparación.
3.	Se informa de control estadístico moderado, caracterizado por la presencia de un grupo control comparable con el que recibe tratamiento, incluyendo un cotejo de medidas pre y post en los dos grupos.
4.	El estudio tiene en cuenta el control de variables extrañas, el grupo que recibe el programa se compara con grupo control, teniendo en cuenta y controlando posibles influencias extrañas sobre los resultados (por ejemplo, por igualación, medidas de predicción o controles estadísticos).
5.	El estudio se corresponde con un experimento aleatorizado, en el que los participantes son asignados al azar para ser parte de un grupo control y de un grupo tratamiento. A su vez estos grupos son equivalentes y se comparan entre sí antes y después de la intervención.

Fuente: elaboración propia con base en Weisburd, Lum y Petrosino (2001) p. 57.

4.2.4. Las revisiones sistemáticas y los meta – análisis

Estos métodos corrigen los vacíos de los anteriores y son considerados los de mayor rigor para evaluar la efectividad de las intervenciones criminológicas.

Con frecuencia las áreas de investigación en las ciencias sociales están conformadas por una serie de estudios aislados que no facilitan la acumulación e integración de conocimiento derivada de sus resultados. Las revisiones y los meta-análisis constituyen metodologías, que precisamente, tienen el propósito de reunir y analizar los resultados de diferentes estudios que evalúan los efectos de una intervención sobre una variable dependiente de interés –para efectos de este trabajo, el comportamiento delictivo-.

Tal como lo explican Welsh y Farrington (2001) las revisiones sistemáticas se caracterizan por tener objetivos y criterios explícitos respecto a: el planteamiento del problema o pregunta que desea responder, los criterios de

selección de los estudios que se incluyen en sus análisis; los procedimientos de búsqueda de la literatura en diferentes países e idiomas; la codificación de las características clave de los estudios; y el informe de los resultados obtenidos. El procedimiento seguido en una revisión debe quedar lo suficientemente claro como para permitir su replicación por parte de otros investigadores.

Los meta-análisis son revisiones sistemáticas en las que se evalúan los efectos de varios programas a través de análisis estadísticos rigurosos de los resultados de un grupo de estudios independientes con el propósito de integrar, comparar y acumular sus hallazgos de manera sistemática (en Dowden y Andrews, 2000). A través de estos análisis se pueden identificar diversos estudios realizados en un campo específico del conocimiento y determinar las características, tanto de los programas que han resultado exitosos (altamente efectivos), como de aquellos que no funcionan. Además, dado que a través de este tipo de análisis los errores metodológicos de los estudios se hacen evidentes, el conocimiento que se genera a este respecto contribuye al mejoramiento del diseño de los programas (Andrews, 1995; Gendreau, 1996; Hollin, 1999; Leschied, Bernfeld y Farrington, 2001).

La agrupación de evaluaciones sobre un mismo tema resulta compleja. Aunque diferentes investigaciones estudien una misma variable dependiente, las unidades utilizadas para medirla pueden ser distintas de un estudio a otro. En este sentido, uno de los principales aportes que ha hecho el meta-análisis es el desarrollo de estrategias para convertir las distintas medidas de los resultados a un índice homogéneo que permita las comparaciones entre estudios. Esta medida ha recibido el nombre de *tamaño del efecto* (TE).

El TE es un estimador del tamaño de la relación entre dos variables (Rosenthal, 1991) que indica el grado en que un fenómeno está presente en la población o en que la hipótesis nula es falsa. Cuanto mayor es su valor, más significativo es el grado en que se manifiesta el fenómeno bajo estudio (Cohen, 1977).

El TE permite observar y comparar los efectos de un programa sobre un grupo de tratamiento y uno de comparación. En el análisis de datos meta-analítico el TE es la variable dependiente (Wilson, 2001). Los estudios incluidos en el

meta-análisis deben poseer unas condiciones mínimas: informar de medidas comparables, presentar datos que permitan calcular el TE y que, en lo posible, sus diseños contengan un grupo de comparación.

Los índices de TE que se usan comúnmente son (Wilson, 2001):

- (a) La diferencia media tipificada, que es un índice desarrollado por Cohen (1977) para determinar el efecto experimental resultante de la comparación entre dos grupos, generalmente uno experimental y otro control, con medidas dependientes continuas.
- (b) Las *odds ratio*, en las que la medida de la variable dependiente debe ser dicótoma. Se computan a partir de una tabla de contingencia de 2X2 ó de las proporciones de éxito y fracaso en cada condición.
- (c) Los coeficientes de correlación (que incluyen las dos medidas anteriores).

Los meta - análisis en el campo de la criminología empezaron a usarse a mediados de los años 80's. Si bien en un principio se analizaba únicamente el efecto global del tratamiento sobre la reincidencia, en la actualidad se consideran otros tipos de medidas y se incluye un análisis de variables moderadoras del efecto global, por ejemplo, las características de los participantes, del programa, del diseño de la investigación y del contexto.

Los meta-análisis (Welsh y Farrington, 2001) “esencialmente hacen una mirada epidemiológica de las secciones de metodología y resultados de una población específica de estudios para buscar un consenso sobre un tema de estudio dado basado en la investigación” (p. 35).

Los resultados de esta metodología permiten saber lo que se conoce y lo que se desconoce en un campo de investigación y contribuyen a reducir los vacíos de conocimiento aún existentes (McGuire, 2001); su propósito principal es llegar a conclusiones acerca del mejor conocimiento disponible sobre un determinado tema.

El origen de los meta-análisis está estrechamente relacionado con el campo de la salud en el que los profesionales empezaron a interesarse por los resultados de sus intervenciones. Aunque había investigación y se disponía de una amplia gama de resultados, éstos no estaban sistematizados y el beneficio de la acumulación del conocimiento era limitado. Para resolver esta situación se propuso la revisión e integración sistemáticas de los datos disponibles, así como su incorporación al ámbito práctico (McGuire, 2001).

El epidemiólogo Cochrane (1979 citado por McGuire, 2001) notó que los registros sistemáticos sobre la efectividad de diferentes intervenciones en la medicina eran prácticamente inexistentes. Con base en ello expuso la necesidad de evaluar si este campo y, en general, la investigación en la salud, contaban con fundamentos empíricos realmente válidos. Esto llevó a analizar los artículos de revisión publicados en revistas médicas que en principio habían tenido el objetivo de resumir los hallazgos en áreas específicas y servir al propósito de la acumulación de conocimiento; esta tarea permitió concluir que las revisiones en el ámbito de la salud presentaban defectos metodológicos que limitaban sus alcances.

Como consecuencia de estos resultados se creó en el año de 1993 la Colaboración Cochrane que consiste en una red internacional de investigadores y revisores coordinada desde 15 sitios en Europa, Australia, Sur de África y América. El objetivo de esta colaboración es ubicar, evaluar e integrar los resultados de estudios de intervención bien diseñados, es decir, rigurosos a nivel metodológico. En 1999 esta colaboración ya contaba con una base de datos de los resultados de diferentes estudios en el área de la salud cuyo nombre es Cochrane Database of Systematic Reviews. Esta base facilita a investigadores y personas interesadas el acceso a la información que contiene (McGuire, 2001).

Esta experiencia en el área de la salud fue replicada por las ciencias sociales y de la educación a través de la conformación de la Colaboración Campbell - *Campbell Collaboration*- que se inauguró en Febrero del año 2000 y tuvo su primera conferencia científica en el 2001 (ver http://www.campbellcollaboration.org/crime_and_justice/index.php; Farrington y Petrosino, 2001; Petrosino, Boruch, Soydan, Duggan y Sánchez-Meca, 2001).

Este grupo cuenta con la base de datos “Social, Psychological, Educational and Criminological Trials Register” creada por Petrosino, Boruch, Rounding, McDonald y Chalmers en el año 1999.

Dentro de la Colaboración Campbell se instauró una división especializada denominada “Grupo de Crimen y Justicia” -*Crime and Justice Group*- cuyo objetivo es la preparación, mantenimiento y accesibilidad de revisiones sistemáticas de la investigación sobre los efectos de las intervenciones criminológicas y de justicia criminal realizadas por los sistemas de justicia, la policía, las agencias de libertad condicional, las instituciones correccionales y algunos grupos comunitarios, sobre la prevención y reducción del crimen y de la delincuencia (ver

http://www.campbellcollaboration.org/crime_and_justice/index.php; Petrosino, Boruch, Soydan, Duggan y Sánchez-Meca, 2001; y en particular, Farrington y Petrosino, 2000, 2001).

Esta colaboración pretende acumular e integrar el conocimiento válido sobre los temas de crimen y justicia, difundirlo y esforzarse para que las políticas y prácticas dirigidas a la reducción del crimen y de la delincuencia se basen en él. Es decir, el objetivo de este grupo es apoyar y propender por *la política y la práctica profesionales en los temas de crimen y justicia, basadas en la evidencia* demostrada por la investigación.

La división de Crimen y Justicia de la Colaboración Campbell está conformada por 14 miembros de 10 países: Alemania, Australia, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Israel, Japón, Reino Unido y Taiwán. Esta colaboración ha realizado revisiones sistemáticas y meta-análisis acerca de la efectividad de distintas estrategias para reducir el comportamiento delictivo. Entre estas estrategias están los programas cognitivos, los “boots camps”, el monitoreo electrónico y las zonas calientes del crimen (“*hot spots*”). También se han investigado la efectividad de los programas dirigidos a delincuentes sexuales, los programas basados en recreación y deporte, y las intervenciones cuyo objetivo es reducir la reincidencia de jóvenes comprometidos en carreras delictivas crónicas y violentas. Éste último tema corresponde con la presente investigación.

Con el fin de unificar las características de las revisiones y garantizar su calidad y continuidad, las personas que contribuyen con el Grupo Campbell se comprometen desde el principio con las siguientes tareas y condiciones (Petrosino *et al.*, 2001):

- (a) Realizar actualizaciones de la revisión sistemática durante un periodo posterior a la realización inicial de ésta (por ejemplo dos años), tomando en cuenta nuevos estudios, críticas y avances metodológicos (Farrington y Petrosino, 2001).
- (b) Someter la propuesta y cada uno de los pasos de la revisión a un comité editorial compuesto por investigadores, personas encargadas de tomar decisiones políticas respecto al tema, profesionales en el área aplicada y personas independientes que no representen ningún interés o sesgo respecto al estudio.
- (c) Que el proceso sea transparente y abierto, facilitando comentarios y críticas a cada etapa de la revisión.
- (d) Usar los métodos de búsqueda de mayor rigor disponible para asegurar que todos los estudios relevantes sean considerados para su inclusión o exclusión, y no sólo los indexados en revistas y libros de fácil acceso.
- (e) Reunir la literatura sobre el tema proveniente de distintos países sin limitarse a la lengua inglesa.
- (f) Codificar y registrar las características clave de cada estudio de evaluación revisado, de tal forma que permita en evaluaciones posteriores organizarlos por características como tamaño de la muestra, diseño y TE.
- (g) Presentar de la manera más explícita posible la revisión final, de tal forma que los lectores puedan entender las decisiones tomadas en cada etapa, las justificaciones para esas decisiones y el proceso para llegar a ellas.
- (h) Difundir la revisión de tal forma que llegue a la mayor cantidad de audiencias a través de su publicación electrónica en la World Wide Web, y de la presentación en escenarios donde confluyan la política, la

práctica y los medios masivos de comunicación, para promover el acceso rápido a la evidencia de todas las personas interesadas y no dirigirse solamente a la comunidad científica.

Los resultados de diferentes revisiones meta-analíticas han permitido hacer recomendaciones respecto a qué programas deberían continuar y recibir apoyo y cuáles no deberían permitirse (sobre resultados de revisiones sistemáticas y una presentación y discusión de políticas basadas en la evidencia ver “The Annals” de “The American Academy of Political and Social Science”, 2001; para resultados recientes de la Colaboración Campbell se pueden revisar los protocolos y documentos completos de revisiones sistemáticas en la página de internet: http://www.campbellcollaboration.org/crime_and_justice/index.php).

La práctica basada en la evidencia permite utilizar mejor los recursos disponibles y llevar a cabo intervenciones con mayor probabilidad de éxito para el logro de objetivos relacionados con la prevención y la reducción de la delincuencia. Cuando se mantiene y promueve la aplicación de programas, que en lugar de demostrar resultados positivos han indicado efectos perjudiciales, no sólo se fracasa en el objetivo principal de prevención del crimen, sino que además se incrementan los esfuerzos y costos de manera innecesaria.

Precisamente, esta investigación hace parte de lo proyectos desarrollados en el Grupo Campbell y su división de Crimen y Justicia.

4.3. Principales hallazgos de los efectos de la intervención correccional sobre el comportamiento delictivo

La aplicación de los métodos antes descritos ha permitido conocer las características tanto de los programas exitosos como de aquéllos que fracasan en el propósito de reducción de la reincidencia delictiva.

Uno de los hallazgos más relevantes de las evaluaciones realizadas sobre los efectos de las intervenciones correccionales es que aunque diversos estudios evalúan una misma variable dependiente, ésta se mide de manera diferente en unos estudios comparados con otros, y las condiciones, tanto de los programas como de otras variables intervinientes, son heterogéneas. Esta situación genera

una varianza en los resultados que ha motivado el examen de los factores que la producen, con lo cual, además del análisis del efecto global de un programa, se ha señalado la importancia de estudiar las variables que pueden explicar dicha varianza. Es decir, una vez se identifica el efecto de un programa sobre el comportamiento de quienes lo han recibido es posible explicar los factores que influyen sobre dicho resultado.

Las variables que explican la varianza del efecto se han clasificado en las siguientes categorías (ver Marín *et al.*, 2002):

- (a) Personales o de los participantes: como el sexo, la edad, la presencia de alguna psicopatología o el tipo del delito por el que se han vinculado con un proceso legal.
- (b) Tipo de tratamiento o programa: incluye el modelo teórico, la técnica empleada y variables como la duración, la intensidad, la homogeneidad y la integridad de la intervención.
- (c) El contexto: se refiere al sitio donde se lleva a cabo la intervención (país, ciudad), si la aplicación del programa se ha realizado dentro de una institución o en comunidad, y el tipo de régimen en que tiene lugar –cerrado, semi-abierto, abierto-.
- (d) El método: implica características del diseño de la investigación, como la existencia de grupo control y experimental, medidas de conducta delictivas previas y posteriores a la aplicación de un programa, tipo de muestreo, tipo de medida de los resultados (reincidencia, ajuste psicológico, laboral, etc.) y el tiempo de seguimiento después de terminada la aplicación de un programa.
- (e) Otras variables extrínsecas: incluyen variables como el año y tipo de publicación, la profesión y filiación institucional de los autores, la fuente de financiación de la investigación, etc.

El objetivo en este apartado es describir los resultados que se han obtenido en diferentes meta-análisis y revisiones sistemáticas al respecto de la efectividad de programas sobre el comportamiento delictivo. Para dar un orden que facilite la

comprensión, se presentan primero los esfuerzos realizados en el contexto europeo, que consisten en análisis de programas aplicados tanto a jóvenes como a adultos. Después, se describen los resultados sobre el efecto de los programas dirigidos a jóvenes vinculados a la comisión de delitos, en especial de quienes lo hacen de forma persistente y con violencia – con independencia del continente en que se realizaron-.

Para presentar los resultados de los diferentes meta-análisis, dado que no todos ellos han utilizado el mismo índice para representar el TE de la intervención correccional, se ha tomado como base la transformación realizada por Marín *et al.*, (2002). Estos autores convirtieron los resultados de medias tipificadas y coeficiente *phi* en coeficiente de correlación *r* como índice de TE (esto se hizo con base en las fórmulas de conversión propuestas por Rosenthal, 1991).

4.3.1. Meta-análisis en Europa

En el contexto europeo se han realizado varios meta-análisis sobre programas aplicados a delincuentes (jóvenes y adultos) con fines de rehabilitación.

Como se observa en el Cuadro 19, el TE del tratamiento sobre la reincidencia, entendida como cualquier medida relacionada con la comisión de nuevos delitos, osciló entre .11 y .21, lo cual indica efectos positivos que, aunque pequeños, representan una menor proporción de reincidencia en quienes reciben tratamiento comparados con quienes no. Por ejemplo, el $r = .21$ que constituye un valor estadísticamente significativo, constituye (aplicando el BESD de Rosenthal, 1991) un índice de reincidencia del 39.5% en los grupos tratados frente al 60.5% en los grupos control (como se muestra en el gráfico 6)⁵.

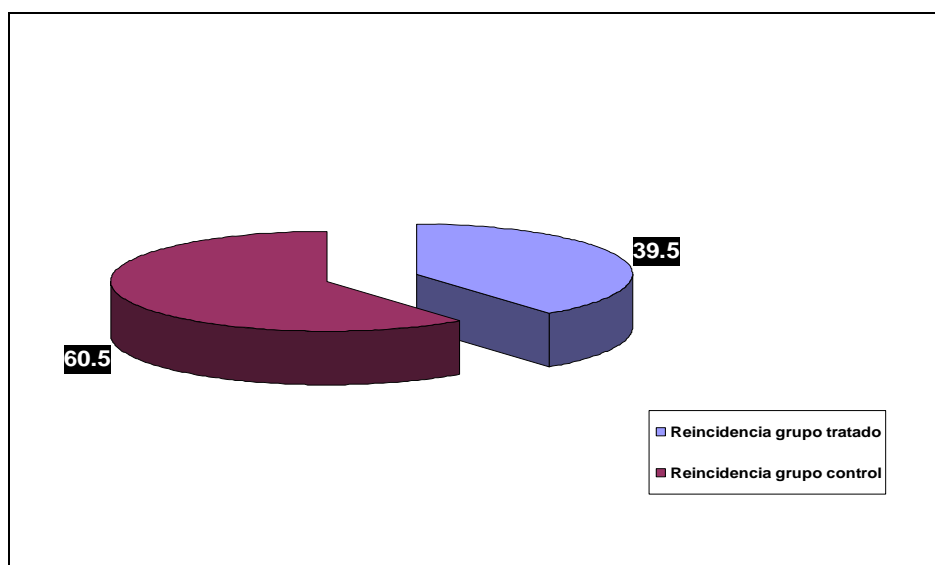
⁵ La diferencia entre grupos tratados y controles se obtiene de la aplicación del BESD (binomial effect size display) (Rosenthal, 1991). El BESD se refiere a la presentación binomial del tamaño del efecto que refleja la mejora porcentual del grupo de tratamiento frente al grupo de control. El BESD se obtiene computando la tasa de no reincidencia del grupo tratado mediante $0.5+r/2$ y la tasa de no reincidencia de los controles mediante $0.5-r/2$.

Cuadro 19. Características generales de los estudios realizados en Europa.

	No. Estudios	TE*	Media de Edad	Tiempo Seguimiento
Lösel y Köferl (1989)	16	$r = .11$		3 y 5 años
Redondo (1994) Redondo, Garrido y Sánchez-Meca (1997)	49	$r = .12$	21.7	19.7 meses promedio
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999 ^a)	29	$r = .12$	25.5	26.4 meses
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (2002)	23	$r = .21$	25.5	Cerca de dos años
Marín <i>et al.</i> , 2002	34	$r = .19^{**}$ $r = .18^{***}$	> 21	Cerca de dos años

Fuente: elaboración propia con base en los datos de los meta-análisis citados. * El TE se calculó teniendo en cuenta distintas medidas de resultados (reincidencia, psicológicas, institucionales). ** Con base en modelo de efectos fijos. *** Con base en modelo de efectos aleatorios.

Gráfico 6. Índice de reincidencia de grupos tratados vs. controles con base en el BESD.



Fuente: elaboración propia.

4.3.1.1. Variables de tratamiento

Las investigaciones europeas han mostrado diferencias en la efectividad de distintos programas en función del modelo teórico en que se fundamentan. En

general, los programas de tratamiento conductuales y cognitivo-conductuales son más eficaces.

En Redondo (1994) y Redondo, Garrido y Sánchez-Meca (1997) se obtuvo un $r = .28$ para los programas conductuales y un $r = .27$ para los cognitivo-conductuales. En otros trabajos se han obtenido datos similares de $r = .23$ (Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 1999a, 1999b, 2001).

Redondo (1994) y Redondo, Garrido y Sánchez-Meca (1997) también encontraron que los programas educativos e informativos obtuvieron un TE bajo ($r = .18$) en comparación con los demás tipos de intervención. Además, las intervenciones basadas en la teoría penal clásica obtuvieron un TE bajo de $r = .04$. En Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a, 1999b, 2001) el único programa disuasivo presente en los análisis produjo más reincidencia que la no intervención ($r = -.006$).

De otro lado, la intensidad del programa en algunos trabajos aparece como una variable importante que explica el 10.6% de la varianza de los TEs, indicando que los programas más intensivos son los más eficaces (Redondo, 1994; Redondo, Garrido y Sánchez-Meca, 1997). En el meta análisis de Marín *et al.* (2002) la duración y la magnitud de los programas presentaron una relación positiva y estadísticamente significativa con 4% y 9.5% de varianza explicada, respectivamente.

4.3.1.2. Variables de participantes

En cuanto a las características de las personas que participan en los programas, los meta – análisis europeos han encontrado que la edad y el tipo de delitos cometidos son las variables que mejor explican la varianza.

En los jóvenes el TE es mayor que en los adultos. Por ejemplo, Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a, 1999b, 2001) obtuvieron mejores resultados con adolescentes ($r = .21$) y jóvenes ($r = .18$) que con adultos ($r = .10$); y Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (2002) informaron de efectos significativos en todas las categorías de edad, pero con mayores efectos en el grupo de adolescentes ($r = .35$) que en las muestras de delincuentes adultos ($r = .22$).

En cuanto al género, la mayor parte de meta-análisis refiere que son muy escasos los trabajos que incluyen mujeres, y en los casos que lo hacen ellas registran mejores resultados que los hombres. En el trabajo realizado por Marín *et al.* (2002) los datos muestran que a mayor cantidad de hombres en la muestra menor TE ($r = .18$) que cuando se incluyen mujeres ($r = .26$), aunque el resultado no alcanzó un nivel estadísticamente significativo los resultados parecen apuntar a mayor eficacia con mujeres que con hombres.

Otra variable relacionada con los sujetos es el tipo de delito cometido. En el trabajo de Marín *et al.* (2002) se informa que esta variable explica el 13.4% de la varianza del efecto global.

En general, los meta-análisis europeos muestran un mayor TE en las personas sentenciadas por delitos contra las personas (Redondo, 1994; Redondo, Garrido y Sánchez-Meca, 1997) con un $r = .42$ y menor efecto con quienes cumplen sentencia por delitos sexuales ($r = .09$). Estos datos se corroboraron en Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a, 1999b, 2001), ya que se obtuvo mayor efectividad en el único programa dirigido a quienes habían cometido delitos contra las personas ($r = .34$), y menor efecto en intervenciones dirigidas a personas que cumplían sentencia por delitos sexuales ($r = .07$). En Marín *et al.* (2002) el único estudio aplicado a acusados por delitos contra las personas obtuvo el TE más alto ($r = .28$), seguido por los acusados de delitos contra la propiedad ($r = .25$). Los criterios de selección de la muestra también influyen sobre el TE. La inclusión selectiva de participantes representa mayores TEs que la aplicación de programas a poblaciones sin procesos de selección.

En los meta – análisis de Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a, 1999b, 2001) los criterios de inclusión de los participantes mostraron mejores resultados cuando se seleccionaban muestras por nivel de violencia ($r = .34$) y por duración de sentencia ($r = .26$). Los programas que incluyeron todos los sujetos de la institución sin ningún criterio específico de selección fueron menos efectivos ($r = .07$).

4.3.1.3. Variables de la metodología

En cuanto a esta categoría de variables, se ha identificado la influencia de factores asociados con el diseño de la investigación como la asignación de la muestra, la selección de los participantes, el seguimiento y el tipo de medida de resultados sobre el TE.

(a) Diseño de los estudios

En general, como se describe en el Cuadro 20, los estudios con asignación aleatoria presentaron menores TEs que aquéllos sin asignación al azar. Sin embargo, como lo muestran los resultados de Marín *et al.* (2002) esta variable no explicó gran parte de la varianza.

En cuanto al seguimiento se ha encontrado que a mayor tiempo de seguimiento después de la aplicación del programa menor es el TE. Por ejemplo en el meta-análisis de Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (2002) se encontró que el tiempo de seguimiento estaba asociado de forma negativa con el TE.

(b) Medida de resultados

La medida de resultados más común en las evaluaciones europeas fue la reincidencia. Esta variable fue medida de diferentes formas: a través de auto-informe, por registros oficiales, teniendo en cuenta todos los nuevos delitos cometidos por los participantes ó considerando sólo los más graves.

Cuadro 20. Resultados de meta – análisis europeos respecto a la asignación al azar de los participantes.

Meta – análisis	Con asignación al azar	Sin asignación al azar
Redondo (1994).	$r = .07$	
Redondo, Garrido y Sánchez-Meca (1997).		
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (2002).	$r = .10$	$r = .21$
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a).	$r = .02$	$r = .17$
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999b, 2001).		
Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (2002).	$r = .10$	$r = .21$

Fuente: elaboración propia con base en los datos de los meta-análisis citados.

La reincidencia auto – informada analiza los datos informados por los mismos jóvenes acerca de su propia conducta. La reincidencia grave o seria se basa en registros y archivos oficiales que indican la imposición de nuevas sanciones de pérdida de libertad y reingreso en alguna institución por la comisión de delitos serios. La reincidencia general considera todos los registros oficiales de la policía y del sistema de justicia, tanto los graves como los menores, es decir el total de los nuevos contactos con la policía, los arrestos, las detenciones, las sentencias condenatorias, etc. (Marín *et al.*, 2002).

En general, los meta-análisis europeos han obtenido un TE positivo a favor de los grupos tratados o de las medidas *postest* en comparación con las medidas *pretest* y de grupos control, que oscila entre .11 a .21 al tener en cuenta la medida de reincidencia general.

Los trabajos de Lösel y Köferl (1989), Redondo (1994), Redondo, Garrido y Sánchez-Meca (1997) y Redondo, Sánchez-Meca y Garrido (1999a, 1999b) han obtenido un resultado similar del TE valorando la reincidencia general con $r = .11$ y $r = .12$.

Por otro lado, Marín *et al.* (2002) informaron de un r mayor que los anteriores meta – análisis, con valores de $r = .19$ en modelo de efectos fijos y $r = .18$ en el modelo de efectos aleatorios. Es decir, los programas dirigidos a reducir la reincidencia delictiva lograron disminuciones de 20% aproximadamente, en comparación con los participantes de los grupos controles; lo cual significa que el 40% de quienes recibieron un programa reincidió frente a un 60% de los grupos control.

Redondo (1994) y Redondo *et al.* (1997) identificaron otras medidas de los resultados en las que también se han obtenido consecuencias positivas, como es el caso del ajuste institucional ($r = .41$), el ajuste psicológico ($r = .32$), el ajuste laboral ($r = .28$), el ajuste escolar ($r = .27$) y las habilidades sociales ($r = .20$).

(c) Variables del contexto

Respecto al contexto, algunos datos apoyan la idea de que las intervenciones basadas en comunidad tienen mayores TEs que las intervenciones realizadas en condiciones de institucionalización (Redondo *et al.*, 1997, 2002).

Otros estudios presentan datos contradictorios, por ejemplo, mientras los meta – análisis de Redondo *et al.* (1999a, 1999b, 2001) encuentran doble efectividad en el único programa aplicado en un centro de reforma juvenil y en los aplicados en prisiones de jóvenes con $r = .21$ y $r = .17$, respectivamente, y el peor efecto en prisiones de adultos ($r = .08$); Marín *et al.* (2002) informan que los centros psiquiátricos ($r = .30$) y las prisiones de adultos ($r = .20$) presentan los mayores TEs, y la comunidad ($r = .13$), las prisiones de jóvenes ($r = .06$) y centro de reforma juvenil ($r = .13$) los menores. En el mismo estudio se encuentra un mayor TE para regímenes cerrados que abiertos con $r = .19$ y $r = .15$ respectivamente.

4.3.2. Meta – análisis sobre la aplicación de programas a jóvenes vinculados con el sistema de justicia.

En los meta – análisis realizados sobre la efectividad de programas de tratamiento para reducir el comportamiento delictivo en jóvenes se encontró un TE promedio de .06; cálculo obtenido con base en la transformación de resultados realizada por Marín *et al.* (2002). Este TE traducido al índice BESD implica que la tasa de reincidencia media en los grupos de intervención se sitúa en el 47% frente al 53% en los grupos de control. Aunque de magnitud baja se trata de un efecto consistente que se repite en diversas evaluaciones de programas aplicados a adolescentes que han cometido delitos. Los resultados para reincidencia desde diferentes estudios se describen en el Cuadro 21.

Otras medidas de resultados presentan TEs mayores, como las de ajuste psicológico con un TE medio de $r = .19$, seguidas de las medidas de ajuste institucional ($r = .17$), ajuste escolar ($r = .13$) y ajuste social ($r = .11$) siendo las medidas de ajuste laboral las que peores resultados alcanzan, incluso por debajo de la de reincidencia ($r = .03$) (Marín *et al.*, 2002).

Cuadro 21. Resumen de características y resultados de meta –análisis sobre intervención en jóvenes vinculados a la delincuencia.

Meta – análisis	No. Estudios	TE Reinc.	Objetivos
Garret (1985)	111 1960 - 1983	$r = .05$	Evaluó el efecto de la aplicación de programas dirigidos a reducir el comportamiento delictivo de jóvenes comparados con grupos control que recibían programas tradicionales.
Gottschalk <i>et al.</i> (1987a)	30 1967 – 1983	$r = .06$	Evaluó eficacia a largo plazo de las intervenciones conductuales dirigidas a jóvenes.
Gottschalk <i>et al.</i> (1987b)	90 1967 - 1983	$r = .11$	Evaluó eficacia de intervenciones comunitarias dirigidas a jóvenes.
Lab y Whitehead (1988)	50 1975 - 1984	$r = .05$	Evaluó eficacia de tratamiento correccional juvenil.
Andrews <i>et al.</i> (1990)	30 1950 – 1989	$r = .10$	Evaluó eficacia de tratamiento correccional juvenil, probando el apoyo empírico para los principios de tratamiento correccional.
Izzo y Ross (1990)	46 1970 – 1985	no datos cuanti.	Evaluó la eficacia de programas dirigidos a jóvenes.
Lipsey (1992b)	397*	$r = .05$	Evaluó la eficacia de programas dirigidos a jóvenes.
Lipsey y Wilson (1998)	200 1950 – 1995	$r = .06$	Evaluó eficacia de programas de intervención con jóvenes violentos.
Lipsey (1999^a)	200 1950 – 1995	$r = .06$	Evaluó si es posible rehabilitar a jóvenes violentos.
Wilson y Lipsey (2000)	22 1950 - 1992	$r = .09$	Evaluaron la eficacia de programas “wilderness challenge”**.
Latimer (2001)	35 1973 – 1999	$r = .15$	Evaluó eficacia de intervenciones familiares sobre reducción de índices de reincidencia en jóvenes.
Latimer <i>et al.</i> (2003)	195 1964 - 2002	$r = .09$	Evaluó efectividad de intervenciones para la reducción del comportamiento delictivo en jóvenes.

Fuente: los datos de este Cuadro corresponden a los TEs de cada meta-análisis con respecto a la medida de reincidencia transformados al coeficiente r por Marín *et al.* (2002). * No hay información exacta de los años incluidos. ** Los programas *wilderness challenge* consisten en actividades físicas que implican importantes desafíos para los jóvenes y que se basan en la experiencia: “aprender haciendo”; estos programas también se caracterizan por altos niveles de exigencia en el desempeño de los jóvenes. Los estudios marcados con negritas corresponden a meta-análisis sobre la efectividad de programas dirigidos específicamente a jóvenes con carreras delictivas violentas.

4.3.2.1. Variables de tratamiento

Una gran proporción de la varianza de los TEs se explica por el tipo de tratamiento aplicado. En un meta-análisis realizado por Lipsey (2009), el modelo de intervención, la atención a los jóvenes en función de su nivel de riesgo y la calidad del programa fueron las variables con mayor influencia sobre el TE global.

Los resultados de diversos estudios sugieren que, en especial, los programas conductuales y cognitivos conductuales generan los mayores efectos.

En el estudio de Garret (1985), al tener en cuenta el conjunto de variables de resultados la técnica de tratamiento conductual obtuvo el mayor TE con un $r = .30$, seguido por el entrenamiento en habilidades para la vida ($r = .15$). Por otro lado, al considerar sólo la medida de reincidencia general, la técnica que obtuvo un mayor TE fue la de habilidades para la vida con $r = .14$; seguida por las técnicas conductuales con $r = .09$, en las que tuvieron gran influencia las cognitivas – conductuales ($r = .12$) y las de manejo de contingencias ($r = .12$). Sobre el ajuste psicológico nuevamente las técnicas conductuales tuvieron un TE alto con ($r = .34$), en particular con los programas de contingencias ($r = .49$) y los cognitivo- conductuales ($r = .30$).

En Lab y Whitehead (1990) de acuerdo con el análisis realizado por Sánchez-Meca *et al.* (Marín *et al.*, 2002) se encontró que la variable de modelo teórico de la intervención moderaba los efectos del tratamiento, siendo más efectivos los programas conductuales ($r = .15$) que los no conductuales ($r = .10$).

Andrews *et al.* (1990), por su parte, llevaron a cabo un meta-análisis con el fin de evaluar el tratamiento correccional dirigido a jóvenes, observando la influencia de los principios criminógenos propuestos por el mismo autor. El efecto global de los tratamientos denominados apropiados según los principios de Andrews alcanzó un coeficiente $r = .30$ de magnitud media y positivo, significativamente mayor que los de tratamientos no especificados ($r = .13$), y ambos a su vez superiores a tratamientos inapropiados ($r = -.06$) y a la simple disuasión a través de sentencias ($r = -.07$).

Es importante señalar que un tratamiento apropiado de acuerdo con el modelo desarrollado por Andrews, se define por: (a) su aplicación acorde a los

niveles de riesgo de los jóvenes a quienes va dirigido; (b) su énfasis en la satisfacción de necesidades criminógenas de los chicos; y (c) la implementación de modelos de tratamiento acorde con las necesidades y los estilos de aprendizaje de los participantes (Pearson *et al.*, 2002).

En el meta-análisis de Izzo y Ross (1990) sobre la eficacia de los programas de rehabilitación de delincuentes jóvenes, aunque no se presentaron resultados cuantitativos, se concluyó que las intervenciones con componentes cognitivos presentaban mejores resultados que aquellas que no los incluían.

En el meta-análisis realizado por Pearson *et al.* (2002) se encontró que sólo dos variables estuvieron relacionadas con resultados exitosos respecto a la reincidencia: los programas que se habían realizado en comunidad y los que se basaban en modelos cognitivos caracterizados por el entrenamiento en: solución de problemas, negociación, habilidades para las relaciones interpersonales, terapia racional emotiva, juego de roles, modelamiento y modificación de conducta mediada cognitivamente. En este estudio se encontró que los programas cognitivos fueron dos veces más efectivos que los no cognitivos.

En el trabajo de Lipsey (1992b) se codificaron 156 variables moderadoras que describían aspectos del método, del tratamiento y del contexto del estudio de las evaluaciones incluidas. El factor más influyente en la variabilidad del TE fue el tipo de tratamiento, de tal forma que los de orientación conductual y mejor estructurados produjeron un mayor TE que la asesoría o consultoría tradicional y el enfoque de casos. Los tratamientos con orientación conductual alcanzaron una reducción en torno al 20% en la reincidencia en el grupo tratado en comparación con el grupo de control.

En la misma línea, el meta-análisis realizado por Latimer *et al.* (2003) informó que los programas con mayores TEs se caracterizan por tener un componente de entrenamiento en manejo de la ira ($r = .20$), desarrollo de habilidades cognitivas ($r = .13$) y sociales ($r = .12$), y progreso académico ($r = .13$). En esta misma investigación se encontró una importante asociación entre la reducción de la reincidencia y el desarrollo de habilidades para adquirir y mantener un empleo, y para mejorar las relaciones y el funcionamiento familiar (r

= .87). Los programas que incluyeron entrenamiento para el manejo de la ira presentaron un TE alto de .26.

De igual forma, en el estudio de Lipsey, Chapman y Landenberger (2001) los programas basados en modelos conductuales y cognitivo-conductuales demostraron resultados favorables en la reducción de la reincidencia en el delito; y en la revisión sistemática de Lipsey, Landenberger y Wilson (2007) se informaron valores desde 25% hasta 50% de menor reincidencia en grupos tratados con programas cognitivo-conductuales comparados con quienes no participaron en este tipo de intervenciones.

Lipsey (1992b) evaluó algunos factores adicionales que podían influir en los resultados del programa. Básicamente se tuvieron en cuenta la longitud, la duración, la ubicación y la naturaleza del tratamiento. Lipsey encontró que estos factores efectivamente influían en el TE de la intervención y que la variable con mayor efecto sobre los resultados del programa fue la naturaleza del tratamiento. Los programas con orientación conductual, entrenamiento en habilidades y multimodales produjeron los mayores efectos.

La duración en semanas y el número de horas de contacto ofrecidos por los programas también se asociaron de forma positiva con el TE de la intervención (Latimer *et al.*, 2003; Lipsey, 1999b). En los meta-análisis de Latimer *et al.* (2001, 2003) la cantidad de tiempo que un joven participaba en un programa presentó una relación inversa con el éxito del mismo. Los programas menores a seis meses obtuvieron un TE de .11 mientras los de mayor duración registraron TEs de alrededor de .05. Los programas de 20 horas o menos generaron un TE de .11 y los que aplicaron más de 100 horas de intervención produjeron un TE de .01. Los programas que tuvieron una duración de entre 21 y 100 horas presentaron un TE promedio de .04. Tal como lo plantean Latimer *et al.* (2001, 2003) los resultados de su estudio contradicen los de Lipsey (1995) en donde los programas superiores a 26 semanas o con una dosis superior a 100 horas fueron más exitosos; sin embargo estos resultados pueden variar si se considera el nivel de riesgo de los participantes, como se explicará más adelante en el apartado de evaluación de programas dirigidos a jóvenes con patrones serios de delincuencia.

Los programas que buscan la reducción del consumo de drogas también se asocian con la disminución de actividad delictiva. Mitchell, MacKenzie y Wilson (2006) han encontrado que los grupos de personas que reciben este tipo de intervención reducen entre un 11% y 20% más la reincidencia que quienes no reciben el tratamiento.

Otros datos apuntan a que los programas multi-enfocados son altamente efectivos. En el meta-análisis de Latimer *et al.* (2003) los programas que incluyeron asesoría individual y grupal, así como técnicas específicas de intervención familiar presentaron el mayor TE ($r = .16$); seguidos por los programas de atención individual e institucionales ($r = .13$). Las intervenciones dirigidas a mejorar el funcionamiento familiar se relacionaron de forma importante con la reducción de reincidencia y mostraron un TE promedio de .23.

La evidencia de la evaluación de programas específicos apoya la efectividad de los programas multi-enfocados. Por ejemplo, en un estudio que evaluó la efectividad de la terapia multisistémica, en un periodo de seguimiento de dos años, se informó que el 67% de quienes participaron en el programa habían reincidido por lo menos una vez, comparados con el 87% del grupo control. Quienes recibieron tratamiento fueron arrestados en promedio 1.4 veces, mientras quienes reincidieron en el grupo de comparación promediaron 2.3 arrestos (Timmons-Mitchell *et al.*, 2006).

De otro lado, las intervenciones que muestran menor efectividad son las disuasivas, es decir, las que enfatizan el endurecimiento de la sanción. En el estudio de Lipsey (1992b) las aproximaciones de disuasión y shock (castigo o punitivas) estuvieron asociadas con resultados negativos.

Por ejemplo, los programas de desafío (“wilderness challenge”) muestran efectos pequeños o negativos (reinciden más quienes participan en el programa que quienes no lo hacen), en especial cuando no se combinan con otro tipo de intervención psicológica (Lipsey, 1999a).

Otros estudios como el meta-análisis de Latimer *et al.* (2003) han encontrado que los programas menos efectivos para la reducción de la reincidencia delictiva son los de desafío - *wilderness programs*- ($r = -.09$) y los *boot camps* ($r = -.07$), donde quienes participan en el programa reinciden más que

los grupos de comparación. En la misma dirección, en la revisión sistemática de Wilson y MacKenzie (2006) la proporción de jóvenes que participaron en un programa “*boot camp*” y reincidió fue prácticamente la misma que la de los chicos que no participaron en este tipo de intervenciones (40% y 39,5% respectivamente).

Las evaluaciones de programas como los “*Scared Straight*” también han demostrado tener efectos negativos sobre la reincidencia. Las personas que participan en estas intervenciones aumentan la comisión de delitos en lugar de disminuirla. Los datos indican que por cada participante de los grupos controles, dos de los tratados reinciden (Petrosino, Turpin-Petrosino y Buehler, 2006).

En el mismo sentido, Latimer *et al.* (2003) encontraron que los programas menos efectivos en la reducción de la reincidencia delictiva se centraron en variables no criminógenas que buscan el mejoramiento del bienestar psicológico de los jóvenes (auto-estima, reducción de la ansiedad y de la depresión) ($r = .08$), la recreación y el uso del tiempo libre ($r = .07$).

Además, otras características como la integridad de los programas sugieren una importante relación con la magnitud del TE. En el estudio de Latimer *et al.* (2003) los programas que cumplieron con los cuatro criterios, para la integridad de los programas (descritos en el capítulo anterior) obtuvieron un TE de $r = .15$; mientras los programas con dos o tres criterios registraron un TE de $r = .12$; y los tratamientos que no cumplieron con ninguno de los criterios presentaron un TE menor de $r = .09$.

4.3.2.2. Variables de participantes

Respecto a los participantes en los programas se han encontrado importantes asociaciones entre el historial delictivo y la edad de los jóvenes que participan (Lipsey, 1999b). De hecho, se han informado efectos positivos en todas las categorías de edad, pero mayores en el grupo de adolescentes, que llegan a diferencias a favor de los grupos tratados de hasta un 35% (Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 2002). Este 35% indica que el 32,5% de las personas en los grupos tratados reinciden, mientras que en los grupos control lo hace el 67,5%.

Los chicos con antecedentes de comisión de delitos violentos pueden presentar TEs positivos y significativos; y quienes participan en un programa de tratamiento antes de los 15 años muestran índices más bajos de reincidencia posterior al programa (Latimer, 2001). Los resultados de otro meta-análisis sugieren que a menor edad de los participantes mayor es el efecto del programa, así el tratamiento dirigido a jóvenes entre 12 y 15 años registró un TE de .13 y aquéllos aplicados a chicos de 16 y 17 años presentaron un TE de .07 (Latimer *et al.*, 2003). En general, los programas que atienden las necesidades de los jóvenes en función de su nivel de riesgo parecen más efectivos (Lipsey, 2009).

4.3.2.3. Variables de la metodología

(a) Diseño de los estudios

Se ha encontrado una importante relación entre la calidad metodológica de las investigaciones y la efectividad de la intervención correccional. A mayor rigor de los estudios menor TE.

Garret (1985), por ejemplo, encontró que la magnitud del TE estaba inversamente relacionada con el rigor metodológico del estudio. En este meta – análisis los 58 trabajos de mayor rigor tuvieron un TE medio de $r = .12$; mientras que los 53 de menor rigor tuvieron un TE mayor de $r = .30$. Esta tendencia se mantuvo en diferentes tipos de medidas de resultados, tal como se muestra en el Cuadro 22.

Gottschalk *et al.* (1987a) en su meta – análisis de eficacia a largo plazo de las intervenciones correccionales encontraron que los diseños de un único grupo con medidas *pretest* y *posttest* suelen alcanzar TE superiores a los diseños de dos grupos, confirmando los resultados de Garret. Los estudios de mayor rigor obtuvieron, en general, menores efectos como se observa en el Cuadro 23.

Por último, Latimer (2001) en su evaluación de la eficacia de intervenciones familiares sobre la reducción de los índices de reincidencia en adolescentes, examinó los efectos de algunas variables metodológicas sobre los resultados. Para ello creó una escala de rigor metodológico que tuvo en cuenta los siguientes puntos: (a) uso de asignación aleatoria a grupos experimental y control; (b) tamaño muestral mayor a 100 participantes; (c) periodo de seguimiento superior a

un año; (d) presencia de un investigador independiente que no participaba en la aplicación del programa.

Latimer (2001), en la misma línea de los anteriores meta-análisis, encontró una relación negativa y significativa entre la calidad metodológica de los estudios y el TE. Las investigaciones con escaso rigor tenían mayores efectos que los trabajos metodológicamente más fuertes. Tal como se muestra en el Cuadro 24 los trabajos con asignación aleatoria obtuvieron un TE inferior a los que no realizaron asignación al azar de los participantes. Por su parte, aquéllos que tuvieron un menor periodo de seguimiento presentaron un TE mayor, mostrando que a mayor tiempo de seguimiento o posterior a la aplicación del programa, mayor probabilidad de reincidencia.

Cuadro 22. Resumen de diferentes medidas de resultados del meta – análisis de Garret (1985) en función del rigor de los diseños.

Medida de resultados	Estudios de mayor rigor	Estudios de menor rigor
Reincidencia	.05	.14
Ajuste institucional	.13	.43
Ajuste psicológico	.21	.29
Ajuste comunitario	.33	.20
Mejora académica	.20	.41
Mejora vocacional	.03	-.20

Fuente: adaptación de la tabla presentada por Marín *et al.* (2002), p. 33.

Cuadro 23. Resumen de resultados del meta – análisis de Gottschalk *et al.* (1987a) sobre las medidas de resultados en función del rigor metodológico de los estudios incluidos.

Medidas de resultados	Tamaños del efecto	
	Medidas Pre / Post	Resultados Grupo control vs. Grupo de tratamiento
Reincidencia (registros oficiales)	.30	.06
Comportamiento durante el programa	.60	.26
Rendimiento académico	.08	.14
Conducta social	.33	.12
Eficacia global	.30	.12

Fuente: adaptación de la tabla presentada por Marín *et al.* (2002), p. 34.

Cuadro 24. Resumen de resultados del meta – análisis de Latimer (2001) sobre los TEs en función de algunas variables metodológicas.

Categorías	No. de estudios	<i>r</i>
Asignación aleatoria		
Si	23	.10
No	27	.18
Periodo de seguimiento		
Un año o inferior	20	.21
Mayor de un año	13	.13

Fuente: adaptación de la tabla presentada por Marín *et al.* (2002), p. 55.

(b) Medida de resultados

La medida utilizada con mayor frecuencia para evaluar el efecto de la intervención correccional es la de reincidencia. Respecto a esta variable vale la pena hacer algunas precisiones.

Primero, este concepto se define en función de la fuente de información utilizada para medirlo. Así, es posible encontrar resultados distintos entre la reincidencia medida por auto-informe y la reincidencia medida con base en datos de archivos oficiales.

Segundo, la medida de la reincidencia no puede entenderse de la misma forma para todos los jóvenes implicados en patrones delictivos. Los reingresos institucionales de jóvenes que han cometido delitos menores y sólo en una ocasión, son diferentes a los reingresos de los jóvenes que son considerados serios (crónicos y violentos).

Tercero, si bien todos los meta – análisis han mostrado un efecto positivo sobre la reincidencia, aquéllos que estudiaron la efectividad de la intervención correccional en general encontraron TEs menores que los que estudiaron el efecto de tipos de programas específicos.

Así, los meta-análisis que evaluaron la efectividad de intervención correccional en general, como los de Garrett (1985), Lab y Whitehead (1989), Lipsey (1992a, 1992b, 1999a) y Whitehead y Lab (1989) obtuvieron TEs bajos de $r = .05$ y de $r = .04$. Mientras, los datos de estudios que evaluaron características más específicas de los programas como los de Gottschak *et al.* (1987) sobre la efectividad de intervenciones comunitarias, Wilson y Lipsey (2000) de la eficacia de los programas “wilderness challenge” y Latimer (2001) acerca de la

efectividad de intervenciones familiares, obtuvieron TEs mayores con $r = .11$, $r = .09$ y $r = .15$ respectivamente.

Aunque la medida de reincidencia es la más común, existen otros tipos de medidas de resultados relevantes para la evaluación de la efectividad de los programas dirigidos a jóvenes que cometen delitos, tales como el auto-control, las habilidades cognitivas, el manejo de la ira, etc. Con relación a estas medidas se identifican dos puntos de interés en los resultados de los meta-análisis. Por un lado, el hecho de que el TE obtenido con las variables diferentes a reincidencia sea mayor que con esta última; y por otro, el debate respecto a la relación real entre la modificación de estas variables y los cambios en la conducta delictiva.

En este sentido, varios meta-análisis sobre la efectividad de programas dirigidos a jóvenes comprometidos en delincuencia han evaluado el TE en caso de ajuste psicológico. Por ejemplo, Garret (1985) encontró un TE de .28; Gottschalk *et al.* (1987a) un TE de .14; Gottschalk *et al.* (1987b) un TE de .28; y Wilson y Lipsey (2000) un TE de .11.

Lipsey (1992b) también encontró un efecto positivo en todas las medidas tomadas en los estudios de su meta-análisis, aunque como se ve en el Cuadro 25, los TEs fueron mayores para las variables psicológicas que para las de reincidencia y para el ajuste en general. Este autor encontró que el TE en medidas psicológicas y en ejecución académica no correlacionaba con medidas de delincuencia, pero sí con participación escolar, que a su vez mostró relación con la medida de reincidencia. Estos datos dejan la duda de si las medidas indirectas pueden ser apropiadas para evaluar el éxito del programa o no; y si es suficiente medir variables de tipo psicológico para hablar de efectividad.

Otros estudios incluyeron tipos de ajuste psicológico específico, como Garret (1985) que encontró un TE sobre el ajuste escolar de .37 y sobre el ajuste interpersonal de .28. Gottschalk *et al.* (1987a) encontraron un TE de .14 para el ajuste escolar y un TE de .12 para el ajuste interpersonal. Wilson y Lipsey (2000) informaron de un TE de .15 para el ajuste escolar y de un TE de .14 para el interpersonal.

Cuadro 25. Tamaño del efecto en diferentes medidas de resultados (Lipsey, 1992b).

Variables del estudio	<i>r</i>
Reincidencia en el delito	.05
Medidas psicológicas	.13
Ajuste interpersonal	.06
Ajuste escolar	.05
Ajuste académico	.07
Realización vocacional	.05
Otras	.04

Fuente: tomado de Marín *et al.* (2002) p. 43.

En el meta-análisis de Latimer *et al.* (2003) los tratamientos dirigidos a reducir el abuso de sustancias mostraron efectos positivos con TE promedio de .15 (con valores que oscilan entre $r = 0$ y $r = .38$) con respecto a la reducción del consumo de drogas. En este mismo estudio las medidas de bienestar psicológico (como autoestima, reducción de la depresión y ansiedad) mostraron TEs que oscilaron entre -.19 a .99, con un TE promedio de .24. Sin embargo, ni la reducción en el consumo de sustancias ni el bienestar psicológico correlacionaron con la disminución de la reincidencia. Por su parte, la consecución de empleo fue la única variable de resultados distinta a la reincidencia que correlacionó de forma positiva con ésta ($r = .87$, $p < .001$); lo cual sugiere que el conseguir un trabajo tiene un importante efecto sobre la reducción de la probabilidad de comprometerse en actividades delictivas futuras.

Marín *et al.* (2002) analizaron los resultados de medidas psicológicas de otros meta-análisis sobre la efectividad de los programas dirigidos a jóvenes que habían cometido delitos. Sus resultados muestran un TE promedio para las medidas de ajuste psicológico de $r = .19$, con base en los datos de seis meta-análisis previos; un TE medio de $r = .13$ para las medidas de ajuste escolar (con base en cuatro meta-análisis); un TE de $r = .11$ para el ajuste interpersonal (con base en cuatro meta-análisis) y un TE medio de $r = .17$ para el ajuste institucional.

(c) Contexto

En la variable de contexto los resultados sugieren que la intervención correccional funciona tanto en escenarios institucionales como comunitarios. Por ejemplo, en Latimer *et al.* (2003) se encontró el mismo TE para los programas

aplicados en contextos comunitarios e institucionales ($r = .10$). Al parecer el modelo y enfoque de la intervención tienen mayor influencia sobre el TE que el contexto en que es aplicado.

Sin embargo, algunos estudios han informado de diferencias en el TE cuando se evalúa en uno u otro contexto. Por ejemplo, Lab y Whitehead (1989) encontraron que los programas de derivación ($r = .15$) y los programas comunitarios ($r = .12$) fueron los más efectivos; mientras los programas correccionales de disuasión en condiciones de institucionalización ($r = -.04$) fueron los menos efectivos.

En general, los programas en contextos comunitarios parecen ser más efectivos (Lipsey, 1992b; Izzo y Ross, 1990) que los aplicados en escenarios institucionales. Lipsey (1999b) también encontró mejores resultados en los programas que no se desarrollaban en cárceles para menores, aunque eran administrados por personal de este sistema.

4.3.2.4. Otras variables

Otra variable escasamente investigada ha sido la de voluntariedad para participar en los programas. En el estudio de Latimer (2001) los voluntarios obtuvieron un TE de $r = .10$ y los involuntarios un $r = .16$. Este es un resultado interesante que sugiere éxito del programa incluso en condiciones de obligatoriedad, un factor relevante dentro de los sistemas de justicia juvenil. Lipsey (1999b) también encontró que los mayores TE estaban asociados con programas en los que se obligaba la participación. Sin embargo, a este respecto existe evidencia contradictoria, por ejemplo en un meta-análisis realizado por Parhar, Wormith, Derkzen y Beauregard (2008) en escenarios correccionales, los programas en los que la participación fue voluntaria demostraron mayores TEs que cuando se imponían de forma obligatoria.

4.3.3. Meta – análisis sobre delincuentes serios

En cuanto a la población específica de jóvenes vinculados a carreras delictivas serias, los meta – análisis de Lipsey y Wilson (1998) y Lipsey (1999a) encontraron un TE global positivo sobre la reincidencia. Estos dos trabajos

analizaron los mismos 200 estudios producto de una búsqueda exhaustiva desde 1950 hasta 1995. Aunque los dos meta – análisis son similares, el segundo enfatizó en mayor medida en las características de la intervención relacionadas con el éxito de los programas.

Como los TEs de los diferentes estudios fueron muy heterogéneos, los autores analizaron las diferencias metodológicas y de procedimiento entre los estudios. Además, el análisis del efecto de los programas tuvo en cuenta los contextos de institucionalización y no institucionalización, con 117 y 83 estudios respectivamente.

4.3.3.1. Variables de tratamiento

a) No institucionalizados

Los programas aplicados en escenarios no institucionalizados tuvieron una duración de entre 10 y 30 semanas e involucraron de uno a cuatro contactos entre los jóvenes y quienes los impartían (entre dos y ocho horas por semanas). Las intervenciones que mostraron evidencia fuerte de efectividad en esta población fueron la asesoría individual, el entrenamiento en habilidades y programas conductuales con TEs de $r = .25$, $r = .23$ y $r = .24$ (Marín *et al.*, 2002), tal como se muestra en el Cuadro 26.

Las intervenciones que mostraron menor efectividad fueron los programas “wilderness challenge”, los de libertad condicional tempranos, los de disuasión (*deterrence*) y los vocacionales, con TEs r de .06, .05, -.02 y – .08 respectivamente (Lipsey y Wilson, 1998).

b) Institucionalizados

En los contextos de institucionalización la duración de los programas comprendió de dos a 30 semanas, con contactos entre los jóvenes y quienes aplicaban la intervención desde una vez por semana a diarios; la mayoría con una participación de más de 40 horas semanales. Las intervenciones que demostraron mayor efectividad con evidencia consistente de ello fueron las de entrenamiento en habilidades interpersonales y las técnicas de enseñanza con la familia, con TEs de $r = .19$ y $r = .20$. La terapia ambiental demostró ser inefectiva con un TE de $r = .01$ (Lipsey y Wilson, 1998; Marín *et al.*, 2002).

Es de notarse que el entrenamiento en habilidades interpersonales constituyó la mejor intervención en contextos comunitarios e institucionales.

Además, el tipo y cantidad de tratamiento presentó una relación moderada con los efectos. Se observaron TEs más altos en las intervenciones bien establecidas (con dos años o más de historia) donde el personal que aplicaba los servicios no pertenecía al sistema de justicia, sino al de salud o de educación.

Cuadro 26. Resultados del tipo de tratamiento y del régimen de institucionalización del meta – análisis de Lipsey y Wilson (1998).

	Régimen de la intervención			
	No institucionalizado		Institucionalizado	
Tipo de tratamiento	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>k</i>	<i>r</i>
Habilidades interpersonales	3	.23	3	.19
Enseñanza en el hogar	-	-	6	.20
Asesoría individual	8	.25	8	.04
Programas conductuales	7	.24	2	.10
Servicios múltiples	17	.12	6	.05
Residencia comunitaria	-	-	8	.12
Libertad condicional con restitución	10	.08	-	-
Otros programas	14	.04	19	.05
Programas laborales	4	.06	2	.09
Programas académicos	2	.05	-	-
Programas de apoyo/trabajo social	6	.05	-	-
Asesoramiento en grupo	9	.01	9	-.005
Grupo guiado	-	-	7	.06
Abstinencia de drogas	-	-	5	.01
Asesoramiento familiar	8	.12	-	-
Libertad condicional	12	-.04	-	-
Programas basados en la experiencia	4	.06	5	.02
Libertad condicional anticipada	2	.05	-	-
Disuasión	6	-.02	-	-
Programas vocacionales	4	-.08	-	-
Terapia ambiental	-	-	3	.01
Total	117	.07	83	.05

Fuente: Marín *et al.* (2002, p. 45).

Al respecto de la duración e intensidad de las intervenciones, en la misma línea de Andrews *et al.* (1990) y de Dowden y Andrews (1999a), en el meta-análisis de Latimer *et al.* (2003) se encontró que los programas de mayor intensidad y corta duración producían TEs más altos en los jóvenes de mayor riesgo (como se puede observar en el Cuadro 27).

Cuadro 27. Longitud y dosis de tratamiento en función del nivel de riesgo de los jóvenes.

	TE		TE
Alto riesgo		Alto riesgo	
Dosis baja	.01	Duración corta	.23
Dosis alta	.12	Duración larga	-.01
Bajo riesgo		Bajo riesgo	
Dosis baja	.16	Duración corta	.20
Dosis alta	.11	Duración larga	.03

Fuente: Latimer *et al.* (2003), p. 15.

En general, las estrategias que han resultado más efectivas para los jóvenes con carreras delictivas crónicas son aquéllas que atienen a los factores de riesgo en diferentes áreas o niveles. Los servicios policiales que ofrecen programas comunitarios son los más efectivos para la prevención de la reincidencia en estos jóvenes, comparados con los programas que se operan de forma aislada y a los cuales accede el joven únicamente por su vinculación con el sistema de justicia, como por ejemplo los servicios de asistencia social infantil o la libertad condicional. Los esfuerzos multimodales de colaboración entre diferentes contextos en los que un niño se desarrolla son esenciales para incrementar la probabilidad de éxito. Los programas más efectivos con jóvenes involucrados en carreras persistentes son aquéllos que se enfocan en los distintos niveles de factores de riesgo: individuales, familiares, de pares, escolares y comunitarios (De Gusti *et al.*, 2009).

En el mismo sentido, en un estudio con jóvenes que presentaban patrones delictivos persistentes en el Reino Unido, Arnall *et al.* (2005) concluyeron que la primera medida legal es vital en la prevención y los esfuerzos tempranos de intervención, pero que ésta debe corresponder con esfuerzos de colaboración por parte de diferentes instituciones sociales en las cuales el niño se desarrolla - escolar, familiar, y para algunos, el sistema de justicia (en la línea de los modelos teoría ecológica de Bronfenbrenner, 1999)-.

4.3.3.2. Variables de participantes

En su mayoría los participantes en los estudios analizados por estos trabajos fueron hombres, con edades entre los 12 y los 21 años, que asistían a los

programas de manera obligatoria. Dado que en muy pocos estudios el 100% de los participantes correspondían a la categoría de “serios”, se eligieron los estudios en los que, aunque no todos cumplieran con el criterio, la mayor parte sí lo hiciera.

En la categoría de serios se incluyeron los jóvenes sentenciados por delitos graves contra las personas y contra la propiedad, o quienes se involucraron en delitos menos graves pero de manera recurrente (crónicos). Se excluyeron los jóvenes que se encontraban involucrados legalmente por abuso de sustancias o por delitos de tráfico de drogas. Además, las dos terceras partes de la muestra tenían historial de comportamiento agresivo.

(a) No institucionalizados

Los jóvenes no institucionalizados tuvieron entre 13 y 16 años, la mayoría estuvieron vinculados con la autoridad de justicia juvenil.

La categoría de no institucionalizados incluyó a los jóvenes que se encontraban en libertad condicional sin institucionalización previa (*probation*), en libertad condicional con institucionalización previa (*parole*) o que participaban en programas de intervención en colegios, agencias de salud mental u otras organizaciones comunitarias.

(b) Institucionalizados

La muestra de jóvenes institucionalizados estuvo conformada en su mayoría por varones con edades entre los 13 y 18 años, que estaban bajo la jurisdicción de juzgados de menores dentro de instituciones del sistema de justicia juvenil y adulto.

Los resultados de estos meta-análisis sugieren que ninguna de las características de los jóvenes se relacionó significativamente con el TE. Es decir, el efecto de la intervención correccional fue independiente de la edad, el género, la etnia y el historial de delitos previos.

4.3.3.3. Variables de la metodología

La medida de los resultados en los meta – análisis de Lipsey fue la de reincidencia, entendida como contactos posteriores con la policía y nuevos arrestos.

El TE global obtenido por Lipsey y Wilson (1998) con base en la diferencia de medias fue de .12. Tal como lo explica Lipsey “...este valor trasladado a su equivalencia en tasas de reincidencia significa que para el conjunto total de los 200 estudios, hubo .12 unidades de desviación estándar para los jóvenes tratados con respecto a los grupos control, y con diferencia estadísticamente significativa. Este TE de .12 es equivalente a la diferencia entre una tasa de reincidencia de 44% para jóvenes tratados y 50% para jóvenes no tratados. Este 6% de diferencia representa un decremento del 12% en la reincidencia, lo cual no es insignificante pero si modesto” (Lipsey, 1999a, p. 145). Estos mismos resultados transformados al coeficiente de correlación r , para facilitar su comparación con la de otros estudios, corresponde a $r = .06$ (Marín *et al.*, 2002).

En el trabajo de Lipsey y Wilson (1998) tras un análisis de regresión múltiple los autores comprobaron que el TE era, al menos parcialmente, función de algunas de las siguientes características:

- (a) Tipo de asignación a los grupos de intervención, siendo los estudios con asignación aleatoria los que obtuvieron menores TEs.
- (b) Tiempo de seguimiento, en el que los estudios con más tiempo desde la asignación de los sujetos a la condición experimental y el momento de la medida de los resultados informaron de efectos más bajos.
- (c) El tipo de medida de reincidencia, donde los estudios que midieron esta variable a través de nuevos contactos con la policía o de información sobre nuevos arrestos, mostraban mayores TEs que los que medían la reincidencia con otros indicadores, como los nuevos contactos con los juzgados o la revocación de la libertad condicional.
- (d) El tamaño de la muestra, donde a mayor número de participantes menor TE.
- (e) La potencia estadística, en la que a mayor potencia menores TEs.

4.3.3.4. Variables de contexto

Respecto al contexto el efecto fue mayor en los programas comunitarios que institucionalizados con $r = .07$ y $r = .05$ respectivamente (Lipsey y Wilson, 1998, transformación a valores r , de Marín *et al.* 2002).

Lipsey concluyó que las características más apropiadas para una intervención dirigida a jóvenes con patrones delictivos serios no institucionalizados incluyen la asesoría individual, el entrenamiento de habilidades interpersonales o la aplicación de programas conductuales, con periodos de seguimiento de 6 meses o más.

Para los adolescentes con carreras delictivas serias que se encuentran institucionalizados, Lipsey concluyó que los programas eficaces son aplicados por profesionales externos al sistema de justicia juvenil, tienen una buena evaluación de su nivel de calidad, y cuentan con al menos dos años de experiencia en su aplicación.

4.3.3.5. Rasgos psicopáticos

En cuanto a la efectividad de los tratamientos con jóvenes que cumplen los criterios de psicopatía, desde hace más de 60 años científicos como Cleckley (1941) y Karpman (1946) han notado la falta de respuesta de estos chicos al tratamiento, por ello se les califica de incurables, sugiriendo la institucionalización indefinida (Caldwell, Skeem, Salekin y Van Rybroek, 2006). De hecho, se mantiene la idea de que hablar de tratamientos eficaces en el caso de la psicopatía es muy difícil (por ejemplo, Salekin, 2002).

En esta misma línea, el equipo de Harris, Rice y Cormier (1991) ha mostrado que los psicópatas que reciben tratamiento tienen la misma probabilidad de reincidencia que quienes no reciben intervención (90 por ciento del grupo de no tratados vs. 87 por ciento grupo tratado), y que además tienen mayor probabilidad de reincidir con violencia (55 por ciento vs. 77 por ciento). Por otro lado, Hemphill y Wong (1992, citados por Caldwell *et al.*, 2006) han encontrado que los pacientes clasificados como psicópatas demuestran menos motivación y mejoramiento clínico durante el curso del tratamiento.

Sin embargo, existen críticas metodológicas a los estudios que apoyan la idea de que los tratamientos no son eficaces con psicópatas. Entre estas críticas tenemos limitaciones en la manera de evaluar la psicopatía, la falta de acuerdo en la definición de este diagnóstico, poco control de la asignación no aleatoria a los grupos tratados y de comparación, etc. (por ejemplo, Skeem, Monahan y Mulvey, 2002).

En una revisión sobre el tratamiento dirigido a psicópatas adolescentes realizada por Forth y Mailloux (2000, citado por Garrido, 2003) se concluyó que hasta ese momento no había evaluaciones controladas de tratamiento específico para jóvenes con características psicopáticas que estuvieran vinculados con actividades delictivas y que por lo mismo era imposible saber si un buen diseño de tratamiento había tenido éxito o no con esa población.

A pesar de datos como los anteriores, existe esperanza en la aplicación de programas dirigidos a jóvenes con rasgos psicópatas. Investigaciones recientes sugieren que la psicopatía puede ser tratable con dosis suficientes de tratamiento (Salekin, 2002; Skeem *et al.*, 2002). Por ejemplo, se ha encontrado que personas psicopáticas han mejorado tras tratamientos intensivos y prolongados, en cuanto a la reducción de rasgos psicopáticos y de las tasas de reincidencia. Asimismo, otros estudios sugieren que es posible el cambio en psicópatas jóvenes (Caldwell, en prensa; Caldwell *et al.*, 2007, 2006; Caldwell y VanRybroek, 2001; Skeem, Poythress, Edes, Lilienfeld y Cale, 2003).

Caldwell *et al.* (2006) realizaron una investigación con 141 jóvenes ($n = 56$ en el grupo tratado y $n = 85$ en el grupo de comparación) evaluados con puntajes superiores a 27 en la PCL: YV; es decir, se podían considerar con importantes rasgos psicopáticos. Los citados investigadores aplicaron un tratamiento cognitivo-conductual denominado de *descompresión*.

Al cabo de un periodo de seguimiento de dos años, 57% ($n = 32$) de los participantes del grupo tratado y 78% ($n = 66$) del grupo control reincidieron dentro de la institución o en comunidad, con una diferencia significativa entre los dos grupos ($\chi^2 = 7.58$, $p < .01$, $N = 141$). La reincidencia que tuvo lugar únicamente en la comunidad también mostró diferencias importantes entre los grupos: 56% ($n = 31$) de los jóvenes que recibieron el tratamiento reincidieron,

comparados con 73% ($n = 62$) de quienes estaban en el grupo de comparación ($\chi^2 = 3.93, p < .05, N = 141$).

Además, hubo una clara relación entre el tratamiento y la reincidencia violenta subsiguiente fuera de la institución. Sólo el 18% ($n = 10$) de los jóvenes tratados se involucraron en violencia en la comunidad, comparados con el 36% ($n = 31$) de los casos de comparación ($\chi^2 = 5.16, p < .05, N = 141$). Los jóvenes del grupo de comparación tuvieron casi dos veces más probabilidad de reincidir con violencia que quienes recibieron tratamiento.

Tras realizar un análisis de regresión para evaluar la efectividad del tratamiento reduciendo la tasa de reincidencia después de ajustar los efectos de tres covariantes identificadas: la asignación no aleatoria, las condiciones al salir en libertad y la calificación en el PCL: YV, el tratamiento no tuvo efecto confiable sobre la reincidencia general ($\chi^2 = .85, p > .05, N = 126$). Sin embargo, el tratamiento claramente generó una tasa de reincidencia violenta más baja y lenta en estos jóvenes ($\chi^2 = 6.45, p < .05, N = 126$). Además, la probabilidad de violencia comunitaria, luego de dos años de seguimiento, fue de aproximadamente 16% para el grupo tratado y de 37% para el grupo de comparación.

En relación con la falta de efecto en la reincidencia general, los autores explicaron que los delitos menores no violentos (principalmente contra la propiedad y de drogas) pueden explicarse más por las circunstancias a las que regresan los jóvenes (por ejemplo, el vecindario o su situación socioeconómica) que por características personales asociadas a la psicopatía. El programa de tratamiento fue específicamente dirigido a reducir la agresividad interpersonal, así como la reincidencia seria y violenta, y este objetivo fue alcanzado.

En otro estudio de este mismo grupo de investigación, se obtuvieron resultados en el mismo sentido que el citado. En esta evaluación de 248 jóvenes con rasgos psicopáticos, después de dos años de seguimiento el 49.5% ($n = 50$) del grupo tratado registró reincidencia general comparado con el 72.1% ($n = 106$) del grupo control, sustentando una diferencia significativa entre los grupos a favor del tratamiento ($p < .001$). La prevalencia de delincuencia grave y violenta para el grupo de comparación (no equivalente al grupo tratado) fue aproximadamente dos veces la del grupo tratado (20.85% vs. 43.5%; $\chi^2 = 13.75, p < .001, N = 248$).

Después de ajustar y comparar los grupos tratados y control en sus calificaciones de psicopatía, de tal forma que fueran equivalentes ($n = 101$ en cada grupo), los jóvenes en el grupo de comparación registraron el doble de delitos que el grupo tratado (2.49 vs. 1.09) y más de tres veces el número de delitos violentos (.85 vs. .25) con una diferencia significativa ($p < .001$).

Los datos generados por la investigación sobre efectividad de la intervención correccional en jóvenes son esperanzadores. Si se pueden lograr cambios en adolescentes con rasgos psicopáticos, las posibilidades de éxito con programas de tratamiento adecuados al nivel de riesgo y de necesidades de quienes los reciben (incluyendo jóvenes con menores dificultades) son bastante prometedoras.

4.4. Dificultades e implicaciones de la evaluación de la efectividad de la intervención correccional

Los sistemas de justicia juvenil tienen el objetivo de reducir la probabilidad de comisión de delitos por parte de los jóvenes. Por ello, para el contexto legal es prioritario conocer la relación y el efecto de las medidas impuestas sobre la disminución de la delincuencia.

La psicología, como parte de las áreas que conforman los equipos técnicos de evaluación y tratamiento dentro de los sistemas de justicia, hace importantes contribuciones en el diseño, adaptación, aplicación y evaluación de programas de tratamiento acordes con los niveles de riesgo y las necesidades de las personas a quienes se dirigen. El conocimiento derivado de esta ciencia coadyuva a la propuesta de programas efectivos en el logro del desarrollo integral de los adolescentes y la disminución de su conducta delictiva.

Los resultados de diversos meta-análisis y revisiones sistemáticas sugieren que, en general, se registra menor reincidencia en quienes participan en programas de intervención comparados con quienes no lo hacen. Sin embargo, la efectividad varía de unos programas a otros en función de la manera y condiciones en que son aplicados. La evidencia disponible hasta ahora sugiere que el efecto de la intervención con respecto a la reincidencia delictiva suele ser mayor con jóvenes

que con adultos, en contextos comunitarios que institucionales, con modelos cognitivo-conductuales, y cuando los programas son integrales y estructurados.

Este conocimiento sobre el efecto de los programas en el comportamiento delictivo ha tenido una importante influencia en el establecimiento de políticas y prácticas en las intervenciones correccionales con énfasis en el tratamiento. Tal y como mencionamos en el capítulo 3, con relación al empleo de criterios explícitos para evaluar el diseño y la puesta en marcha de intervenciones en instituciones carcelarias. Esfuerzos como estos invitan a la aplicación de programas estructurados e integrales que ofrezcan alternativas y puntos clave que hayan demostrado índices positivos de efectividad con anterioridad. Herramientas como ésta pueden apoyar la labor de diseño y aplicación de programas que intenten reducir la reincidencia, ya que facilitan el aprendizaje de la experiencia basado en la evidencia.

Con todo y los importantes avances en la investigación científica sobre la efectividad de programas dirigidos a jóvenes infractores, aún existen vacíos en el conocimiento sobre el tema de la efectividad correccional.

En cuanto a los participantes, la evidencia no es del todo consistente respecto a los efectos diferenciales de los programas en función del tipo de carrera delictiva de los jóvenes. Aunque algunos indicios apuntan a mayor efectividad con categorías específicas de patrones delictivos, aún es escasa la investigación en este sentido. Si bien se han realizado algunos trabajos en poblaciones de delincuentes sexuales, y otras, aunque en menor número, con chicos vinculados a carreras delictivas serias, queda por evaluar la influencia de las variables responsables de la varianza de los TEs de los diferentes estudios y la influencia de la especificidad de los factores de riesgo y características propias de cada categoría de patrones delictivos.

Se conoce poco de los efectos de las intervenciones sobre el comportamiento de jóvenes con carreras delictivas violentas y crónicas, y menos aún de programas aplicados a adolescentes con rasgos psicopáticos. Uno de los aspectos más importantes que influyen en lo anterior es el limitado acceso y desarrollo de instrumentos validados para evaluar el riesgo de reincidencia y la psicopatía en jóvenes.

La dificultad en la evaluación y clasificación de los adolescentes que han cometido delitos también limita la posibilidad de estudiar qué funciona para prevenir su conducta delictiva. Por lo tanto, es frecuente que los programas de intervención se dirijan de manera simultánea, similar y general a los jóvenes que han infringido las normas, sin contar con sistemas de clasificación objetivos sobre los principios de riesgo, necesidad y adaptación.

A pesar de que algunos meta-análisis han abordado el tema de la influencia de los principios de intervención (por ejemplo, Dowden y Andrews, 2000) la población de sus estudios ha sido adulta y aún la información es escasa para la población joven (con algunas excepciones como el meta-análisis de Latimer *et al.*, 2003). En especial, el principio de riesgo requiere mayor desarrollo y validación de instrumentos en castellano acordes con los diferentes contextos culturales que contribuyan en los procesos de evaluación, diagnóstico y clasificación. Éste debe ser el primer paso para contar con información más precisa sobre los participantes en las intervenciones y para discriminar el efecto que tienen en función de su nivel de riesgo.

Por otro lado, vale la pena destacar que se han encontrado resultados positivos no sólo en la intervención dirigida a jóvenes vinculados a la delincuencia en general, sino que también y pese a la incredulidad popular, existe evidencia de efectividad en la reducción de reincidencia de jóvenes que han cometido delitos violentos, tienen carreras delictivas crónicas y hasta rasgos de psicopatía. Esto sin duda genera importantes expectativas sobre la efectividad del tratamiento para prevenir la delincuencia. En el entendido de que los jóvenes con niveles de alto riesgo de reincidencia pueden responder de manera favorable a algunos tipos de intervención, es mucho lo que se tiene por hacer con este grupo de la población. Los resultados de la evaluación de programas dirigidos a jóvenes de alto riesgo representan una esperanza importante en la intervención correccional en general.

Respecto a los programas de tratamiento, aunque en los últimos años las investigaciones sobre su efectividad han mejorado, todavía se requiere mayor especificidad acerca de las condiciones en que se aplican (por ejemplo, la intensidad y la duración, el personal que aplica el programa -del área clínica,

educativa o de justicia-), del contexto en que son aplicados (escenarios comunitarios o institucionales) y de diferentes medidas de resultados (ajuste psicológico –interpersonal, emocional-, mejoramiento escolar y vocacional, empleo, etc.).

Además, dado que es evidente la influencia de la metodología en los resultados de las evaluaciones de la efectividad de los tratamientos, es necesario que los estudios de este tipo presenten una descripción completa del diseño metodológico utilizado e informen de la relación entre este tipo de variables metodológicas y los TEs obtenidos.

En el caso de los jóvenes con carreras delictivas serias el estudio de la efectividad de los programas y la influencia de las variables metodológicas explicadas antes, puede ser aún más álgida. El estudio de este tipo de población es sensible a factores metodológicos como los siguientes:

- En primer lugar, la escasez de estudios que intervienen específicamente sobre esta población y la deficiente descripción de los participantes en la mayoría de los trabajos.
- En segundo lugar, el tamaño tan reducido de las muestras de jóvenes violentos- crónicos limita: la disponibilidad de grupos comparables, la posibilidad de asignación al azar de los participantes y la generalización de los resultados.

Como lo explican Krisberg *et al.* (1995), los estudios sobre efectividad de programas en el caso de jóvenes que han cometido delitos violentos son difíciles de realizar, puesto que es complicado utilizar muestras grandes debido al número reducido de chicos con este tipo de historial. Otro problema consiste en encontrar grupos comparables debido a que las personas encargadas de los programas se resisten a diseñar estudios con asignación aleatoria. Con estas condiciones metodológicas resulta imposible decir si las diferencias entre los grupos experimentales y controles se deben a los programas o a los tipos de jóvenes que participan en cada grupo. Aun donde se realizan evaluaciones razonablemente fuertes las medidas de efectividad varían ampliamente y los periodos de seguimiento son cortos.

- En tercer lugar, el escepticismo sobre la efectividad de la intervención correccional es aún más extremo en el caso de los adolescentes con carreras delictivas crónicas y violentas. Con frecuencia se piensa que dado el patrón tan arraigado y persistente de conducta delictiva de estos jóvenes, es muy poco o nulo lo que se puede hacer con ellos.

Tal como lo explicó Agge (1986), son escasas las experiencias de programas de tratamiento institucional para jóvenes violentos. La mayoría de los adolescentes con antecedentes de delitos violentos han participado en diversos programas de atención infantil y juvenil hasta llegar a escenarios correccionales adultos, donde usualmente no terminan un tratamiento. Esta situación se alimenta con las creencias del personal del sistema de justicia con relación a que los jóvenes violentos tienen “trastornos de carácter” que les impiden adaptarse o responder al tratamiento, con lo cual perciben como inútil cualquier esfuerzo en este sentido.

En esta misma línea quedan por estudiar también los efectos diferenciales de la intervención correccional en hombres y en mujeres, sobre todo porque son pocas las investigaciones que incluyen chicas con patrones delictivos serios.

Así, aunque la investigación sobre adolescentes comprometidos en actividades delictivas violentas y persistentes es prioritaria para reducir los niveles de delincuencia general, en realidad aún es bastante escasa.

Por otro lado, para evaluar la efectividad de la intervención en la reducción de la reincidencia es necesario estudiar la aplicación de los programas en condiciones que cumplan mínimo con diseños cuasi-experimentales. Es decir, trabajos que consideren grupos tratados y de comparación, y cuyas características no difieran de manera significativa previa a la aplicación de un programa. Es claro que diversas instituciones y profesionales diseñan y aplican programas cuyo objetivo es la prevención de la delincuencia, pero pocas son las publicaciones sobre trabajos con diseños metodológicos cuasi-experimentales y experimentales, lo cual unido a la poca difusión de sus procesos y resultados, limita la posibilidad de conocer y aprender de sus experiencias.

Esta situación es aún más grave en el contexto hispano, donde las investigaciones publicadas sobre la evaluación de la eficacia de diferentes tipos de tratamiento en la reducción de la reincidencia delictiva son casi inexistentes. De hecho, el que la mayor parte de estudios en este tema proceda de países de habla inglesa llama la atención sobre la necesidad de indagar por la situación en países de otra cultura e idioma, para cotejar los resultados y promover prácticas y políticas basadas en evidencia válidas en diferentes contextos. Lo anterior, invita a mostrar más y mejor los esfuerzos que, sin duda no son pocos, se han hecho para reducir la reincidencia en países hispanos.

Finalmente, es importante articular y discutir los resultados respecto a las características de los programas más y menos efectivos en el marco de la psicología criminológica, identificando los elementos que explican su funcionamiento desde la psicología social y de la personalidad.

CAPÍTULO 5

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

5.1. Objetivos

5.1.1. *Problema de investigación*

Esta investigación, enmarcada en el Grupo Campbell y su División de Crimen y Justicia, propone responder al interrogante: ¿qué efecto tiene la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios)?

5.1.2. *Objetivos de la investigación*

5.1.2.1. *Objetivos generales*

- Evaluar e integrar, de manera sistemática, la evidencia empírica disponible acerca del efecto de la intervención correccional en escenarios institucionales, sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos (delincuentes serios).
- Evaluar la magnitud de los efectos diferenciales de la intervención correccional en contextos institucionales, sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo, en función de variables moderadoras asociadas con las características de los participantes, de los programas de tratamiento, de las condiciones metodológicas de los estudios y de factores extrínsecos.

-

5.1.2.2. *Objetivos específicos*

- Identificar, a través de diferentes estrategias de búsqueda de información, estudios publicados y no publicados sobre la evaluación de programas de intervención correccional institucional dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos.
- Construir, con base en la revisión de la literatura en el tema, dos formatos de registro. Uno para la selección de investigaciones que cumplan los requisitos de inclusión de esta revisión sistemática, y otro para la codificación de los estudios elegidos.
- Calcular, con base en el conjunto de estudios seleccionados, el tamaño del efecto (TE) global de la intervención correccional institucional sobre la reincidencia (general y seria) y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de los participantes.
- Analizar la influencia de variables moderadoras como las características de los participantes (edad, género e historial delictivo), el tipo de intervención (modelo y enfoque), la metodología (tipo de diseño metodológico, mortalidad experimental) y otras variables extrínsecas (año de publicación, tipo de documento, profesión de los investigadores, agencia promotora del estudio, etc.) sobre el efecto de la intervención correccional institucional en medidas de resultado de reincidencia y psicológicas asociadas con el comportamiento delictivo.
- Clasificar los programas de intervención correccional institucional, dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos, en modelos que funcionan, no funcionan, son prometedores o tienen efectos desconocidos sobre la reincidencia y otras medidas psicológicas e institucionales.
- Discutir los resultados en términos de las características y condiciones que aumentan la probabilidad de que un programa aplicado a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos (delincuentes serios) reduzca la reincidencia y mejore el desempeño psicológico de los participantes.

- Proponer elementos clave con relación al diseño y evaluación de políticas públicas vinculadas a la prevención de reincidencia en jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delictivos (delincuentes serios).

5.1.3. Variables objeto de estudio

5.1.3.1. Variable independiente

- Programas de intervención correccional institucional

Conjunto estructurado de estrategias y acciones cuyo diseño y aplicación, dentro de una institución cerrada, tienen el objetivo de reducir el comportamiento delictivo de los jóvenes que participan.

5.1.3.2. Variables dependientes

- Medidas de resultado de reincidencia

▪ Reincidencia general

Delitos cometidos por los jóvenes que participaron en una intervención correccional institucional o en su grupo de comparación, durante un periodo de tiempo posterior al programa y después de salir en libertad. Los registros de nuevos delitos son tomados de auto-informes y de fuentes oficiales del sistema de justicia. Los registros de reincidencia general incluyen datos sobre contactos con la ley, arrestos y sentencias por delitos menores y graves con independencia de la consecuencia legal impuesta (reingreso en prisión, libertad condicional o puesta en libertad).

▪ Reincidencia seria

Delitos graves cometidos por los jóvenes que participaron en una intervención correccional institucional o en su grupo de comparación, durante un periodo de tiempo posterior al programa y después de salir en libertad. Los registros de nuevos delitos son tomados de auto-informes y de fuentes oficiales del sistema de justicia. Los registros de reincidencia grave incluyen contactos con la ley, arrestos

y sentencias por delitos graves cuya consecuencia legal, por lo general, es la privación de su libertad.

- *Reincidencia auto- informada*

Delitos cometidos e informados por los jóvenes que participaron en una intervención correccional institucional o en su grupo de comparación, durante un periodo de tiempo posterior al programa y después de salir en libertad. Los registros de reincidencia auto-informada se basan en la información otorgada por los mismos jóvenes.

- *Frecuencia de reincidencia*

Relación entre el número de delitos cometidos por los jóvenes que participaron en una intervención correccional institucional o en su grupo de comparación, y un periodo de tiempo posterior al programa y después de salir en libertad.

- **Medidas psicológicas relacionadas con la reincidencia delictiva**

- *Ajuste psicológico general*

Resultados de diferentes categorías de ajuste de los jóvenes obtenidas a través de pruebas, inventarios, observación y registros de factores emocionales, interpersonales, cognoscitivos, educativos y conductuales, relacionados con la reincidencia delictiva.

- *Ajuste emocional*

Resultados de ajuste emocional obtenidos a través de pruebas, inventarios, observación y registros. Este tipo de ajuste incluye constructos sobre el estado de ánimo y emocionales como depresión, ansiedad, manejo de la ira, expresión de emociones, empatía, culpa, etc. de los participantes, tanto de los grupos tratados como controles.

- *Ajuste interpersonal*

Resultados de ajuste interpersonal obtenidos a través de pruebas, inventarios, observación y registros de conducta social. Este nivel de ajuste incluye estrategias de afrontamiento en las relaciones sociales como la agresión, la dominancia, la tolerancia, etc.

- *Ajuste cognoscitivo*

Resultados de ajuste cognoscitivo obtenidos a través de pruebas, inventarios, observación y registros de creencias, pensamientos y habilidades cognoscitivas. Este ajuste incluye información sobre pensamientos y creencias antisociales, a favor o en contra de la violencia, de justificación de la conducta delictiva, sobre la víctima, etc. También se incluyen habilidades cognoscitivas como solución de problemas, pensamiento crítico, flexibilidad, etc.

- *Ajuste educativo*

Resultados de ajuste educativo obtenidos a través de pruebas, inventarios, observación y registros de habilidades académicas, intelectuales y ocupacionales. El ajuste educativo incluye conocimientos específicos en áreas como lecto-escritura, matemáticas ó gramática; también de habilidades ocupacionales específicas como los trabajos manuales, pintar coches, mecánica, etc.

- **Medidas institucionales**

Resultados obtenidos a través de observación, informes y registros de conducta dentro de la institución que incluyen delitos cometidos, fugas, peleas, conducta prosocial, puntos ganados o perdidos por logro de metas institucionales, agresión, informes disciplinarios y transferencia a otras instituciones.

- **Medidas de logro conductual**

Resultados conductuales obtenidos a través de observación, información y registros de logro de metas. Por ejemplo, conseguir y mantener un trabajo, reducir el consumo de alcohol o drogas, obtener grados académicos, etc.

5.1.3.3. Variables moderadoras de los resultados de eficacia

Estas variables consisten en condiciones que pueden influir de algún modo en el efecto de la intervención correccional. Para esta revisión se han considerado variables que se han citado como relevantes en otras evaluaciones meta-analíticas de programas dirigidos a jóvenes con la finalidad de reducir su comportamiento delictivo (Lipsey, 1994; Marín-Martínez *et al.*, 2002; Sánchez-Meca, 1997). Estas variables se describen a continuación (y se presentan en detalle en el Apéndice B):

- **Variables de los participantes**

Incluyen características socio-demográficas (por ejemplo, edad, género) y jurídicas (por ejemplo, tipo de delito cometido, historial delictivo) de los jóvenes que participaron en los grupos tratados y de comparación.

- **Variables de tratamiento**

Se refiere a los programas específicos que son aplicados con la finalidad de reducir el comportamiento delictivo. El tratamiento se clasifica con base en dos criterios: (1) el modelo teórico en que está basado el programa aplicado; y (2) el enfoque o nivel al que estuvo dirigido el programa de tratamiento.

En esta revisión se han considerado cinco categorías de modelos teóricos (Redondo *et al.*, 1997; Redondo *et al.*, 1999):

- **Conductual:** este modelo se basa en las teorías del aprendizaje (desarrolladas en criminología por autores como Edwin Sutherland, Albert Bandura y Ronald Akers). Desde este modelo se considera que la conducta delictiva es aprendida, como cualquier otro comportamiento humano. El objetivo de los programas conductuales es utilizar los mecanismos de aprendizaje para revertir el proceso de aprendizaje, de tal forma que los jóvenes puedan aprender a inhibir su conducta criminal y adquirir nuevas conductas aprobadas social y legalmente.
- **Cognitivo-conductual:** este modelo enfatiza la necesidad de enseñar a los jóvenes habilidades que les faciliten la interacción social (incluye habilidades cognoscitivas, sociales y emocionales). La adquisición de estas habilidades está asociada con el desarrollo de valores prosociales en el contexto familiar, laboral, educativo, etc.
- **Cognitivo:** programas que enfatizan la reestructuración cognoscitiva a través de la identificación y modificación de distorsiones cognoscitivas, pensamientos automáticos y auto-instrucciones.
- **Educativo:** programas que consisten en cursos y actividades académicas que promueven habilidades de lectura y escritura,

gramática, matemática, etc. ó de capacitación para trabajos técnicos específicos (manualidades, mecánica, pintura, etc.).

- **No conductual:** programas enfocados en alteraciones psicológicas relacionadas con estrés emocional. Este modelo incluye un conjunto de técnicas basadas en la teoría psicodinámica, en modelos médicos y en terapia centrada en el cliente.

Con relación al enfoque o nivel al que se dirigen, los modelos de intervención pueden clasificarse en:

- **Familiares:** dirigidos a cambiar la dinámica de las relaciones familiares.
- **Grupales:** orientados a grupos de jóvenes con características similares.
- **Pares:** encaminados a promover conductas y valores prosociales modelados entre los jóvenes, usando una aproximación joven – joven.
- **Individuales:** enfocados en cambiar la conducta individual de los jóvenes a través de una relación de ayuda personal (asesores, mentores, terapeutas, etc.).
- **Multi-enfocados:** incluyen dos o más enfoques de atención de los descritos antes.

- **Variables del contexto**

Hacen referencia al ambiente en que ocurre la intervención. Por ejemplo, las características de institucionalización, que incluyen el tipo de régimen (niveles de restricción) y el ambiente institucional (ardua disciplina, comunidad terapéutica).

- **Variables metodológicas**

Esta categoría comprende las características metodológicas del estudio como el tipo de asignación de los participantes a los grupos, la mortalidad en los grupos y el periodo de seguimiento.

- **Variables extrínsecas**

Incluye características relacionadas con la fuente y el año de publicación, el lugar en que se realizó el estudio, la institución que financió la investigación, el número y la profesión de los autores.

5.1.4. Hipótesis

- Se encontrará un efecto positivo a favor de la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios).
- El modelo y el enfoque de tratamiento influirán en el efecto de la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios).
- Tendrán mayor efecto los programas de intervención correccional basados en modelos estructurados conductuales y cognitivos, con un apartado de entrenamiento en habilidades interpersonales y para la vida, de mayor intensidad y multi-enfocados; que los menos estructurados, no basados en entrenamiento de habilidades y de menor intensidad.
- El efecto será mayor en los programas en que participen los chicos más jóvenes y las mujeres, que en aquéllos en los que los grupos estén conformados sólo por hombres y por jóvenes de edades más cercanas a la adultez.
- Los estudios experimentales presentarán TEs menores sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella, que los diseños cuasi-experimentales.
- Los estudios con mayores periodos de seguimiento y más alta mortalidad presentarán TEs menores sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella, que los de menor seguimiento y con baja mortalidad.

- Las variables extrínsecas como el año y lugar de publicación, así como la profesión de los autores no tendrán influencia en el TE de los programas de intervención sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella.

5.2. Metodología

5.2.1. Criterios de inclusión de los estudios

5.2.1.1. Tipo de estudio

En esta revisión se incluyeron estudios publicados y no publicados entre 1970 y 2008, cuyo propósito hubiera consistido en evaluar el efecto de un programa de intervención correccional institucional, sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que habían cometido delitos graves y/o que tenían largos historiales delincuenciales.

5.2.1.2. Participantes

Los participantes de los estudios elegibles fueron hombres o mujeres, con edades entre los 12 y 21 años de edad, que se encontraban en una institución cerrada por la comisión de un delito grave y/o con largos historiales delictivos dentro del sistema de justicia juvenil o adulto (delincuentes serios).

Se tomó el rango de edad 12 a 21 años porque, de acuerdo con los resultados de investigaciones longitudinales sobre las carreras delictivas, durante este periodo es cuando más personas se involucran en actividades ilegales o cometen la mayor parte de sus delitos. Además, en el contexto legal, la responsabilidad legal en diferentes países incluye este rango de edades (Fuhrman, 1986; Rutter, Giller y Hagell, 2000; Tolan y Guerra, 1994).

5.2.1.3. Características de comportamiento delictivo de los participantes

En esta revisión se incluyeron aquellos estudios en los que más de la mitad de la muestra estuviera conformada por delincuentes “*serios*”, es decir violentos y/o crónicos.

Se consideran jóvenes delincuentes violentos quienes tuvieran algún antecedente de comisión de algún delito grave (en este tema se puede revisar a Wiebush *et al.* 1995, con relación a la categoría de delitos “serios y violentos” en la cual se fundamentó la Encuesta Anual de la Oficina de Justicia Juvenil y Prevención de la Delincuencia de los Estados Unidos, OJJDP, p. 176). En esta categoría de delitos se incluyen actos violentos “que provoquen daño serio a sus víctimas (físico, de inconsciencia, etc.) o en el que se hubiera utilizado algún tipo de arma” (Thornberry *et al.*, 1995, p. 224 en referencia a la Encuesta Juvenil de Denver). También se tomaron como delitos graves las amenazas a través de la fuerza física.

El concepto de delincuentes crónicos corresponde a jóvenes con largos y persistentes historiales delictivos, es decir con antecedentes de al menos tres arrestos o vinculaciones legales previas por la comisión de un delito (Capaldy y Paterson, 1996; Hagell y Newburn, 1994). En esta revisión se incluyeron solo los estudios en los que más de la mitad de la muestra estuvo conformada por jóvenes con tres o más vinculaciones legales previas por comisión de delitos, o donde la media de estos contactos fue de tres o superior por la comisión de cualquier tipo de delitos.

Además, se incluyeron estudios donde menos de la mitad de la muestra habían cometido delitos graves, pero la combinación con los jóvenes crónicos o persistentes fue superior al 50% de los participantes.

Se excluyeron los estudios en los que más de la mitad de la muestra estaba conformada por agresores sexuales o por jóvenes que cometieron delitos menores como robo, desorden público, delitos de tránsito, etc. por primera vez.

5.2.1.4. Tipo de tratamiento

Se incluyeron estudios en los que se hubiera aplicado cualquier tipo de intervención con la finalidad de reducir el comportamiento delictivo de sus participantes. Se excluyeron los estudios que han sido incluidos en otras revisiones sistemáticas como los programas de Boot Camps y los Scared Straight.

5.2.1.5. Contexto

Sólo se incluyeron estudios en los que se hubiera evaluado un programa de intervención correccional durante un periodo de privación de la libertad de los participantes, dentro de instituciones cerradas. Dado que en algunos estudios se informaba de la aplicación de intervención correccional en dos fases: una dentro de la institución (antes de que los jóvenes salgan en libertad) y otra en la comunidad (durante el tiempo posterior a la salida en libertad), se incluyeron los estudios en los que más del 50% de la duración del tratamiento hubiera tenido lugar en la institución cerrada. Además, se propuso tratar la fase en comunidad como variable moderadora. Sin embargo, en virtud del bajo número de estudios con estas características (sólo cuatro), no fue posible realizar ningún análisis en este sentido.

Se consideraron como contextos institucionales: unidades residenciales, módulos específicos, prisiones juveniles, colegios de entrenamiento y campos de institucionalización en los que había un ambiente físico controlado.

Se excluyeron estudios en los que los participantes permanecían institucionalizados por menos de dos semanas ó que recibieron el programa evaluado en comunidad. Tal es el caso de programas denominados: hogares sustitutos, detención periódica, hogar comunitario, padres sustitutos, etc. (en inglés: foster care, foster home, group home, periodical detention, achievement place).

En general, fueron excluidas las investigaciones en las que los jóvenes mantenían contacto comunitario externo frecuente ó dormían en apartamentos, pisos u hogares sustitutos y salían durante el día a trabajar o estudiar.

5.2.1.6. Metodología

Debido a sus mayores garantías de validez interna y externa de sus resultados, y atendiendo a las características del *estándar de oro* del diseño de evaluación (Farrington, 1983 citado por Welsh y Farrington, 2001), sólo se incluyeron trabajos cuasi-experimentales y experimentales, con grupos tratados y de control/comparación.

Se excluyeron los estudios sin grupo de control o de comparación, y los estudios de caso único, debido a que su pobreza metodológica no permitía calcular un índice de tamaño del efecto comparable que permitiera el análisis de los efectos de la intervención correccional.

5.2.1.7. Medidas de resultados

Los estudios elegibles también debían informar de algún tipo de medida del efecto causado por el programa aplicado, ya fuera en términos de reincidencia o de otras variables psicológicas relacionadas con comportamiento delictivo juvenil.

Los estudios incluidos debían informar de por lo menos una medida de reincidencia posterior a la salida en libertad de los jóvenes después de cumplir una medida legal ó algún dato respecto a variables psicológicas de ajuste (general, emocional, interpersonal, educativo, cognoscitivo), institucionales o de logro conductual posterior a la terminación del programa de intervención (podía ser antes o después de salir en libertad).

5.2.2. Estrategias de búsqueda de los estudios

Se utilizaron varias estrategias para identificar los estudios que reunieran los criterios de inclusión propuestos en esta investigación. Para reducir el potencial de sesgo se buscaron trabajos:

- Publicados y no publicados.
- Entre los años 1970 – 2008. No se consideraron estudios de años anteriores ya que la mayoría de las bases electrónicas inician a partir de 1970 y la disponibilidad de estudios previos a este año es limitada.
- En las áreas de criminología, psicología, sociología, servicio social, educación y salud.

- De cualquier país siempre y cuando el estudio estuviera escrito en alguno de los siguientes idiomas: alemán, castellano, francés, inglés, italiano y portugués.
- Se utilizó una combinación de los siguientes grupos de palabras clave para realizar la búsqueda en las bases de datos (en inglés en la mayor parte de bases de datos y en español para una de ellas).
 - Delinquen (cy, ts), criminal(s), convicted, offender(s), inmates.
 - Delincuencia, delincuentes, criminales, encarcelados.
 - Institution (alized, al, alization), detention, facility(ies), prison(s, ers).
 - Incarceration(ed), hospital(s), borstal(s), correctional(s), reformatories.
 - Institución, institucionalizados, detenidos, prisión(es, eros), encarcelamiento, hospitales, correccionales, reformatorios.
 - Boy(s), girl(s), adolescent (ce,s), juvenil(es), youth, young.
 - Jóvenes, juvenil, adolescentes.
 - Treatment(s), program(s), therapy (ies), rehabilitation, intervention(s).
 - Tratamiento, programa, terapia, rehabilitación, intervención).
 - Aggression(ive), anger, violence, violent, serious, chronic, persistent.
 - Agresión, ira, violencia, violento, serio, crónico, persistente.

Primero se realizó una búsqueda manual en libros y revistas especializadas relevantes que se encontraban disponibles en universidades españolas. Se revisaron 21 revistas de publicación en idioma inglés y cinco en otros idiomas, tal como se describe a continuación:

Revistas en Inglés:

- Adolescence
- British Journal of Criminology
- Criminal Justice and Behavior
- Criminology and penology Abstracts
- Criminology, Penology and Police Science Abstracts

- Criminology
- Developmental Psychology
- Journal of Adolescence
- Journal of Applied Behavior Analysis
- Journal of Clinical Psychology
- Journal of Legal and Criminological Psychology
- Personality and Individual Differences
- Aggressive Behavior
- Association for Correctional Psychology
- Clinical Child and Adolescent Psychology
- Consulting and Clinical Psychology
- Criminal Justice Abstracts
- International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology
- Journal of Clinical Child Psychology
- Journal of Juvenile Justice and Detention Services
- Journal of Offender Rehabilitation

Revistas en idiomas diferentes al Inglés

- Anuario de Psicología Jurídica
- Criminalia/ Academia Mexicana de Ciencias Penales.
- Criminoticias/Instituto Andaluz Interuniversitario de Criminología (Spain) Delincuencia/Delinquency: A Social Sciences Interdisciplinary Journal.Universidad de Valencia (Spain).
- Dei Delitti e delle Pene: Revista di Studi Sociali, Storici e Giuridico Sulle Questione Crimenelle/Edizione Scientifiche Italiane
- Criminologie

Luego, se hizo una búsqueda específica en doce bases de datos electrónicas:

- Criminal Justice Abstracts
- Current Contents

- ERIC (Education Resource Information Clearinghouse)
- Humanities Abstracts
- Medline
- NJRS
- Pais International (Public affaire Information Service) and Sigle
- Psychological Abstracts (PsycINFO)
- Dissertation Abstracts
- Serfile
- Sociofile (Sociological Abstracts and Social Planning and Development abstracts).
- “The Broad Searches of the Campbell Collaboration Social, Psychological, Educational y Criminological Trials Register (C2-SPECTR)” desarrollada por el U.K. Cochrane Centre y supervisado por la Universidad de Pensilvania (Graduate School of Education) (Petrosino, Boruch, Rounding, McDonald y Chalmers, 2000).

También se contactaron instituciones y autores relacionados con el tema de esta revisión a través de correos electrónicos y correos postales (Apéndice A). Así mismo, se realizaron búsquedas en portales comunes de internet como Altavista y Google.

5.2.3. Elegibilidad y codificación de los estudios

La decisión de la relevancia de los estudios se tomó con base en la lectura de los títulos y *abstracts*, en primera instancia. En caso de dudas o ambigüedades se consultó con otro revisor y se discutieron los criterios para llegar a un acuerdo.

Posterior a esta primera selección se evaluaron los estudios nuevamente, pero esta vez con base en la lectura de los documentos completos y cumplimentando una guía de criterios de elegibilidad diseñada específicamente para esta revisión y que atiende a cuestiones básicas como las propuestas por Mackenzie, Wilson y Kidder (2001). Esta lista de registro y verificación se encuentra en el Apéndice B.

La codificación se llevó a cabo con la ayuda de un formato diseñado para tal fin y que contempla tanto los criterios de inclusión como características específicas de las variables moderadoras consideradas para esta revisión (Apéndice C). El instrumento mantiene tres grupos de variables básicas analizadas en meta-análisis y revisiones sistemáticas en el área de la criminología (Lipsey, 1994; Marín *et al.*, 2002; Sánchez-Meca, 1997):

- Variables sustantivas: hacen referencia a las características que son objeto de la revisión: de los participantes en el estudio, del tipo de programa de tratamiento y del contexto.
- Características metodológicas: se refieren a la calidad del diseño de cada estudio.
- Variables extrínsecas: aquéllas que no tienen que ver con el objeto de la revisión, pero que pueden afectar sus resultados.

5.2.4. *Análisis de fiabilidad de la codificación*

Para este análisis se seleccionaron de forma aleatoria 30 de los 38 estudios incluidos en esta revisión. Luego se realizó un cálculo de acuerdos y desacuerdos entre dos codificaciones independientes de cada uno de los 30 estudios. Posteriormente se calculó el coeficiente kappa de Cohen. Estos análisis se resumen en la Tabla 1.

5.2.5. *Análisis estadístico*

Para el análisis estadístico de esta revisión sistemática, se realizó un registro de los resultados de los estudios incluidos. Para ello, se inició con la codificación de cada tipo de medida de resultado informado en cada uno de los estudios:

- Reincidencia general
- Reincidencia seria
- Medidas psicológicas de ajuste
 - General
 - Emocional

- Interpersonal
- Cognoscitivo
- Educativo
- Medidas psicológicas institucionales
- Medidas psicológicas de logros conductuales

Cuando los estudios presentaron información de más de un grupo control o de comparación, se eligió sólo uno de ellos para evitar la dependencia de los datos (éste fue el caso con los estudios de Bottcher, 1985, y Jesness, 1975). Los criterios para elegir uno de los grupos control fueron: (1) mayor similitud con el grupo experimental con relación a las características de los participantes; y (2) menor exposición al tratamiento evaluado.

Los procedimientos meta-analíticos usados en esta investigación se han basado en los trabajos de Cooper y Hedges (1994) y Hedges y Olkin (1985). De acuerdo con estos autores el tamaño medio del efecto (TE) es computado con base en el peso de cada TE y en función de su fiabilidad, en concreto, ponderando cada TE por la inversa de su varianza. Este procedimiento implica que los estudios con mayor tamaño muestral tienen un mayor peso en el análisis estadístico debido a que son más fiables.

Los análisis meta-analíticos se realizaron con el programa Comprehensive Meta-analysis 2.0, CMA 2.0 (Borenstein, Hedges, Higgins y Rothstein, 2005). El análisis de la distribución de los TE, de su variabilidad y de los promedios se representan de forma gráfica con la ayuda de “*forest plots*”.

Para llevar a cabo los análisis estadísticos se tuvo que decidir qué modelo asumir: el de efectos fijos o el de efectos aleatorios. Estos modelos se basan en concepciones distintas con relación a la procedencia de los estudios incluidos en un meta-análisis. En el modelo de efectos fijos se asume que los estudios están estimando a un mismo, y único, TE paramétrico o poblacional, en donde la variabilidad entre estudios se atribuye al error de muestreo aleatorio (es decir a las diferencias propias de los participantes o variabilidad intra-estudio). En el modelo de efectos fijos la generalización se limita a la población de estudios de características similares a los incluidos en el meta-análisis.

En el modelo de efectos aleatorios se considera que los estudios analizados estiman una distribución de TEs paramétrico en la población, que además de considerar la variabilidad debida al error de muestreo también contempla la variabilidad entre estudios (desviación de cada estudio respecto del TE medio). En el modelo de efectos aleatorios los resultados pueden generalizarse a una población mayor de posibles estudios, en comparación con el modelo de efectos fijos.

Con relación al uso de uno u otro modelo, de acuerdo con Sánchez-Meca, Marín-Martínez y Huedo (2006) es difícil usar un determinado criterio para elegir entre un modelo u otro, dado que se suelen desconocer los parámetros poblacionales, de tal suerte que no se puede saber con certeza qué modelo se ajusta mejor a los datos meta-analíticos. A veces se utiliza el resultado de la prueba Q de heterogeneidad, asumiendo que si es significativa debe emplearse el modelo de efectos aleatorios, y que si no lo es se justifica el uso del modelo de efectos fijos. Sin embargo, esto no es recomendable dado que en estudios de simulación la prueba Q ha demostrado escasa potencia estadística (en especial cuando el número de estudios incluidos en el meta-análisis es pequeño). También se ha sugerido elegir el modelo estadístico en función del valor de la varianza entre-estudios (τ^2), de tal forma que si su valor es mayor que 0, se utilice un modelo de efectos aleatorios, y si es igual a 0 se aplique el modelo de efectos fijos. En este sentido si la estimación de la varianza entre-estudios es 0 da igual asumir analíticamente uno u otro modelo, ya que el factor de ponderación de los TEs individuales será el mismo para ambos modelos. Todo lo anterior, unido a la mayor capacidad de generalización de los resultados del modelo de efectos aleatorios y a la baja probabilidad de que toda una población de estudios estime exactamente un mismo efecto poblacional, hace más realista su utilización. Sin embargo, en una revisión sistemática nunca puede saberse con certeza cuál de los dos modelos es más apropiado, puesto que se desconocen los parámetros poblacionales. Por esta razón, en esta investigación se realizó un análisis de sensibilidad en el que se aplicaron los dos modelos para comparar sus resultados, tanto en el TE medio como en la significación estadística y los intervalos de confianza.

Cuando existe heterogeneidad entre los TEs de los estudios, la búsqueda de variables moderadoras suele plantearse asumiendo modelos de efectos mixtos, donde la variable moderadora se toma como un factor de efectos fijos y los estudios como un factor de efectos aleatorios. Por tanto, los modelos de efectos mixtos que se han aplicado aquí son una ampliación del modelo de efectos aleatorios cuando se quiso comprobar el influjo de variables moderadoras sobre los TEs.

En esta revisión, la heterogeneidad entre los TEs se estimó calculando la varianza entre estudios, la prueba Q y el índice I^2 (Higgins y Thompson, 2002; Huedo, Sánchez-Meca, Marín-Martínez y Botella, 2006).

La prueba Q es útil para comprobar si el TE medio obtenido era representativo de todos los estudios integrados. Además esta prueba indica si existe o no heterogeneidad. Un resultado significativo en esta prueba indica la existencia de heterogeneidad entre los estudios e implica la búsqueda y análisis del efecto de variables moderadoras.

La prueba de heterogeneidad entre los efectos de los estudios que se utilizó fue propuesta por Cochran (1954) y definida posteriormente por Hedges y Olkin (1985, p. 123, ecuación 25):

$$Q = \sum w_i (T_i - \bar{T})^2$$

El índice I^2 se calculó con la fórmula:

$$I^2 = \frac{Q - (k - 1)}{Q} \times 100$$

Este índice permite cuantificar el grado de heterogeneidad en el meta-análisis. Este valor se puede interpretar como un porcentaje de heterogeneidad, es decir, como la parte total de la variación que se debe a la varianza entre estudios.

Esta varianza entre estudios (τ^2) refleja qué tanto difieren los TEs de las investigaciones incluidas en la revisión. Si el valor de esta varianza es mayor a 0 indica que existe cierto grado de heterogeneidad entre estudios.

Para el análisis de variables moderadoras se utilizó un modelo de efectos mixtos. En el caso de las variables cualitativas se utilizó un análisis de varianza ponderado sobre el efecto estimado. En este análisis se utilizó la prueba de homogeneidad inter-categorías (Q_B), estadístico Chi-cuadrado usado para probar la homogeneidad entre los promedios de TE entre las categorías de cada variable. Además, se calculó el Índice Omega cuadrado de Hays (ω^2) que representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Por otro lado, las variables moderadoras continuas se evaluaron con modelos de regresión por mínimos cuadrados ponderados. Se calculó el estadístico Q_R , que se distribuye según Chi-cuadrado de Pearson con tantos grados de libertad como predictores tenga el modelo. Para estimar la proporción de varianza explicada por el modelo se calculó el índice R^2 ajustado.

Asimismo, se realizó un análisis de sesgo de publicación (Rothstein, Sutton y Borenstein, 2005) para comprobar si era un factor que pudiera invalidar los resultados del meta-análisis. Se realizaron dos procedimientos: (1) el análisis de la fuente de publicación (estudios publicados *versus* no publicados); y (2) la “prueba de Egger”, que consiste en un modelo de regresión que toma la precisión de cada estudio como variable independiente (la precisión definida como la inversa del error estándar de cada TE) y el TE dividido por el error estándar como variable dependiente. Un resultado no significativo con la prueba t para la hipótesis de una intercepción igual a cero permite concluir que el sesgo de publicación no es una amenaza contra la validez del TE global (Sterne y Egger, 2005).

Si los resultados a las pruebas anteriores arrojaban resultados no significativos, entonces se podía afirmar que el sesgo de publicación no podía ser una amenaza contra la validez de los resultados.

5.2.6. Cálculo del tamaño del efecto

5.2.6.1. Estudios excluidos por información insuficiente

Dado que para calcular el TE se requieren unos datos mínimos que permitan aplicar las fórmulas diseñadas con este fin, se excluyeron del análisis los estudios que no informaban de datos suficientes. Este fue el caso para las investigaciones que:

- Informaron el N total, los n por grupos y el valor de F, pero no especificaron qué grupo había obtenido la media a su favor.
- Informaron el N total y el valor de F de ANCOVA, pero no de ANOVA.
- Informaron de las medias del posttest para los dos grupos, pero no sus desviaciones típicas.

5.2.6.2. *Procedimiento empleado para el cálculo de TE en los estudios incluidos*

Las fórmulas empleadas para calcular los TEs fueron elegidas en función del tipo de resultados de cada estudio. A continuación se describe el procedimiento estadístico que se siguió de acuerdo con los datos disponibles para el análisis.

- *Estudios con información de número de éxitos y fracasos en los dos grupos (tratado y control)*

Los datos dicotómicos se organizaron en una tabla de contingencia 2X2, donde uno de los factores de la tabla fue el grupo (experimental o de comparación), y el otro, los éxitos o fracasos de variable medida (por ejemplo, si habían reincidido –fracasos- y si no habían reincidido – éxitos). Los datos se organizaron como se muestra en el ejemplo de la Tabla 2.

A partir de estos datos se calculó el TE con el índice de *odds ratio*.

$$or = \frac{O_{1C}O_{2T}}{O_{1T}O_{2C}} = \frac{p_c(1 - p_t)}{p_t(1 - p_c)}$$

donde p_t y p_c son las proporciones de fracaso en los grupos (para la variable reincidencia serían los participantes que reincidieron tanto en los grupos tratados como de control). Cuando se obtuvo el valor “0” en alguna celda, se optó por sumar 0.5 a cada celdilla.

En los casos en que la mayoría de los estudios informaban de éxitos y fracasos, y una minoría en cambio registraba datos de medias y desviaciones, éstas últimas se transformaron a *diferencias medias tipificadas “d”* y luego a *odds*

ratio, para poner todos los tamaños del efecto en la misma métrica (Haddock, Rindskopf y Shadish, 1998; Sánchez-Meca, Marín-Martínez y Chacón-Moscoso, 2003). Este fue el caso de las medidas de reincidencia.

Para hacer más práctica la interpretación de los resultados de reincidencia los TEs se transformaron de *odds ratios* a coeficientes de correlación *r*. Para ello, se calculó el *LogOddsRatio* y luego se transformó a *d* mediante la fórmula:

$$d = \frac{\text{LogOddsRatio}}{1,65}$$

Y la *d* se tradujo a *r* a través de:

$$r = \frac{d}{\sqrt{d^2 + 4}}$$

A su vez, los coeficientes de correlación se transformaron en BESD (Binomial Effect Sizde Display) para obtener un índice de efectividad en términos de porcentaje diferencial de éxito entre los grupos tratados y de comparación (Rosenthal, 1991), con:

$$BESD = 0,5 \pm \left(\frac{r}{2} \right) \times 100$$

- *Estudios con información de medias y desviaciones típicas*

Cuando los estudios contenían información sobre el N total ($n_E + n_C$), la n_E , la media (\bar{x}_E) y la desviación estándar (S_E) del grupo experimental o tratado, y el n_C , la media y la desviación estándar (S_C) del grupo control o de comparación, se calculó la *diferencia media tipificada* (“*d*”). Cuando no se informó de los tamaños de los grupos, pero sí del tamaño total de la muestra

incluida en el estudio, se dividió el valor del N total en dos para asignar un valor de n a cada uno de los grupos. Con estos estudios se calculó el TE “d” con la siguiente fórmula:

$$d = \left(1 - \frac{3}{4N - 9}\right) \frac{\bar{y}_1 - \bar{y}_2}{S}$$

Donde la desviación típica conjunta (“S”) se calculó con:

$$S = \sqrt{\frac{(n_1 - 1)S_1^2 + (n_2 - 1)S_2^2}{n_1 + n_2 - 2}}$$

Luego se calculó la varianza de “d” usando la fórmula:

$$V(d) = \frac{n_E + n_C}{n_E n_C} + \frac{d^2}{2(n_E + n_C)}$$

En los casos en que la mayor parte del grupo de datos de un mismo tipo de medidas, por ejemplo las psicológicas, informaron de medias y no de éxitos y fracasos, el TE se calculó en función de la *diferencia media tipificada*, d.

Cuando hubo una minoría de datos que informó de éxitos y fracasos en el mismo tipo de medidas, se calculó *odds ratio* y luego su logaritmo L_{or} , que después se transformó a “diferencia media tipificada” (“d”) mediante la fórmula de transformación propuesta en Haddock *et al.* (1998) y que se debe a Cox (1970):

$$d = \frac{\text{LogOddsRatio}}{1,65}$$

Y su varianza:

$$S_{dCox}^2 = 0.367 \left[\frac{1}{O1E} + \frac{1}{O2E} + \frac{1}{O1C} + \frac{1}{O2C} \right]$$

Aunque la fórmula más popular para la transformación de *odds ratio* a *diferencia media tipificada* es la propuesta por Hasselblad y Hedges (1995), $d = L_{or} / 1.81$, estudios de simulación demuestran que presenta un ligero sesgo negativo del parámetro y que la propuesta de Cox apenas muestra sesgo alguno (Marín-Martínez *et al.*, 2002; Sánchez-Meca, Marín-Martínez y Chacón-Moscoso, 2003), por ello se ha usado esta última.

- *Estudios con información de N y F*

En los estudios con datos del N total ($n_E + n_C$), el valor de F como resultado de un análisis de varianza (ANOVA) y la información del grupo al que favoreció el resultado, pero en los que no era posible saber cuántos jóvenes habían participado en los grupos tratado y control, el TE fue calculado con la fórmula:

$$d = \left(1 - \frac{3}{4N - 9} \right) \frac{2\sqrt{F}}{\sqrt{N}}$$

Y la varianza con:

$$V(d) = \frac{n_E + n_C}{n_E n_C} + \frac{d^2}{2(n_E + n_C)}$$

Asumiendo que el valor de n_E y n_C es igual a $N/2$.

En los estudios con datos del N total ($n_E + n_C$), el n_E , el n_C , el valor de F como resultado de un análisis de varianza (ANOVA) y la información del grupo al que favoreció el resultado, el TE fue calculado con la fórmula:

$$d = \left(1 - \frac{3}{4N - 9}\right) \sqrt{F \left(\frac{n_1 + n_2}{n_1 n_2} \right)}$$

Con varianza:

$$V(d) = \frac{n_E + n_C}{n_E n_C} + \frac{d^2}{2(n_E + n_C)}$$

Cuando la mayoría de los estudios informó de los datos anteriores y sólo unos pocos registraron éxitos y fracasos en el mismo tipo de medida, se calculó *odds ratio* y luego su logaritmo L_{or} , que después se transformó a “*diferencia media tipificada*” (“*d*”).

5.2.6.3. Cálculos meta-analíticos para las medidas de reincidencia general y seria

Los estudios que evaluaron los programas de intervención a partir de las medidas de reincidencia general y seria, en su mayoría utilizaron datos dicotómicos, por ello el TE se calculó con base en *odds ratio*.

Se realizaron dos cálculos independientes, uno para la reincidencia general, y otro para la reincidencia seria.

Dado que un mismo estudio podía informar de resultados de reincidencia en diferentes periodos de seguimiento (por ejemplo, a los 6 meses y después de un año), se decidió registrar únicamente los datos correspondientes al periodo más largo. Se eligió sólo un periodo de seguimiento por estudio para evitar la dependencia de los datos; y se seleccionó el más largo, puesto que entre más tiempo pasa entre el final del programa aplicado y la evaluación de una medida de

resultado, mayor es la probabilidad de observar la consistencia de los datos obtenidos.

Se realizaron dos meta-análisis para cada medida de reincidencia. Uno para los datos disponibles de los jóvenes que iniciaron y terminaron el programa, que se denominó “*de quienes terminaron*” (*completers*). Y otro para los jóvenes que iniciaron el programa, pero no lo terminaron, que se denominó de “*intención de tratamiento*” (*intention-to-treat*).

El análisis de “*intención de tratamiento*” se realizó dado que la elección del periodo más largo de seguimiento podía contribuir a incrementar la mortalidad experimental y, como consecuencia, el efecto estimado podía estar sesgado. Con este propósito se calculó el *odds ratio* para cada estudio asumiendo el “peor de los escenarios”, es decir, que todos los participantes perdidos en el periodo de seguimiento (la mortalidad experimental), tanto del grupo control como del experimental, hubieran reincidido.

A través de la comparación de los resultados de TE “*de quienes terminaron*” y del grupo de los de “*intención de tratamiento*” se analizó el sesgo ocasionado por la mortalidad experimental. Además, se realizó un análisis de regresión para la mortalidad de los grupos tratados y de los grupos controles, así como para la mortalidad diferencial entre ellos, como variables moderadoras del TE. Si como resultado de este análisis ninguna de las tres variables afectaba a los TEs, se asumía que los resultados de quienes terminaron la intervención no estaban sesgados. El resultado no significativo al tomar esta variable como moderadora indicaría que no hay relación entre la mortalidad y los resultados de eficacia.

Con excepción de dos estudios, los datos informados de reincidencia general y seria correspondieron con éxitos y fracasos, con lo cual se empleó el cálculo de *odds ratio* para el análisis de TE, donde los valores mayores a 1 muestran una tasa más baja de reincidencia del grupo tratado con respecto al grupo de comparación.

Para los dos estudios que no informaron de éxitos y fracasos sino de medias y desviaciones típicas, se calculó la *diferencia media tipificada*, *d*, y luego se tradujo a *odds ratio*.

5.2.6.4. Cálculos meta-analíticos para las medidas psicológicas relacionadas con la reincidencia delictiva

- Medidas de ajuste psicológico

Todos los estudios con medidas de resultados de ajuste psicológico informaron datos de medias de posttest, desviaciones estándar y tamaños muestrales tanto de los grupos tratados como de control. Con estos datos se calculó el TE a través de la *diferencia media tipificada, d*.

En los casos en que un estudio informaba de diversas medidas de ajuste psicológico, para evitar el problema de la dependencia estadística, se calculó un solo TE por estudio que se denominó ajuste general. Además, los resultados de ajuste psicológico fueron clasificados en una de cuatro categorías:

- Emocional
- Interpersonal
- Cognoscitivo
- Educativo

Si un estudio tenía más de una medida psicológica de alguna de las cuatro categorías descritas, éstas se conjuntaban para calcular un solo TE por tipo de ajuste. De esta forma, se promediaron los índices *d* obtenidos con las variables psicológicas de ajuste de un mismo constructo (por ejemplo, emocional) con el objetivo de que cada estudio estuviera representado en los meta-análisis con un solo índice *d*. Así, en un mismo estudio se podían obtener cuatro TEs correspondientes a las categorías descritas, y un TE global para cada estudio (que incluyó las diferentes medidas psicológicas de ajuste disponibles para un mismo estudio).

Para las medidas de ajuste se han considerado los datos “*de quienes terminaron*” el programa, puesto que eran los únicos disponibles en los estudios. Por esta razón, no se analizó esta medida de resultado para quienes iniciaron el tratamiento y no lo terminaron (que para el caso de reincidencia tomamos como “*intención de tratamiento*”).

- *Medidas institucionales*

Los estudios que informaron sobre medidas institucionales registraron datos tanto de medias posttest de los grupos tratados y de comparación, como de éxitos y fracasos. A partir de la información sobre medias y desviaciones típicas se calculó el índice “*d*”. En el caso de estudios con información de éxitos y fracasos, primero se calculó el *odds ratio* y su logaritmo, y luego este fue transformado a “*d*”.

Si bien algunos estudios registraron una sola medida institucional, otros informaron de hasta cinco medidas, por lo cual fue necesario calcular un solo TE por estudio, para evitar el problema de la dependencia estadística.

Al igual que en el análisis de medidas psicológicas de ajuste, en el de resultados psicológicos institucionales sólo se han considerado los datos de los participantes que completaron la intervención puesto que son los resultados que se informan en los documentos.

- *Medidas de logro conductual*

Se obtuvieron seis resultados de medidas conductuales, con datos suficientes para calcular el TE, derivadas de tres estudios independientes. Estos datos fueron insuficientes para realizar un meta-análisis.

Los estudios que informaron sobre medidas conductuales registraron datos tanto de medias posttest de los grupos tratados y de comparación, como de éxitos y fracasos.

CAPÍTULO 6

RESULTADOS

En este capítulo se presentan los resultados de meta-análisis sobre la efectividad de los programas de intervención dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen carreras delictivas crónicas (delincuentes serios) y que se encontraban institucionalizados durante el tratamiento.

En la primera parte de este informe de resultados se describen las características de los estudios seleccionados e incluidos en la revisión sistemática. Luego, se presentan los análisis del efecto del tratamiento sobre las medidas de resultados de reincidencia general y seria, y la relación de estos datos con algunas variables moderadoras.

Por último, se analiza el efecto del tratamiento sobre las medidas de resultados psicológicas de ajuste e institucionales, y su relación con algunas variables moderadoras.

En el caso de las variables de resultados de tipo cualitativo, los informes de los estudios fueron tan pobres que no fue posible realizar análisis apropiados para las mismas.

Aunque en principio se planteó que si los estudios incluían algún periodo del tratamiento aplicado mientras los jóvenes se encontraban en comunidad, ésta se tomaría como una variable moderadora, la poca información disponible acerca de este factor en las investigaciones incluidas en la revisión no permitió hacer tal análisis.

6.1. Resultados de la búsqueda y la selección de estudios

La búsqueda de estudios que cumplieran con los criterios de inclusión de esta revisión dio como resultado (excluyendo las búsquedas en Internet, que generaron cientos de páginas) 1700 abstracts.

La mayoría de las referencias obtenidas en el proceso de búsqueda no correspondieron con evaluaciones de programas. Gran parte de las investigaciones identificadas en la búsqueda fueron revisiones teóricas acerca de modelos específicos de intervención o sobre regímenes institucionales. Varios estudios fueron descripciones de jóvenes que habían cometido delitos y se encontraban en un proceso de transición entre la institución y su salida en libertad. Algunos otros estudios se enfocaron en la validación o aplicación de pruebas psicológicas dirigidas a jóvenes que habían cometido delitos o que se consideraban violentos y que se encontraban institucionalizados. Otros estudios abordaron temas como: programas comunitarios o de derivación (alternativos a la institucionalización), predicción de reincidencia y descripción de perfiles de jóvenes delincuentes serios. Una pequeña proporción de estudios trató sobre el entrenamiento de personas que trabajan con jóvenes con carreras delictivas serias.

De los 1700 abstracts identificados sólo 140 cumplieron en principio con los criterios generales de esta revisión⁶. Luego, se realizó una evaluación de elegibilidad a partir de una lista de registro diseñada para tal fin (Apéndice B).

Al final 23 documentos (14 publicados y 9 no publicados) cumplieron con los criterios de elegibilidad de esta revisión y la información contenida en ellos fue codificada en el instrumento construido en esta investigación para tal fin (Apéndice C).

Doce de las investigaciones incluidas fueron artículos publicados en revistas científicas, dos libros, cinco informes gubernamentales y cuatro tesis doctorales. La mayoría de las investigaciones fueron coordinadas por psicólogos y criminólogos, y se realizaron en Estados Unidos entre 1970 y 1979. Con relación

⁶ Uno de los estudios seleccionados en la primera etapa de este estudio no pudo ser revisado. Este estudio fue el de Arduini (2000) que consiste en la evaluación de los efectos del programa POOCH sobre jóvenes que habían cometido delitos violentos y se encontraban internos en Instituciones Correccionales de la Autoridad Juvenil de Oregon. El proyecto consiste en el cuidado y entrenamiento de perros por parte de los jóvenes, y su posterior proceso de adopción por parte de familias en la comunidad. Aunque se contactó con la autora no se obtuvo el documento hasta la fecha de terminación de esta revisión.

a los jóvenes que participaron en los estudios, casi todos fueron hombres (82.61%) que habían cometido delitos violentos (60.87%) y se encontraban institucionalizados en centros de reforma juvenil (43.48%) o en colegios especiales de entrenamiento (34.78%). Las características categóricas de estos estudios se encuentran resumidas en la Tabla 3 (para ver los datos en mayor detalle se pueden revisar los Apéndices D y E).

Como se describe en la Tabla 4, el número inicial de jóvenes que participaron en los estudios incluidos en esta revisión fue de 7076 (3419 en los grupos tratados y 3657 en los grupos controles), y sus edades estuvieron alrededor de los 16 años.

Los 23 documentos incluidos en esta revisión correspondieron a 38 comparaciones independientes entre grupos tratados y controles (Tabla 5). Cada una de las comparaciones independientes recibió el nombre de estudio.

Las características categóricas de los 38 estudios analizados en esta revisión se describen en la Tabla 6. De los 38 estudios, 20 fueron cuasi-experimentales y 18 experimentales. La mayoría de los programas de intervención se basaron en modelos no-conductuales (28.9%), seguidos de los cognitivos-conductuales y los cognitivos (23.7% y 21.1% respectivamente). Los tipos de intervenciones menos frecuentes fueron el de medicamento (2.6%) y los educativos (7.9%). Con relación al enfoque de los programas, predominaron los aplicados de forma individual (65.8 %), seguidos de lejos por los dirigidos a pares (13.2%) y por los multi-enfocados (10.5%); sólo tres intervenciones se impartieron de forma grupal (7.9%) y uno fue familiar (2.6%).

Con relación a los grupos controles, en el 57.89% de los estudios incluidos en esta revisión no hubo información específica sobre las condiciones de programas o de rutinas institucionales que recibieron. En el 15.79% de los casos, el grupo control estuvo en una rutina institucional caracterizada por la ardua disciplina. En cinco estudios (13.16%) el grupo de comparación recibió algún tipo de instrucción o entrenamiento académico. El 10.53% de los grupos controles estuvo en un contexto de comunidad terapéutica, con reuniones grupales, asesoría familiar e individual. Sólo en un caso (2.6%) el grupo de comparación recibió un programa conductual.

En los 30 estudios que se informó de la duración de la intervención, el promedio fue de 6.6 meses por programa. Aunque sólo 14 estudios presentaron datos sobre la intensidad y la magnitud de las intervenciones, se puede decir que en promedio los programas se aplicaron durante cuatro horas a la semana y con una intensidad de alrededor de 43 horas por participante (Tabla 7). La descripción de los datos numéricos de cada uno de los estudios se puede ver en detalle en el Apéndice F.

No todas las investigaciones incluidas en esta revisión informaron el mismo tipo de resultados (Tabla 8). De las 23 investigaciones analizadas, 18 registraron datos de reincidencia general, lo cual correspondió a 31 comparaciones independientes entre grupos tratados y controles. En el caso de la reincidencia seria, nueve investigaciones (equivalentes a 16 estudios) informaron de estos datos.

Solo seis investigaciones tuvieron medidas de ajuste psicológico global y emocional, y aportaron 12 estudios para el análisis. En el caso de ajuste interpersonal, cinco investigaciones aportaron 11 estudios. Para el ajuste educativo hubo dos investigaciones y cuatro estudios. Mientras solo hubo tres estudios que informaron de datos sobre variables psicológicas cognoscitivas.

Por último, nueve trabajos (14 estudios) incluyeron datos de medidas psicológicas institucionales.

En el Apéndice G se puede ver el registro del tipo de medida de resultado informado por cada estudio.

6.2. Descripción de los estudios incluidos en esta revisión

Bottcher (1985) evaluó el efecto de un programa cognitivo denominado Modelo de Toma de Decisión Situacional (Technique Situational Decision Making Model –SDM-). El principal propósito del modelo SDM fue enseñar a chicas jóvenes a responsabilizarse por su conducta y entrenarles en habilidades de toma de decisión y de solución de problemas. En este programa participaron jóvenes con un largo historial delictivo que habían cometido algún delito serio (el 86% tenía antecedentes de delitos graves contra las personas o contra la propiedad).

En este estudio se realizaron varias comparaciones entre grupos tratados y controles, para esta revisión sólo se ha incluido una de ellas con la finalidad de evitar la dependencia de los datos. La comparación elegida consistió en el grupo tratado de jóvenes que ingresaron al Programa Athena y que salieron en libertad con el tiempo suficiente para permitir un seguimiento de 18 meses en comunidad; y el grupo de comparación de chicas que no participaron en el programa ni antes ni después de la investigación.

El estudio de Bottcher tuvo un moderado control estadístico. Aunque no se realizó una asignación aleatoria de las jóvenes a los grupos, si se siguió un procedimiento de equivalencia *post hoc* entre ellos; y se hizo un análisis de regresión para evaluar las diferencias entre los grupos tratados y controles, que no indicaron diferencias entre ellos.

Después de un periodo de seguimiento de 18 meses, el grupo tratado tuvo un menor porcentaje de reincidencia general que el grupo control, sin alcanzar significancia estadística (79.55% *versus* 85.71%). De igual forma, en la reincidencia seria el grupo tratado obtuvo un menor porcentaje que el grupo control (36.36% *versus* 39.29%) sin significancia estadística. En este estudio no se informaron medidas psicológicas ni institucionales de resultados.

Bottoms y McClintock (1973) evaluaron un tratamiento en el que los participantes recibieron un programa no conductual denominado Régimen Modificado que enfatizó los análisis de casos y un plan de tratamiento especial individual. Los jóvenes que participaron tenían carreras delictivas violentas y crónicas.

El diseño metodológico de esta investigación fue “antes y después”. La asignación de los participantes no fue aleatoria, pero se hizo un procedimiento de equivalencia *post hoc*. Además, los autores usaron un instrumento de predicción para estimar la probabilidad de fracaso de los participantes. Cada joven fue clasificado en una de cinco categorías -A, B, C, D, E- donde “A” representa la menor probabilidad de fracaso (menos del 25%) y “E” la mayor probabilidad (75% o más). En esta revisión se incluyen solo los jóvenes considerados en mayor riesgo (es decir los de las categorías D y E).

La reincidencia general en un periodo de seguimiento de 18 meses prácticamente tuvo la misma frecuencia en el grupo tratado (72.67%) y en el grupo control (72.99%). En este estudio no se informó de alguna otra medida de resultado.

En el estudio de *Caldwell y Van Rybroek (2001)* los participantes fueron jóvenes encarcelados con historial de problemas de conducta y agresivos (80% de los participantes estaba vinculado al sistema de justicia por un delito grave y todos fueron acusados con anterioridad de por lo menos un delito contra las personas).

El grupo tratado recibió un programa cognitivo-conductual denominado “Modelo de Descompresión”. Este modelo enfatiza los límites a través de experiencias tangibles y reduce relevancia a los procesos verbales poco productivos de quejas o de sentimientos no resueltos. La meta del tratamiento es desarrollar auto-control conductual con el propósito de ser capaz de comprometerse de forma activa en el proceso de intervención.

Se utilizó un procedimiento de equivalencia en el que se comparó a cada participante del programa con un joven de la misma institución que no recibió la intervención. En esta comparación se tuvieron en cuenta variables como la raza, el tipo de familia, el nivel socio-económico, el lugar de origen de cada joven y la convivencia de uno o dos de los padres con cada participante. Además, se consideraron dos variables más: (1) la edad que tenía cada joven cuando fue arrestado por primera vez; y (2) la persistencia de su conducta delictiva. Ninguna de las variables utilizadas para el proceso de equivalencia de los grupos mostró diferencias significativas entre los grupos tratado y control.

En este estudio la reincidencia general se midió después de un periodo de seguimiento de 18 meses. El porcentaje de reincidencia del grupo tratado fue de 10% comparado con el 70% del grupo control. Los datos mostraron diferencias significativas a favor del grupo tratado con un p significativa de .01. La reincidencia sería también fue significativamente menor en el grupo tratado comparado con el control (22.77% *versus* 43.54%; $p = .001$).

No se informó de otras medidas de resultados.

Caldwell y Van Rybroek (2005) evaluaron la reducción en la reincidencia en una población de jóvenes que había cometido delitos graves y que recibió un

programa de tratamiento institucional intensivo. Los participantes en este estudio registraron puntuaciones altas en la evaluación de psicopatía (33% del grupo tratado y 32% del grupo control) en la versión juvenil de la Lista de Registro de Psicopatía –PCL YV- (Psychopathic Checklist Youth Version).

La asignación de los participantes a los grupos no fue aleatoria. En contraparte, los autores de este estudio realizaron un análisis para asignar una calificación de *propensión* a cada participante. Los jóvenes del grupo tratado recibieron un programa intensivo basado en el Modelo de Descompresión. El programa enfatizó en los elementos que suelen generar resistencia en los jóvenes frente al tratamiento. Quienes recibieron el programa presentaron tasas de reincidencia general más bajas que los del grupo de comparación en un periodo de seguimiento de dos años (51.49% *versus* 72.79%, $p < .001$). No se informó de otras medidas de resultados.

En *Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003)* se realizaron dos estudios. En el primero, el grupo tratado recibió el Programa Mejorado de Habilidades de Pensamiento (Enhanced Thinking Skills Programme). En el segundo, los jóvenes del grupo tratado recibieron el Programa de Razonamiento y Rehabilitación.

En esta investigación se utilizó una metodología de equivalencia retrospectiva, en la que se cotejó cada uno de los participantes en el programa con un joven que no recibió la intervención. La equivalencia se realizó con base en cinco variables: (1) la medida de riesgo de reincidencia que se usó para categorizar a los jóvenes en diferentes niveles: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto (en esta revisión se tomaron en cuenta solo los datos de los jóvenes considerados de alto riesgo, caracterizados por carreras delictivas crónicas y violentas); (2) la raza; (3) el tiempo de duración de la sentencia (menos de 12 meses, 12 meses a dos años, 2 a 4 años y 4 años o más); (4) el tipo de delito cometido (violento, sexual, contra la propiedad, de drogas y otros); y (5) el año en que los jóvenes salieron en libertad (1996, 1997, 1998, 1999 y 2000).

En los dos estudios, después de un año de seguimiento, se informó de menor reincidencia en los grupos tratados comparados con los grupos controles (45.07% *versus* 49.3% y 44.44% *versus* 50.98%, respectivamente), aunque sin significancia estadística.

En ninguno de los dos estudios se informó de otras medidas de resultados.

En la investigación de *Cornish y Clarke (1975)* el personal del Colegio de Entrenamiento Kingswood seleccionó a los jóvenes de su institución que podrían beneficiarse de un programa de comunidad terapéutica. Estos jóvenes tenían un historial de alrededor de 3.1 arrestos previos. Quienes fueron considerados “elegibles” se ubicaron de forma aleatoria en uno de dos grupos (uno que recibió una intervención nueva de comunidad terapéutica y otro que se mantuvo con la rutina de la institución). Luego de la asignación aleatoria, los participantes de los dos grupos fueron comparados en 19 variables, sin encontrarse diferencias significativas entre ellos.

Tanto en el grupo tratado como en el de control el tratamiento siguió un Modelo de Comunidades Terapéuticas. Sin embargo, la intervención del grupo tratado tuvo elementos adicionales como reuniones grupales para ayudar a los jóvenes a internalizar códigos y valores socialmente aceptables, y la interacción entre los jóvenes y la comunidad de la que provenían.

Después de un periodo de seguimiento de 24 meses, el grupo tratado registró una tasa de reincidencia mayor que la del grupo control (67.14% *versus* 64.29%, sin significancia estadística). En reincidencia sería el grupo tratado mostró un menor porcentaje de reincidencia con relación al grupo control, pero de nuevo sin diferencias significativas (27.14% *versus* 35.71%).

Los autores no informaron de resultados psicológicos, pero sí de medias institucionales (incidentes durante la institucionalización) que favorecieron al grupo control aunque no de manera significativa.

La investigación de *Fagan (1990)* incluyó jóvenes que habían cometido delitos graves y que tenían largos historiales delictivos. Los jóvenes elegibles fueron asignados de forma aleatoria tanto a los grupos que recibieron un programa experimental como a los grupos controles.

El modelo de intervención aplicado fue el “Programa para Delincuentes Juveniles Violentos”-VJO- (Violent Juvenile Offender Programme). Este modelo enfatizó el desarrollo de límites sociales y el “desaprendizaje” de la conducta delictiva, a través del desarrollo de habilidades y competencias sociales aplicables a escenarios naturales para los jóvenes.

El programa estuvo conformado por dos dimensiones: la de principios teóricos y la de elementos estructurales. La primera, incluyó factores como: (1) red social; (2) oportunidades (participación escolar y laboral, actividades familiares, etc.); (3) aprendizaje social (recompensas y sanciones por el logro de metas o por conductas específicas); (4) conductas orientadas a la meta (por ejemplo, tratamiento para el abuso de sustancias o psicoterapia).

La segunda dimensión estuvo conformada por los siguientes elementos estructurales: (1) procedimientos de manejo de caso; (2) reintegración de los jóvenes a sus comunidades; y (3) programa residencial de fases múltiples (institucionalización, residencia basada en comunidad, comunidad o fases de reintegración).

Para evaluar la manera en que se aplicaron tanto los principios teóricos como los elementos estructurales del programa, Fagan desarrolló una medida continua del tratamiento. Esta medida incluyó comparaciones de la fortaleza e integridad de la intervención en los diferentes grupos tratados y de control.

La investigación fue realizada en cuatro ciudades distintas en Estados Unidos: Estudio 1: Boston; Estudio 2: Detroit; Estudio 3: Memphis; y Estudio 4: Newark. Aunque el tratamiento aplicado fue básicamente el mismo en estas ciudades, se registraron algunas diferencias en su implementación. En los cuatro estudios se informó de resultados de reincidencia general y seria, y no hubo datos de otras variables psicológicas o institucionales.

Estudio 1. Boston: en esta ciudad el programa tuvo la tasa de recompensa/sanción más balanceada, con relación a las conductas contingentes y de logro de metas de los jóvenes que participaron en el programa. La aplicación en general del programa mantuvo todos los componentes y fue el tratamiento que más se apegó a lo planeado en un inicio. Después de un periodo de seguimiento de 12 meses el autor informó que los resultados de la reincidencia general fueron más bajos para el grupo tratado que para el grupo control (40% *versus* 50%) sin significancia estadística. En la reincidencia seria se obtuvieron resultados también a favor del grupo tratado (20% reincidencia para grupo tratado y 60% grupo control; $p = .079$).

Estudio 2. Detroit: En este estudio el programa tuvo una tasa de recompensa/sanción desbalanceada, con relación a las conductas contingentes y el logro de metas de los jóvenes en el grupo tratado. La aplicación del programa cumplió con los elementos planeados desde el inicio de la investigación. Después de un periodo de seguimiento de 36 meses, la reincidencia general fue mayor en el grupo tratado que en el grupo control (64.71% *versus* 28.57%). En la reincidencia seria ocurrió algo similar con valores de 41.18% y 14.19% respectivamente.

Estudio 3. Memphis. En general, en esta ciudad la aplicación del programa reflejó una tasa baja de recompensa/sanción de conductas contingentes y de logro de metas de los jóvenes que participaron en el programa. La manera en que se desarrolló el tratamiento no se ajustó del todo a lo planeado, por lo cual el autor calificó el nivel de aplicación como medio. Después de un periodo de seguimiento de 24 meses la reincidencia general registrada fue más baja en el grupo tratado comparada con el control (40% *versus* 71.43%). El porcentaje de reincidencia seria fue similar en los dos grupos (40% *versus* 42.86%).

Estudio 4. Newark: en esta ciudad el programa tuvo una tasa pobre en cuanto a recompensa/sanción de conductas contingentes o logro de metas de los jóvenes que participaron en el programa. La manera en que se aplicó el programa difirió mucho de lo planeado, de tal forma que el autor calificó el nivel de aplicación como pobre o bajo. Después de un periodo de seguimiento de 24 meses, la reincidencia general fue más baja para el grupo tratado que para el de comparación (53.33% *versus* 75%) sin alcanzar diferencias significativas. En la reincidencia seria ocurrió algo similar (33.3% *versus* 50%).

En el estudio de *Ford (1974)* participaron adolescentes mujeres que presentaban explosiones de conducta agresiva, episodios de ira, hiperactividad, impulsividad e irritabilidad. Las jóvenes que participaron recibieron 300 mg. de un medicamento anticonvulsivo (Dilantina). Las jóvenes fueron asignadas aleatoriamente al grupo experimental y al grupo control. El personal de la institución estuvo ciego al procedimiento.

En este estudio no se evaluó ningún tipo de reincidencia. En las medidas psicológicas de ajuste, tanto global como por subcategorías (emocionales,

interpersonales, educativas y cognoscitivas), los datos muestran un efecto positivo y a favor del grupo tratado comparado con el control.

En los resultados psicológicos institucionales también se observó un efecto positivo y a favor del grupo tratado.

Friedman y Friedman (1970) informaron de dos estudios en su investigación. El primero correspondió a la aplicación de una terapia familiar no conductual en el grupo tratado; y el segundo consistió en una asesoría grupal intensiva. Los participantes tuvieron un historial delictivo con una media de arrestos previos de 5,6.

Estudio 1. Terapia Familiar No Conductual. Algunos de los jóvenes que participaron en este estudio fueron asignados de forma aleatoria a las condiciones de tratamiento y control. Además, los autores utilizaron un procedimiento de covarianza estadística para igualar los grupos.

El tratamiento incluyó apoyo y asesoría a la familia en momentos de crisis, asistencia para el logro de metas realistas, trabajo cooperativo para superar sentimientos de dolor y hostilidad entre sus miembros, ayuda para entender y resolver los sentimientos de unos para con otros.

Después de un seguimiento de 33 meses la media de reincidencia general fue menor para el grupo tratado (6.8) que para el grupo control (8.6) sin alcanzar diferencias significativas.

En la reincidencia seria se utilizó una medida en la que se combinaba el tipo de delitos cometidos (violentos y no violentos), la frecuencia en la comisión de delitos y el tiempo de institucionalización que pudo estar cada joven durante el seguimiento, de tal forma que a mayor calificación obtenida menor grado de conducta delictiva. En este estudio el grupo control obtuvo resultados más favorables que el grupo tratado sin alcanzar la significancia estadística (166.2 *versus* 169.2).

En los resultados de ajuste psicológico emocional e interpersonal los datos favorecieron al grupo control. No se informó de resultados institucionales.

Estudio 2. Tratamiento Cognitivo: Asesoría grupal intensiva para el Grupo de Pares. Los grupos fueron asignados de forma aleatoria. El programa de tratamiento fue cognoscitivo y dio especial importancia a los grupos de pares, con

énfasis en la confrontación directa sobre los valores e historiales delictivos, los hábitos nocturnos, las actitudes antisociales y los conflictos relacionados con la inestabilidad laboral. Después de un seguimiento de 33 meses la media de reincidencia general fue más baja en el grupo tratado (6.8) que en el grupo control (8.6) sin alcanzar diferencias significativas.

Los resultados de la medida de reincidencia seria fueron favorables para el grupo tratado con respecto al control, aunque sin alcanzar significancia estadística (183.4 *versus* 169.2).

En los resultados de ajuste psicológico emocional e interpersonal, los datos favorecieron al grupo control. No se informó de resultados institucionales.

En el estudio de *Gordon (1997)* participaron jóvenes que habían cometido delitos contra las personas y que tenían un promedio de 2.82 arrestos previos. En esta investigación se usó un diseño longitudinal de dos grupos. Aunque no hubo asignación aleatoria de los jóvenes a los grupos, se realizó un procedimiento de equivalencia *post hoc* que mostró alta similitud entre ellos.

En este estudio se aplicó un tratamiento cognitivo-conductual, cuyo propósito fue cambiar las actitudes y conductas antisociales en los jóvenes, por prosociales. El programa se enfocó en la terapia cognitiva, la modificación de conducta, la terapia de realidad y la intervención familiar. Después de un seguimiento de 24 meses el grupo tratado registró menor porcentaje de reincidencia general y seria que el grupo control (33.65% *versus* 44.69%, $p=0.059$; y 33.65% *versus* 44.69%, respectivamente).

El estudio de *Guerra y Slaby (1990)* incluyó jóvenes institucionalizados por la comisión de uno o más actos delictivos violentos, que fueron asignados de forma aleatoria (balanceados por género) a uno de tres grupos: un grupo de tratamiento, un grupo de atención y un grupo control. Sólo fue posible analizar las medidas de resultados de reincidencia general.

Estudio 1. Se aplicó un Programa de Entrenamiento en Mediación Cognoscitiva (Cognitive Mediation Training Programme –CMT-) al grupo tratado. El programa se enfocó en mejorar los déficits de habilidades en solución de problemas sociales y en la modificación de creencias que apoyan el uso de la agresión. Después de un seguimiento de 24 meses, el grupo tratado tuvo

un menor porcentaje de reincidencia que el grupo control (34.48% *versus* 45.83%, sin alcanzar significancia estadística).

Estudio 2. Este estudio corresponde a la comparación entre dos grupos controles. El primero consistió en un grupo de atención donde se aplicó un tratamiento que tuvo énfasis educativo. El grupo control no recibió tratamiento, solo fue evaluado. Después de un seguimiento de 24 meses el grupo tratado tuvo menor porcentaje de reincidencia que el grupo control (42.86% *versus* 45.83%, sin alcanzar significancia estadística).

En la investigación de *Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)* se aplicó un programa conductual conformado por actividades atractivas para los participantes, las cuales se cambiaban con frecuencia para evitar la rutina, así como para impedir que los jóvenes anticiparan y manipularan el programa. También se ofreció entrenamiento académico y vocacional. Se usaron técnicas conductuales de reforzamiento y tiempo fuera. Las recompensas incluyeron puntos por conducta positiva y por ganar competencias organizadas dentro de la institución.

Los autores del estudio describieron a los participantes como psicópatas con largos historiales delictivos y una alta tasa de informes y transferencias disciplinarias a instituciones de alta seguridad.

El diseño metodológico del estudio fue cuasi experimental. Los participantes no fueron seleccionados de forma aleatoria, pero se compararon con base en sus rasgos de psicopatía, raza, CI y tipo de delito cometido, sin encontrarse diferencias significativas entre los grupos tratado y control antes de iniciar el tratamiento.

En esta investigación solo se informó de resultados a nivel institucional, que sugirieron un efecto positivo del tratamiento positivo a favor del grupo experimental.

Jesness (1971) incluyó en su estudio a jóvenes que se encontraban institucionalizados por la comisión de un delito y que tenían historiales delictivos largos y graves. El autor clasificó a los participantes de acuerdo con su nivel de riesgo para la delincuencia en: alto, medio y bajo. En esta revisión se han incluido solo los jóvenes de la categoría de alto riesgo.

Los jóvenes fueron asignados aleatoriamente a los grupos experimental y control. El tratamiento se aplicó con base en el tipo de personalidad de los participantes, que fue clasificada en seis categorías. Cada uno de los seis subtipos de personalidad fue ubicado en una unidad distinta dentro de la institución. Las unidades estuvieron conformadas por los siguientes tipos de personalidad y énfasis del tratamiento:

Unidad de Pasivos y Agresivos no Sociables. El tratamiento se basó en contactos individuales terapeuta-paciente.

Unidad de Conformistas Culturales. El tratamiento enfatizó una atmósfera relajada y tranquila, y contactos individuales terapeuta-paciente.

Unidad de Inmaduros Conformistas. Se enfocó en el tratamiento grupal.

Unidad de Manipuladores. Usó una intervención conductual y de contactos individuales terapeuta-paciente.

Unidad de Neuróticos Expresivos. Empleó asesoría individual basada en el análisis transaccional para ayudar a los jóvenes a entender y tratar con sus familiares.

Unidad de Neuróticos Ansiosos. Empleó contactos individuales terapeuta-paciente y asesoría grupal.

Después de un seguimiento de 24 meses el grupo tratado tuvo menor porcentaje de reincidencia que el grupo control (75.68% *versus* 77.47%) sin alcanzar significancia estadística. No hubo datos para el análisis de otro tipo de medidas de resultados.

En la investigación de *Jesness (1975)* se realizaron dos estudios independientes. Los participantes fueron jóvenes que habían cometido delitos graves y con largos historiales delictivos. Solo se contó con datos para evaluar los resultados de reincidencia general.

Estudio 1. El grupo experimental recibió un programa no conductual basado en el análisis transaccional (con fundamentos psicodinámicos y terapia grupal). Después de un periodo de seguimiento de 12 meses, la tasa de reincidencia del grupo experimental fue significativamente más baja que para el grupo de comparación (32.89% *versus* 47.42%; $p < .01$).

Estudio 2. Los jóvenes en el grupo tratado recibieron una intervención cognitivo-conductual. Luego de un seguimiento de 12 meses la tasa de reincidencia para el grupo experimental fue significativamente más baja que para el grupo de comparación (32.41% *versus* 41.68%; $p < .01$).

Kawaguchi (1975) evaluó un programa de tratamiento en el que participaron jóvenes que habían cometido delitos violentos. Los participantes tuvieron historiales delictivos previos y arrestos por delitos contra las personas (todos los jóvenes tuvieron 3 o más arrestos previos).

Este estudio utilizó un diseño de grupo control no equivalente. Sin embargo, para el análisis de datos, se consideraron las diferencias entre los grupos. Tanto el grupo experimental como el de comparación recibieron un programa de entrenamiento vocacional y académico. La principal diferencia entre los grupos fue que el tratado contó con un elemento adicional, la participación de una compañía privada de desarrollo económico (Teledyne Economic Development Company –TED-). El programa experimental permitió mayor flexibilidad y preparación del personal encargado de aplicarlo, y enfatizó la preparación de los jóvenes para su reingreso a la comunidad.

Después de un periodo de seguimiento de 12 meses el porcentaje de reincidencia general del grupo tratado fue mayor que el del grupo control (38.1% *versus* 35.15%, sin alcanzar significancia estadística).

Con relación a la reincidencia seria, ésta fue ligeramente menor en el grupo tratado comparado con el control (11.22% *versus* 12.76%, sin significancia estadística).

Moody (1997) evaluó la aplicación de un tratamiento cognitivo-conductual entre pares de jóvenes, que incluyó dilemas morales, grupos de discusión y economía de fichas. Los participantes tuvieron historiales delictivos de arrestos por asaltos y otros actos violentos. Aunque los jóvenes no fueron asignados aleatoriamente a los grupos, el autor usó la prueba de *chi* cuadrado para evaluar diferencias entre los participantes en el programa y quienes estaban en el grupo control. Esta comparación no arrojó diferencias significativas. Después de un periodo de seguimiento de 18 meses, el porcentaje de reincidencia general en los dos grupos fue el mismo (50%).

Para este estudio no se contó con datos que permitieran analizar resultados de reincidencia seria ni de variables psicológicas.

Las medidas institucionales de incidentes mostraron resultados a favor del grupo tratado.

Randall (1973) estudió el efecto de un Programa de Entrenamiento Vocacional (Proyecto Youth Incarcerated and/or Prison Preparing Early to Earn – YIPPEE-). Todos los participantes habían sido arrestados y sentenciados por un delito grave. Los cursos del proyecto estuvieron relacionados con oportunidades laborales existentes en las comunidades de origen de los participantes.

Cada joven del grupo experimental fue comparado con otro del grupo control en su edad, habilidades de aprendizaje, su nivel educativo y las razones para su institucionalización. La comparación de los grupos con base en las pruebas *t* y *chi cuadrada* no mostraron diferencias significativas entre los grupos. Después de un periodo de seguimiento de 12 meses, el porcentaje de reincidencia para el grupo experimental fue el mismo que el del grupo control (58%).

En la reincidencia seria el porcentaje del grupo tratado fue menor que en el grupo control (30% *versus* 38%; sin diferencia significativa).

Los datos informados en este estudio no permitieron analizar otras medidas de resultados.

En el estudio de *Robinson (1994)* los participantes se encontraban institucionalizados por la comisión de delitos graves y presentaban largos historiales delictivos.

El estudio consistió en un cuasi-experimento, en el que se evaluó la equivalencia de los grupos tratado y control en variables como: (1) la edad en la que los jóvenes fueron institucionalizados; (2) la edad en que cometieron su primer delito; (3) su nivel académico; (4) el coeficiente intelectual; (5) el número de delitos serios previos; y (6) la gravedad de los delitos previos. La única diferencia encontrada entre los grupos tratado y control fue el número de delitos menores en su historial. El grupo control tuvo significativamente más delitos menores previos que el grupo tratado.

El tratamiento aplicado al grupo experimental consistió de varios módulos del Curriculum de un Programa de Razonamiento y Rehabilitación que incluyó

habilidades de solución de problemas, negociación, manejo de emociones, pensamiento creativo, valores, razonamiento crítico y ejercicios cognoscitivos, en discusiones grupales.

Después de seis meses, el porcentaje de reincidencia para el grupo tratado fue más bajo que para el grupo control (39.73% *versus* 48.44%) sin alcanzar significancia estadística.

Ross y McKay (1976) compararon cuatro grupos tratados con un grupo control. Las participantes fueron delincuentes inmanejables con problemas de conducta severos y crónicos. La naturaleza secuencial del proyecto no permitió la asignación aleatoria de las jóvenes a los grupos, así que los autores usaron un procedimiento de equivalencia para evaluar las diferencias entre las participantes de los grupos tratados con el grupo control. Para este procedimiento se usaron variables como la edad, el tiempo de institucionalización y el coeficiente intelectual. No se encontraron diferencias entre los grupos. Cada comparación entre un grupo tratado y el grupo control constituyó un estudio independiente. Los cuatro estudios informaron de datos de reincidencia general. No hubo información sobre otro tipo de medidas de resultados.

Estudio 1. El tratamiento consistió en un Programa de Modificación de Conducta (economía de fichas) con etapas o niveles secuenciales a través de los cuales cada participante podía avanzar hasta lograr su libertad. Después de un periodo de seguimiento de 9 meses el porcentaje de reincidencia fue mayor para el grupo tratado comparado con el grupo control (53.33% *versus* 33.33%, sin alcanzar significancia estadística).

Estudio 2. El programa utilizado recompensó las acciones sociales positivas específicas observadas en las participantes. Después de un seguimiento de 9 meses, el porcentaje de reincidencia fue mayor para el grupo tratado que para el control (66.67% *versus* 33.33%, sin significancia estadística).

Estudio 3. Se utilizó un Programa de Modificación de Conducta junto con un Programa de Terapia de Pares. Después de un seguimiento de 9 meses, el porcentaje de reincidencia para el grupo tratado fue mayor que para el grupo control (60% *versus* 33.33%, sin significancia estadística).

Estudio 4. Se aplicó un programa de terapia de pares en el que los participantes recibieron entrenamiento en principios de reforzamiento y en persuasión, para actuar como terapeutas de sus compañeras. Después de un periodo de seguimiento de 9 meses, el porcentaje de reincidencia del grupo tratado fue más bajo que para el grupo control (6.67% *versus* 33.33%; $p = .097$).

En la investigación de *Schlichter y Horan (1981)* se aplicó un Programa Cognoscitivo de Inoculación de Estrés. Los jóvenes que participaron en esta investigación habían sido enviados a una institución correccional por término indefinido, tenían historias pre institucionales de agresión física o verbal, y graves problemas para manejar la ira. La asignación de los participantes a las condiciones de tratamiento y control fue aleatoria.

Los resultados indicaron que la intervención tuvo efectos positivos y a favor del grupo tratado en las medidas de ajuste psicológico (interpersonal y emocional). Las medidas de ajuste psicológico cognoscitivo e institucionales fueron mejores para el grupo control. No se informó de datos relacionados con reincidencia.

En el estudio de *Seagram (1997)* los participantes fueron reincidentes en la comisión de delitos (85% de la muestra) o primo delincuentes que cometieron delitos violentos - asalto agravado, robo, intento de homicidio, homicidio, lesiones- (65% de la muestra). Los jóvenes con historias no violentas tendieron a tener múltiples sentencias por delitos contra la propiedad acompañadas de vandalismo y destrucción de la propiedad.

En esta investigación, los sujetos no fueron asignados de forma aleatoria a las condiciones de tratamiento y control. Sin embargo, se utilizó un procedimiento de evaluación de equivalencia de los grupos con base en las siguientes variables: (1) la duración de la sentencia; (2) la seriedad del delito; (3) el nivel de inteligencia; (4) las dificultades de aprendizaje; (5) el diagnóstico de déficit de atención con hiperactividad; (6) las institucionalizaciones previas.

Seagram aplicó un programa cognitivo-conductual de Terapia Enfocada en Soluciones. Los resultados señalan que el programa tuvo un efecto positivo y a favor del grupo tratado en las medidas de ajuste psicológico (emocional,

cognoscitivo y educativo). Se obtuvo un resultado similar en las variables psicológicas institucionales.

La investigación de *Sowles y Gill (1970)* incluyó a jóvenes hombres y mujeres con un promedio de 5.6 y 3.4 arrestos previos en sus historiales delictivos respectivamente. Los participantes fueron asignados de forma aleatoria a uno de dos grupos de tratamiento (uno de asesoría individual y otro grupal). Para esta revisión se han considerado cuatro estudios en función del tratamiento aplicado y el género de los participantes. Los programas de intervención tuvieron como objetivo el desarrollo de relaciones estables y aceptables con los pares y con el personal de la institución. Durante la intervención se evaluaron las experiencias y sentimientos individuales de los jóvenes que podrían haber contribuido a su comportamiento delictivo, así como sus habilidades para hacer frente a los sentimientos de frustración de manera aceptable.

Estudio 1. Se aplicó un programa de asesoría individual no- conductual dirigido a jóvenes hombres. Después de un seguimiento de 120 meses, el porcentaje de reincidencia de los grupos tratados y controles fue el mismo (53.33%).

En la reincidencia seria el grupo tratado registró menor reincidencia general que el grupo control (53.33% *versus* 60%, sin diferencia estadísticamente significativa).

En general, en los resultados de ajuste psicológico e institucional el grupo control obtuvo mejores resultados que el tratado.

Estudio 2. Se aplicó un programa de asesoría individual no- conductual dirigido a jóvenes mujeres. Después de un seguimiento de 120 meses, el porcentaje de reincidencia general del grupo tratado fue mayor que en el grupo control (60% *versus* 20% sin alcanzar significancia estadística). El porcentaje de reincidencia seria fue menor en el grupo tratado (10% *versus* 20%, sin significancia estadística).

El ajuste psicológico mostró un resultado positivo a favor del grupo tratado (tanto en lo referente a medidas emocionales como interpersonales). En las medidas institucionales, el registro de incidentes fue el mismo para el grupo tratado que para el control.

Estudio 3. Se aplicó un programa de asesoría grupal no- conductual dirigido a jóvenes hombres. Después de un seguimiento de 120 meses, el porcentaje de reincidencia del grupo tratado fue mayor que en el grupo control (60% *versus* 53.33% sin alcanzar significancia estadística). Por el contrario, se registró menor porcentaje de reincidencia seria en el grupo tratado que en el control (20% *versus* 60%; $p = 0.031$).

En los resultados de ajuste psicológico, como categoría global, los resultados favorecieron al grupo tratado. De forma específica, en la categoría de ajuste emocional este resultado fue favorable para quienes recibieron el tratamiento. Sin embargo, en la categoría de ajuste interpersonal los resultados fueron mejores para el grupo control.

En las medidas institucionales hubo un mayor número de incidentes en el grupo tratado que en el control.

Estudio 4. Se aplicó un programa de asesoría grupal no- conductual dirigido a jóvenes mujeres. Después de un seguimiento de 120 meses, el porcentaje de reincidencia del grupo tratado fue mayor que en el grupo control (60% *versus* 20% sin alcanzar significancia estadística). Por el contrario, se registró menor porcentaje de reincidencia seria en el grupo tratado que en el control (10% *versus* 20%; sin alcanzar diferencia significativa).

En las medidas de ajuste psicológico, en general, los resultados favorecieron al grupo control. En los resultados de ajuste emocional los datos muestran un mayor efecto positivo en el grupo tratado con respecto al control. En las medidas de ajuste interpersonal los resultados favorecieron al grupo control.

Por último, las medidas institucionales mostraron menores incidentes en los jóvenes del grupo tratado que en el control.

La investigación de *Tupker y Pointer (1975)* incluyó jóvenes que tenían amplios historiales delictivos (media de 3.6 arrestos previos para el grupo tratado y 3.9 para el grupo control), y en algunos casos que habían cometido delitos serios (por ejemplo, allanamiento de morada, robo, asalto y lesiones).

La asignación de los jóvenes a cada grupo fue al azar. Además se usó un procedimiento de balanceo con base en las siguientes variables: (1) edad; (2) raza;

(3) reincidencia; (4) lugar de procedencia; (5) situación parental; y (6) medida de inteligencia.

En este estudio se utilizó un sistema de diagnóstico y clasificación, con base en el cual se aplicaba un tratamiento diferencial acorde con las características de los sujetos. Se utilizaron tres categorías de clasificación que correspondieron con tres estudios independientes.

Los resultados informados no incluyen medidas de reincidencia.

Estudio 1. Inadecuados - Inmaduros (BC-1). Se empleó un tratamiento no conductual de Entrenamiento de Habilidades para las Relaciones Interpersonales. La atmósfera del programa promovió el apoyo mutuo. La intervención tuvo un enfoque individual, aunque también se contó con actividades sociales planeadas y supervisadas por el personal de la institución. Además, se emplearon programas educativos de lectura remedial.

Los resultados en este estudio indican la influencia positiva del tratamiento a favor del grupo tratado en las medidas de ajuste psicológico (emocional e interpersonal). Sin embargo, en el ajuste educativo los datos favorecen el grupo control.

En los resultados institucionales también se observa una ligera influencia positiva del tratamiento.

Estudio 2. No socializados - Psicóticos (Bc-3). Se aplicó un programa conductual bien estructurado, con límites bien definidos para los participantes y con especial énfasis en identificar y controlar sus posibles intentos de manipulación. También se utilizó un sistema de retroalimentación en el que los jóvenes ganaban puntos por su buen desempeño en las clases y por conductas positivas (por ejemplo, obedecer las reglas del salón y terminar actividades asignadas en el tiempo reglamentario). A su vez, los puntos ganados permitían el acceso a privilegios. El programa dio la posibilidad de recibir asesoría individual y de tomar parte en actividades recreativas.

Los resultados de la evaluación del programa indicaron efectos positivos en el grupo tratado, comparado con el control, en todas las categorías de ajuste psicológico (emocional, interpersonal y educativo). Asimismo, se encontró influencia positiva a favor del grupo tratado en las medidas institucionales.

Estudio 3. Socializados Subculturales (BC-4). En este estudio se empleó la terapia de la realidad de Glasser. Uno de los fundamentos de esta intervención fue fortalecer la relación del terapeuta con los jóvenes, y debilitar la relación de éstos con sus pares. Se realizaron reuniones de grupos pequeños, con énfasis en el concepto de participación en la planeación del propio programa individual de rehabilitación de cada joven. Además, se empleó la terapia familiar.

Los resultados en este estudio indican la influencia positiva del tratamiento, a favor del grupo tratado en las medidas de ajuste psicológico (emocional e interpersonal). Sin embargo, los resultados de ajuste educativo favorecieron el grupo control.

En los resultados institucionales también se observa un mejor desempeño del grupo control.

6.3. Análisis del efecto de los tratamientos sobre la reincidencia general

6.3.1. Análisis del efecto medio “de quienes terminaron” el programa

Los estudios que informaron sobre reincidencia general, lo hicieron en su mayoría a través del número de jóvenes que reincidieron, por ello se utilizó la medida de *odds ratio*. Aunque algunos estudios informaron de la media de reincidencia en los grupos, los datos fueron insuficientes para realizar un meta-análisis. Así, se realizó un meta-análisis con los datos de reincidencia general “*de quienes terminaron*” los programas. Asumiendo el modelo de efectos aleatorios, el promedio de *odds ratio* fue $or_+ = 1.269$, un resultado positivo a favor de los grupos tratados y estadísticamente significativo ($p = .005$). En términos del coeficiente de correlación ($r = .072$), estos datos significan que los jóvenes que recibieron el tratamiento reincidieron un 7.2% menos que quienes estuvieron en los grupos controles. La transformación de los resultados al BESD indica que el 53.6% de los participantes de los grupos controles reincidieron, mientras que en los grupos tratados lo hizo el 46.4%.

El TE obtenido en el modelo de efectos fijos fue similar ($r = .088$) al del modelo de efectos aleatorios.

En la Tabla 9 se describen los resultados del análisis “*de quienes terminaron*” el programa. La Figura 1 muestra un *forest plot* con la distribución de los TEs de cada uno de los estudios que informó de reincidencia general.

6.3.2. Análisis del efecto medio “*de intención de tratamiento*”

En el análisis “*de intención de tratamiento*” se asumió el peor escenario posible, es decir, que todos los individuos, de quienes no se obtuvieron datos en el periodo de seguimiento analizado, tanto de los grupos tratados como controles, habían reincidido. Con estos datos se realizó un meta-análisis, asumiendo los modelos de efectos fijos y aleatorios (ver Tabla 10). Con el modelo de efectos fijos se obtuvo un promedio de *odds ratio* estadísticamente significativo ($or_+ = 1.209$; $r = .057$; $p < .001$), pero con el modelo de efectos aleatorios el efecto promedio no logró significación estadística ($or_+ = 1.129$; $r = .037$; $p = .281$). Estos resultados implican que la intervención, en general, fue efectiva cuando se asume el modelo de efectos fijos, pero no cuando se asume el de efectos aleatorios.

Aunque los datos encontrados reflejan una amenaza a la validez, por la diferencia entre los resultados obtenidos en función del modelo utilizado, el análisis de mortalidad –que se explica más adelante– no sugirió una relación significativa entre ella y los TEs. Con lo cual, no se puede concluir que los resultados estén sesgados en razón de la mortalidad, y se justifica que los siguientes análisis consideren únicamente los datos de quienes terminaron la intervención.

6.3.3. Análisis de sesgo de publicación

Con relación a la comparación de la media de TE de los estudios publicados con los no publicados, los resultados no mostraron diferencias significativas relacionadas con esta variable (Tabla 11). Además, el resultado en la prueba de Egger fue no significativo para la intercepción del modelo de regresión [Intercepción = -0.520 ; $T(29) = 1.422$, $p = .166$]. Con los datos obtenidos se rechazó la hipótesis de sesgo de publicación.

6.3.4. *Análisis de heterogeneidad*

En el caso de quienes completaron el programa, la prueba Q de heterogeneidad fue estadísticamente significativa [$Q(30) = 48.435, p = .018$], el índice I^2 indicó un porcentaje importante de heterogeneidad (38.1%). Estos resultados implican que la efectividad de los tratamientos aplicados fue heterogénea y, en consecuencia, se debe analizar la influencia de variables moderadoras sobre los efectos estimados (Tabla 9).

6.3.5. *Análisis de fiabilidad de la codificación*

El análisis de fiabilidad que se realizó con base en dos codificaciones independientes, de las características de 30 de los 38 estudios incluidos en la revisión, mostró que hubo un alto grado de acuerdo en la codificación de las variables moderadoras. La fiabilidad en la codificación calculada con base en la diferencia de acuerdos y desacuerdos de dos observaciones independientes, y divididas por el número total de estudios, osciló entre .87 y 1, con un promedio de .95. El análisis de fiabilidad realizado con base en el coeficiente kappa de Cohen osciló entre .799 y 1, lo cual representa un nivel de fiabilidad aceptable y significativo de la codificación, con un promedio de .916. Estos datos se describen en la Tabla 1 y en el Apéndice H.

6.3.6. *Análisis de variables moderadoras*

6.3.6.1. *Variables de Tratamiento*

- *Tipo de Tratamiento*

Una de las variables moderadoras más relevantes desde el punto de vista conceptual para explicar la heterogeneidad del efecto estimado fue el tipo de tratamiento aplicado en los grupos experimentales. La Tabla 12 presenta los resultados del análisis de esta variable moderadora y su relación con el TE. La comparación de las cinco categorías de tratamiento incluidas en esta revisión no mostró un resultado estadísticamente significativo [$Q_B(4) = 5.393, p = .249$] y con un porcentaje de varianza bajo, del 3.4%. Con estos datos no se puede decir que algún tratamiento sea mejor que otro, aunque la ausencia de significación

estadística puede deberse a que cada categoría de tratamiento tiene un número pequeño de estudios.

Además, con excepción de la categoría de tratamiento cognitivo-conductual, las cuatro categorías restantes obtuvieron intervalos de confianza cuyos valores incluyeron el efecto nulo. Con lo anterior, no hay evidencia a favor de la efectividad de los diferentes tipos de intervención aplicados con delincuentes juveniles serios, en términos de reincidencia general. Sin embargo, aunque en un sentido estricto los hallazgos no muestran efectividad diferencial de las categorías de tratamiento, se encuentra una tendencia a efectos positivos en el caso de los tratamientos cognitivo-conductuales (con un intervalo significativo).

- ***Tipo de Enfoque***

Como se muestra en la Tabla 13, no hubo diferencias significativas entre los TEs en función del tipo de enfoque del programa [$Q_B(3) = 4.057, p = .255$]. Sin embargo, de las cuatro categorías analizadas, sólo los programas multi-enfocados presentaron un TE medio significativo ($or_+ = 1.798$, con intervalo de confianza 1.096 y 2.950) y valor $r = .175$. Este resultado se debe tomar con precaución debido a que en la categoría de programas multi-enfocados sólo hubo datos de dos estudios. La proporción de varianza explicada por esta variable fue casi nula ($\omega^2 = .014$).

- ***Duración del tratamiento***

Aunque la pendiente de regresión obtenida en el análisis de datos es negativa ($B_j = -.006$), no se observa una relación estadísticamente significativa entre la duración del tratamiento y el TE, según el resultado de la prueba Q_R ($p = .825$). Además, el porcentaje de varianza explicada es prácticamente nulo (0.2%). Estos datos pueden verse en la Tabla 14.

6.3.6.2. Variables de participantes

- ***Edad***

No se encontró una relación estadísticamente significativa entre la edad de los participantes en los estudios y el TE, según el resultado de la prueba Q_R ($p =$

.308), tal como se muestra en la Tabla 15. Además, el porcentaje de varianza explicada es pequeño (3.4%).

- ***Género***

El ANOVA aplicado sobre la variable moderadora de género arrojó un resultado marginalmente significativo, según se desprende del resultado de la prueba Q_B ($p = .059$), lo que indica que los resultados de eficacia de los tratamientos, en términos de reincidencia, son diferentes dependiendo de que la muestra de jóvenes esté formada sólo por mujeres, sólo por varones o que sea una combinación de ambos sexos.

No obstante, el porcentaje de varianza explicada no es muy alto, situándose en el 4%. Los estudios con jóvenes de sexo femenino obtuvieron un TE contrario al tratamiento ($or_+ = 0.579$), aunque no estadísticamente significativo, por lo que se puede afirmar que los tratamientos no fueron efectivos cuando se aplicaron a muestras de chicas. Cuando las muestras estuvieron formadas sólo por chicos los tratamientos alcanzaron un TE positivo ($or_+ = 1.332$) y estadísticamente significativo, mientras que cuando las muestras estuvieron formadas por una combinación de ambos sexos, aunque el tamaño del efecto medio fue favorable al tratamiento ($or_+ = 1.334$), éste no alcanzó la significación estadística (aunque ello puede deberse al escaso número de estudios incluidos en esta categoría -sólo dos estudios-). Los datos del análisis de la variable género se muestran en la Tabla 16.

- ***Tipo de participantes***

La variable moderadora de tipo de participantes tampoco mostró diferencias significativas en sus tres categorías (crónicos, violentos y mixtos) con relación a la efectividad del tratamiento [$Q_B(2) = 3.038$, $p = .219$], y con una proporción de varianza explicada casi nula ($\omega^2 = .022$). No obstante, la categoría de jóvenes crónicos y violentos obtuvo una media de TE significativa ($r = .092$; $or_+ = 1.355$, con intervalo de confianza 1.086 y 1.691) (Tabla 17).

6.3.6.3. Variables de la metodología

- *Diseño de los estudios*

La primera variable metodológica moderadora que se analizó fue el tipo de diseño de los estudios. Esta variable distinguió las investigaciones experimentales (con asignación aleatoria) de las cuasi-experimentales (sin asignación aleatoria). La Tabla 18 muestra los resultados del análisis con base en el modelo de efectos mixtos. La prueba de homogeneidad inter-categorías (Q_B) no mostró diferencias estadísticamente significativas entre las medias del TE para los estudios experimentales y cuasi-experimentales ($p = .267$), aunque el intervalo de confianza del promedio de *odds ratio* para los diseños experimentales incluyó el efecto nulo ($or_+ = 1.070$; $r = .020$), mientras que los diseños cuasi-experimentales no lo incluyeron ($or_+ = 1.332$; $r = .086$). La ausencia de diferencias significativas entre los dos tipos de diseños justifica la integración de todos los estudios para analizar las demás variables moderadoras.

La proporción de varianza explicada por esta variable fue baja ($\omega^2 = .002$).

- *Tipo de grupo control*

Con relación a los grupos controles o de comparación, en general hubo una descripción pobre de estas condiciones en los estudios incluidos en la revisión. La mayoría de los grupos de comparación (18 de los 31 estudios que informaron de reincidencia general) no describieron las características de las condiciones específicas en las que estuvieron los participantes durante la investigación. Lo único que puede decirse es que no recibieron programas con un alto nivel de estructura (con protocolos explícitos de tratamiento, basados en un modelo teórico particular, etc.). En seis casos fue claro que los grupos de comparación estuvieron en un régimen institucional estricto (*hard facility regime*). En otros cinco estudios, los grupos de comparación recibieron algún tipo de intervención académica o educativa. En un estudio el grupo de comparación recibió un programa de comunidad terapéutica. Por último, en un solo estudio el grupo de comparación recibió un programa de tratamiento conductual.

Como se describe en la Tabla 19, los datos no mostraron diferencias significativas entre las diferentes condiciones de los grupos control [$Q_B(2) = 0.235, p = .889$], con un porcentaje de varianza explicada bajo, del 6.5%.

- ***Duración del seguimiento***

Para evaluar si el periodo de seguimiento se relacionaba con el TE, se utilizó un modelo de regresión de efectos mixtos (ver Tabla 20). La pendiente de regresión no estandarizada mostró un resultado negativo ($B_j = -.0054$), aunque sin significación estadística [$Q_R(1) = 1.490, p = .222$], con una proporción mínima de varianza explicada ($R^2_{adj} = .010$). Con estos datos, el periodo de seguimiento no parece relacionarse con el TE.

- ***Mortalidad experimental***

Para complementar el análisis de “*intención de tratamiento*” presentado antes, se realizó un análisis adicional de regresión simple, asumiendo un modelo de efectos mixtos para evaluar la relación entre el TE y tres variables moderadoras de mortalidad: (1) mortalidad en los grupos tratados (A_T), (b) mortalidad en los grupos controles (A_C), y (c) mortalidad diferencial entre los grupos tratados y los controles ($A_{Dif} = A_T - A_C$). En este análisis, los datos resultantes con valores positivos para A_{Dif} representan un nivel de mortalidad mayor en los grupos tratados que en los controles y viceversa.

Los resultados que se muestran en la Tabla 20 indican que ninguna de las variables de mortalidad experimental: en los grupos tratados ($p = .997$), en los grupos controles ($p = .698$), ni en la mortalidad diferencial entre ambos grupos ($p = .607$) presentan una relación significativa con los TEs. Por lo tanto, la mortalidad no representa un sesgo significativo para los resultados.

6.4. Análisis del efecto de los tratamientos sobre la reincidencia seria

6.4.1. Análisis del efecto medio “de quienes terminaron” el programa

Con relación a la reincidencia seria, los 16 estudios que informan de esta medida presentan una media de *odds ratio* que apoya la efectividad del

tratamiento ($or_+ = 1.488$; intervalo de confianza: 1.200 y 1.845; $r = .119$) (ver Tabla 21 y Figura 2). Además, los TEs fueron homogéneos alrededor de la media de *odds ratio* [$Q(15) = 15.002$, $p = .451$]. La varianza entre estudios fue 0 (así como el Índice I^2); de tal forma que se utilizó el modelo estadístico de efectos fijos. Con estos resultados se puede decir que las intervenciones redujeron la reincidencia seria de los jóvenes con carreras delictivas serias.

6.4.2. Comparación de los resultados de efecto medio de las medidas de reincidencia general y reincidencia seria.

Al considerar sólo los estudios que informaron de ambos tipos de reincidencia: general y seria, la media de TE en términos del coeficiente de correlación para la reincidencia seria ($or_+ = 1.488$; $r = 0.119$) fue casi dos veces el TE obtenido en el análisis de la medida de reincidencia general ($or_+ = 1.249$; $r = .067$) (ver Tabla 21).

Además, el intervalo de confianza para la reincidencia general de estos 16 estudios incluyó el efecto nulo, y no así la reincidencia seria, con lo cual la efectividad obtenida para ésta última fue significativa.

Los datos de reincidencia general fueron calculados con base en el modelo de efectos aleatorios, mientras que en reincidencia seria se usó el modelo de efectos fijos. Sin embargo, dado que $\tau^2 = 0.0$, el modelo de efectos fijos coincide con el de efectos aleatorios. Así, los resultados de una y otra variable de resultados son comparables, con la única diferencia de que en la reincidencia general se ha encontrado mayor heterogeneidad que en la reincidencia seria.

6.5. Análisis del efecto de los tratamientos sobre las medidas de ajuste psicológico

6.5.1. Análisis del efecto medio

En estas medidas de resultados se obtuvieron 145 datos derivados de 12 estudios (comparación entre grupo tratado y grupo de comparación), que correspondieron con seis investigaciones independientes. Los datos psicológicos se clasificaron en cuatro categorías: (1) Emocional; (2) Interpersonal; (3) Cognoscitivo y (4) Educativo.

Se realizaron cuatro meta-análisis correspondientes con las medidas de ajuste global o general, emocional, interpersonal y educativo. En la categoría de ajuste cognoscitivo no fue posible hacer un meta-análisis dado que sólo hubo tres estudios independientes que presentaran datos de esta medida. Los TEs se analizaron en términos de la diferencia media tipificada (d) y con base en el modelo estadístico de efectos aleatorios.

Los meta-análisis se realizaron únicamente con los datos de “quienes terminaron” la intervención, puesto que eran los únicos disponibles en los estudios. Así, no se analizó esta medida de resultado para quienes iniciaron el tratamiento y no lo terminaron (que para el caso de reincidencia tomamos como “*intención de tratamiento*”).

Como se describe en la Tabla 22, los resultados de los análisis de medidas psicológicas sugieren que no hubo mejoras relevantes en los participantes provocadas por los programas. Al conjuntar todas las categorías de ajuste en uno global se obtuvo $d = .0177$, con intervalo de confianza no significativo que incluye el efecto nulo (-0.185 a 0.229).

Las medidas de la categoría de ajuste emocional presentaron el TE más alto de las tres categorías de ajuste psicológico analizadas ($d = .104$), aunque su intervalo de confianza tampoco fue significativo (-0.169 a 0.377) (Figura 3).

En el meta-análisis de las medidas de ajuste interpersonal se obtuvo $d = .0602$ (intervalo de confianza -0.171 a 0.292), que resultó muy bajo y no estadísticamente significativo.

El ajuste educativo tampoco mostró efecto de los programas ($d = .0004$) con intervalo de confianza -0.221 a 0.222.

6.5.2. Análisis de sesgo de publicación

Las investigaciones publicadas mostraron un mayor TE que las no publicadas ($d = .306$ y $d = .032$ respectivamente), aunque no se encontraron diferencias significativas entre las dos categorías de publicación [$Q_B(1) = 0.752$, $p = .386$]. Además, ninguna de las dos categorías logró significación estadística, con intervalos de confianza que incluyeron el efecto nulo. La varianza explicada por

esta variable fue nula. Los resultados para esta variable moderadora se muestran en la Tabla 23.

6.5.3. *Análisis de heterogeneidad*

La prueba de heterogeneidad para el total de medidas de ajuste psicológico no fue significativa [$Q(11) = 15.354, p = .167$]. En la categoría de ajuste psicológico emocional la prueba Q sí fue significativa [$Q(11) = 26.661, p = .005$], con lo cual se sugiere el análisis de variables moderadoras, para este grupo específico de datos (Tabla 22).

En los ajustes psicológicos interpersonal y educativo, la prueba de heterogeneidad no resultó significativa. En el ajuste interpersonal se obtuvo: $Q(10) = 16.694, p = .081$, y en el educativo $Q(4) = 0.933, p = .919$ (Tabla 22).

6.5.4. *Análisis de variables moderadoras*

6.5.4.1. *Variables de tratamiento*

- *Tipo de Tratamiento*

En principio el tipo de tratamiento se clasificó en cinco categorías: (1) Cognitivo; (2) Cognitivo-Conductual; (3) Conductual; (4) Medicamento; y (5) No conductual. Sin embargo, el bajo número de estudios por categoría no permitió realizar ningún análisis, así que esta variable fue reorganizada, agrupando los tipos de tratamiento en sólo dos condiciones: (1) no conductuales y (2) cognitivo-conductuales. El estudio de tratamiento médico, alcanzó un TE alto ($d = .55$) que sugiere resultados esperanzadores, sin embargo, por ser sólo un estudio en esta categoría, fue eliminado del análisis de variables moderadoras.

Como se puede observar en la Tabla 24, los datos no mostraron diferencias significativas entre los dos tipos de tratamiento analizados [$Q_B(1) = .121, p = .729$]. Los TEs muestran un mayor efecto de los programas cognitivo-conductuales ($d = .142$) que de los no conductuales ($d = .032$). Sin embargo los intervalos de confianza denotan efectos no significativos en las dos categorías de tratamiento con relación al ajuste psicológico emocional. Aunque no hay diferencias significativas entre los dos tipos de programas, los resultados sugieren

una cierta tendencia favorable a los cognitivo-conductuales frente a los no conductuales. La proporción de varianza explicada por esta variable fue baja ($\omega^2 = .088$).

- ***Tipo de enfoque***

Para este análisis se eliminó un estudio de enfoque familiar dado que fue el único que empleó esta categoría. En general, no se obtuvieron diferencias significativas entre los tres tipos de enfoques de tratamiento (individual, grupal y multi-enfocado) [$Q_B(2) = 2.412$, $p = .299$]. Sin embargo, los programas con enfoque individual registraron un intervalo significativo [$d = .369$; intervalo 0.070 a 0.669], a diferencia de las categorías grupal y multi-enfocado cuyos intervalos incluyeron el efecto nulo, como se puede observar en la Tabla 25.

La proporción de varianza explicada por esta variable fue baja ($\omega^2 = .039$).

- ***Duración del tratamiento***

La pendiente de regresión no estandarizada mostró un resultado negativo ($B_j = -0.148$) y fue marginalmente significativa ($Q_R = 3.064$, $p = .08$), con un porcentaje de varianza explicada del 15.3% (Tabla 26). Con estos datos la duración de los programas de intervención parece apuntar hacia la existencia de cierta relación negativa con el TE de las variables psicológicas emocionales (lo cual sugiere que a mayor duración del tratamiento menor TE sobre factores psicológicos emocionales).

6.5.4.2. Variables de participantes

- ***Edad***

La pendiente de regresión no estandarizada mostró un resultado negativo ($B_j = -.162$) aunque sin significancia estadística ($Q_R = 1.259$, $p = .262$) (Tabla 27). Con estos datos la edad no parece relacionarse con el TE.

- ***Género***

Como se puede observar en la Tabla 28, los datos no mostraron diferencias significativas entre hombres y mujeres [$Q_B(1) = 1.097$, $p = .295$]. Los TEs

muestran un mayor efecto de los programas cuando son aplicados a mujeres ($d = .457$) que al dirigirse a hombres ($d = .043$). Sin embargo, los intervalos de confianza denotan efectos no significativos en las dos categorías de género con relación al ajuste psicológico emocional. Aunque no hay diferencias significativas entre los programas aplicados a hombres y mujeres, los resultados sugieren una cierta tendencia favorable a éstas últimas. La proporción de varianza explicada por esta variable fue $\omega^2 = .008$.

- ***Tipo de participantes***

Se encontraron diferencias significativas del TE en función del tipo de participantes (violentos, crónicos y mixtos) [$Q_B(2) = 8.277$, $p = .016$]. La categoría de violentos obtuvo el TE más alto y con significación estadística [$d = .684$; intervalo 0.181 a 1.187], a diferencia de los crónicos y mixtos que presentaron TEs más bajos (incluso los mixtos obtuvieron un TE negativo) y con intervalos de confianza que incluyeron el efecto nulo. La proporción de varianza explicada por esta variable fue alta ($\omega^2 = .330$). Estos resultados se describen en la Tabla 29.

6.5.4.3. Variables de la metodología

- ***Tipo de diseño***

Como se muestra en la Tabla 30, no se obtuvieron diferencias significativas entre los trabajos experimentales y cuasi-experimentales [$Q_B(1) = 0.091$, $p = .762$]. Se registró un mayor TE para los estudios experimentales ($d = .134$) que para los cuasi-experimentales ($d = .023$), pero con intervalos de confianza no significativos. El porcentaje de varianza explicado por esta variable fue bajo ($\omega^2 = .08$).

- ***Tipo de grupo control***

Con relación al grupo control, los datos mostraron diferencias significativas entre ellos (Tabla 31). Las categorías analizadas en los grupos control fueron: la intervención de comunidad terapéutica, los programas educativos y la rutina institucional sin información específica del tipo de intervención aplicado [$Q_B(2) =$

20.326, $p < .001$). Los TEs fueron mayores cuando el grupo control consistió en rutina institucional de la cual se desconocen procedimientos específicos ($d = .439$), siendo además la única categoría que obtuvo un intervalo de confianza significativo. Los grupos controles con énfasis educativo presentaron un TE negativo ($d = -.504$). Los grupos controles con rutina institucional de comunidad terapéutica mostraron un TE positivo ($d = .113$), pero con un intervalo de confianza no significativo. La proporción de varianza explicada por esta variable fue $\omega^2 = .47$. Los resultados del análisis de esta variable deben tomarse con precaución puesto que no hubo una clara definición de las condiciones de los grupos controles, se desconocen detalles del tipo de intervención que pudieron recibir.

6.6. Análisis del efecto de los tratamientos sobre las medidas psicológicas institucionales

6.6.1. Análisis del efecto medio

Aunque no se puede afirmar que los tratamientos hayan mejorado significativamente el ajuste institucional de los jóvenes (intervalo de confianza - 0.046 a 0.504), se observa una tendencia positiva en el efecto ($d = .229$) (ver Tabla 32 y Figura 4).

6.6.2. Análisis de sesgo de publicación

No se encontraron diferencias significativas entre los estudios publicados y no publicados [$Q_B(1) = 0.004$, $p = .950$]. Además, ninguna de las dos categorías logró significación estadística, con intervalos de confianza que incluyeron el efecto nulo. La varianza explicada por esta variable fue casi nula (.07%). Los resultados para esta variable moderadora se muestran en la Tabla 33.

6.6.3. Análisis de heterogeneidad

La prueba de heterogeneidad sugirió el análisis de variables moderadoras para explicar el TE [$Q(13) = 45.438$, $p < .001$] (véase Tabla 32).

6.6.4. Análisis de variables moderadoras

6.6.4.1. Variables de tratamiento

- Tipo de tratamiento

Como ocurrió en el ajuste psicológico, aquí también, en la clasificación original de los tipos de tratamiento hubo un amplio número de categorías para un reducido número de estudios (de tal forma que una categoría podía estar representada en los análisis por un solo estudio). Para realizar el análisis de esta variable se reagruparon los tipos de tratamiento en sólo dos categorías: (1) no conductual y (2) cognitivo-conductual. También se ha eliminado la categoría de medicamento, puesto que sólo un estudio utilizó este tipo de intervención.

Los datos que se muestran en la Tabla 34 indican que se alcanzaron diferencias significativas entre los dos tipos de tratamiento [$Q_B(1) = 4.785$, $p = .029$]. Además, el TE alcanzado por los programas cognitivo-conductuales indica un efecto medio significativo sobre las medidas psicológicas institucionales de los jóvenes que participaron en los programas ($d = .461$; intervalo de confianza 0.083 a 0.838) y donde el resultado de la prueba de heterogeneidad fue significativo ($Q = 10.360$, $p = .017$). Los programas no conductuales no tuvieron efectos significativos y su tamaño del efecto indica una tendencia contraria a la esperada por los programas ($d = -.080$; intervalo de confianza -0.383 a 0.223). El 23% de la varianza fue explicada por el tipo de tratamiento ($\omega^2 = .232$).

- Tipo de enfoque

Los datos no muestran diferencias significativas entre los diferentes tipos de enfoque del tratamiento [$Q_B(2) = 1.998$, $p = .368$]. Sin embargo, los programas con énfasis individual, denotan un efecto significativo en las medidas psicológicas institucionales, con intervalo de confianza significativo ($d = .434$; intervalo 0.013 a 0.856). Con los programas con énfasis grupal y multi-enfocados se obtuvieron intervalos de confianza que incluyeron el efecto nulo. La varianza explicada por esta variable es casi nula ($\omega^2 = .00015$). Estos datos están descritos en la Tabla 35.

- ***Duración del tratamiento***

Para este análisis se eliminó el estudio de Kawaguchi porque no contenía datos del tiempo de duración del tratamiento. Con los trece estudios que informaron de datos sobre esta variable, la pendiente de regresión no estandarizada que se obtuvo mostró un resultado no significativo ($B_j = .014$; $Q_R = .057$, $p = .812$). Con estos datos la duración de los programas de intervención no parece relacionarse con el TE (Tabla 36).

6.6.4.2. Variables de participantes

- ***Edad***

Para esta variable, la pendiente de regresión no estandarizada mostró un resultado negativo ($B_j = -.091$) aunque sin significación estadística ($Q_R = .754$, $p = .385$), tal como se describe en la Tabla 37. Con estos datos la edad de los participantes no parece relacionarse con el TE.

- ***Género***

Como se puede observar en la Tabla 38, los datos mostraron diferencias significativas entre hombres y mujeres [$Q_B(1) = 4.580$, $p = .032$]. Los TEs muestran un mayor efecto de los programas cuando son aplicados a mujeres ($d = 1.050$) con un intervalo de confianza significativo, que al dirigirse a hombres ($d = .130$) con intervalo no significativo. La proporción de varianza explicada por esta variable fue $\omega^2 = .222$.

- ***Tipo de participantes***

Aunque los datos no apoyan una diferencia significativa entre los tres tipos de participantes [$Q_B(2) = 5.035$, $p = .081$], están próximos a la significación estadística. Los estudios cuyos participantes cumplieron los criterios para la categoría de violentos mostraron un TE positivo, superior y significativo ($d = .624$, con intervalo 0.164 a 1.084), que sugiere un mayor efecto sobre esta población comparada con los crónicos y los mixtos que obtuvieron TEs negativos ($d = -.113$ y $d = -.066$, respectivamente) e intervalos de confianza no significativos

[(-0.718 a 0.492) y (-0.654 a 0.522), respectivamente]. El porcentaje de varianza explicado por esta variable fue 17.3%. Estos datos se describen en la Tabla 39.

6.6.4.3. Variables de la metodología

- Tipo de diseño

Aunque los datos no apoyan una diferencia significativa [$Q_B(2) = 2.188$, $p = .139$] entre los efectos de los estudios experimentales y cuasi-experimentales en las medidas psicológicas institucionales, las investigaciones cuasi-experimentales mostraron efectos positivos y significativos ($d = .564$, con intervalo de confianza 0.031 a 1.098), comparados con un TE más bajo ($d = .071$) y un intervalo de confianza no significativo (-0.308 a 0.450) de los estudios experimentales (Tabla 40). La proporción de varianza explicada por esta variable fue de 7.9%.

- Tipo de grupo control

Para el análisis de esta variable se eliminaron dos estudios porque cada uno correspondía con una única categoría. Los dos estudios fueron Kawaguchi (1975) con la categoría educativa y Moody (1997) con la categoría conductual.

Como se indica en la Tabla 41, sí se encontraron diferencias significativas entre los grupos control que utilizaron rutina institucional, unos en comunidad terapéutica y otros sin información específica de la intervención aplicada [$Q_B(1) = 3.896$, $p = .048$]. Los TEs muestran un mayor efecto de los programas que usaron rutina institucional, pero no describen específicamente en qué consistió ($d = .55$), con intervalos de confianza significativos. Los grupos controles con énfasis en comunidad terapéutica presentaron un TE negativo ($d = -.0857$), con intervalo de confianza no significativo. La proporción de varianza explicada por esta variable fue $\omega^2 = .209$.

CAPÍTULO 7

DISCUSIÓN

Para responder al problema de investigación: ¿qué efecto tiene la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios)? se tuvieron en cuenta siete objetivos específicos. En este apartado se presenta cada uno de estos objetivos, las hipótesis planteadas con relación a ellos, los resultados respecto a cada uno y su relación con el conocimiento disponible sobre el tema. Asimismo se discuten las implicaciones de los resultados de esta investigación sobre la política criminológica y la investigación futura sobre la efectividad correccional en escenarios institucionales en el caso de jóvenes con patrones delictivos serios.

7.1. Disponibilidad de estudios

El primer objetivo específico de esta revisión proponía:

Identificar, a través de diferentes estrategias de búsqueda de información, estudios publicados y no publicados sobre la evaluación de programas de intervención correccional institucional dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos.

Con el propósito de incluir la mayor cantidad de estudios posibles que permitiera cumplir este objetivo, los criterios de esta búsqueda fueron menos rígidos que en otras revisiones. Por ejemplo, se incluyeron estudios experimentales y cuasi-experimentales y se consideraron investigaciones con medidas de resultados tanto de reincidencia como de variables psicológicas

relacionadas con ella. Además, la búsqueda contempló diferentes idiomas (alemán, castellano, francés, inglés, italiano y portugués).

El primer hallazgo de esta investigación es que, si bien existen trabajos publicados y no publicados sobre el tema de esta revisión, no se dispone de un gran número de ellos. A pesar de los esfuerzos por incluir el mayor número posible de estudios que cumplieran con los criterios de esta revisión, sólo se encontraron 23. Además, todos los estudios estuvieron escritos en inglés y la mayoría fueron realizados en Estados Unidos.

Estos resultados son congruentes con otros estudios en los que también se reconoce la escasa disponibilidad de trabajos en este tema (Agge, 1986; Lipsey, 1999; Lipsey y Wilson, 1998). De hecho, en esta revisión el número de estudios fue aún menor que en otras investigaciones previas, en particular debido a dos criterios de inclusión: las características específicas de jóvenes que hubieran cometido delitos graves y/o que tuvieran historiales delictivos crónicos; y que se encontraran institucionalizados en el momento de la aplicación del programa evaluado. Si no se hubiera delimitado el tipo de jóvenes que participaron en la intervención o que ésta se llevara a cabo durante un periodo de institucionalización, el número de estudios hubiera sido mayor, pero se hubiera perdido la especificidad del tipo de participantes y del contexto que resulta esencial para el objetivo de la evaluación de efectividad de los programas.

A diferencia de investigaciones como las de Lipsey (1999) y Lipsey y Wilson (1998), que también evaluaron programas dirigidos a jóvenes institucionalizados que presentaban patrones delictivos serios, en este trabajo se encontraron menos estudios que cumplieran con los criterios de inclusión. La razón para lo anterior es que en la presente investigación se consideró la condición de que los jóvenes hubieran estado privados de su libertad durante al menos la mitad del tiempo que durara el programa de intervención evaluado (sólo así se les consideraba institucionalizados), mientras que en los estudios de Lipsey el criterio de institucionalización fue más flexible. En el meta-análisis de Lipsey se incluyeron regímenes menos estrictos en los que los participantes podían tener contacto frecuente con la comunidad a través de hogares sustitutos, detención periódica, hogares comunitarios, etc. (en inglés: *foster care*, *foster home*, *group*

home, periodical detention, achievement place). Éste fue el caso en estudios como los de Auerbach (1978), Cosby (1980), Kirigin, Braukmann, Atwater y Worl (1982), Markland (1979), entre otros.

El número reducido de estudios que cumplieron los criterios de inclusión para esta revisión tiene varias explicaciones. Por un lado, la limitada descripción y clasificación de los participantes en las investigaciones que evalúan la intervención correccional, así como la baja proporción de jóvenes dentro de los sistemas de justicia que cumplen con los criterios de un patrón delictivo crónico y/o violento explican el reducido número de estudios con esta población. Por otro lado, la escasez o inexistencia de estudios realizados con alto rigor metodológico, provenientes de diferentes culturas e idiomas, así como las dificultades metodológicas asociadas con el déficit de diseño con grupos controles, contribuyen al número tan bajo de estudios que cumplen los criterios de inclusión en esta revisión. Por último, el clima de escepticismo con relación a la probabilidad de éxito de intervenciones que persiguen la reducción de la reincidencia delictiva en jóvenes con carreras delictivas serias, también limita el número de estudios en los que se evalúa la efectividad de intervenciones dirigidas a esta población.

7.1.1. Limitada descripción y clasificación de los participantes

Con frecuencia las investigaciones sobre la evaluación de la efectividad de la intervención correccional en jóvenes incluyen descripciones generales de los participantes que no permiten saber qué tipo de delito han cometido y si tienen o no largos historiales delictivos. Así, son comunes las intervenciones dirigidas a la población total de una misma unidad o institución sin hacer caso de las diferencias existentes en cuanto a las necesidades y el nivel de riesgo de los jóvenes. Ésta fue una de las principales razones de exclusión inicial de estudios para esta revisión. Estudios como los de Bowman y Auerbach (1982), Hagan, Cho, Jensen y King (1997), Hollin, Huff, Clarkson y Edmondson (1986), McCarthy-Tucker, Gold y Garcia (1999), McMurran y Boyle (1990), McNeil y Hart (1986), Slot (1983) entre otros, fueron excluidos por la limitada descripción de los participantes.

7.1.2. *Número reducido de jóvenes con patrón delictivo crónico y violento*

Entre las razones para encontrar un número tan pequeño de estudios está el hecho de que la cantidad de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales es reducido por sí mismo respecto a la población total de delincuentes (Farrington, 2005; Moffitt, 1993; Snyder, 1998; Thornberry y Khron, 2003; Wiebush *et al.*, 1995), tal como se explicó en el capítulo dos de esta investigación. Esto dificulta la consecución de muestras y posteriormente la asignación a grupos tratados y de control.

7.1.3. *Dificultad para conformar grupos controles o de comparación*

Otro problema consiste en que parece haber resistencia para conformar grupos de jóvenes que no reciban un programa. En algunos sistemas esto puede ser considerado no ético, dado que si existe alguna posibilidad de contribuir al mejoramiento de un joven, no es concebible privarlo de ella con fines de investigación. Por ejemplo, en Suecia no se ve bien que un grupo de jóvenes reciba una intervención que se presume benéfica para reducir sus problemas, mientras otro grupo en las mismas condiciones no tiene la misma posibilidad. Este tipo de estudios pueden considerarse no éticos y en conflicto con la Constitución Sueca, en especial en lo relacionado con el principio de equidad universal (Sarnecki, 1994).

7.1.4. *Clima de escepticismo*

La existencia de un clima de escepticismo y mitos sobre la efectividad de los programas de prevención de la reincidencia delictiva, donde frecuentemente se piensa que dado el patrón tan arraigado y persistente de conducta delictiva los jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delictivos, es muy poco o nulo lo que se puede hacer con ellos, reduce el interés tanto de profesionales como de instituciones (gubernamentales o no) por planear, apoyar y aplicar programas correccionales a este subgrupo de la población de jóvenes vinculados a la delincuencia.

Tal como lo han explicado autores como Agge (1986), el tratamiento institucional para jóvenes violentos es conocido por su rareza. La mayoría de estos jóvenes ha pasado de una institución a otra hasta terminar en un escenario correccional adulto donde usualmente no terminan un tratamiento. La racionalización de algunos profesionales encargados de la aplicación de los programas es que la mayoría de estos jóvenes tienen ‘desórdenes de carácter’ que les impiden adaptarse o responder al tratamiento.

De hecho, en algunos programas se excluye de forma explícita a los jóvenes con patrones delictivos serios (por ejemplo, Kirigin *et al.*, 1982).

7.1.5. Estudios provenientes de países de habla inglesa

Otro hallazgo de esta investigación es que los estudios que cumplen los criterios de inclusión propuestos en esta revisión sistemática, provienen de países anglosajones, y en particular de Estados Unidos.

A pesar de los esfuerzos por encontrar estudios en diferentes idiomas y provenientes de otras culturas, en especial hispanoamericanas, no se tuvo éxito. Los resultados de la búsqueda realizada se caracterizaron por escasez de evaluaciones, de meta-análisis y de revisiones sistemáticas en idiomas diferentes al inglés, con excepción de algunos realizados en Europa.

En Latinoamérica aún no se cuenta con algún estudio de estas características en el tema de la efectividad de tratamientos aplicados a la población de jóvenes que han cometido delitos en general, y mucho menos con relación a tipos específicos de patrones delictivos. Esto puede deberse a que el tema de la evaluación de la eficacia de la intervención correccional no es considerado prioritario en estas latitudes.

Así, aunque la investigación sobre jóvenes que han cometido delitos violentos o que tienen largos historiales delictivos, es prioritaria e importante para reducir los niveles de delincuencia general, dado el alto volumen de delitos de los cuales son responsables (Carrington, Matarazzo y deSouza, 2005; Farrington, 2005; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995), en realidad los esfuerzos en esta dirección aún son bastante escasos.

En conclusión, respecto al primer objetivo de la presente investigación, son pocos los estudios de evaluación de la efectividad de la intervención correccional institucional en poblaciones de jóvenes que han cometido delitos violentos y que tienen carreras delictivas crónicas. Son escasos los estudios sobre este tema que permiten comparar los resultados de grupos de tratamiento con controles, y que proveen medidas de reincidencia y de factores psicológicos relacionados con ésta. Bajo estas circunstancias las posibilidades de generalización de los resultados y conclusiones de la investigación en esta área del conocimiento, son limitadas.

Con base en la situación expuesta, se sugiere incrementar la realización de estudios cuasi-experimentales y experimentales de aplicación y evaluación de programas con la finalidad de reducir la reincidencia de jóvenes vinculados a carreras delictivas serias, que informen de forma suficiente sobre los participantes en el estudio, la intervención evaluada y su efecto en diferentes medidas de resultados.

Además, los resultados llaman la atención sobre la necesidad de fomentar y realizar mayores esfuerzos para investigar sobre este tema en países con otra cultura e idioma. Esto podrá promover prácticas y políticas basadas en evidencia científica, válidas en diferentes contextos.

En este sentido, se sugiere la realización de meta-análisis y revisiones sistemáticas con estudios hispanoamericanos. Sin embargo, esto requerirá primero de un incremento importante de estudios que cumplan con el suficiente rigor metodológico para ser incluidos, y su difusión a través de bases de datos que permitan su ubicación por parte de la comunidad académica y de los interesados en políticas públicas relacionadas con el tema.

7.2. Formatos de registro para la elegibilidad y codificación de los estudios incluidos en esta revisión.

Con relación al segundo objetivo específico de esta investigación:

Construir, con base en la revisión de la literatura en el tema, dos formatos de registro. Uno para la selección de investigaciones que cumplan los requisitos de inclusión

de esta revisión sistemática, y otro para la codificación de los estudios elegidos.

Se construyeron estos dos formatos y a partir de ellos se realizó el registro de información de las características de los estudios incluidos en la revisión y de sus medidas de resultados para calcular el TE.

El proceso de construcción y aplicación de los formatos de registro de elegibilidad y codificación fue útil para el análisis del efecto de las intervenciones y del papel de diversas variables moderadoras; pero también hizo evidentes las limitaciones de la información que se suele incluir en los estudios. Con frecuencia, se encontró que los documentos revisados no incluían información relevante sobre los participantes, el tipo de intervención ó la metodología empleada, y si lo hacían, sus descripciones carecían de detalles indispensables para análisis posteriores. Por ejemplo, la escasa descripción de variables tan importantes como la intensidad y la magnitud de la intervención, el tipo de delitos cometidos por los jóvenes, la presencia o no de una psicopatología, las medidas de resultados en términos no sólo dicotómicos sino de frecuencia, etc., restringían las posibilidades de análisis de la efectividad de las intervenciones. Esta situación sugiere que los formatos de registro también pueden ser utilizados como guías para el diseño de estudios cuyo objetivo sea la evaluación de intervenciones dirigidas a jóvenes con patrones delictivos crónicos y violentos. En este sentido, los investigadores pueden usar los formatos de elegibilidad y codificación para verificar que su estudio contemple las variables moderadoras más relevantes en este campo de estudio. Además, estos formatos pueden utilizarse en posteriores revisiones sistemáticas sobre este mismo tema y facilitar de esta forma los procesos de replicación.

7.3. Efectividad de la intervención correccional

Los objetivos específicos tres y cuatro de esta revisión constituyen el tema central de la presente investigación:

Calcular, con base en el conjunto de estudios seleccionados, el TE global de la intervención correccional institucional sobre la reincidencia (general

y seria) y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de los participantes.

Analizar la influencia de variables moderadoras como las características de los participantes (edad, género e historial delictivo), el tipo de intervención (modelo y enfoque), la metodología (tipo de diseño metodológico, mortalidad experimental) y otras variables extrínsecas (año de publicación, tipo de documento, profesión de los investigadores, agencia promotora del estudio, etc.) sobre el efecto de la intervención correccional institucional en medidas de resultado de reincidencia y psicológicas asociadas con el comportamiento delictivo.

Las hipótesis planteadas con relación a estos objetivos fueron las siguientes:

Se encontrará un efecto positivo a favor de la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios).

El modelo y el enfoque de tratamiento influirán en el efecto de la intervención correccional aplicada en contextos institucionales sobre la reincidencia y otras variables psicológicas relacionadas con el comportamiento delictivo de jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delincuenciales (delincuentes serios).

Tendrán mayor efecto los programas de intervención correccional basados en modelos estructurados conductuales y cognitivos, con un apartado de entrenamiento en habilidades interpersonales y para la vida, de mayor intensidad y multi-enfocados; que los menos estructurados, no basados en entrenamiento de habilidades y de menor intensidad.

El efecto será mayor en los programas en que participen los chicos más jóvenes y las mujeres, que en aquéllos en los que los grupos estén conformados sólo por hombres y por jóvenes de edades más cercanas a la adultez.

Los estudios experimentales presentarán TEs menores sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella, que los diseños cuasi-experimentales.

Los estudios con mayores periodos de seguimiento y más alta mortalidad presentarán TEs menores sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella, que los de menor seguimiento y con baja mortalidad.

Las variables extrínsecas como el año y lugar de publicación, así como la profesión de los autores no tendrán influencia en el TE de los programas de intervención sobre la reincidencia y las variables psicológicas e institucionales relacionadas con ella.

7.3.1. Efecto de los tratamientos sobre la reincidencia general

7.3.1.1. Efecto medio

En la dirección de la hipótesis propuesta, los resultados de esta investigación confirman los hallazgos de otros meta-análisis previos sobre el efecto pequeño, pero positivo, de los programas de tratamiento aplicados a jóvenes vinculados con la comisión de delitos –con independencia del tipo de patrón delictivo que presentan- (Andrews *et al.*, 1990; Garret, 1985; Gottschalk *et al.*, 1987a, 1987b; Izzo y Ross, 1990; Lab y Whitehead, 1988; Latimer, 2001, 2003; Lipsey, 1992b; Lösel y Köferl, 1989; Redondo, Garrido y Sánchez-Meca, 1997; Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 1999, 2002; Wilson y Lipsey, 2000). En investigaciones anteriores sobre la efectividad de la intervención correccional dirigida a jóvenes que habían cometido delitos –en general-, el TE informado oscila entre $r = .05$ y $r = .15$, con un valor medio de $r = .06$ (Marín *et al.*, 2002), y en esta revisión se obtuvo un TE medio similar de $r = .07$.

También se encontró evidencia que corrobora los resultados de evaluaciones previas sobre la positiva, aunque limitada, efectividad de los programas dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delictivos. Los meta-análisis de Lipsey y Wilson (1998) y Lipsey (1999) informaron de un TE medio de $r = .05$ para las intervenciones correccionales dirigidas a jóvenes institucionalizados que habían cometido delitos graves o que tenían largos historiales delictivos. Esta revisión informa de un valor similar, con un TE global de $r = .07$ que lleva a la conclusión de que la efectividad de las intervenciones con jóvenes vinculados a patrones delictivos crónicos y violentos es significativa, aunque baja. Así, la evidencia sugiere que aplicar programas a este subgrupo de la población de adolescentes es mejor que privar de dichas intervenciones a los jóvenes.

Al igual que en el estudio de Lipsey (1999a) y Lipsey y Wilson (1998), en esta revisión se encontró una alta heterogeneidad entre los TEs calculados para los estudios incluidos, con relación a la reincidencia general. En el meta-análisis de Lipsey los TEs de los estudios incluidos presentaron valores de r entre $-.005$ y $.20$, mientras en esta revisión los valores de r oscilaron entre $-.477$ y $.678$.

En la presente investigación, de los 31 estudios analizados en esta medida de resultado, nueve presentaron TEs negativos; tres TEs de $r = 0$; y 19 TEs positivos. Estos datos indican que hubo menos intervenciones asociadas con mayor reincidencia en los grupos tratados que en los controles, comparados con los programas de intervención con efectos positivos. Además, en los TEs positivos hubo algunos de gran magnitud como los obtenidos en Caldwell y Van Rybroek (2001) ($r = .678$); Ross y MacKay –estudio cuatro- (1976) ($r = .508$); Fagan –estudio tres- (1990) ($r = .372$); Fagan –estudio cuatro- (1990) ($r = .281$); y Caldwell y Van Rybroek (2005) ($r = .248$).

El mayor TE obtenido en esta revisión, que corresponde al estudio de Caldwell y Van Rybroek (2001), transformado al BESD indica que los jóvenes que recibieron el tratamiento reincidieron 68% menos que los jóvenes del grupo control, es decir, mientras el 84% del grupo control reincide en el grupo tratado lo hace el 16%. Un valor de TE como éste indica que existen programas con un alto nivel de eficacia en los propósitos de reducción de la reincidencia general.

A pesar de que el mayor TE obtenido en los estudios incluidos en el meta-análisis de Lipsey (1999a) y Lipsey y Wilson (1998) fue de .20, en esta revisión el TE más alto calculado en los estudios fue tres veces mayor (.68).

Entre los estudios con TEs más bajos estuvieron los de Sowles y Gill (1970), Fagan (1990) –con su estudio 2- y Ross y MacKay (1976) –estudios uno, dos y tres-.

Los resultados del análisis de heterogeneidad de los TEs sobre la reincidencia general mostraron significación estadística [$Q(30) = 48.435$, $p = .018$], con lo cual se justificó realizar el análisis de variables moderadoras que se resume a continuación.

7.3.1.2. Variables moderadoras de tratamiento

- Tipo de tratamiento

Aunque los resultados de esta revisión no revelaron efectividad diferencial de las categorías de tratamiento, la tendencia a efectos positivos en el caso de los cognitivo – conductuales ($r = .18$) coincide con lo encontrado en investigaciones previas. Tal es el caso de los meta-análisis europeos (Redondo, 1994; Redondo,

Garrido y Sanchez-Meca, 1997; Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 1999a, 1999b, 2001) que han obtenido TEs de los programas cognitivos conductuales entre $r = .23$ y $r = .27$.

Así mismo, los meta-análisis realizados en diferentes latitudes sobre la efectividad de los programas aplicados a jóvenes que han cometido delitos –sin especificar un patrón delictivo serio- han encontrado TEs positivos en los programas cognitivo-conductuales, en general, mayores a los encontrados para otro tipo de intervenciones. Ejemplos de lo anterior son los meta-análisis de Garret (1985) con $r = .12$, Latimer *et al.* (2003) con valores de r entre .20 y .26, y Lipsey, Landnberger y Wilson (2007) con TEs entre .25 y .50.

En el caso de jóvenes vinculados a patrones delictivos crónicos y violentos, los mejores tratamientos encontrados en meta-análisis previos han sido los de habilidades interpersonales ($r = .19$) y de padres enseñantes ($r = .20$) (Lipsey, 1999a). Este último no se evaluó en esta revisión porque no cumplía con el criterio de inclusión sobre institucionalización. En cuanto a los programas de habilidades interpersonales, éstos coinciden con los modelos cognitivo-conductuales.

En esta investigación, no se pudo confirmar la hipótesis propuesta respecto a esta variable moderadora de tipo de tratamiento. No se encontró alguna categoría de tratamiento que fuera significativamente más efectiva que otra en la reducción de la reincidencia. La razón para no encontrar diferencias significativas entre distintos tipos de programas puede deberse al escaso número de estudios por cada categoría de tratamiento, lo cual señala la importancia de realizar mayor cantidad de estudios que tengan como propósito la evaluación de distintos modelos de tratamiento.

Sin embargo, es importante señalar que los resultados de esta revisión mantienen una tendencia en la misma dirección de la hipótesis y del conocimiento previo sobre este tema, que sugiere un efecto positivo de los tratamientos cognitivo-conductuales. Entre las razones de esta tendencia puede estar el hecho de que este tipo de programas consideran variables que están directamente relacionadas con el comportamiento delictivo. Tal es el caso de variables como el déficit tanto en el procesamiento de información como en las habilidades sociales

y emocionales, así como la presencia de ideas, creencias y actitudes a favor de la delincuencia; que fueron revisadas en los capítulos uno y dos con relación a su valor para explicar el inicio y mantenimiento del comportamiento antisocial y delictivo. Explicaciones como las de Akers (2009), desde su teoría del aprendizaje social, la de Gottfredson y Hirschi (1990) sobre el auto control, o las derivadas de la criminología del desarrollo, en particular con relación a los factores de riesgo y de protección frente al comportamiento antisocial, apoyan lo anterior.

- ***Tipo de enfoque***

En evaluaciones específicas de jóvenes vinculados a patrones delictivos serios no se ha evaluado previamente esta variable. Sin embargo, en investigaciones sobre delincuencia juvenil en general se ha encontrado que el tipo de enfoque influye en el efecto de las intervenciones sobre la reincidencia de jóvenes vinculados a patrones delictivos. Por ejemplo, los resultados de Latimer *et al.* (2003) sugieren que los programas dirigidos a mejorar el funcionamiento familiar ($r = .23$) y las intervenciones multi-enfocadas - que incluyen asesoría individual, grupal, y de intervención familiar- son más efectivas que las individuales. Otros análisis de programas multi-enfocados llegan a informar de TEs más altos que alcanzan valores de $r = .67$, como es el caso de la investigación de Timmons-Mitchell *et al.* (2006). En general, la literatura sobre este tema sugiere que las estrategias más efectivas con jóvenes con carreras delictivas crónicas son aquéllas que atienden factores de riesgo en diferentes áreas o niveles (DeGusti *et al.*, 2009).

En concordancia con resultados de estudios anteriores en poblaciones de jóvenes que habían cometido delitos –con independencia de su gravedad-, en esta revisión se encontró tendencia a mejores resultados con programas multi-enfocados ($r = .18$), comparados con programas individuales o grupales. Sin embargo, debe señalarse que sólo hubo dos estudios que aplicaran programas multi-enfocados, y esto limita el alcance de este resultado.

Lo anterior, llama la atención sobre la importancia de contar con más estudios que empleen estrategias multi-enfocadas en sus programas que permitan una mejor evaluación de su efecto en la reincidencia posterior de los jóvenes. Esta

variable es vital si se tiene en cuenta que, tal como se explicó en el capítulo dos, existen diferentes tipos de factores de riesgo y de protección que influyen en la aparición y mantenimiento del comportamiento delictivo violento y crónico, tanto en el ámbito individual como familiar, escolar, de pares y comunitario (Garrido, 2005; Hawkins y Catalano, 1992; Howell, 2009; Rutter, Giller y Hagell, 2000; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995).

Se debe considerar esta variable del enfoque en futuras investigaciones, con su respectiva descripción lo más completa posible en el informe o publicación del estudio, que permita identificar los factores de riesgo y de protección en los diferentes niveles (individual, grupal, de pares, familiar) que se atendieron a través del programa.

Por ejemplo, con los resultados de esta revisión no fue posible evaluar el efecto del enfoque familiar, aun cuando se ha encontrado una importante relación entre el estilo parental de negligencia y la vinculación de los jóvenes a carreras delictivas serias (Hoeve *et al.*, 2008, 2009; Steinberg *et al.*, 2009). Valdría la pena evaluar el efecto de los programas que contienen algún módulo o apartado dirigido a modificar los estilos parentales (reducir el estilo negligente e incrementar el estilo con autoridad caracterizado por mayor apego y supervisión) sobre la efectividad de la intervención, máxime si se tiene en cuenta que los jóvenes que presentan patrones delictivos serios suelen tener experiencias importantes de abandono y ruptura de vínculos afectivos (DeGusti *et al.*, 2009)

Se ha comprobado que los vínculos afectivos con personas prosociales o socialmente integradas reducen la probabilidad de que una persona delinca, mientras la inexistencia o ruptura de vinculaciones sociales prosociales la aumentan (Akers, 2009; Hirschi, 1969). Éste es un punto crucial a evaluarse en la intervención correccional.

De acuerdo con lo revisado en los capítulos dos y tres, un entorno enriquecido con actividades estimulantes y relaciones afectivas positivas, promueven la producción de dopamina y con ello favorecen el desarrollo prefrontal del cerebro. Con lo anterior es esperable que los programas dirigidos a fomentar más y mejores relaciones interpersonales con pares y adultos significativos contribuyan a la mejora en funciones ejecutivas de los jóvenes como

la planeación, el auto-control y la empatía, y con ello influyan en la reducción de la delincuencia.

Los vínculos emocionales con pares y adultos prosociales pueden ser un componente importante de las intervenciones que debe evaluarse de manera independiente. Esto no es posible si las evaluaciones de programas aplicados a los jóvenes no contienen información al respecto. Dado que los adolescentes son más susceptibles a la influencia de sus amigos e hipersensibles al rechazo de los mismos (Sebastian *et al.*, 2010) los programas de tratamiento dirigidos a los jóvenes y a sus amigos pueden tener buenas posibilidades de éxito. Se requieren más programas con este enfoque para poder presentar conclusiones al respecto de su efectividad.

En concordancia con la hipótesis de este estudio los resultados de esta revisión sugieren que el enfoque parece ser un componente prometedor para tratamientos exitosos.

- ***Duración del tratamiento***

Los resultados de investigaciones previas muestran una relación positiva entre la duración de los programas de intervención y los TEs sobre la reincidencia, de tal forma que a mayor duración del programa mayor TE (Marín *et al.*, 2002; Redondo, 1994; Redondo, Garrido y Sánchez-Meca, 1997). En esta revisión los resultados no avalan la relación entre la duración de los programas de intervención y el TE sobre la reincidencia general. Estos resultados pueden deberse al efecto moderador de otras variables, y en particular del nivel de riesgo de los participantes, tal como lo han explicado en estudios previos Latimer *et al.* (2003) y Lipsey (1995), puesto que han encontrado que los programas de mayor intensidad y de corta duración son efectivos cuando se dirigen a jóvenes con patrones delictivos serios.

Con relación a las variables de intensidad y magnitud, sólo algunos programas incluidos en esta revisión presentaron información al respecto (14 de los 38 estudios), de tal forma que no pudieron ser analizadas. Valdría la pena incluir esta información en investigaciones posteriores para que se pueda realizar un análisis específico de estas variables como moderadoras.

- ***Otras variables relacionadas con los programas***

Integridad y protocolos

Si bien se ha encontrado evidencia previa de relación entre la integridad de los programas, su aplicación acorde con el nivel de riesgo y necesidades de los jóvenes a quienes va dirigido, y el efecto global de los programas de intervención sobre la reincidencia general (Andrews *et al.*, 1990; Latimer *et al.*, 2003; Pearson *et al.*, 2002), la información contenida en los estudios incluidos en esta revisión fue insuficiente para proponer alguna conclusión en este sentido.

Sin embargo, investigaciones como la de Fagan (1990) incluida aquí, sugieren que los programas dirigidos a jóvenes con carreras delictivas violentas y caracterizados por mayor apego a la aplicación del programa propuesto en un protocolo inicial, tienden a reducir el riesgo de reincidencia de quienes participan en él. Los resultados de estudios como éstos sugieren la importancia de que las investigaciones sobre la evaluación de programas dirigidos a jóvenes con carreras delictivas crónicas y violentas incluyan información al respecto.

Componentes de los programas

Algunos componentes de los programas como el manejo de la ira, la solución de problemas y el enfoque en reducción de consumo de drogas se asocian con disminución de actividad delictiva (Latimer *et al.*, 2003; Mitchell, MacKenzie y Wilson, 2006). En esta revisión no fue posible analizar componentes específicos de los programas dado que no se encontró desglosado este tipo de información en los estudios incluidos.

En la investigación de Ross y McKay (1976) de los cuatro estudios realizados, los tres primeros mostraron resultados contrarios a lo esperado (aumento de reincidencia). Sin embargo, el cuarto estudio mostró resultados significativos y positivos a favor del tratamiento. Este cuarto estudio se diferenció de los tres primeros básicamente por su componente cognoscitivo y de terapia de ayuda al otro (*helper therapy*). A pesar de que estos elementos parecen esperanzadores en los tratamientos, no fue posible analizarlos en esta revisión dado que en la mayoría de las investigaciones no fue explícito si contaban o no con ellos.

Quizás una de las razones por las que no se encontraron diferencias significativas entre los modelos de intervención utilizados en los estudios incluidos en esta revisión, es que las categorías empleadas favorecen la generalidad y no la especificidad de los componentes de los programas. Este punto es crítico si se tiene en cuenta que el modelo de intervención es una de las variables que más información ofrece con respecto a lo que funciona o no para reducir la delincuencia. De hecho, el tipo de programa empleado y el impacto que tiene en la reducción de la reincidencia ofrece sustento a los diversos factores implicados en las teorías utilizadas para explicar la delincuencia. Dado el tipo particular de participantes en el que se enfoca esta revisión, este tema es de suma importancia. La delincuencia sería puede explicarse desde distintas perspectivas de riesgo y protección (tal como se explicó en el capítulo dos) que de ser avaladas por el éxito de una u otra intervención arrojarían luz en la comprensión de las carreras delictivas crónicas y violentas.

El hecho de que los estudios incluidos en esta revisión no contengan descripciones detalladas del tipo de tratamiento recibido por los participantes, dificulta establecer cuál es la razón por la que funciona o no un programa en el objetivo de reducción de la delincuencia. Con la información disponible en los estudios analizados en esta revisión sistemática no es posible identificar si el elemento de cambio recae en la modificación cognitiva, en la reintegración comunitaria, en el manejo de la ira, en el procesamiento emocional ó en una combinación de estos u otros elementos.

Con lo anterior es preciso contar con la descripción de estos elementos en futuros estudios, no sólo en el caso de los grupos que reciben el programa evaluado, sino también en el de los grupos de comparación.

Características de las personas que aplican el tratamiento.

Los estudios contenidos en esta revisión no permitieron saber las características y condiciones del personal que aplicó los programas evaluados. En las investigaciones previas de Lipsey (1999a) y Lipsey y Wilson (1998) se encontró que los programas aplicados por personal del área de la salud o de la educación eran más efectivos que aquéllos aplicados por personal del sistema de

justicia. Sin embargo, en esta revisión no se obtuvo información al respecto que apoye o contradiga los hallazgos previos.

En esta misma línea, en algunos estudios incluidos en esta investigación se sugiere una importante relación entre las características del personal a cargo de los programas, la participación de los jóvenes y el éxito de la intervención (por ejemplo, Bottcher, 1985; Jesness, 1975). En el estudio de Jesness, por ejemplo, se describe de forma detallada la cantidad de reuniones y horas de entrenamiento que tuvo el personal antes y durante la aplicación del programa, el contenido del entrenamiento recibido, las características de las personas encargadas de tal capacitación, la bibliografía utilizada, etc. Dado que en otros estudios no se contó con información sobre estos factores, no se pudo hacer una evaluación del efecto de estas variables en el TE global de la aplicación del programa de intervención. Sin duda resultaría interesante que en posteriores investigaciones se cuente con información sobre el entrenamiento específico que recibe el personal encargado de los programas, las horas de capacitación y el protocolo utilizado.

También puede ser importante contar con información sobre el compromiso del personal que aplica el programa, así como sobre su empatía y percepción positiva respecto a los participantes, y viceversa. Si la relación es positiva, es posible que esto afecte en la dirección esperada, el logro de los objetivos del programa.

Otra variable poco estudiada tiene que ver con el papel de los encargados de aplicar el tratamiento en los procesos de evaluación del programa. Pueden existir diferencias entre los resultados de evaluaciones realizadas por parte de las mismas personas que se encargan de la intervención, que cuando estos papeles los ejercen personas distintas. Por ejemplo, en estudios como el de Guerra y Slaby (1990) “los administradores de las pruebas para evaluar a los participantes no fueron responsables de la aplicación de programas de tratamiento, y fueron “ciegos” respecto a la asignación de los participantes a los grupos y a las hipótesis específicas del estudio” (p. 271). Si se pudiera analizar esta información a partir de un buen número de estudios sus resultados podrían utilizarse para hacer sugerencias en cuanto a la política de aplicación y evaluación de programas de intervención correccional.

Fases posteriores a la salida en libertad

Otras variables de interés están relacionadas con la continuidad que se da a los programas una vez que los jóvenes salen en libertad.

Algunos estudios, como los de Fagan (1990) incluyeron una fase de reintegración a la comunidad, sin embargo no pudo evaluarse el efecto de este componente porque la mayoría de las investigaciones en la presente revisión no contenían esta información.

Después de su salida de las instituciones, los jóvenes regresan a condiciones comunitarias particulares que pueden reducir o incrementar la posibilidad de que reincidan. A este respecto, una de las razones que se suele presentar para justificar el bajo TE de las intervenciones sobre la reincidencia general es que gran parte de los jóvenes, una vez salen en libertad, regresan a ambientes desfavorables para los propósitos de prevención de la delincuencia, en los que cometer crímenes es común y aceptado, lo cual aumenta los factores de riesgo para comprometerse en actividades ilegales. Por ejemplo, en el estudio de Moody (1997) la mayoría de los jóvenes tenían padres o amigos que habían estado o estaban encarcelados, de manera que el ambiente social al que regresaban reforzaba el comportamiento ilegal más que el legal. Todo lo anterior, unido a la falta de continuidad de los servicios ofrecidos a los chicos después de salir de la institución, puede contribuir a que los efectos de los programas que se aplican durante la institucionalización no se mantengan después de salir en libertad.

En el mismo sentido, en el estudio de Randall (1973) se encontró que los jóvenes regresaban a ambientes comunitarios que influían de formas distintas en sus logros conductuales (conseguir empleo, terminar un grado académico, mantener un lugar de residencia estable, tener una relación de pareja estable, etc.). Algunos jóvenes regresan a comunidades donde la situación económica es difícil para todos, de tal forma que conseguir un empleo es más difícil para ellos que para quienes regresan a contextos donde hay menor desempleo y mayores ofertas laborales.

La presencia de factores externos a la aplicación de un programa en condiciones de institucionalización llama la atención sobre la necesidad de contar con fases de transición y de reintegración a la comunidad.

A este respecto es importante reconocer, tal como lo explican Ross y Fabiano (1985), que el éxito futuro de una intervención está determinado en parte por el grado en el que se trabaja sobre el pensamiento y la conducta de las personas que están en alto riesgo de reincidir; y que otra parte tiene que ver con la asesoría para resolver problemas que se van presentando en libertad en el mundo real. Así, es posible que contar con tratamiento posterior a la salida en libertad refuerce habilidades adquiridas durante la institucionalización y que contribuya a desarrollar otras nuevas acordes con las situaciones que se van presentando en el contexto comunitario. Por ello, considerar las fases de reintegración comunitaria y el tipo de programas utilizados en ellas pueden incrementar la efectividad de las intervenciones.

En la fase comunitaria también debe estudiarse el nivel de supervisión de los jóvenes. A mayor supervisión probablemente menor reincidencia, sin que esto signifique mayor efectividad de un programa.

Por ejemplo, en el estudio realizado por Fagan (1990) en Detroit, se encontró que “el cuidado inadecuado y la baja supervisión posterior a la salida en libertad incrementaba las probabilidades de reincidencia, en especial si se contrastaba con tratamientos intensivos de transición de la institución a la libertad que utilizaban una estricta supervisión comunitaria” (p.258).

En este sentido, la medida de reincidencia debe tomar en cuenta si existe o no algún tipo de cuidado posterior a la institucionalización (*aftercare*) y de supervisión comunitaria.

Los datos disponibles en los estudios incluidos en esta revisión no permitieron hacer una comparación del efecto diferencial de los programas en función de que tuvieran o no una fase de cuidado posterior a la institucional, que se diera en la comunidad; ni del nivel de supervisión que tuvieron los chicos durante los periodos de seguimiento previo a la medida de reincidencia considerada en cada estudio.

Para posteriores investigaciones sería importante incluir variables como la continuidad del programa institucional en fases posteriores a la salida en libertad, así como el nivel de supervisión comunitaria de los participantes (en los grupos tratados y de controles) durante los periodos de seguimiento.

Tiempo de institucionalización y tiempo en comunidad

Otra variable a explorar es la del tiempo de institucionalización. Es importante que en las investigaciones posteriores sobre el tema tratado en esta revisión se registre de forma explícita el tiempo que permanecieron los jóvenes privados de su libertad y el tiempo de seguimiento en comunidad previo a la medición de variables de resultados como la reincidencia. Lo anterior con la finalidad de evaluar el efecto moderador del tiempo de institucionalización en el TE de los programas de intervención.

Como se revisó en el capítulo tres, la institucionalización ocasiona una serie de efectos sobre las personas que sufren la pérdida de su libertad (MacKenzie, 2002; Valverde, 1997), con lo cual, es probable que el tiempo que los jóvenes permanezcan en estas condiciones tengan efectos importantes en su comportamiento, y a su vez esto incida en los efectos de la intervención correccional.

7.3.1.3. Variables moderadoras de participantes

- Edad y género

En meta-análisis previos se ha encontrado que los programas parecen ser más efectivos cuando se dirigen a mujeres que a hombres, y a jóvenes que a adultos (Marín *et al.*, 2002). En el caso de jóvenes vinculados a carreras delictivas serias la evidencia sugiere que el efecto de los programas de intervención en estas poblaciones es independiente de la edad, el género, la etnia y el historial delictivo (Lipsey, 1999; Lipsey y Wilson, 1998).

En la misma dirección de los meta-análisis de Lipsey, en esta revisión no se encontró relación estadísticamente significativa entre la edad de los participantes y el TE. Sin embargo, con respecto al género se encontró una tendencia marginalmente significativa que sustenta el efecto diferencial de esta variable sobre el TE, a favor de los hombres. Es probable que este efecto se deba más al tipo de intervención utilizado que al género como tal, pero dado el reducido número de programas aplicados a mujeres (siete estudios) en comparación con los dirigidos a hombres, será necesario contar con más estudios en el futuro que permitan resolver con certeza el efecto de esta variable (tal como se discutió en el

apartado de género en el capítulo dos). De los siete programas aplicados a mujeres casi la mitad corresponden a la investigación de Ross y McKay (1976) donde los tres primeros estudios indicaron un efecto contrario a la reducción de la delincuencia.

En general, los resultados de esta revisión no confirmaron la hipótesis inicial sobre las variables de edad y género, en la que se proponía mayor TE para los de menor edad y para los programas dirigidos a mujeres.

Hemos de recordar que la proporción de mujeres que se involucran en carreras delictivas serias suele ser menor que la proporción de hombres, lo cual dificulta la aplicación de programas a poblaciones femeninas que permitan la comparación con grupos masculinos (Kempf-Leonard, Tracy y Howell, 2001, citados por Howell, 2009). Las pocas investigaciones sobre factores de riesgo y de protección para la delincuencia seria que comparan a hombres y mujeres, sugieren que no hay diferencias importantes entre ellos (Loeber *et al.*, 2001; Kempf-leonard y Tracy, 2000; Rutter, Giller y Hagell, 2000). En este sentido, los estudios que permitan comparar el efecto de la intervención correccional dirigida a hombres y mujeres, también contribuirán a identificar de forma diferencial los factores que afectan a unos y otras.

- ***Tipo de participantes***

En cuanto al tipo de participantes, con relación a sus historiales crónicos, violentos o de los dos, en esta revisión no se encontraron diferencias significativas en el efecto de estas categorías sobre el TE de reincidencia general.

En meta-análisis previos sobre delincuencia juvenil se han encontrado diferencias en los TEs en función del tipo de patrón delictivo en el que están involucrados los jóvenes, con valores mayores en los estudios que seleccionaron a los participantes por su nivel de violencia y por la duración de su sentencia, que en aquéllos que incluyeron a todos los participantes sin ninguno de estos criterios (Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 1999a, 1999b, 2001). En general, los programas que atienden las necesidades de los jóvenes en función de su nivel de riesgo parecen más efectivos (Andrews *et al.*, 1990; Lipsey, 2009).

A este respecto, es posible que en esta revisión no se obtuviera un resultado significativo, no por la variable en sí misma, sino por las categorías empleadas en función de la información disponible en los estudios.

La mayor parte de las investigaciones incluidas en esta revisión sólo describen los antecedentes delictivos de los jóvenes o el delito por el que se encontraban institucionalizados, de tal forma que los participantes podían clasificarse en crónicos o violentos. Sin embargo, es posible que existan otros criterios de clasificación que puedan arrojar más luz sobre la efectividad de la intervención correccional. Por ejemplo, categorizaciones con base en el nivel de riesgo de los participantes o en el tipo de violencia utilizada en la comisión de sus delitos.

Sobre el nivel de riesgo solo una minoría de los estudios incluidos en esta revisión realizó algún tipo de evaluación al respecto. Éste fue el caso de las investigaciones de *Bottoms y McClintock (1973)*, *Caldwell y Van Rybroek (2001, 2005)* y *Cann et al. (2003)*.

En el estudio de *Bottoms y McClintock (1973)* se usó un instrumento de predicción para estimar la probabilidad de fracaso de los participantes y cada joven fue clasificado en una de cinco categorías -A, B, C, D, E- donde “A” representa la menor probabilidad de fracaso y “E” la mayor probabilidad. En la investigación de *Caldwell y Van Rybroek (2001)* se evaluó el diagnóstico de psicopatía en los participantes a través de la escala PCL: YV. En *Caldwell y Van Rybroek (2005)* también se evaluó la psicopatía en los participantes y además se aplicó el inventario de nivel de servicios -*Young Offender-Level of Service Inventory*- (Andrews y Bonta, 2006) para evaluar el riesgo y las necesidades de los participantes. Por otro lado, *Cann et al. (2003)* utilizaron la Escala de Reincidencia Delictiva -OGRS- “Offender Group Reconviction Scale” para evaluar el riesgo de reincidencia y categorizar a los jóvenes en diferentes niveles: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto.

La información contenida en los estudios citados sugiere clasificaciones más precisas de los patrones delictivos de los jóvenes, basadas en el principio de riesgo. Dado que pocas investigaciones incluyeron información sobre los resultados de evaluación de riesgo de sus participantes en esta revisión no fue

posible analizar categorías en este sentido y por ello se acudió a la clasificación de cronicidad y de violencia.

Lo anterior sugiere la importancia de que en investigaciones futuras se realice una evaluación de riesgo de los participantes acompañada de una descripción detallada del proceso y de los instrumentos utilizados, con la finalidad de conocer de forma más precisa el efecto que tienen las intervenciones en tipos específicos de participantes. El análisis de las categorías de riesgo de los participantes puede ser útil como variable moderadora de especial interés en revisiones como ésta. Además, éste es un tema crítico para la asignación de medidas en el contexto legal, máxime cuando estas disposiciones legales contienen sugerencias en términos del tratamiento que deben recibir los jóvenes que cometen delitos, tal como se establece en los marcos normativos que se revisaron en el capítulo tres.

Con relación al tipo de violencia utilizada en la comisión de delitos, ningún estudio incluido en la presente revisión realizó alguna evaluación o clasificación en este sentido. Como se explicó en el capítulo dos, existen diversas tipologías del comportamiento violento, algunas de ellas basadas en su finalidad -expresiva e instrumental- (Rojas, 1998; Sanmartín, 2000), otras en el contexto en que se manifiesta -situacional, interpersonal, predatoria, psicopatológica- (Tolan y Guerra, 1994). Estas tipologías pueden modular el efecto de las intervenciones. A pesar de ello, debido a la ausencia de este tipo de información en los estudios de evaluación de programas, en el contexto correccional permanece la pregunta de la magnitud de su influencia en sus TEs.

Por otro lado, vale la pena resaltar los resultados positivos obtenidos con jóvenes que presentan características psicopáticas (Caldwell y Van Rybroek, 2001, 2005). Estos datos muestran la necesidad de evaluar psicopatía en los jóvenes que participan en los programas de intervención correccional. Además, los resultados a favor del tratamiento obtenidos en estos estudios indican que es posible reducir la reincidencia delictiva en jóvenes vinculados a carreras delictivas -incluso en chicos que son vistos como inmanejables, problemáticos y con baja probabilidad de éxito en las intervenciones-. Cómo se explicó en el capítulo uno, los jóvenes con rasgos psicopáticos, empiezan su conducta antisocial (violenta o

no) a más temprana edad que los jóvenes no psicópatas, cometen más delitos y de mayor gravedad, abandonan con mayor probabilidad los esfuerzos de intervención correccional y se involucran en más problemas durante la institucionalización (Caldwell *et al.*, 2006, 2007).

El hecho de obtener resultados positivos con chicos vinculados a patrones delictivos extremos (en cronicidad y/o en violencia) y/o con rasgos psicopáticos, son esperanzadores puesto que si es posible reducir la reincidencia en estos jóvenes, la probabilidad de hacerlo con poblaciones menos serias puede ser aún mayor.

Es desafortunado que la mayoría de los estudios que evalúan programas aplicados a jóvenes vinculados a la delincuencia no contengan descripciones detalladas de sus participantes. Si bien, para incluir un estudio en esta investigación los participantes debían cumplir con el criterio de la comisión de delitos graves y/o tener largos historiales delictivos, la información a este respecto fue heterogénea entre los estudios y el nivel de seriedad de los jóvenes pudo ser diferente de uno a otro. Por ejemplo, en la investigación de Cornish y Clarke (1975) los participantes tuvieron más de tres antecedentes delictivos –con lo cual cumplen el criterio de crónicos-, pero a la vez los autores excluyeron de forma explícita a los jóvenes con historiales violentos. En estudios como el de Randall (1973) el programa se dirigió a jóvenes que habían cometido delitos graves, sin embargo sólo se permitió la participación de jóvenes con bajo nivel de riesgo de reincidencia -para prevenir posibles escapes de la institución-. Así, aunque en esta revisión se incluyeron los jóvenes que habían cometido delitos violentos o que tenían historiales delictivos crónicos, el nivel de seriedad de los participantes fue heterogéneo entre los estudios analizados.

Por último, los principios de necesidades y de adaptación (Andrews *et al.*, 1990) expuestos en el capítulo tres, no se pudieron analizar con los datos disponibles en los estudios incluidos en esta revisión. Sería importante que en posteriores investigaciones que evalúen el efecto de la aplicación de un programa de intervención dirigido a jóvenes con carreras delictivas serias, se describan claramente las necesidades criminógenas que intenta satisfacer, así como el tipo

de programa aplicado y su relación con las características de la población a quienes va dirigido.

- ***Tipo de participación (voluntaria u obligatoria)***

La variable de participación voluntaria u obligatoria de los jóvenes en los programas evaluados no pudo analizarse en esta investigación. No se contó con datos suficientes para saber con certeza cuál fue la condición en la mayoría de los estudios. Sin embargo, en atención a estudios como los de Latimer (2001) que muestran un TE mayor en los de condición obligatoria que voluntaria, se abre un debate interesante acerca de las bondades de la obligatoriedad inicial del tratamiento, en particular en las muestras de jóvenes con carreras delictivas serias. De nuevo, éste debe ser un factor a considerarse en posteriores estudios.

7.3.1.4. Variables moderadoras metodológicas

- ***Diseño del estudio***

En meta-análisis previos sobre la intervención en casos de jóvenes que han cometido delitos, incluso con patrones delictivos serios, se ha encontrado una importante relación entre el diseño del estudio y el TE, con mayores TEs en los estudios cuasi-experimentales comparados con los experimentales.

En la misma dirección de los estudios previos, los resultados de esta revisión sugirieron una tendencia a mejores resultados (mayores TEs) en los estudios cuasi-experimentales comparados con los experimentales. Sin embargo, contrario a la hipótesis propuesta, no se encontraron diferencias significativas atribuibles al diseño de la investigación y no hubo amenaza de sesgo en este sentido. Quizás estos resultados se deban en parte a que los estudios cuasi-experimentales utilizaron diferentes estrategias metodológicas para controlar las diferencias entre los grupos (disminuyendo sus diferencias con los diseños experimentales), aunque los participantes no hubieran sido asignados al azar. Los estudios cuasi-experimentales controlaron diferencias entre los grupos tratados y de comparación a través de procesos de equivalencia uno a uno de los participantes en diferentes tipos de variables demográficas, de antecedentes delictivos y personales -como medidas de personalidad, actitudes, CI, etc.-

La poca cantidad de estudios que cumplieron los criterios de rigor metodológico para ser incluidos en esta revisión sugieren la importancia de hacer más investigaciones experimentales con el objeto de llegar a conclusiones más determinantes acerca de la efectividad de intervenciones con jóvenes vinculados a carreras delictivas serias.

En este sentido sigue vigente la afirmación de Tate, Reppucci y Mulvey (1995): “es necesario realizar más investigaciones con diseños metodológicos experimentales acerca de la evaluación de la efectividad del tratamiento, que sean más precisos en cuanto a la definición de violencia y que realicen análisis específicos sobre la reincidencia en jóvenes con carreras delictivas serias” (p. 780).

También es importante mencionar que aunque algunos estudios utilizan métodos estadísticos avanzados para controlar las diferencias entre los grupos tratados y de comparación, los datos derivados de estos análisis aún no pueden ser utilizados en las técnicas meta-analíticas. Por ejemplo, para el cálculo de los TEs se utilizan datos de proporciones o de medias, pero aún no es posible utilizar los resultados de modelos de regresión logística. En gran parte esto se debe a que pocas investigaciones de evaluación de programas para reducir la reincidencia en jóvenes realizan estos análisis de regresión.

En el estudio de Caldwell y Van Rybroenk (2005) los datos informados de la proporción de jóvenes que reincidieron permitió calcular el TE con base en “*odds ratio*”. Sin embargo, en el mismo estudio, los autores utilizaron un modelo de regresión logística para controlar las diferencias entre los grupos tratados y de comparación. Para hacer esto, Caldwell y Van Rybroenk desarrollaron una calificación de propensión para cada participante, con base en 13 covariantes de asignación al tratamiento y/o de riesgo de reincidencia. Aunque al tener en cuenta la proporción de jóvenes que reincidieron los resultados favorecieron el tratamiento tanto para reincidencia general como violenta, el análisis de regresión no encontró un efecto a favor del grupo tratado en reincidencia general aunque sí en reincidencia seria. Tal como lo dicen los autores: “después de ajustar el efecto de las covariantes de asignación al tratamiento y de riesgo de reincidencia, el tratamiento no tuvo un efecto confiable sobre la reincidencia general durante el

tiempo que estuvieron los jóvenes en comunidad, $\chi^2(1, n = 126) = 0.85, ns$ ” (p. 588).

Así, aunque los autores citados utilizaron un modelo de regresión para controlar el efecto de las diferencias de los grupos sobre la reducción de la reincidencia, sólo se utilizó para el cálculo del TE la información sobre proporción de jóvenes que reincidieron. Con lo anterior, a pesar de contar con una técnica que ofrecía resultados de un mayor control de diferencias entre los grupos tratado y de comparación, se utilizaron los de proporción. Esta situación refleja limitaciones metodológicas en el empleo de los meta-análisis relacionadas tanto con los datos disponibles en la mayoría de los estudios (para asegurar algún grado de homogeneidad en los datos utilizados para el cálculo del TE global) como de las técnicas disponibles para su análisis.

Además, es innegable que existe heterogeneidad en las características de los jóvenes que participan en los grupos tratados y de comparación. Si bien los autores comparan y controlan algunas variables de los participantes para asegurar la equivalencia de los grupos, no siempre se realiza este procedimiento con éxito ni se controlan las mismas variables en todos los estudios.

En algunas investigaciones, como la de Fagan los participantes fueron asignados al azar y luego no se realizó ningún procedimiento adicional para evaluar si después de la asignación había diferencias entre los grupos. En otros estudios como el de Friedman y Firedman (1970) además de asignar de forma aleatoria a los participantes a los grupos de tratamiento y de control, los autores evaluaron las diferencias previas al tratamiento entre los grupos y encontraron que a pesar de haber sido asignados aleatoriamente los grupos presentaban diferencias. Ante lo cual, los investigadores realizaron una corrección estadística *post hoc*, que sirvió para igualar los grupos.

Con lo anterior, es importante que el análisis de los resultados del efecto de las intervenciones considere las diferencias entre grupos tratados y de control presentes antes del inicio de la aplicación del programa, y que sean descritas en los informes de las investigaciones. Aunque en principio pueden registrarse diferencias entre los grupos tratados y de comparación, una vez que se realiza un

procedimiento de equivalencia de los grupos es posible que éstas sean menores a las observadas en principio.

- ***Características del grupo control o de comparación***

Con relación al grupo de comparación, en los últimos años es casi imposible encontrar algún grupo de jóvenes vinculado al sistema de justicia que no reciba algún tipo de intervención. Como se analizó en el capítulo uno de esta investigación, el marco legal internacional promueve la aplicación de programas para todos los jóvenes que han cometido delitos, con el fin de evitar su reincidencia. Si bien esto es bastante afortunado para la sociedad en general, y los jóvenes en particular; en términos metodológicos limita la posibilidad de contar con grupos de comparación “puros”, es decir, que no reciban algún tipo de intervención.

Esta situación puede considerarse una de las razones de por qué no se encuentran TEs globales substancialmente diferentes entre grupos tratados y de control. Por ejemplo, en investigaciones como las de Cornish y Clarke (1975) los grupos tratado y de control recibieron programas de intervención basados en comunidad terapéutica, solo que los participantes del grupo tratado recibieron un programa más estructurado que los jóvenes del grupo control. En el estudio de Friedman y Friedman (1979) los grupos controles tuvieron una intervención educativa. En otros estudios como el de Guerra y Slaby (1990) los jóvenes que conformaron el grupo control no recibieron ninguna intervención cognitiva, pero no es posible saber si este grupo había recibido antes algún otro tipo de programa. En estas circunstancias es posible que el tratamiento recibido por el grupo control o de comparación influya sobre el nivel de diferencia entre el TE global obtenido por estos grupos y el TE global de los grupos tratados.

Aunque en esta revisión se incluyó el análisis de la información contenida sobre las características de los grupos controles, no se encontraron efectos significativos. En parte esto pudo deberse a la pobreza de las descripciones acerca de las condiciones de los grupos de comparación. Quizás ésta es la razón por la que esta variable no ha sido explorada en estudios previos.

Para realizar una apropiada comparación entre los grupos tratados y de control es necesario contar con una descripción precisa de los elementos presentes en las condiciones en que estuvieron los participantes en el grupo control, o si estuvieron expuestos a algún programa con anterioridad. Ésta debe ser una variable a tenerse en cuenta en estudios futuros.

- ***Duración del seguimiento y mortalidad experimental***

Respecto al tipo de seguimiento se ha encontrado una tendencia inversa entre el TE y la duración del periodo de seguimiento: a mayor tiempo de seguimiento después de la aplicación de un programa menor es el TE (por ejemplo, Lipsey y Wilson, 1998; Redondo, Sánchez-Meca y Garrido, 2002).

En esta revisión no se encontró relación significativa entre TEs y duración del seguimiento, pero los datos sí apoyan la hipótesis planteada de relación inversa entre las dos variables con un resultado negativo de la pendiente de región (aunque sin significación estadística). En esta revisión tampoco hubo evidencia de sesgos causados por la mortalidad experimental.

7.3.1.5. Otras variables moderadoras

- ***Variables extrínsecas (año de publicación, filiación de los autores y agencia que financió el estudio)***

En concordancia con la hipótesis planteada de efecto nulo de las variables extrínsecas sobre el TE global, los datos de esta revisión no mostraron sesgos con relación a si el estudio estaba publicado o no. Sin embargo, es claro que el proceso de búsqueda de estudios se dificulta en el caso de los no publicados.

La variable de número de autores de las investigaciones no mostró una influencia importante sobre los resultados de TE. La disponibilidad de información sobre la profesión de los autores de las investigaciones fue limitada, aunque se observa tendencia a mayor cantidad de estudios realizados por psicólogos y criminólogos, pero tampoco se encontró un efecto significativo de esta variable sobre los TEs.

En este grupo de variables también se propuso la “agencia que financia el estudio”, dado que en función de quien aporte el dinero para la evaluación de la

efectividad de los programas aplicados a jóvenes con carreras delictivas serias, podrían encontrarse sesgos en los resultados. Si bien no se contó con la suficiente información de esta variable para realizar un análisis de la misma, se sugiere como factor importante que debería incluirse en investigaciones sobre la eficacia de la intervención correccional. Esta información puede ser útil para descartar sesgos, en particular cuando la entidad que financia la aplicación del programa, también se encarga de evaluarlo.

7.3.2. *Efecto de los tratamientos sobre la reincidencia seria y su comparación con la reincidencia general.*

7.3.2.1. *Efecto medio*

A pesar de que no todos los estudios incluidos en esta revisión informaron de datos sobre reincidencia seria, el análisis de los 16 estudios que sí los incluyeron, arrojó un resultado interesante, positivo, significativo y mayor al encontrado en la reincidencia general.

El hallazgo de un TE global para la reincidencia seria ($r = .119$) que casi dobla el TE obtenido para la general ($r = .067$) -en los mismos estudios-, sugiere un efecto positivo e importante de los programas de intervención en la reducción de la reincidencia delictiva violenta. Este punto es crucial si se tiene en cuenta que la población en estudio consiste en jóvenes caracterizados precisamente por historiales delictivos crónicos y violentos.

Dado que la población de interés en esta investigación tiene tendencia a la comisión de delitos graves, el resultado de menor reincidencia seria que general es de resaltarse. Estos datos implican que se ha logrado el objetivo de la intervención correccional para este subgrupo de población. De nuevo, los resultados obtenidos en el estudio de Caldwell y VanRybroek (2005) son destacables puesto que muestran efectos positivos y significativos de la intervención sobre el comportamiento delictivo crónico y violento de jóvenes que puntúan alto en la escala de psicopatía. Como se explicó en los capítulos precedentes, el diagnóstico de psicopatía está asociado con altos índices de reincidencia y con comportamiento delictivo violento. Así, este hallazgo es importante porque la reducción de la delincuencia cometida por este subgrupo de la población tiene un

fuerte impacto en la disminución de la delincuencia en general. Los resultados en este sentido son prometedores y esperanzadores con relación a la eficacia de la intervención con jóvenes involucrados en delincuencia seria.

Si bien es limitado el número de investigaciones que informan sobre reincidencia seria, los resultados obtenidos en esta revisión llaman la atención sobre la importancia de que esta medida sea considerada en los estudios que evalúan la eficacia de las intervenciones en jóvenes con carreras delictivas crónicas y violentas. De hecho, no hay evidencia de otros meta-análisis sobre jóvenes con patrones delictivos serios que incluyan la medida de resultado de reincidencia grave y su comparación con la general - lo cual es coherente con la ausencia de estudios de evaluación de intervención correccional que incluyan en sus resultados este tipo de medida-.

Por otro lado, la heterogeneidad de los TEs sobre la reincidencia seria, fue menor que la encontrada en la reincidencia general (con TEs entre $r = -.399$ y $r = .477$). De los 16 estudios que informaron de esta medida de resultado, dos presentaron TEs negativos y 14 TEs positivos. Así, hubo una pequeña proporción de investigaciones con mayor registro de reincidencia en el grupo tratado que en el control. Entre los estudios con los TEs más altos estuvieron de nuevo los de Caldwell y Van Rybroek (2005) con $r = .280$, y Fagan (1990) –estudios 1 y 4- con $r = .477$ y $r = .206$, respectivamente. Los estudios de Sowles y Gill (1970), con valor de r de $.477$ y $.366$, también se ubicaron entre las investigaciones con mayores TEs.

En la comparación de los resultados de reincidencia general y seria, en los 16 estudios que contenían los dos tipos de medidas, se encontró que cinco de ellos informaron de resultados ligeramente más positivos en la reincidencia general comparados con los de la reincidencia seria. Por otro lado, 11 estudios informaron de resultados más favorables en la reincidencia seria que en la general. Y sólo un estudio mantuvo el mismo resultado para estas dos medidas.

7.3.3. Otras medidas de reincidencia de interés

Es importante mencionar que en el caso de los jóvenes con patrones delictivos violentos y crónicos, la medida de reincidencia guarda diferencia con la

de otros grupos de jóvenes. Como se explicó en el capítulo dos, dado el patrón de repetición y persistencia de los chicos con carreras delictivas serias (Farrington, 2005; Loeber, Farrington y Waschbush, 1998; Moffitt, 1993; Snyder, 1998; Thornberry y Khron, 2003) resulta necesario evaluar tanto la frecuencia de comisión de delitos posterior a la aplicación de una intervención, como el lapso de tiempo que transcurre hasta su recaída y el grado de violencia implicado en sus actividades delictivas subsecuentes.

Por ejemplo, los niveles de reincidencia podrían evaluarse de forma distinta en función del historial de los jóvenes. No puede interpretarse de la misma manera la reincidencia de quienes tienen historiales delictivos crónicos con tres o más antecedentes en el sistema de justicia, que la de los jóvenes que cometieron delitos por primera vez. Si en el primer caso, los chicos reinciden con un solo delito y en el segundo con más de tres durante un año de seguimiento, no podría decirse que en los dos casos la reincidencia sea la misma. Para el joven con historial crónico la comisión de un solo delito durante un año de seguimiento podría representar disminución de su actividad delictiva, mientras para los chicos en el segundo caso los datos mostrarían un incremento de reincidencia. Si bien en términos dicotómicos sólo se pudiera saber que los dos reincidieron, los niveles de reincidencia son diferentes en uno y otro caso.

De igual forma, pueden existir diferencias entre jóvenes que han sido procesados por delitos violentos y que al salir en libertad únicamente se involucran ocasionalmente en delitos menores no violentos; que quienes en principio son procesados por delitos menores, pero después de salir en libertad cometen delitos graves y violentos.

Con base en lo anterior, para un programa dirigido a jóvenes comprometidos en patrones delictivos serios un criterio de éxito podría ser la reducción de la reincidencia o de la violencia y no necesariamente la extinción total del comportamiento delictivo.

En el caso de jóvenes con historiales crónicos y violentos la medida de reincidencia requiere descripciones más precisas. Este grupo de jóvenes tiene una alta probabilidad de reincidir, de tal forma que la efectividad de un programa no

puede evaluarse del todo si sólo se contempla la reincidencia únicamente como variable dicotómica.

Para los jóvenes con patrones delictivos serios es de particular interés la frecuencia de su reincidencia y la media del número de delitos cometidos por los participantes de los grupos tratados y de control después de salir en libertad. Si los jóvenes en el grupo tratado reinciden menos que los del grupo de comparación, podría asumirse que el programa ha tenido cierto efecto sobre las condiciones de reincidencia delictiva. Sin embargo, la media de delitos se describe en pocos estudios, de tal suerte que en esta revisión ha sido imposible analizarla. Este punto debe considerarse en posteriores investigaciones sobre la efectividad de la intervención correccional para esta población de jóvenes.

En los nueve estudios (de los 38 incluidos en esta revisión) que informaron de la media de reincidencia general de los grupos tratados y de control se encontró un promedio de 3.13 para los grupos que recibieron un programa de intervención y de 3.95 en los grupos de comparación, con lo cual se observa una pequeña diferencia no significativa entre ellos, y no representativa dado el bajo número de estudios. En el caso de la reincidencia seria los grupos tratados presentaron una media similar a la de los controles (1.34 y 1.46 respectivamente), en los mismos nueve estudios donde se informó de medias en reincidencia general. Desafortunadamente, con tan escasos datos sobre la media de reincidencia es imposible llegar a alguna conclusión en esta revisión respecto a esta variable de resultado. Sin duda, ésta sería una variable de especial interés en la evaluación de la intervención correccional dirigida a jóvenes con carreras delictivas serias.

Otra de las posibilidades que se ha planteado frente a los efectos de los programas aplicados a los jóvenes con carreras delictivas serias es que quizás, más que reducir los niveles de reincidencia, el tratamiento la retarda (Maltz, 1984). Por ello algunos trabajos miden la reincidencia en diferentes momentos en el tiempo y específicamente el periodo que transcurre desde la salida en libertad hasta el primer arresto o vinculación legal por la comisión de algún delito. Trabajos como los de Fagan (1990) favorecen esta hipótesis, dado que los jóvenes que participaron en los programas tardaron más tiempo en libertad antes de reincidir comparados con quienes estaban en los grupos de control.

Sin embargo, se requiere de más estudios que informen este tipo de medidas para poder analizar las conclusiones de los efectos de la intervención en este sentido. En esta revisión no fue posible evaluar el efecto de las intervenciones en el tiempo que transcurre entre la salida en libertad y la reincidencia, aunque los pocos datos disponibles son prometedores.

De los estudios incluidos en esta revisión sólo cinco informaron sobre el tiempo transcurrido entre la salida en libertad de los participantes y su reincidencia general y seria. Aunque no fue posible realizar un análisis por la poca disponibilidad de datos, la media del tiempo informado en estos cinco estudios sugiere resultados positivos a favor del grupo tratado. En reincidencia general los grupos tratados tardaron en torno a 8.58 meses antes de reincidir con cualquier tipo de delito, mientras en los grupos controles el tiempo fue de 7.63 meses. En la reincidencia seria el tiempo fue un poco mayor, de nuevo a favor de los grupos tratados, con periodos de 10.23 meses para quienes recibieron intervención y de 8.33 meses para quienes participaron en los grupos de comparación.

7.3.4. Dificultades para medir la reincidencia

Existen diversas condiciones que limitan la evaluación de la reincidencia de los jóvenes. Una de estas condiciones tiene que ver con lo difícil que es detectar a todos los participantes que vuelven a cometer delitos después de su salida en libertad. En este sentido, muchos de los jóvenes clasificados como no reincidentes, pueden haber cometido algún delito sin ser detectados, con lo cual la medida que se hace de reincidencia en los estudios de evaluación correccional puede ser menor a la real.

Además, la medida de reincidencia depende del tipo de datos que se tomen en consideración. Por ejemplo, no es igual el criterio de arresto que de adjudicación de medida, este último se refiere a reincidencia más seria que el primero, y probablemente se presentará en menor proporción.

Otra dificultad con la medida de reincidencia es que si bien varios estudios pueden medir la variable de reincidencia, las condiciones en unos y otros pueden ser distintas. Por ejemplo, algunos jóvenes pueden estar en libertad con supervisión intensiva y otros pueden no tener ningún tipo de supervisión, con lo

cual la medida de reincidencia no se podría interpretar de la misma forma en los dos casos. Así, la reducción en reincidencia puede obedecer no a los efectos del programa sino al tipo de supervisión al que se someten los jóvenes en comunidad. Aunque los adolescentes en condiciones de supervisión intensiva probablemente reinciden menos que los chicos en condiciones más laxas de supervisión o sin ella, también es posible que sea más fácil registrar la reincidencia en las condiciones de supervisión intensiva que en su ausencia.

Por último, el joven que es arrestado sólo una vez por un delito serio y es encarcelado por un largo periodo de tiempo, podría contribuir de forma más favorable a la reincidencia final que uno que fuera arrestado por numerosos delitos menores, pero que nunca es encarcelado. Las diferencias en la cantidad de tiempo que un chico está en comunidad, durante el cual los efectos del tratamiento pueden ser evaluados, serían opacadas por intervalos diferenciales de encarcelamiento de los sujetos en varios grupos de tratamiento.

Aunque deben reconocerse las dificultades descritas en las medidas de resultado de reincidencia, ésta es una de las medidas con mayor información disponible para poder evaluar la efectividad de la intervención correccional. Empero, entre las estrategias sugeridas para reducir los sesgos de la medida de esta variable está la posibilidad de medirla de diferentes maneras: dicotómica, por frecuencia, por tipo de delito y por tiempo transcurrido entre la salida en libertad y la comisión de un nuevo delito.

Además, las medidas de reincidencia pueden complementarse con información de otras medidas de resultado como las psicológicas o las de logro conductual, que están vinculadas con las variables que explican la delincuencia y que fueron estudiadas en los capítulos uno y dos de esta investigación.

7.3.5. Efecto de los tratamientos sobre las medidas de ajuste psicológico

Dado que los programas de intervención buscan la modificación de factores asociados con el comportamiento delictivo, tales como el procesamiento de información a favor de la delincuencia, el déficit en habilidades emocionales y de interacción social, el consumo de drogas, el involucrarse en peleas o no participar

en capacitaciones académicas o laborales, es importante conocer el efecto de los programas sobre este tipo de variables.

7.3.5.1. Efecto medio

En meta-análisis previos de evaluación del efecto de programas dirigidos a jóvenes que han cometido delitos se ha encontrado que, en general, los TEs sobre las variables de ajuste psicológico son mayores que sobre la reincidencia general, con TEs que oscilan entre .11 y .28 en los meta-análisis de delincuencia juvenil (Garret, 1985; Gottschalk, 1987a, 1987b; Lipsey, 1992b; Wilson y Lipsey, 2000), con un TE promedio de $r = .19$ (Marín *et al.*, 2002).

En meta-análisis previos con población de jóvenes con patrones delictivos serios no se ha medido previamente el TE sobre variables de ajuste psicológico.

En esta revisión, contrario a lo propuesto en la hipótesis inicial, el TE global en las variables psicológicas indicó que no hubo mejoras relevantes en los participantes que recibieron los tratamientos comparados con quienes formaron parte de los grupos de comparación. Sin embargo, con estos resultados no se puede concluir que los programas no sean efectivos para modificar el ajuste psicológico general de los participantes, dado que sólo 12 estudios presentaron resultados de este tipo, más bien, debe considerarse una variable importante de análisis para posteriores investigaciones.

Si bien en principio se había propuesto analizar cuatro categorías de ajuste psicológico, en realidad sólo se pudieron analizar tres: emocional, interpersonal y educativa. La categoría de ajuste cognoscitivo no se pudo incluir en los análisis puesto que sólo hubo tres estudios independientes que presentaran datos de esta medida. Respecto a las tres categorías de ajuste psicológico estudiadas, éstas no mostraron resultados significativos en cuanto al efecto de los programas de intervención.

El ajuste emocional presentó el TE más alto de las tres categorías de ajuste psicológico analizado, $d = .10$, aunque su intervalo de confianza no fue significativo. Esta tendencia positiva sugiere la necesidad de continuar investigando acerca del efecto de las intervenciones sobre variables de tipo emocional, máxime cuando se ha encontrado una importante relación entre el déficit de habilidades emocionales y el comportamiento antisocial, como se

explicó en los capítulos teóricos de esta revisión. A este respecto, cabe recordar que durante la adolescencia el cerebro aún se encuentra en desarrollo y existe un importante desequilibrio entre la corteza pre-frontal y el sistema mesolímbico, con lo cual el control cognitivo y la inhibición de las emociones se ven seriamente limitados. Estas condiciones biológicas facilitan los comportamientos impulsivos y la búsqueda de sensaciones (por ejemplo, Leather, 2009). Además, la conducta antisocial se ha encontrado asociada con el temperamento hostil que se refiere a un estilo de reactividad negativo en el que son frecuentes emociones como el enojo, la ira y la irritabilidad (Eysenck y Gudjonsson, 1989; Farrington, 2005). De hecho, tal como se explicó en el capítulo tres, los programas de tratamiento que intervienen justamente en el desarrollo de la inteligencia inter e intra personal, con un importante enfoque en las habilidades de tipo emocional, han mostrado resultados significativos de reducción de la reincidencia (Henggeler, 1989; Ross, Fabiano, Garrido y Gómez, 1995). De nuevo, la evidencia en este sentido, sugiere un importante potencial de los programas que contemplan variables de tipo emocional.

Entre las razones para no encontrar resultados significativos en las variables de tipo psicológico están las limitaciones propias de la aplicación de las pruebas psicológicas. En su mayoría estas pruebas requieren habilidades académicas por parte de los jóvenes (por ejemplo, de lecto-escritura), y justamente la población evaluada suele tener historias de fracaso académico que pueden limitar su desempeño en las mismas. En el estudio de Robinson (1994) por ejemplo, la autora menciona que una de las dificultades que tuvieron en las medidas psicológicas estuvo relacionada con la dificultad de los chicos para responder estas pruebas y con las experiencias previas negativas que habían tenido con este tipo de test. A esto se puede aunar la poca motivación que tienen los chicos para responder estos cuestionarios y el reducido número de pruebas validadas para aplicarse a jóvenes con historiales serios de delincuencia.

Además, la categoría de variables psicológicas es muy amplia y pueden medirse cuestiones muy dispares entre unos estudios y otros, por ello la necesidad de dar prioridad a variables psicológicas estrechamente relacionadas con el

comportamiento delictivo (como las revisadas en los capítulos iniciales de esta revisión).

Para el ajuste psicológico global el valor de la prueba de heterogeneidad no fue significativa, por lo que no se realizó un análisis de variables moderadoras. El único tipo de ajuste psicológico para el que se encontró una prueba de homogeneidad significativa fue para el emocional, así que fue en éste en el que se realizó análisis de variables moderadoras.

7.3.5.2. Variables moderadoras de tratamiento

- Tipo y enfoque del tratamiento

En esta revisión se incluyó un programa de tratamiento con medicamento que midió el efecto sobre variables psicológicas, pero en virtud de que sólo fue un estudio no fue posible realizar un análisis sobre la efectividad de este tipo de intervenciones comparadas con las no-conductuales y cognitivo-conductuales. El tratamiento utilizado por Ford (1974), que consistió en dar un anticonvulsivo (dilatina) a los participantes del grupo tratado, mostró un TE alto de .55 que sugiere resultados esperanzadores, por lo menos en sus efectos sobre el ajuste psicológico emocional. Aunque se debe tener en cuenta que los datos psicológicos se obtuvieron aún durante la ingesta del medicamento por lo que se desconoce si los efectos se mantuvieron tiempo después de dejar de tomarlo. En tratamientos como éste también deben tenerse en cuenta efectos secundarios que para el caso tampoco fueron analizados.

Aquí cabe recordar la reflexión de Raine (2008) citada en el capítulo tres de este documento, sobre la necesidad de generar mayor investigación con respecto al efecto de algunos medicamentos para contrarrestar la delincuencia, máxime cuando se han encontrado importantes correlatos entre las condiciones biológicas y el desarrollo de comportamiento delictivo –en especial violento-. A este respecto permanece el vacío en el conocimiento puesto que con los datos disponibles para esta revisión sistemática fue imposible evaluar el efecto de tratamientos con estas características.

En las medidas psicológicas, al igual que en la reincidencia general, hubo una tendencia favorable a los tratamientos cognitivo-conductuales, pero no se encontraron diferencias significativas entre categorías de tratamiento.

En el enfoque del tratamiento tampoco se encontraron diferencias significativas entre las categorías: individual, de pares, grupal, multi-enfocado y familiar. De hecho, no fue posible analizar la categoría de pares porque sólo hubo un estudio con esta condición, ni de familia porque ningún estudio utilizó este enfoque con respecto al efecto en variables de tipo psicológico. Así, queda abierta la pregunta de la efectividad de las intervenciones en función de su enfoque, y la reflexión en torno a la relevancia del enfoque de pares dada su importancia durante la adolescencia.

- ***Duración del tratamiento***

Los resultados sugieren una tendencia significativa inversa entre la duración del tratamiento y el TE sobre el ajuste psicológico emocional, es decir, a menor duración mayor TE, pero de nuevo los datos no son concluyentes.

7.3.5.3. Variables moderadoras de participantes

Ni la edad ni el género presentaron efectos significativos en el TE sobre el ajuste psicológico emocional.

En el caso del tipo de participantes llama la atención la relación significativa y positiva entre la categoría de jóvenes con carreras delictivas violentas y los TEs, encontrándose mayor TE ($d = .684$) en el caso de estudios dirigidos a estos jóvenes que en los estudios cuyos participantes se caracterizaron por carreras delictivas crónicas o mixtas (violentas y crónicas). Este resultado es coherente con los datos obtenidos en reincidencia seria, dado que si los programas se dirigen a reducir la violencia, entonces son más efectivos con los jóvenes vinculados a este tipo de patrón delictivo que al de cronicidad. De nuevo, es importante incluir categorías más específicas de los participantes, como la de nivel de riesgo que se discutió en el apartado sobre resultados de reincidencia general en este mismo capítulo.

7.3.5.4. *Variables moderadoras metodológicas*

No hubo diferencias entre los estudios experimentales y los cuasi-experimentales respecto a las medidas psicológicas, tal como ocurrió en las medidas de reincidencia.

Respecto al grupo control se encontraron diferencias entre las tres categorías codificadas: rutina institucional sin descripción de las condiciones para los participantes, intervención educativa y comunidad terapéutica. Se encontró un mayor TE en los grupos controles que consistieron en rutina institucional de la cual se desconocen procedimientos específicos. Estos resultados son ambiguos puesto que no hay descripciones detalladas de los grupos controles. Los grupos con énfasis educativo presentaron un TE negativo y los grupos con comunidad terapéutica mostraron un TE positivo que sugiere su utilización.

7.3.5.5. *Relación entre variables psicológicas y reincidencia*

También permanece abierta la pregunta de la relación existente entre los TEs sobre reincidencia general y los TEs sobre variables de ajuste psicológico. En esta revisión no fue posible comparar los resultados de efectividad sobre reincidencia y los resultados de efectividad sobre ajuste psicológico, puesto que en su mayoría los estudios que incluyeron medidas psicológicas no midieron reincidencia, y viceversa.

7.3.6. *Efecto de los tratamientos sobre las medidas psicológicas institucionales*

7.3.6.1. *Efecto medio*

En esta revisión el análisis del efecto de los programas de intervención dirigidos a jóvenes vinculados a carreras delictivas serias, sobre su comportamiento y logros institucionales, mostró una tendencia positiva pero no significativa.

Como en otras medidas de resultados analizadas aquí, no se había llevado a cabo con anterioridad un análisis de este tipo en el caso de jóvenes vinculados a patrones delictivos serios, de tal forma que no es posible comparar los resultados de esta revisión con otros previos. Sólo algunos meta-análisis sobre la efectividad

de programas dirigidos a jóvenes que han cometido delitos (en general, no violentos o crónicos en particular) presentan datos en este sentido y son los que se consideran para contrastar los datos de esta revisión.

En el meta-análisis de Garret (1985) se obtuvo un TE sobre las variables institucionales de $r = .24$, y Gottschak *et al.* (1987a) informaron de un TE de $r = .26$, valores similares al obtenido en esta investigación ($r = .23$).

En este apartado de variables se encontró un resultado significativo en la prueba de heterogeneidad que sugirió el análisis de variables moderadoras.

7.3.6.2. Variables moderadoras de tratamiento

- Tipo y enfoque del tratamiento

De nuevo, sólo fue posible el análisis de dos categorías amplias de tratamiento: no conductual y cognitivo-conductual. Se tuvo que eliminar la categoría de medicamento puesto que sólo un estudio utilizó este tipo de intervención. Esta variable, que explicó el 23% de la varianza del TE, mostró una diferencia significativa entre los TEs obtenidos en las dos categorías, con un TE negativo para las intervenciones no conductuales ($d = -.08$), y un TE de $d = .46$ para los programas cognitivo-conductuales con intervalo de confianza significativo. Estos datos van en la misma dirección de la hipótesis planteada en esta investigación y de meta-análisis previos como el de Garret (1985) en el que las técnicas conductuales lograron un TE alto de $r = .30$ sobre el ajuste institucional.

En esta revisión los datos no mostraron diferencias significativas entre los diferentes tipos de enfoque de tratamiento ni en la duración del programa.

7.3.6.3. Variables moderadoras de participantes

Los resultados de esta revisión no mostraron relación entre la edad de los participantes y el TE sobre variables psicológicas institucionales. El género sí mostró diferencias significativas a favor de las mujeres. No existen datos de meta-análisis previos en este sentido que permitan alguna comparación.

Respecto al tipo de participantes, aunque no se encontraron diferencias significativas entre violentos, crónicos y mixtos, los datos sugieren mayor efecto

en el caso de los violentos, tal como en las variables psicológicas. Como en otras medidas de resultados, este dato es importante puesto que el tratamiento iba dirigido a los jóvenes con patrones delictivos más serios. En este caso el efecto de la intervención parece tener mayor efecto sobre la violencia que sobre la cronicidad.

7.3.6.4. Variables moderadoras metodológicas

Al igual que en las otras medidas de resultados, no hubo diferencias significativas entre los estudios experimentales y cuasi-experimentales, con una ligera tendencia a mayores efectos en las investigaciones cuasi-experimentales.

En cuanto al tipo de grupo control se presentaron las mismas dificultades comentadas en las anteriores medidas de resultados.

7.3.7. Otras medidas de resultados

Como se explicó en los capítulos uno y dos de esta revisión, y en especial desde las teorías integradoras de la criminología del desarrollo (Farrington, 1996; Loeber, 1996; Moffitt, 1993; Thornberry, 1997), el comportamiento delictivo crónico y violento de los jóvenes obedece a múltiples causas: biológicas, psicológicas y sociales. Atendiendo a esto, la intervención sobre el comportamiento delictivo no puede ser unicausal, ni desconocer los contextos sociales adversos de escasas oportunidades en los que usualmente viven o a los que regresan estos jóvenes después de cumplir una medida legal de institucionalización.

La mayor parte de estudios se dirigen a modificar condiciones psicológicas, con lo cual permanece la interrogante del efecto de otro tipo de intervenciones que intenten modificar condiciones biológicas y sociales. Este vacío señala la necesidad de diseñar programas que atiendan otros factores y que incluyan otros niveles además del individual, en especial el multi-enfocado. Es necesaria la generación de recursos y oportunidades lícitas que fortalezcan la participación y el compromiso en actividades prosociales de los jóvenes que a su vez fomenten creencias y actitudes a favor de la legalidad.

Por otro lado, la medición de la efectividad de los programas se ha centrado en la evaluación de aspectos negativos como la reincidencia, pero se han hecho pocos esfuerzos por medir los logros y relacionarlos con la reducción del comportamiento delictivo. El logro de objetivos conductuales como la reducción del consumo de drogas, conseguir y mantener un empleo, avanzar en el desempeño escolar, estabilidad con una pareja, etc. son metas esperanzadoras en la reducción de la delincuencia. Dado que pocos estudios informan datos en este sentido es de considerarse la importancia de incluirlos en futuros estudios. En esta línea, como se explicó en el capítulo dos, los estudios sobre los factores que inciden en que los delincuentes abandonen sus carreras delictivas (desistimiento), resultan clave para identificar las condiciones que contribuyen de forma eficaz a la reducción del comportamiento delictivo (DeGusti *et al.*, 2009; Farrington y Moffitt, 1995; Thornberry y Khron, 2005). Constituye otro reto para los estudios posteriores incluir en sus medidas de resultados aquéllos factores asociados al desistimiento delictivo.

El conocimiento del procesamiento emocional de los jóvenes vinculados a patrones delictivos serios indica que tienen dificultad para reconocer y procesar emociones propias y de otros (Fairchild *et al.*, 2009) y presentan bajos niveles de empatía comparados con otros chicos (Beven, O'Brien-Malone y Hall, 2004; Eisenberg y Miller, 1987). Esta información sugiere que la identificación y el reconocimiento de emociones deben ser puntos centrales de los programas que buscan reducir la reincidencia delictiva. En general, los programas deben dar prioridad al entrenamiento en habilidades emocionales y de interacción social (Krisberg *et al.*, 1995; Safeyouth, 2001).

Valdría la pena preguntarse por el éxito de los programas en términos de desarrollo de empatía, de adquisición de habilidades específicas en la identificación y expresión emocional, de la incorporación a proyectos comunitarios de ayuda a los demás, etc. En este sentido, se sugiere la *evaluación positiva* de la intervención correccional en términos de enfocarse más en el logro y presentación de conductas deseables (prosociales), además de medir la disminución del comportamiento indeseable (delictivo).

7.3.8. *Otra información cualitativa de interés*

Existen condiciones de la aplicación de los programas que pueden contribuir en su efecto sobre la reincidencia (general y seria) y las variables psicológicas relacionadas con ella, de las cuales se conoce poco.

Dentro de estas condiciones están las relacionadas con el ambiente institucional en el que se aplican los programas. Algunas situaciones en el contexto institucional pueden “motivar” o “castigar” la participación de los jóvenes en los programas de intervención. Por ejemplo, en el estudio de Friedman y Friedman (1970) cuando un joven podía vincularse a un programa de entrenamiento educativo o laboral en la comunidad, no continuaba participando en las terapias grupal o familiar, como si estas condiciones fueran mutuamente excluyentes. Esta situación llegó a instaurarse como parte del programa (aunque nunca se había contemplado formalmente así). Así, el conseguir un trabajo o iniciar un entrenamiento educativo específico se “recompensaba” con la posibilidad de escapar a la obligación de asistir a terapia. De tal suerte que la terapia, que consistía en un elemento esencial del tratamiento, empezó a percibirse como castigo y no como recompensa.

También son pocos los estudios que informan sobre el proceso de desarrollo y aplicación de los programas. Se requiere conocer más y mejor sobre los procedimientos y experiencias de solución de problemas en el proceso de aplicación y evaluación de las intervenciones, información cualitativa que sin duda haría importantes aportes a los interesados en poner en marcha programas de intervención.

Otra información cualitativa relevante tiene que ver con los procesos que se siguen para realizar seguimientos de los jóvenes después de que salen en libertad. Estudios como el de Fagan (1990) ilustran las dificultades que se tienen para evaluar a los jóvenes después de que salen de las instituciones. En palabras de Fagan: “las entrevistas con los jóvenes, tanto de los grupos experimentales como de los controles, fueron difíciles de realizar. Hubo dificultades para localizarlos, algunos estuvieron reacios a participar y frecuentemente se negaban a responder preguntas específicas sobre los delitos que habían cometido. El panel final de entrevistas fue de 52 de 122 jóvenes experimentales (42.6%) y 24 de 105 (22.9%)

de grupos controles. Debido a que los jóvenes encarcelados fueron más fáciles de localizar y de entrevistar, estuvieron sobre representados en este análisis” (p. 258).

Si más estudios informan sobre estos procesos, sus dificultades y las estrategias empleadas, se podrían sistematizar estas experiencias, avanzar en la aplicación de metodologías útiles y efectivas, y generar conocimiento respecto a la influencia que tienen en el efecto global de las intervenciones aplicadas.

7.4. Clasificación y características de los programas de intervención dirigidos a jóvenes con carreras delictivas serias.

Con relación al quinto objetivo específico de esta revisión sistemática:

Clasificar los programas de intervención correccional institucional, dirigidos a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos, en modelos que funcionan, no funcionan, son prometedores o tienen efectos desconocidos sobre la reincidencia y otras medidas psicológicas e institucionales.

De acuerdo con los resultados obtenidos en esta revisión, en general los programas funcionan para reducir la reincidencia general, y en especial la reincidencia seria de jóvenes comprometidos en carreras delictivas crónicas y violentas. Sin embargo, los resultados de esta investigación no permiten realizar una clasificación de la efectividad del tratamiento con base en los modelos de intervención.

Los resultados de esta revisión sólo sugieren una tendencia positiva en el efecto de los programas cognitivo-conductuales sobre la reincidencia general y las variables psicológicas emocionales, comparados con los programas no conductuales. En el caso de las variables psicológicas institucionales, los programas cognitivo-conductuales sí mostraron un efecto significativo y diferencial respecto de los programas no conductuales, que presentaron efectos contrarios a lo esperado. Con estos datos se identifica una tendencia esperanzadora en los programas de tipo cognitivo-conductual, pero no es posible

realizar una clasificación de los modelos de intervención en función de su efectividad, tal como se había propuesto al principio de esta investigación.

7.5. Características y condiciones que aumentan la probabilidad de éxito de los programas.

Con relación al sexto objetivo de esta investigación:

Discutir los resultados en términos de las características y condiciones que aumentan la probabilidad de que un programa aplicado a jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen historiales delictivos crónicos (delincuentes serios) reduzca la reincidencia y mejore el desempeño psicológico de los participantes.

Si se considera que los resultados de esta revisión sistemática no mostraron, en general, diferencias significativas entre los modelos de intervención dirigidos a jóvenes con carreras delictivas serias, no es posible proponer características y condiciones que aumenten la probabilidad de que un programa dirigido a esta población reduzca la reincidencia y mejore el desempeño psicológico de los participantes.

Los resultados de esta investigación sugieren que los programas cognitivo-conductuales con componentes de desarrollo de auto-control, manejo de la ira y terapia de ayuda al otro pueden ser más eficaces que otros. Así mismo, los programas multi-modales, intensivos y de corta duración en los que se tiene en cuenta una evaluación inicial de riesgo de los participantes y donde se da preferencia a los jóvenes que han cometido delitos violentos, pueden resultar más efectivos en la reducción de la reincidencia seria.

Como se ha señalado en este capítulo, una gran parte de los estudios que evalúan la efectividad de programas dirigidos a jóvenes vinculados a patrones delictivos serios, no contienen información detallada de factores considerados fundamentales para conocer las condiciones que potencian o limitan su efectividad. Ante esta situación, si bien no se pueden proponer con certeza las características que debe contener un programa para ser efectivo con la población de interés, sí se pueden señalar los factores que deben incluirse en futuras

investigaciones sobre el tema. A continuación se presenta un listado de los factores en los que no se encontró suficiente información en la presente revisión sistemática y que se considera fundamental para análisis posteriores:

En participantes:

- (a) Evaluación de riesgo y de necesidades de los participantes (puede incluirse una evaluación de psicopatía y del tipo de violencia implicado en los delitos cometidos por los jóvenes).
- (b) Descripción del proceso de evaluación y selección de los participantes que incluya las características de los instrumentos empleados junto con detalles de su validez.
- (c) Información sobre equivalencia de los grupos antes de aplicar el programa a evaluarse. Este proceso de equivalencia debería contemplar variables como:
 - Tipo y frecuencia de delitos previos.
 - Delito por el que se encuentran actualmente institucionalizados.
 - Calificación y clasificación de riesgo de reincidencia.

En el programa de tratamiento:

- (d) Fundamentación teórica del programa aplicado, en la que se aclare las teorías de explicación de la delincuencia en que se basa y los factores específicos que pretende modificar.
- (e) Descripción de los componentes de los programas aplicados que amplíen la categoría general de la intervención. Es decir, además de informar si el programa fue no conductual, no cognitivo, cognitivo-conductual, etc., describir los principales componentes, como por ejemplo:
 - Estrategias para la reducción del consumo de sustancias
 - Capacitación vocacional
 - Capacitación académica

- Entrenamiento en habilidades para la vida
 - Habilidades para conseguir y mantener un empleo
 - Habilidades para resolver problemas dentro de la institución (situaciones propias de la institucionalización)
 - Habilidades para resolver problemas una vez que salen en libertad (situaciones propias de la relación con la comunidad, con posibles empleadores, pareja, familia, etc.).
 - Habilidades de identificación y reconocimiento emocional.
 - Desarrollo de empatía
- (f) Descripción del enfoque empleado y de las acciones en cada uno:
- Individual
 - Grupal
 - Pares
 - Familiar
 - Comunitario
- (g) Explicar si el programa se aplicó con base en un protocolo (con una breve descripción del mismo).
- (h) Duración (tiempo total en meses), intensidad (número de horas en total por participantes) y magnitud (número de horas a la semana por participantes) del programa.
- (i) Si el programa se extendió después de que los jóvenes salieran en libertad (si hubo fase de transición y de reintegración): con información sobre duración, intensidad, magnitud, elementos que conformaron el programa y nivel de supervisión.
- (j) Vinculación con redes de apoyo prosocial y recursos en la comunidad.
- (k) La cooperación entre agencias e instituciones que buscan la prevención de la delincuencia.
- (l) Características de la comunidad a la que regresan los jóvenes después de salir en libertad (favorables y contrarias a la delincuencia).

En el grupo de control o comparación:

- (m) Explicar las condiciones en que estuvieron los jóvenes, de tal forma que se pueda saber si estuvieron expuestos a alguna intervención.
- (n) Incluir información sobre exposición de los participantes en estos grupos a algún otro tipo de intervención en durante los periodos de seguimiento.

En el personal encargado de la aplicación del programa:

- (o) Definir su profesión.
- (p) Explicar si hubo proceso de capacitación: intensidad, duración, contenido, protocolo.
- (q) Detallar si hubo algún tipo de evaluación de compromiso por parte del personal y de su relación con los jóvenes, y viceversa.
- (r) Si el personal que aplicó el programa fue el mismo que lo evaluó.
- (s) Número de personal que aplica el programa con relación al número de jóvenes que lo recibieron.

En el clima de la institución:

- (t) Descripción de políticas y condiciones que facilitaron el programa.
- (u) Descripción de políticas y condiciones que dificultaron el programa, y las estrategias que fueron efectivas o no para resolverlo.
- (v) Normas dentro del programa (reglamento, sanciones, recompensas).

En la evaluación del programa:

- (w) Si el programa contaba con un sistema de evaluación de la aplicación del programa y de sus resultados, qué instrumentos utilizaron y qué resultados se obtuvieron.

En las medidas de resultados:

- (x) Frecuencia y gravedad de la reincidencia
- (y) Tiempo que transcurre entre salida en libertad y la reincidencia.
- (z) Variables psicológicas relacionadas teóricamente con el comportamiento delictivo serio, en especial las de identificación y procesamiento de emociones, y de interacción social.

7.6. Implicaciones en políticas públicas

Respecto al séptimo objetivo:

Proponer elementos clave con relación al diseño y evaluación de políticas públicas vinculadas a la prevención de reincidencia en jóvenes que han cometido delitos graves y/o que tienen largos historiales delictivos (delincuentes serios)

La adolescencia es un periodo crítico para aplicar intervenciones que buscan la reducción de la delincuencia. Si bien se ha encontrado una importante relación entre algunos genes y los daños estructurales y funcionales del cerebro, con la conducta delictiva, también existe fuerte evidencia de que estas condiciones son modificables -en algún grado- a través del ambiente (Raine, 1998). En este sentido, los programas de intervención dirigidos a adolescentes ofrecen la oportunidad de influir y cambiar el curso de estas predisposiciones.

Por un lado, durante la adolescencia el número de conexiones sinápticas aumenta en la materia gris del cerebro, en especial en los lóbulos prefrontales, con lo cual se desarrollan importantes habilidades cognoscitivas abstractas que incluyen los juicios morales y la empatía (Damasio, 1994; Hunt y Skendelas, 2009; López *et al.*, 2009; O'Hare y Sowell, 2008; Oliva y Antolín, 2010). Si los programas de intervención contribuyen al desarrollo de la cognición social y otras funciones ejecutivas en esta etapa de la vida, el aprendizaje de dichas habilidades será más significativo y permanente que si se aprende en etapas posteriores.

Por otro lado, como se explicó en el capítulo uno de esta investigación, en la adolescencia existe un desequilibrio maduracional entre los sistemas cerebrales

aproximativo, evitativo y regulatorio (Oliva y Antolín, 2010; Van Leijenhorst *et al.*, 2010), los cambios producidos en estos circuitos durante la adolescencia pueden tener efectos persistentes a lo largo de la vida. Si los programas dirigidos a los jóvenes vinculados a patrones delictivos serios producen cambios positivos (a favor de la legalidad) sobre estos circuitos cerebrales, se incrementará la probabilidad de que se mantengan por más tiempo, con lo cual no sólo se influiría en la reincidencia que puede ocurrir durante la adolescencia y la juventud, sino también durante la adultez. Este tema es aún más crítico en los jóvenes con carreras delictivas violentas y crónicas que pueden ser responsables de una importante proporción de delitos.

Es importante señalar que si una pequeña parte de la población de jóvenes que han cometido delitos, y que tienen patrones crónicos y violentos, es la responsable de la mayoría de delitos registrados y auto-informados, es necesario identificar e intervenir de manera efectiva sobre su comportamiento. Probablemente, el dirigir esfuerzos hacia esta población redundará en un decremento importante de los niveles de delincuencia en general, así como en una mejor inversión de los recursos dedicados a ello. Por ejemplo, quienes necesiten intervenciones más largas las recibirán y quienes puedan continuar viviendo en comunidad no tendrán que permanecer en una institución.

La atención de este subgrupo de jóvenes no sólo permitirá prevenir futuros delitos y sufrimiento de potenciales víctimas, sino que también contribuirá a mejorar las condiciones de vida de jóvenes y posteriormente adultos, que pasan un importante periodo de tiempo institucionalizados, sin recibir ayuda ajustada realmente a sus necesidades.

Desde esta perspectiva, la preocupación en esta investigación no gira en torno al control social y seguridad de la ciudadanía, sino a la responsabilidad compartida de los Estados, la sociedad en general, los científicos y los profesionales en el tema de la delincuencia, frente al desarrollo de este tipo de comportamiento y a la necesidad de proveer servicios más efectivos y menos paliativos.

Como se explicó en capítulos precedentes, las sanciones legales por sí mismas no son tan efectivas como la intervención correccional, que consiste en la

combinación de sanciones legales y tratamiento. Por ello, es necesario establecer políticas que guíen la aplicación y la evaluación de los programas dirigidos a estos jóvenes. El principal aporte de la presente investigación a este respecto consiste en los resultados que se obtuvieron en la reducción de la reincidencia general, y en especial, de la grave. Estos datos implican que la intervención dirigida a los jóvenes con carreras delictivas violentas y crónicas es favorable y que debe preferirse a la no intervención.

Los resultados de esta revisión invitan a establecer políticas que favorezcan la investigación y la aplicación de estrategias dirigidas a este subgrupo de la población, en particular las relacionadas con los componentes de programas cognitivo-conductuales y multi-enfocados que potencian la efectividad de la intervención. Por ejemplo, los programas enfocados en el desarrollo de auto-control en este tipo de jóvenes, como es el caso de la investigación de Caldwell y Van Rybroek (2005) ofrecen propuestas esperanzadoras para quienes en principio son catalogados como difíciles, violentos y con bajas probabilidades de éxito. Estos datos concuerdan con hallazgos previos sobre la relación estrecha entre el auto-control como factor protector y la reducción de la probabilidad de conducta delictiva (van der Laan *et al.*, 2010).

Además, es de tenerse en cuenta el formato de codificación construido para esta investigación junto con los puntos señalados en el apartado inmediatamente anterior de este capítulo, dado que ofrecen una guía de los elementos a tener en cuenta para la evaluación de programas dirigidos a jóvenes vinculados a patrones delictivos serios que se encuentran en condiciones de institucionalización. La consideración de guías como éstas contribuirá a encontrar más y mejores resultados sobre las estrategias que son más efectivas para este subgrupo de la población, y con ello se harán mayores aportes a la reducción del crimen en general, en el entendido de que se contribuirá al propósito de prevenir que los jóvenes con estos patrones lleguen a ser criminales adultos.

Con relación a la dificultad de contar con grupos controles o de comparación que no reciban el programa de tratamiento que se evalúa, a fin de no ir en contra de los marcos legales internacionales, se propone conformar dichos grupos con los jóvenes que estén próximos a salir en libertad y que hayan estado

expuestos a la rutina institucional tradicional, sin caer en la discrecionalidad de no asignarles a las condiciones de tratamiento.

Respecto a las intervenciones dirigidas a mujeres, los pocos estudios disponibles no permiten hacer afirmaciones concluyentes. Es necesario realizar más investigación con el objetivo de identificar si las chicas necesitan programas distintos en algunos de sus componentes en comparación con los que reciben los chicos.

Finalmente, aunque en las políticas criminales y en el ámbito aplicado de las prisiones y correccionales se identifican algunos esfuerzos de la aplicación del conocimiento sobre el tratamiento de la conducta delictiva, éste no es del todo suficiente y se requiere de mayor relación entre los resultados de la investigación y la práctica. Para ello, investigaciones como esta pueden contribuir a generar conocimiento sobre las características de programas efectivos, y a difundirlo de tal manera que las personas encargadas de las decisiones en el ámbito de las políticas criminales lo tengan en cuenta a través del desarrollo de *políticas sociales basadas en la evidencia científica*.

8. REFERENCIAS

- A.P.A. American Psychological Association. (1993). *Summary report of the American Psychological Association. Commission on Violence and Youth* (Vol. 1). Washington D.C., EE. UU.: Author
- Agee, V. L. (1986). Institutional treatment programs for the violent juvenile. En S. J. Apter y A. P. Goldstein (Eds.), *Youth Violence Programs and Prospects. Pergamon general psychology series* Vol. 135 (pp. 75 – 88). Elmsford, New York, EE. UU.: Pergamon Press.
- Agnew, R. (1992). Foundation for a general strain theory of crime and delinquency, *Criminology*, 30, 47-87.
- Ahmann, S.I. (2008). Thorough the lens of the adolescent: A survey of at risk behaviours. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 69(1-A), 174.
- Akers, R. L. (2009). *Social Learning and Social Structure. A General Theory of Crime and Deviance*. New Jersey, EE. UU: Transaction Publishers.
- Akers, R. L. y Sellers C. (2004). *Criminological Theories: Introduction, Evaluation, and Application* (4a. ed.). Los Angeles, EE. UU.: Roxbury Publishing.
- American Psychiatric Association. (2002). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, Texto revisado* (4ª. Ed.) (T. Flores, J. Masan, E. Masan, J. Toro, J. Treserra y C. Udina). Whashington, DC, EE.UU.: Elsevier Masson.
- Andrés-Pueyo, A. (2005). Violencia Juvenil: realidad actual y factores psicológicos implicados. *Grupo de estudios avanzados en violencia. Departamento de Personalidad (GEAV). Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona* [En red]. Disponible en: http://www.ub.edu/geav/Imatges/Violencia%20juveni_rol_3l.pdf.

- Andrews, D. (1995). The psychology of criminal conduct and effective treatment. En J. McGuire (Ed.), *What Works: Reducing Reoffending. Guidelines from Research and Practice* (pp. 35 – 62). New York, EE. UU.: John Wiley y Sons.
- Andrews, D. (1983). The assessment of outcome in correctional samples. En M. L. Lambert, E. R. Christensen y S. S. Dejulio (Eds.), *The measurement of Psychotherapy Outcome in Research and Evaluation*. Nueva York: Wiley.
- Andrews, D. A. y Bonta, J. (2006). *The Psychology of Criminal Conduct*, 4rd ed. Cincinnati: Anderson Publisher Ltd.
- Andrews, D. A., Zinger, I., Hoge, R. D., Bonta, J., Gendreau, P. y Cullen, F. T. (1990). Does correctional treatment work? A clinically relevant and psychologically informed meta-analysis. *Criminology*, 28, 369 – 404.
- Antonowicz, D. H. y Ross, R. R. (1994). Essential components of successful rehabilitation programs for offenders. *International Journal of Offender Theraphy and Comparative Criminology*, 38, 97 – 104.
- Arnull, E., Eagle, S., Gammampila, A., Archer, D., Johnson, V., Miller, K., y Pitcher, J. (2005). *Persistent Young Offenders: A Retrospective Study*. London, Reino Unido: Youth Justice Board for England and Wales.
- Asher, J. A. (2006). Exploring the relationship between parenting styles and juvenile delinquency. Tesis de maestría, Universidad de Miami, Ohio, EE.UU. Disponible en: <http://etd.ohiolink.edu/send-pdf.cgi/Asher%20Jeff.pdf?miami1165594171>
- Auerbach, A. W. (1978). The role of the therapeutic community "Stheet Prison" in the rehabilitation of youthful offenders (Doctoral dissertation, George Washington University, 1997). *Dissertation Abstracts International*, 38(09), 4532B. (University Microfilms No. 78-01086).
- Bailey, W. (1966). Correctional outcome: An evaluation of 100 reports. *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 57, 153 – 160.
- Bandura, A. (1987). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid, España: Espasa-Calpe.

- Bartol, C.R. (2008). Resilience and Antisocial Behavior. En C.R. Bartol y A.M. Bartol. *Current perspectives in Forensic Psychology and Criminal Behavior*. Pp. 81-96. California: Sage Publications.
- Benard, B. (1996). Resilience Research: A Foundation for Youth Development, New Designs for Youth Development. *Development*, 12(3), 4-10.
- Beven, J. P., O'Brien-Malone, A., y Hall, G. (2004). Using the Interpersonal Reactivity Index to assess empathy in violent offenders. *International Journal of Forensic Psychology*, 1(2), 33 – 41.
- Borenstein, M. J., Hedges, L. V., Higgins, J. y Rothstein, H. (2005). *Comprehensive Meta-analysis* (Vers.2). Englewood, Nueva Jersey, EE. UU.: Biostat.
- Borum, R., Bartel, P., y Forth, A. (2005). Structured Assessment of Violence Risk in Youth (SAVRY). En T. Grisso, G. Vincent y D. Seagrave (Eds.). *Mental health screening and assessment in juvenile justice* (pp. 311-323). New York, EE. UU.: Guilford.
- Bowman, P. C. y Auerbach, S. M. (1982). Impulsive youthful offenders. A multimodal cognitive behavioral treatment program. *Criminal justice and behavior*, 9(4) 432-454.
- Breuer, J. A. y Potenza, M. N. (2008). The neurobiology and genetics of impulse control disorders: Relationships to drug addictions. *Biochemical Pharmacology*, 75 (1), 63-75.
- Brody, S. (1976). *The effectiveness of sentencing (Estudio de investigación del Ministerio del Interior núm. 35)*, Londres, Reino Unido: HMSO.
- Brofenbrenner, U. (1999). Environments in developmental perspective: theoretical models. En Friedman, S. L. y Wachs, T. D. (Eds.). *Measuring Environment across the Life Span: Emerging Methods and Concepts* (pp. 3–28). Washington D. C., EE. UU.: American Psychological Association.
- Broidy, L. (2001) A test of general strain theory. *Criminology*, 39, 9-36.
- Caldwell, M. F. (En prensa). Treatment of adolescents with psychopathic feature. Documento inédito enviado por el autor en marzo del 2010.

- Caldwell, M., McCormick, D., Umstead, D. y Van-Rybroek, G. (2007). Evidence of treatment progress and therapeutic outcomes among adolescents with psychopathic features. *Criminal Justice and Behavior*, 34 (5), 573-587.
- Caldwell, M., Skeem, J., Salekin, J. y Van Rybroek, G. (2006). Treatment Response of adolescent offenders with psychopathy features. A 2 year follow up. *Criminal, Justice and Behavior*, 33, 71 - 96.
- Campbell, D. T. (1969) Reforms as Experiments. *American Psychologist*, 24, 409-429.
- Capaldi, D. H. y Patterson, G. R. (1996). Can violent offenders be distinguished from frequent offenders: prediction from childhood to adolescence. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 33(2), 206-231.
- Capowich, G. E., Mazerolle, P. y Piquero, A. (2001). General strain theory, situational anger, and social networks: An assessment of conditioning influences. *Journal of Criminal Justice*, 29, 445-461.
- Carrington, P. J., Matarazzo, A., y de Souza, P. (2005, revisado el 3 de marzo de 2009). Court Careers of a Canadian Birth Cohort. *Statistics Canada* [En red]. Disponible en: <http://www.statcan.gc.ca/pub/85-561-m/85-561-m2005006-eng.pdf>.
- Cases, O., Seif, I., Grimsby, J., Gaspar, P., Chen, K., Pournin, S. *et al.* (1995). Aggressive behavior and altered amounts of brain serotonin and norepinephrine in mice lacking MAOA. *Science*, 266, 1763-1766.
- Caspi, A., McClay, J., Moffit, T. E., Mill, M., Martin, J., Craig, I. W., Taylor, A., Poulton, R. (2002). The Role of Genotype in the Cycle of Violence in Maltreated Children. *Science*, 297, 851- 854.
- Chaiken, M. R. (2000). Violent Neighborhoods, Violent Kids. Bulletin. Washington, DC: U.S. Department of Justice, Office of Justice Programs, Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. NCJ 178248.
- Chamberlain, P., Fisher, P. A. y Moore, K. (2002). Multidimensional Treatment Foster Care: Applications of the OSLC Intervention Model to High Risk Youth and Their Families. En J. B. Reid, G. R. Patterson y J. S. Snyder (Eds.), *Antisocial Behavior in Children and Adolescents: A Developmental*

- Analysis and Model for Intervention* (pp.203-218). Washington, DC, EE. UU.: American Psychological Association.
- Chambers, R.A., Taylor, J.R. y Potenza, M.N. (2003). Developmental neurocircuitry of motivation in adolescence: A critical period of addiction vulnerability. *American Journal of Psychiatry*, 160, 1041-1052.
- Chung, H. L. y Steinberg, L. (2006). Relations between neighborhood factors, parenting behaviors, peer deviance and delinquency among serious juvenile offenders. *Developmental Psychology*, 42 (2), 319-331.
- Cleckley, H. (1982). *The mask of sanity* (5 ed.). San Luis, Misuri. EE. UU.: Mosby
- Cleland, C. M., Pearson, F. S. y Lipton, D. S. (1996). *A meta-analytic approach to the link between needs-targeted treatment and reductions in criminal reoffending*. Comunicación presentada al Annual Meeting of the American Society of Criminology, Chicago, Illinois, EE. UU.
- Cochran, W. G. (1954). The combination of estimates from different experiments. *Biometrics*, 10, 101–129.
- Cohen, J. (1977). *Statistical power analysis for the behavioral sciences*. New York, EE. UU.: Academic Press.
- Collins, W. A., Maccoby, E. E., Steinberg, L., Hetherington, E. M., y Bornstein, M. H. (2000). Contemporary Research on Parenting: The Case for Nature and Nurture. *American Psychologist*, 55(2), 218-232.
- Convención de los Derechos del Niño. (1989). Asamblea General resolución 4/25. Disponible en red: [<http://www2.ohchr.org/spanish/law/crc.htm>].
- Cooper, H. y Hedges, L. V. (Eds.) (1994). *The Handbook of Research Synthesis*. Nueva York, EE. UU. : Sage.
- Cosby, J. W. (1980). Combining the use of guided group interaction and Innovative Sciences, Inc.: A learning system in an institutional setting to modify the behavior of juvenile through the courts as delinquents (Doctoral dissertation, Rutgers University, 1979). *Dissertation Abstracts International*, 40(10), 559A. (University Microfilms No. 80-08868).
- Cox, D. R. (1970). *Analysis of Binary Data*. Nueva York, EE. UU.: Chapman y Hall

- Damasio, A. (1994). *Descartes's Error. Emotion, Reason, and the Human Brain*. Nueva York: P. Putnam's Sons, (Edición en castellano: *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica).
- Darling, N., y Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113 (3), 487–496.
- DeGusti, B., MacRae, L., Vallée, M., Caputo, T. y Hornick, J. P. (2009). Best practices for chronic/persistent youth offenders. The alberta law foundation and national crime prevention centre. *Canadian research institute for law and the family and centre for initiatives on children, youth and the community*. Disponible en: <http://people.ucalgary.ca/~crilf/sub/research.html>
- Dishion, T. J., Patterson, G. R. y Kavanagh, K. A. (1992). An experimental test of the coercion model: Linking theory, measurement, and intervention. En J. McCord y R. E. Tremblay (Eds.), *Preventing Antisocial Behavior: Interventions From Birth Through Adolescence*. (pp.253-282). New York, EE.UU.: Guilford Press.
- Dishion, T. J., y Patterson, G. R. (2006). The development and ecology of antisocial behavior in children and adolescents. En D. Cicchetti, y D. J. Cohen (Eds.). *Developmental psychopathology, Vol 3: Risk, disorder and adaptation* (pp. 503–541). Hoboken, NJ, EE. UU.: Wiley.
- Dowden, C. y Andrews, D. A. (1999a). What works for female offenders: A meta-analytic review. *Crime and Delinquency*, 45, 438-452.
- Dowden, C. y Andrews, D. A. (1999b). What works in young offender treatment: A meta-analysis. *Forum on Corrections Research*, 11, 21-24.
- Dowden, C. y Andrews, D. A. (2000). Effective Correctional treatment and violent reoffending: A meta-analysis. *Canadian Journal of Criminology*, 42 (4), 449 – 467.
- Edesn, J. F., Skeem, J. L, Cruise, J. K. y Cauffman, E. (2001). Assessment of Juvenile Psychopathy and its association with violence: A critical review. *Behavioral Sciences and the Law*, 19, 3 - 80.
- Eisenberg, N. y Miller, P. A. (1987). The relation of empathy to prosocial and related behaviors. *Psychological Bulletin*, 101, 91-119.

- Eisler, R. y Levine, D. S. (2002). Nurture, nature, and caring: We are not prisoners of our genes. *Brain and Mind*, 3, 9-52
- Elliott, D. S., Huizinga, D., y Morse, B. (1986). Self-reported violent offending—A descriptive analysis of juvenile violent offenders and their offending careers. *Journal of Interpersonal Violence*, 1(4), 472-514.
- Eysenk, H. J. (1996). Personality and crime: Where do we stand? *Psychology, Crime and Law*, 2,3, 143-152.
- Eysenck, H. J. y Gudjonsson, G. H. (1989). *The causes and cures of criminality*. Nueva York, EE. UU.: Plenum Press.
- Fagan, J. (1995). Separating the Men From the Boys. The Comparative Advantage of Juvenile Versus Criminal Court Sanctions on Recidivism Among Adolescent Felony Offenders. En J.C., Howell *et al* (Eds.), *Serious, Violent and Chronic Juvenile Offenders* (pp. 238 – 260). Sage Publications, Londres, Reino Unido.
- Fagan, A. A., Van Horn, M. L., Hawkins, J. D. y Arthur, M. W. (2007). Gender similarities and differences in the association between risk and protective factors and self-reported serious delinquency. *Society for prevention research*, 8, 115-124.
- Fagan, J. (1990). Social and Legal Policy Dimensions of Violent Juvenile Crime. *Criminal Justice and Behavior*,. 17(1), 93-133.
- Fairchild, G., van Goozen, S. H. M., Calder, A. J., Stollery, S. J. y Goodyer, I. M. (2009). Deficits in facial expression recognition in male adolescents with early-onset or adolescence-onset conduct disorder. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 50(5), 627-636.
- Farrington, D. P. (1996). The explanation and prevention of youthful offending. En P. Cordelia y L. Siegel (Eds.): *Readings in contemporary criminological theory*. Boston, EE. UU.: Northeastern University Press
- Farrington, D. P. (1997). The relationship between low resting heart rate and violence. En Raine, A y P. Breanan (Eds). *Biosocial bases of violence* (pp. 89-105). Nueva York, New York, EE. UU. : Plenum press.
- Farrington, D. P. (2002). Multiple risk factors for multiple problem violent boys. En R. R. Corrado, R. Roesch, S. D. Hart y J. K. Gierowski (Eds.), *Multi-*

problem violent youth: a foundation for comparative research on needs, interventions and outcomes:Vol. 324 (pp. 23–34). Amsterdam, Holanda.: IOS press.

Farrington, D. P. (2003). Key results from the first forty years of the Cambridge Study in delinquent development. En T. P. Thornberry y M. D. Krohn (Eds.), *Taking Stock of Delinquency: An Overview of Findings from Contemporary Longitudinal Studies* (pp. 137–183). N.Y., EE. UU.: Kluwer/Plenum.

Farrington, D. P. (2004). Conduct disorder, delinquency, and aggression. En R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.). *Handbook of adolescent psychology* (2a. ed. pp. 627-664). Nueva York, EE. UU: Wiley.

Farrington, D. P. (2005). Conclusions about developmental and lifecourse theories. En D. P. Farrington (Ed.). *Integrated developmental and life course theories in offending. Advances in Criminological Theory, Volume 14* (pp. 247-256). New Brunswick, New Jersey, EE. UU. : Transaction Publishers.

Farrington, D. P. y Petrosino, A. (2001). The Campbell Collaboration Crime and Justice Group. *The Annals of The American Academy of Political and Social Science*, 578, 35–49.

Farrington, D. y Welsh, B. C. (Eds.). (2001). The Annals: What works in preventing crime? Systematic reviews of experimental and quasi-experimental research. The American Academy of Political and Social Science, 578, Londres, Reino Unido: SAGE

Feldman, R. S. (2007). *Desarrollo Psicológico a través de la vida* (4a. ed.). México: Prentice Hall.

Ferguson, C. J. (2010). Genetic Contributions to Antisocial Personality and Behavior: A Meta-Analytic Review from an Evolutionary Perspective. *The Journal of Social Psychology*, 150, 2, 160-180.

Fergusson, D. M., Lynskey, M. T. y Horwood, J. (1996). Factors associated with continuity and changes in disruptive behavior patterns between childhood and adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 24, 533-554.

- Fergusson, D. M., y Horwood, L. J. (2002). Male and female offending trajectories. *Development and Psychopathology*, 14(1), 159–177.
- Forth, A. E., Kosson, D. y Hare, R. D. (2003). *Psychopathy Checklist-Youth Version*. Toronto, Ontario, Canada: Multi Health Systems.
- Fuhrman, B. S. (1986). *Adolescence, Adolescents*. Boston, Massachusetts, EE.UU.: Little Brown.
- Furnham, A. (1984). Personality, social skills, anomie and delinquency: A self report study of a group of normal non-delinquent adolescents. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 25, 409-420
- Galiano, A. (2003). Atlas de Neurología, Sección Alteraciones del sistema dopaminérgico [En red]. Disponible en: <http://www.iqb.es/neurologia/atlas/lewy/lewy08.htm>
- Gallardo-Pujol, D., Forero, C. G., Maydeu-Olivares, A. y Andrés-Pueyo, A. (2009). Desarrollo del comportamiento antisocial: factores psicobiológicos, ambientales e interacciones genotipo-ambiente. *Revista de Neurología*, 48 (4), 191-198.
- Galván, A. (2010). Adolescent development of the reward system. *Frontiers in Human Neuroscience*, 4, ArtID 6.
- Gardner, H. (1995). Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica. Barcelona, España.: Paidós.
- Garret, P. (1985). Effects of residential treatment of adjudicated delinquents: A meta-analysis. *Journal of Research in Crime and delinquency*, 22, 287 – 308.
- Garrido, V. (1987). *Delincuencia Juvenil: Orígenes, prevención y tratamiento*. Madrid, España: Alambra.
- Garrido, V. (2002). *Psicología de la Delincuencia. Ciencias de la Seguridad (CISE)*. Universidad de Salamanca.
- Garrido, V. (2003). *Psicópatas y otros delincuentes violentos*. Valencia, España: Tirant Lo Blanch.
- Garrido, V. (2005). *Qué es la psicología criminológica*. Madrid, España.: Biblioteca Nueva.

- Garrido, V. y López, M. (1997). Psicología e infancia desviada en España. En J. Urra y M. Clemente (Eds.). *Psicología Jurídica del Menor. Colección Retos jurídicos en las ciencias sociales* (pp. 21-63). Madrid, España: Fundación Universidad Empresa.
- Garrido, V., Stangeland, P. y Redondo, S. (2001). *Principios de Criminología*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Geier, C.F. (2010). Incentive processing and inhibitory control in adolescents and young adults. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 70, 10-B.
- Gendreau, P. (1996). Offender rehabilitation: What we know and what needs to be done. *Criminal Justice and Behavior*, 23, 144-161.
- Gendreau, P., Little, T. y Goggin, C. (1996). A meta-analysis of the predictors of adult recidivism: What Works! *Criminology*, 34, 575 – 607.
- Gibbs, J. C. (2004) Moral reasoning training: The values component. En A. P. Goldstein, R. Nensen, M. Kalt, y B. Daleflod (Eds.), *New perspectives on aggression replacement training* (pp. 51-72). Chichester: Wiley & Sons.
- Gibson, C., Schreck C. J. y Miller, J. M. (2004). Binge drinking and negative alcohol-related behaviors: A test of self-control theory. *Journal of Criminal Justice* 32, 411-420.
- Goldstein, A. P., Glick, B. y Gibbs, J. C. (1998). *Aggression Replacement Training*. Champaign, Illinois: Research Press.
- Gomá, M., Grande, I., Valero i Ventura, S., Puntí i Vidal, J. (2001). Personalidad y conducta delictiva autoinformada en adultos jóvenes. *Psicothema*, 13,2, pp. 252-257.
- Gorman-Smith, D., Tolan, P. H., y Henry, D. B. (2000). A developmental-ecological model of the relation of family functioning to patterns of delinquency. *Journal of Quantitative Criminology*, 16, 169-198.
- Gorman-Smith, D. y Loeber, R. (2005). Are developmental pathways in disruptive behaviors the same for girls and boys?. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychiatry*, 14, 15-27.
- Gottfredson, M. R. y Hirschi, T. (1990). *A General Theory of Crime*. Stanford, California.: Stanford University Press.

- Gottschalk, W. S., Davidson II, W. S., Gensheimer, L. K. y Mayer, J. P. (1987b). Community-Based Interventions. En H. C. Quay (Ed.), *Handbook of Juvenile Delinquency* (pp. 266-289). New York, EE. UU.: Wiley.
- Gottschalk, W. S., Davidson II, W. S., Mayer, J. P. y Gensheimer, L. K. (1987a). Behavioral approaches with juvenile offenders: A meta-analysis of long-term treatment efficacy. En E. K. Morris y C. J. Braukmann (Eds.), *Behavioral Approaches to Crime and Delinquency* (pp. 399-422). New York, EE. UU.: Plenum Press.
- Greenberg, P. F. (1977). The correctional effects of corrections: A survey of evaluations. En D. F. Greenberg (Ed.), *Corrections and Punishment* (pp. 111 - 148). Beverly Hills California, EE. UU. : Sage.
- Gretton, H. M., Hare, R. D., y Catchpole, R. E. H. (2004). Psychopathy and offending from adolescence to adulthood: A 10-year follow-up. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 72(4), 646-645.
- Guerra, N. G. y Slaby, R. G. (1990). Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders: 2 intervention. *Developmental Psychology*, 26, 269 - 277.
- Haddock, C. K., Rindskopf, D. y Shadish, W. R. (1998). Using odds ratios as effect sizes for meta-analysis of dichotomous data: A primer on methods and issues. *Psychological Methods*, 3, 339-353.
- Hagan, M. P., Cho, M. E., Jensen, J. A. y King, R. P. (1997). An assessment of the effectiveness of an intensive treatment program for severely mentally disturbed juvenile offenders. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 41(4), 340-350.
- Hagell, A. y Newburn, T. (1994). *Persistent young offenders*. Londres, Reino Unido: Policy Studies Institute.
- Harris, G. T., Rice, M. E. y Lalumière, L. (2001). Criminal violence. The roles of psychopathy, neurodevelopmental insults and antisocial parenting. *Criminal Justice and Behavior*, 28, 402 - 426.
- Harris, G., Rice, M. y Cormier, C. (1991). Psychopathy and violent recidivism. *Law and Human Behavior*, 1, 62-637.

- Hasselblad, V. y Hedges, L. V. (1995). Meta-analysis of screening and diagnostic tests. *Psychological Bulletin*, 117, 167-1787.
- Hawkins, J. D. y Catalano, R. F. (1992). *Communities that care*. San Francisco, California, EE. UU. : Jossey-Bass.
- Hawkins, J. D., Herrenkohl, T. I., Farrington, D. P., Brewer, D., Catalano, R. F., Harachi, T. W. y Cothorn, L. (2000). Predictors of Youth Violence. Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. Disponible en: <http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/ojjdp/179065.pdf>
- Hedges, L.V. y Olkin, I. (1985). *Statistical methods for meta-analysis*. Orlando, Florida, EE. UU.: Academic Press.
- Henggeler, S. W. (1989). *Delinquency in adolescence*. Newbury Park, EE. UU.: Sage.
- Henggeler, S. W., Melton, G. B. y Smith, L. A. (1992). Family preservation using multisystemic therapy: An effective alternative to incarcerating serious juvenile offenders. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60, 953 – 961.
- Henggeler, S. W., Melton, G. B., Brondino, M. J., Scherer, D. G. y Hanley, J. H. (1997). Multisystemic Therapy with violent and chronic juvenile offenders and their families: The role of treatment fidelity in successful dissemination. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 6, 821–83.
- Herrenkohl, T. L., Maguin, E., Hill, K. G., Hawkins, J. D., Abbott, R. D. y Catalano, R. F. (2000). Developmental risk factors for youth violence. *Journal of Adolescent Health*, 26 (7), 176-186.
- Higgins, J. P. T. y Thompson, S. G. (2002). Quantifying heterogeneity in a meta-analysis. *Statistics in Medicine*, 21, 1539-1558.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of Delinquency*. Berkeley, California: University of California Press.
- Hodgins, S. (2007). Persistent violent offending: what do we know?. *The british journal of psychiatry*, 190, 12-14.
- Hoeve, M., Blokland, A., Semon Dubas, J., Loeber, R., Gerris, J. R. y van der Laan, P. H. (2008). Trajectories of Delinquency and Parenting Styles. *Journal Abnorm Child Psychol*, 36 (2), 223–235.

- Hoeve, M., Dubas, J. S., Eichelsheim, V. I., van der Laan, P. H., Smeenk, W. y Gerris, J. R. M. (2009). The Relationship Between Parenting and Delinquency: A Meta-analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 37, 749-775.
- Hoge, R., Andrews, D. A. y Leschied. A. (2002) *Youth Level of Service / Case Management Inventory: YLS/CMI Manual*. Toronto: MultiHealth Systems. Also: Interview Guide
- Hollin, C. R. (1999). Treatment Programs for Offenders: Meta-Analysis, “What Works”, and Beyond. *International Journal of Law and Psychiatry*, 22(3/4), 361-372.
- Hollin, C. R., Huff, G. J., Clarkson, F. y Edmondson, A. C. (1986). Social skills training with young offenders in a Borstal: An evaluative study. *Journal of community psychology*, 14, 289-299.
- Howell, J. C. (2009). *Preventing and Reducing Juvenile Delinquency: A comprehensive Framework* (2a ed.) Londres, Inglaterra.: Sage Pulications .
- Huedo-Medina, T. B., Sanchez-Meca, J., Marin-Martinez, F. y Botella, J. (2006). Assessing heterogeneity in meta-analysis: Q statistic or I^2 index?. *Psychological Methods*, 11, 193-206.
- Huizinga, D., Loeber, R. y Thornberry, T. P. (1994). *Urban delinquency and substance abuse: Initial findings*. Washington, D.C, EE. UU. : Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Huizinga, D., Loeber, R., Thornberry, T. P. y Cothorn, L. (2000). Co-occurrence of Delinquency and Other Problem Behaviors. *Juvenile Justice Bulletin*, November, OJJDP, Washington, DC. 1-8.
- Huizinga, D., Weiher, A. W., Espiritu, R. y Esbensen, F. (2003). Delinquency and crime: Some highlights from the Denver Youth Survey. En T. P. Thornberry y M. D. Krohn (Eds.), *Taking stock of delinquency: An overview of findings from contemporary longitudinal studies* (pp. 47-91). New York, EE. UU.: Kluwer/Plenum.
- Hunt, K. y Skendelas, P. (2009). Thinking Lide a Child: Legal Implications of Recent Developments in Brain Research for Juvenile Offenders. Capítulo 9.

- P. 199-214. En Freeman, M. Y Goodenough, O.R. Law, Mind and Brain. Aschgate Publishing, Ltda.
- Izzo, R. L. y Ross, R. R. (1990). Meta-analysis of rehabilitation programs for juvenile delinquents. A brief report. *Criminal Justice and Behavior*, 17, 134 - 142.
- Juang, L. P., y Silbereisen, R. K. (1999). Supportive parenting and adolescent adjustment across time in former East and West Germany. *Journal of Adolescence*, 22(6), 719-736.
- Kagan, J. (1989). Temperamental contributionsto social behaviour. *American Psychologist*, 44, 668-674.
- Kandel, E. y Mednick, S. A. (1991). Perinatal complications predict violent offending. *Criminology*, 29(3), 519-529.
- Karnik, N. S., Soller, M. V., Steiner, H. (2007). Psychopharmacology and juvenile delinquency. En C. L. Kessler, L. J. Kraus, U. K. Cambridge (Eds.), *The Mental Health Needs of Young Offenders*(pp 308-339). Londres, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Karpman, B. (1946). Psychopathy in the scheme of human typology. *Journal of nervous and mental disease*, 103, 276-288.
- Kazdin, A. E. y Buela-Casal, G. (1994). *Conducta antisocial: Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y la adolescencia*. Madrid, España: Pirámide.
- Kazdín, A. E. (1996). *Modificación de la Conducta y sus Aplicaciones Prácticas*. D. F. México.: Editorial El Manual Moderno.
- Kempf-Leonard, K., y Tracy, P. E. (2000). The gender effect among serious, violent, and chronic juvenile offenders: A difference of degree rather than kind. En R. Muraskin (Ed.), *It's a crime: Women and justice* (2a ed., pp. 453-478). New York, EE. UU.: Prentice Hall.
- Kim-Cohen, J., Caspi, A., Taylor, A., Williams, B., Newcombe, R., Craig, I.W. y Moffitt, T. E. (2006). MAOA, maltreatment, and gene-environment interaction predicting children's mental health: new evidence and a meta-analysis. *Molecular Psychiatry*, 11, 903-913.

- Kirigin, K. A., Braukmann, C. J., Atwater, J. D. y Worl, M. M. (1982). An evaluation of teaching-family (Achievement Place) group homes for juvenile offenders. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 15(1), 1-16.
- Krakowski, M. (2003). Violence and serotonin: influence of impulse control, Affect Regulation, and Social Functioning. *Journal of Neuropsychiatry Clinic Neuroscience*, 15, 294 – 305.
- Krisberg, B., Currie, E., Onek, D., y Wiebush, R. G. (1995). Graduated Sanctions for Serious, Violent and Chronic Juvenile Offenders. En J. C., Howell, B. Krisberg, J. D. Hawkins y J. J. Wilson (Eds.), *A Sourcebook: Serious, Violent, and Chronic Juvenile Offenders* (pp. 142–170). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage Publications.
- Krohn, T. C., Hansen, A. K. (2001) Weighing as automatic registration of preferences when testing rats. *Scandinavian Journal of Laboratory Animal Science*, 28, 223-229.
- Lab, S. P. y Whitehead, J. T. (1988). An analysis of juvenile correctional treatment. *Crime and Delinquency*, 34, 60 - 83.
- Lab, S. P. y Whitehead, J. T. (1990). From “Nothing Works” to “The appropriate works”: The latest stop on the search for the Secular Grail. *Criminology*, 28, 405 – 417.
- Lahey, B. B. y Waldman, I. D. (2003). A developmental propensity model of the origins of conduct problems during childhood and adolescence. En B. B. Lahey, T. E. Moffit y A. Caspi (Eds.) *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp.76-117). New York, EE. UU.: Guilford press.
- Latimer, J. (2001). A Meta-analytic examination of youth delinquency, family treatment, and recidivism. *Canadian Journal of Criminology*, 43, 237 - 253.
- Latimer, J., Dowden, C., Morton-Bourgon, K. E., Edgar, J. y Bania, M. (2003). *Treating Youth in Conflict with the Law: A New Meta-Analysis*. Department of Justice, Canadá.
- Leather, N. (2009). Risk-taking behaviour in adolescence: A literature review. *Journal of Child Health Care*. 13(3), 295-304.
- Leschied, A. W., Bernfeld, G. A. y Farrington, D. P. (2001). Implementation Issues. En G.A. Bernfeld, D. P. Farrington y A. W. Leschied (Eds.),

- Offender Rehabilitation in Practice: Implementing and evaluating effective programs* (pp.3 - 19). Chichester, West Sussex, Reino Unido: Wiley.
- Lipsey, M. W. (1992a). Juvenile delinquency treatment: A meta-analytic inquiry into the variability of effects. En T. D. Cook, H. Hooper, D. S. Cordray, H. Hartmann, L. V., Hedges, R. L. Light, T. A. Louis y F. Mosteller (Eds.), *Meta-analysis for Explanation: A Casebook*, (pp. 83 – 127). Nueva York, EE. UU.: Sage.
- Lipsey, M. W. (1992b). Meta-analysis in evaluation research: moving from description to explanation. En H. T. Chen y P. H. Rossi (Eds.), *Using Theory to Improve Program and Policy Evaluations*. Nueva York, EE. UU.: Greenwood Press.
- Lipsey, M. W. (1992c). The effect of treatment on juvenile delinquents: Results From meta-analysis. En F. Lösel, D. Bender y T. Bliesener (Eds.), *Psychology and Law: International Perspectives* (pp. 131 – 143). Berlín, Alemania: De Gruyter.
- Lipsey, M. W. (1994). Identifying potentially interesting variables and analysis opportunities. En H. Cooper y L. V. Hedges (Eds.), *The Handbook of Research Synthesis* (pp. 111 – 123). New York, EE. UU.: Sage.
- Lipsey, M.W. (1995). What do We Learn from 400 Research Studies on the Effectiveness of Treatment with Juvenile Delinquents. En J. McGuire (Ed.), *What Works: Reducing Reoffending. Guidelines from Research and Practice* (pp. 63 – 78). New York, EE. UU.: John Wiley & Sons.
- Lipsey, M. W. (1999a). Can Intervention Rehabilitate Serious Delinquents? *Annals of the American Academy of Political y Social Science*, 564, 142-166.
- Lipsey, M. W. (1999b). Can Rehabilitative programs reduce the recidivism of juvenile offenders? An inquiry into the effectiveness of practical programs. *The Virginia Journal of Social Policy y The Law*, 6 (3), 611-641.
- Lipsey, M. W. (2009). The primary factors that characterize effective interventions with juvenile offenders: A meta-analytic overview. *Victims and offenders*, 4 (2), pp. 124-147.

- Lipsey, M. W. y Derzon, J. H. (1998). Predictors of violent or serious delinquency in adolescence and early adulthood: A synthesis of longitudinal research. En R. Loeber y D. P. Farrington (Eds.), *Serious and Violent Juvenile Offenders: Risk Factors and Successful Interventions* (pp. 86-105). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage Publications.
- Lipsey, M. W., Chapman, G. L. y Landenberger, N. A. (2001). Cognitive – behavioural programs for offenders. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 578, 144-157.
- Lipsey, M. W., Landenberger, N. A. y Wilson, S. J. (2007). Effects of cognitive-behavioral programs for criminal offenders. En The Campbell Collaboration Reviews of Intervention and Policy Evaluations (C2-RIPE), Agosto, Filadelfia, Pennsylvania: Campbell Collaboration.
- Lipsey, M. W. y Wilson, D. B. (1998). Effective intervention with serious juvenile offenders: A synthesis of research. En R. Loeber y D.P. Farrington (Eds.), *Serious and violent juvenile offenders: Risk factors and successful interventions* (pp. 313-345). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage.
- Lipsey, M. W. y Wilson, D. B. (1993). The efficacy of psychological, educational, and behavioral treatment. *American Psychologist*, 48, 1181 – 1209.
- Lipton, D., Martinson, R. y Wilks, J. (1975). *The effectiveness of Correctional Treatment*. New York, EE. UU.: Praeger.
- Loeber, R. (1996). Developmental continuity, change, and pathways in male juvenile problem behaviors and delinquency. En J. D. Hawkins (Ed.), *Delinquency and crime: Current theories* (pp. 1-27). Cambridge, Reino Unido.: Cambridge University Press.
- Loeber, R., Burke, J. D., Lahey, B. B., Winters, A. y Zera, M. (2000). Oppositional defiant and conduct disorder: A review of the past 10 years, Part I. *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 39(12), 1468-1484.
- Loeber, R., Farrington, D. P., Stouthamer-Loeber, M., Moffitt, T. E., Caspi, A., White, H. R., Wei, E. H., y Beyers, J. M. (2003). The Development of Male Offending: Key Findings From 14 Years of the Pittsburgh Youth Study. En T. P. Thornberry y M. D. Krohn (Eds.), *Taking Stock of Delinquency: An*

- Overview of Findings From Contemporary Longitudinal Studies* (pp. 93–136). New York, NY, EE. UU.: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Loeber, R., Farrington, D. P., Stouthamer-Loeber, M., Moffitt, T. E., Caspi, A., y Lynam, D. (2001). Male mental health problems, psychopathy and personality traits: Key findings from the first 14 years of the Pittsburgh Youth Study. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 4, 273-297.
- Loeber, R., Farrington, D. P., Stouthamer-Loeber, M., Moffitt, T. E., y Caspi, A. (1998). The development of male offending: Key findings from the first decade of the Pittsburgh Youth Study. *Studies on Crime and Crime Prevention*, 7, 141-171.
- Loeber, R., Farrington, D. P., Stouthamer-Loeber, M., y White, H. R. (2008). *Violence and serious theft: Risk and promotive factors from childhood to early adulthood*. Mahwah, New Jersey, EE. UU.: Lawrence Erlbaum.
- Loeber, R. L., Farrington, D. P. y Waschbusch, D. A. (1998). Serious and violent juvenile offenders. En R. Loeber y D.P. Farrington (Eds.) *Serious and violent juvenile offenders: Risk factors and successful interventions*. (pp. 13-29). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage.
- Loeber, R. y Hay, D. (1997). Key issues in the development of aggression and violence from childhood to early adulthood. *Annual Review of Psychology*, 48, 371-410.
- Loeber, R. y Le Blanc, M. (1990). Toward a developmental criminology. *Crime and Justice: A Review of Research*, 12, 375-473.
- Logan, C. (1972). Evaluation research in crime and delinquency: A reappraisal. *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 63, 378 – 387.
- López, D. I., Valdovinos, A., Méndez-Díaz, M. y Mendoza-Fernández, V. (2009). El Sistema Límbico y las Emociones: Empatía en Humanos y Primates. *Psicología Iberoamericana*, 17, (2), 60-69.
- Lösel, F. (1995b). Increasing Consensus in the evaluation of offender rehabilitation? Lessons from recent research syntheses. *Psychology, Crime and Law*, 2, 19–39.
- Lösel, F. (1995a). The Efficacy of Correctional Treatment: A Review and Synthesis of Meta-evaluations. En J. McGuire (Ed.), *What Works: Reducing*

- Reoffending. -Guidelines from Research and Practice-* (pp. 79–111). Nueva York, EE. UU.: John Wiley & Sons.
- Lösel, F. (2001). Evaluating the effectiveness of correctional Programas: Bridging the gap between Research and Practice. En G. A. Bernfeld, D. P. Farrington y A. W. Leschied (Eds.), *Offender Rehabilitation in Practice* (pp.67 – 92). Chichester, West Sussex, Reino Unido: Wiley.
- Lösel, F. y Köferl, P. (1989). Evaluation research on correctional treatment in West Germany: A meta-analysis. En H. Wegener, F. Lösel y J. Haisch (Eds). *Criminal Behavior and the Justice System: Psychological Perspectives* (pp. 334-355). New York, EE. UU.: Springer.
- Lynam, D. R., Moffitt, T. E., y Stouthamer-Loeber, M. (1993). Explaining the relation between IQ and delinquency: Class, race, test motivation, school failure, or selfcontrol?. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 187-196.
- Maccoby, E. E., y Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent–child interaction. En P. H. Mussen (Ed. de la serie) y E. M. Hetherington (Ed. del volumen), *Handbook of child psychology: Socialization, personality and social development* (4 ed., pp. 1–101). New York, NY, EE. UU.: Wiley.
- MacKenzie, D. L. (2002). Reducing the criminal activities of known offenders and delinquents: Crime prevention in the courts and corrections. En L. W. Sherman, D. P. Farrington, B. C. Welsh y D. L. MacKenzie (Eds.), *Evidence-Based Crime Prevention* (pp. 330-404). London, Reino Unido: Routledge.
- MacKenzie, D. L., Wilson, D. B. y Kider, S. B. (2001). Effects of correctional boot camps on offending. *The Annals of The American Academy of Political and Social Science*, 578 (1), 126-143.
- MacRae, L. D., Bertrand, L. D., Paetsch, J. J., y Hornick, J. P. (2008). *A Profile of Youth Offenders in Calgary: An Interim Report. Prepared for the City of Calgary and the Alberta Law Foundation*. Calgary, Alberta, Canada. : Canadian Research Institute for Law and the Family.
- Maltz M. D. (1984). *Recidivism*. New York, New York, EE. UU. : Academic Press.

- Marin, F., Garrido, V., Hidalgo, M. D., López, J. A., López, C., López, C., Moreno, P., Redondo, S., Rosa, A. I. y Sánchez-Meca, J. (2002). *Eficacia de los programas de rehabilitación de delincuentes en Europa: Un estudio meta-analítico*. Reporte de investigación Fundación Séneca. Centro de coordinación de la investigación. Proyecto de investigación No. PB/34/FS/99.
- Markland, F. J. (1979). *Periodic detention: A comparison of residential and non-residential centers* (Study Series No. 4). Wellington, New Zealand: Department of Justice, Planning and Development Division.
- Marshall, J., Egan, V., English, M. y Jones, R. (2006). The relative validity of psychopathy versus risk/needs-based assessments in the prediction of adolescent offending behaviour. *Legal and Criminological Psychology*, 11, 2, 197-210.
- Martin, A. L. (1985). Values and personality: a survey of their relationship in the case of juvenile delinquency. *Personality and Individual Differences*, 4, 519-522.
- Martinson, R. (1974). What Works? Questions and answers about Prison Reform. *The Public Interest*, 10, 22-54.
- Martinson, R. (1979). New Findings, New Views: A Note of Caution Regarding Sentencing Reform. *Hofstra Law Review*, 7, 242 – 258.
- McCarthy-Tucker, S., Gold, A. y Garcia, E. (1999). Effects of Anger Management Training on Aggressive Behavior in Adolescent Boys. *Journal of offender rehabilitation*, 39(3/4), 129-141.
- McGuire, J. (2001). What works in correctional intervention? Evidence and Practical Implications. En G. A. Beinfeld, D. P. Farrington y A. W. Leschied (Eds.), *Offender Rehabilitation in Practice* (pp. 25–43). Chichester, Inglaterra: Wiley.
- McMurrin, M. y Boyle, M. (1990). Evaluation of a self-help manual for young offenders who drink: A pilot study. *British Journal of Clinical Psychology*, 29, 117-119.

- McNeil, J. y Hart, D. S. (1986). The effect of self-government on the aggressive behavior of institutionalized delinquent adolescents. *Criminal justice and justice*, 13(4), 430-445.
- Meyer-Lindenberg, A., Buckholtz J. W., Kolachana B., Hariri A. R., Pezawas L., Blasi G., Wabnitz A., Honea R., Verchinski B., Callicott J. H., Egan M., Mattay V., Weinberger, D. R. (2006). Neural mechanisms of genetic risk for impulsivity and violence in humans. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 103, 6269–6274.
- Meyers, J. y Schmidt, F. (2008). Predictive validity of the Structured Assessment for Violence Risk in Youth (SAVRY) with juvenile offenders. *Criminal Justice and Behavior*, 35(3), 344-355.
- Miczek, K. A., Fish, E. W., De Bold, J. F., De Almeida, R. M. M. (2002). Social and neural determinants of aggressive behavior: pharmacotherapeutic targets at serotonin, dopamine and gamma-aminobutyric acid systems. *Psychopharmacology*, 163, 434-58.
- Mitchell, O., MacKenzie, D. y Wilson, D. (2006). Incarceration based drug treatment. En B. C. Welsh y D. P. Farrington (Eds.), *Preventing Crime: What works for Children, Offenders, Victims, and Places* (pp. 103-116). Dodrecht, Holanda: Springer .
- Modecki, K.L. (2008). Addressing gaps in the maturity of judgment literature: Age differences and delinquency. *Law and Human Behavior*, 32(1), 78-91.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescent-limited and life-course-persistent antisocial behaviour. A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674-701.
- Moffitt T. E. (2005). Genetic and environmental influences on antisocial behaviors: evidence from behavioral-genetic research. *Adv Genet* 55, 41-104.
- Moffitt, T. E. (2006). A review of research on the taxonomy of life-course persistent versus adolescence-limited antisocial behavior. En F. T. Cullen, J. P. Wright y K. R. Blevins (Eds. de la serie), *Taking stock: The status of criminological theory*, Vol. 15 (pp. 277–311). New Brunswick, New Jersey, EE. UU.: Transaction.

- Moffitt, T.E., Caspi, A., Dickson, N., Silva, P., y Stanton, W. (1996). Childhood-onset versus adolescent-onset antisocial conduct problems in males: Natural history from ages 3 to 18 years. *Development and Psychopathology*, 9, 399-424.
- Monroe, C. M., Van Rybroek, G. J. y Maier, G. J. (1988). Decompressing aggressive inpatients: Breaking the aggression cycle to enhance positive outcome. *Behavioral Sciences and the Law*, 6, 433-557.
- Morales, L. A. y Muñoz, J. (2007). La prisión: una aproximación a la efectividad de la intervención correccional. En Cisneros, J. L. y Anguiano, H. (Eds.) *Nuevas y viejas formas de la penalidad en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Elaleph.com.
- Mullis, R. L., Mullis, A. K., Cornille, T. A., Kershaw, M. A., Beckerman, A., y Perkins, D. (2005). Young Chronic Offenders: A Case Study of Contextual and Intervention Characteristics. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 3(2), 133-150.
- Muñoz, J. J. y Navas, E. (2004). Conducta Antisocial en adolescentes: Teorías explicativas Psicosociales. *Psiquis*, 25(2), 79-86.
- Nagin, D. Farrington, D. P. y Moffitt, T. E. (1995). Life course trajectories of different types of offenders. *Criminology*, 33, 111-139.
- Nelson, R. J. y Trainor, B. C. (2007). Neural mechanisms of aggression. *Nature Reviews Neuroscience* 8, 536-46.
- O'Shaughnessy, R. J. (2004). Violent Adolescents: Psychiatry, Philosophy, and Politics. *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 32, 12-20.
- O'Hare, Elizabeth D. y Sowell, E. R. (2008) Imaging developmental changes in gray and white matter in the human brain. En Nelson, C. A. y Luciana, M. [Eds]. *Handbook of developmental cognitive neuroscience* (pp. 23-38). Cambridge, MA, US: MIT Press.
- Oliva, A. (2004). La adolescencia como riesgo y oportunidad. *Infancia y Aprendizaje*, 27, 115-122.
- Oliva, A. (2007). Desarrollo cerebral y asunción de riesgos durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 25, 239, 254.

- Oliva, A. y Antolín, L. (2010). Cambios en el cerebro adolescente y conductas agresivas y de asunción de riesgos. *Estudios de Psicología*, 31 (1), 000-000.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1985). Reglas Mínimas de las Naciones Unidas para la Administración de la Justicia en Menores (Reglas de Beijing), Resolución 10/33. Suiza: ONU. Disponible en red:[<http://www.iin.oea.org/BADAJ2/pdf/Normativa%20ONU/Reglas%20de%20Beijing.pdf>].
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1990). *Directrices de las Naciones Unidas para la prevención de la delincuencia juvenil. "Directrices de Riad"*. Disponible en red: [http://www.unhchr.ch/spanish/html/menu3/b/h_comp47_sp.htm].
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen. Publicado en español por la Organización Panamericana de la Salud para la Organización Mundial de la Salud. Washington, D.C., EE. UU. Disponible en <http://www.who.int/es/index.html>
- Organización Panamericana de la Salud (1995) Salud de los adolescentes. Washington, D. C.: OPS/OMS
- Parhar, K. K., Wormith, S. S., Derkzen, D. H. y Beauregard, A. M. (2008). Offender coercion in treatment: A meta-analysis of effectiveness. *Criminal justice and behavior*, 35 (9), 1109-1135.
- Passarotti, A. M., Sweeney, J. A. y Pavuluri, M. N. (2009). Neural correlates of incidental and directed facial emotion processing in adolescents and adults. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 4(4), 387-398.
- Pearson, D. M., Lipton, D. S., Cleland, C. M. y Yee, D. (1998). *A review and meta-análisis of the effects of experiential challenge programs on recidivism*. Comunicación presentada al Annual Meeting of the American Society of Criminology, Whashington, D.C.
- Pearson, F. S., Lipton, D. S., Cleland, C. M. y Yee, D. (2002). The effects of Behavioral/ cognitive-Behavioral Programs on Recidivism. *Crime and Delinquency*, 48 (3).

- Peláez del Hierro, F. y Vea Baró (1997). *Etología: bases biológicas de la conducta animal*. Madrid, España: Pirámide.
- Petrosino, A. J., Boruch, R. F., Rounding, C., McDonald, S. y Chalmers, I. (1999). *A Social, Psychological, Educational and Criminological Trials Register (SPECTR) to facilitate the preparation and maintenance of systematic reviews of social and educational interventions. Background paper for the Cochrane Collaboration meeting*. London, Reino Unido: School of Public Policy, University College London.
- Petrosino, A., Boruch, R. F., Soydan, H., Duggan, L. y Sánchez-Meca, J. (2001). Meeting the Challenges of Evidence-Based Policy: The Campbell Collaboration. *The Annals of The American Academy of Political and Social Science*. 578, 14-34.
- Petrosino, A., Turpin-Petrosino, C. y Buehler, J. (2003). The Effects of “Scared Straight” and other juvenile awareness programs for preventing juvenile delinquency (Updated C2 Review). En: The Campbell Collaborative Reviews of Intervention and Policy Evaluations (C2-RIPE). Philadelphia, Penn, EE. UU.: Campbell Collaboration.
- Petrosino, A., Turpin-Petrosino, C. y Buehler, J. (2006). Scared Straight and other Juvenile Awareness Programs. En B. C. Welsh y D. P. Farrington (Eds.), *Preventing Crime: What works for Children, Offenders, Victims, and Places* (pp. 87 – 102). Dodrecht, Holanda: Springer.
- Piquero, A., Farrington, D. y Blumstein, A. (2003). The criminal career paradigm. En M. Tonry (Ed.), *Crime and justice: A review of research: Vol. 30* (pp.359-506). Chicago, Illinois, EE.UU.: University of Chicago Press.
- Piquero, L. N. y Sealock, M. D. (2000). Generalizing general strain: An examination of an offending population. *Justice Quarterly*, 17, 449-484.
- Piquero, N. L. y Sealock, M. D. (2004). Gender and general strain theory: A preliminary test of Broidy and Agnew’s Gender/GST hypotheses. *Justice Quarterly* 21, 125-158.
- Pratt, T. C. y Cullen, F. T. (2000). The empirical status of Gottfredson and Hirschi’s general theory of crime: A meta-analysis. *Criminology*, 38, 931-964.

- Prentky, R. A., Pimental, A., Cavanaugh, D. J. y Righthand, S. (2009). Predicting risk of sexual recidivism in juveniles: Predictive validity of the J-SOAP-II. En Beech, A. y Craig, L. (Eds.). *Assessment and treatment of sex offenders: A handbook* (pp. 265-290). New York, New York, EE. UU.: John Wiley & Sons Ltd.
- Prentky, R. A. y Righthand, S. (2003). Juvenile Sex Offender Assessment Protocol-II (J-SOAP-II) Manual. Washington, DC: Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention's Juvenile Justice Clearinghouse (NCJ 202316).
- Raine, A. (2008). From Genes to Brain to Antisocial Behavior. *Current Directions in Psychological Science*, 17(5), 323-328.
- Raine, A. y Yang, Y. (2006). Neural foundations to moral reasoning and antisocial behaviour. *Social cognitive and Affective Neuroscience*, 1(3) 203-213.
- Rankin, J.L., Lane, D. J., Gibbons, F.X. y Gerrard, M. (2004). Adolescent Self-Consciousness: Longitudinal Age Changes and Gender Differences in Two Cohorts. *Journal of Research on Adolescents*, 14(1), 1-21.
- Raskin, H., Bates, M. E. y Buyske, S. (2001). Adolescence-Limited Versus Persistent Delinquency: Extending Moffitt's Hypothesis Into Adulthood. *Journal of Abnormal Psychology*, 110(4), 600-609.
- Real Academia Española (RAE). (2001). *Diccionario de la Lengua Española* (22a. Ed.) País
- Redondo, S. (1994). *El tratamiento de la delincuencia en Europa: un estudio meta-analítico*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Barcelona, España.
- Redondo, S. y Andrés-Pueyo, A. (2007). La psicología de la delincuencia. *Papeles del Psicólogo* [En red], 3(28). Disponible en: <http://www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=1499>.
- Redondo, S., Garrido, V. y Sánchez-Meca, J. (1997). What works in correctional rehabilitation in Europe: a meta-analytic review. En S. Redondo, V. Garrido, J. Pérez y R. Barberet (Eds.), *Advances in Psychology and Law: International Contributions* (pp. 499 – 523). Berlín, Alemania: DeGruyter.

- Redondo, S., Sánchez-Meca, J. y Garrido, V. (1999a). The influence of treatment programs on the recidivism of juvenile and adult offenders: An European meta-analytic review. *Psychology, Crime, y Law*, 5, 251-278.
- Redondo, S., Sánchez-Meca, J. y Garrido, V. (1999b). Tratamiento de los delincuentes y reincidencia: Una evaluación de la efectividad de los programas aplicados en Europa. *Anuario de Psicología Jurídica*, 9, 11-37.
- Redondo, S., Sánchez-Meca, J. y Garrido, V. (2001). The treatment of delinquents and recidivism: A meta-analysis in Europe. *Psychology in Spain*, 9, 11-37.
- Redondo, S., Sánchez-Meca, J. y Garrido, V. (2002). Crime Treatment in Europe: A Final View of the Century and Future Perspectives. En J. McGuire (Ed.), *Offender rehabilitation and treatment: Effective programmes and policies to reduce re-offending* (pp. 113-141). Sussex, Inglaterra: Wiley.
- Redondo, S., Sánchez-Meca, J. y Garrido, V. (2002). Los programas psicológicos con delincuentes y su efectividad: la situación europea. *Psicothema*, 14, Supl., 164 – 173.
- Retz, W., Retz-Jungunger, P., Supprian, T., Thome, J. y Rosler, M. (2004). Association of serotonin transporter promoter gene polymorphism with violence: Relation with personality disorders, impulsivity and childhood ADHD psychopathology. *Behavioral Sciences and the Law*, 22, 415-425.
- Rohner, R. P. (2004). The parental “acceptance-rejection syndrome”: Universal correlates of perceived rejection. *American Psychologist*, 59(8), 830–840.
- Rojas, L. (1998). *Las semillas de la violencia*. Madrid, España.: Espasa.
- Romero, R. D. (2010). Adolescent risk taking, impulsivity, and brain development: Implications for prevention. *Developmental Psychobiology*, 52(3), 263-276.
- Romeo, R. D. y McEwen, B. S. (2006). Stress and the adolescent brain. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1094:202-214.
- Romero, E., Gomez-Fraguela, J. A., Luengo, M. A. y Sobral, J. (2003) The self-control construct in the general theory of crime: an investigation in terms of personality psychology. *Psychology, Crime, and Law*, 9, 61-86.
- Rosenthal, R. (1991). *Meta-analytic Procedures for Social Research* (ed. rev.). Newbury Park, California, EE. UU.: Sage.

- Ross, R. R. Y Fabiano, E. (1985). Time to think: A cognitive model of delinquency prevention and offender rehabilitation. Johnson City, Tennessee, EE. UU.: Institute of social sciences and arts, Inc.
- Ross, R. R., Fabiano, E. y Garrido, V. (1990). Pensamiento prosocial: El modelo cognitivo para la prevención y tratamiento de la delincuencia. Monográficos de la *Revista Delincuencia*, 1, 1-116.
- Ross, R., Fabiano, E., Garrido, V. y Gómez, A. (1995). *El pensamiento prosocial*. Valencia, España: Cristóbal Serrano.
- Rothstein, H. R., Sutton, A. J. y Borenstein, M. (Eds.). (2005). *Publication bias in meta-analysis: Prevention, assessment, and adjustments*. Chichester, Reino Unido: Wiley.
- Rutter, M., Giller, H. y Hagell, A. (2000). *La conducta antisocial de los jóvenes*. Madrid, España: Cambridge University Press.
- Safeyouth (2001). Risk and Protective Factors for Youth Violence. National Youth Violence Prevention Resource Center [En red]. Disponible en: www.safeyouth.org.
- Salekin, R. T. (2002). Psychopathy and therapeutic pessimism: Clinical lore or clinical reality?. *Clinical Psychology Review*, 22, 79 - 112.
- Salekin, R. T., Neumann, C. S., Leistico, A. R., DiCicco, T. M. y Duros, R. L. (2004). Psychopathy and comorbidity in a young offender sample: Taking a closer look at psychopathy's potential importance over disruptive behavior disorders. *Journal of Abnormal Psychology*, 113(3), 416-427.
- Sánchez-Meca, J. (1997). Methodological issues in the meta-evaluation of correctional treatment. En S. Redondo, V. Garrido, J. Pérez, y R. Barberet (Eds.), *Advances in psychology and law: International contributions* (pp. 486-498). Berlin, Alemania: De Gruyter.
- Sánchez-Meca, J., Marín-Martínez, F. y Chacón-Moscoso, S. (2003). Effect Size Indices for Dichotomized Outcomes in Meta-analysis. *Psychological Methods*, 8, 4, 448 – 467.
- Sánchez-Meca, J., Marín-Martínez, F. y Huedo-Medina, T. B. (2006). Modelo de efectos fijos y modelo de efectos aleatorios [Fixed-effects and random-effects models]. En J. L. R. Martín, A. Tobías y T. Seoane (Coords.),

- Revisiones Sistemáticas en Ciencias de la Vida* [Systematic Reviews in Life Sciences] (pp. 189-204). Toledo, España: FISCAM.
- Sanmartín J. (2000). *La violencia y sus claves*. Barcelona, España.: Ariel.
- Sarnecki, J. (1994). Recent Swedish research into reactions to juvenile crime. *Legal Studies Forum*, 18, 299-318.
- Seagrave, D., y Grisso, T. (2002). Adolescent development and the measurement of juvenile psychopathy. *Law and Human Behavior*, 26, 219-240.
- Sebastian, C., Viding, E., Williams, K. D. y Blakemore, S. J. (2010). Social brain development and the affective consequences of ostracism in adolescence. *Brain and Cognition*, 72(1), 134-145.
- Sechrest, L., White, S. y Brown, E. (Eds.), (1979). *The Rehabilitation of Criminal Offenders: Problems and Prospects*. Washington DC, EE. UU.: National Academy of Sciences Press.
- Shader, M. (2002). Risk Factors for delinquency: An Overview. U.S. Department of Justice. Office of Justice Programs. Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. Disponible en: <http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/ojjdp/frd030127.pdf>
- Sherman, L. W., Gottfredson, D. C., MacKenzie, D. L., Eck, J. E., Reuter, P. y Bushway, S. D. (1997). *Preventing Crime: What Works, What Doesn't, What's Promising*. Washington, D.C., EE. UU: Department of Justice, National Institute of Justice.
- Skeem, J. L., Monahan, J. y Mulvey, E. (2002). Psychopathy, treatment involvement, and subsequent violence among civil psychiatric patients. *Law and Human Behavior*, 26, 577-603.
- Skeem, J. L., Poythress, N., Edes, J. F., Lilienfeld, S. O. y Cale, E. M. (2003). Psychopathic personality or personalities? Exploring potential variants of psychopathy and their implications for risk assessment. *Aggression and Violent Behavior*, 8, 513-546.
- Slot, N. W. (1983). The implementation and evaluation of a residential social skills training programme for youth in trouble. In W. Everaerd, C. B. Hindley, A. Bot y J. J. van der Werf (Eds.), *Development in Adolescence:*

- Psychological, Social and Biological Aspects* (pp. 176-205). Amsterdam: marinus Nijhoff Pub.
- Snyder, H. N. (1998). Serious, violent, and chronic juvenile offenders—An assessment of the extent of and trends in officially recognized serious criminal behavior in a delinquent population. En R. Loeber y D. P. Farrington (Eds.), *Serious and violent juvenile offenders: Risk factors and successful interventions* (pp. 428-444). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage Publications.
- Sowell, E.R., Peterson, B.S., Thompson, P.M., Welcome, S.E., Henkenius, A.L. y Toga, A.W. (2003). Mapping Cortical change across the human life span. *Nature Neuroscience*, 6, 309-315.
- Spear, L. P. (2007b). The developing brain and adolescent-typical behavior patterns: An evolutionary approach. En E. Walker, J. Bossert y D. Romer (Eds.). *Adolescent Psychopathology and the Developing Brain: Integrating Brain and Prevention Science* Oxford: Oxford University Press.
- Steinberg, L. (2007). Risk-taking in adolescence: New perspectives from brain and behavioral science. *Current Directions in Psychological Science*, 16, 55-59.
- Steinberg, L., Blatt-Eisengart, I. y Cauffman, E. (2006). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful homes: A replication in a sample of serious juvenile offenders. *Journal of Research on Adolescence*, 16(1) 47-58.
- Steinberg, L., y Cauffman, E. (1996). Maturity of judgment in adolescence: Psychosocial factors in adolescent decision making. *Law and Human Behavior*, 20, 249-272.
- Sterne, J. A. C. y Egger, M. (2005). *Regression methods to detect publication and other bias in meta-analysis: Prevention, assessment and adjustments*. Chichester, Reino Unido: Wiley.
- Stouthamer-Loeber, M., Loeber, R., Wei, E., Farrington, D. P. y Wikstrom, P. H. (2002). Risk and Promotive Effects in the Explanation of Persistent Serious Delinquency in Boys. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 70, 111-123.

- Sutherland, E. H. (1996 [1947]). A theory of Crime: Differential Association. En R. D. Crutchfield, G.S. Bridges y J.G. Weis (Eds.): *Crime: Readings. Vol. 1: Crime and society*, 170-172. Thousand Oaks (EEUU): Pine Forge Press.
- Tate, D. C., Reppucci, N. D. y Mulvey, E. P. (1995). Violent juvenile delinquents: Treatment effectiveness and implications for future action. *American Psychologist*, 50, 777-781.
- Teplin, L. A., Abram, K. N., McClelland, G. M., Dulcan, M. K., Mericle, A. A. (2002). Psychiatric Disorders in Youth in Juvenile Detention. *Archives of General Psychiatry*, 59, 1133-1143.
- The Campbell Collaboration (2010). Crime and Justice Group. Disponible en: http://www.campbellcollaboration.org/crime_and_justice/index.php
- Thornberry, T. P. (1987). Toward an Interactional Theory of Delinquency, *Criminology*, 25, 863-891.
- Thornberry, T. P. y Khron, M. D. (2005). Applying interactional theory to the explanation of continuity and change in antisocial behavior. En D. P. Farrington (Ed.), *Integrated developmental and life-course theories of offending* (pp.183-209). New Brunswick, New Jersey, EE. UU.: Transactron.
- Thornberry, T. P. y Krohn, M. D. (2003). *Taking Stock of Delinquency: An Overview of Findings from Contemporary Longitudinal Studies*. New York, New York, EE. UU.: Kluwer/Plenum Publishers.
- Thornberry, T. P., Huizinga, D. y Loeber, R. (1995). The Prevention of Serious Delinquency and Violence. Implications From the Program of Research on the Causes and Correlates of Delinquency. En J.C. Howell, *et al.*(Eds.), *Serious, Violent and Chronic Juvenile Offenders* (pp. 213 – 237).Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage.
- Timmons-Mitchell, J., Bender, M., Kishna, M. y Mitchell, C. (2006). An Independent Effectiveness Trial of Multisystemic Therapy with Juvenile Justice Youth. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 35 (2), 227-236.

- Tittle, C. R. y Botchkovar E. (2005). Self-control, criminal motivation and deterrence: An investigation using Russian respondents. *Criminology*, 43, 307-354.
- Tolan, P. & Guerra, N. (1994). *What Works in Reducing Adolescent Violence: An Empirical Review of the Field*. Center for the Study and Prevention of Violence Institute for Behavioral Sciences. University of Colorado.
- Valverde, J. (1997). *La cárcel y sus consecuencias: la intervención sobre la conducta desadaptada*. Madrid, España: Editorial Popular.
- van der Laan, A. M., Veenstra, R., Bogaerts, S., Verhulst, F. C., Ormel, J. (2010) Serious, Minor and Non-Delinquents in Early Adolescence: The impact of cumulative risk and promotive factors. *Journal abnormal child psychology*, 38, 339-351.
- Van Leijenhorst, L., Moor, B. G., Op de Macks, Z. A., Rombouts, S. A., Westenberg, P. M., Crone, E. A. (2010). Adolescent risky decision-making: Neurocognitive development of reward and control regions. *NeuroImage*, 51(1), 345-355.
- Vazsonyi, A. T., Wittekind, J. E., Belliston, L. M. y Van Loh, T. (2004). Extending the General Theory of Crime to “The East:” Low self-control in Japanese late adolescents. *Journal of Quantitative Criminology*, 20 (3), 189-216.
- Weisburd, D., Lum, C. M. y Petrosino, A. (2001). Does Research Design Affect Study Outcomes in Criminal Justice?. En D. Farrington y B. C. Welsh. *What works in preventing crime? Systematic Reviews of experimental and quasiexperimental research. The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 578, 50-70.
- Wells-Parker, E., Bangert-Drowns, R., McMillen y Williams, M. (1995). Final results from a meta-analysis of remedial interventions with drink-drive offenders. *Addiction*, 90, 907-926.
- Welsh, B. C. y Farrington, D. P. (2001). Evaluating the Economic Efficiency of Correctional Intervention Programs. En G. A. Beinfeld, D. P. Farrington y A. W. Leschied (Eds.), *Offender Rehabilitation in Practice* (pp. 45–65). Chichester, Inglaterra: Wiley.

- Wiebush, R. G., Baird, C., Krisberg, B. y Onok, D. (1995). Risk Assessment and Classification for Serious, Violent, and Chronic Juvenile Offenders. En J.C., Howell, *et al.* (Eds.), *Serious, Violent and Chronic Juvenile Offenders* (pp.171 – 212). Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage.
- Wilson, D. B. (2001). Meta-analytic Methods for Criminology. *The Annals of The American Academy of Political and Social Science*, 578, Noviembre, 71 – 89.
- Wilson, D. B., Gallagher, C. A. y McKenzie, D. L. (2000). A meta-analysis of corrections-based education, vocation, and work programs for adult offenders. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 37, 347 – 368.
- Wilson, D. y MacKenzie, D. (2006). Boot Camps. En Welsh, B. y Farrington, D. *Preventing Crime: What works for Children, Offenders, Victims, and Places* (pp. 73-82). Dodrecht, Holanda: Springer.
- Wilson, J. J. y Howell, J. C. (1995). Comprehensive Strategy for Serious, Violent, and Chronic Juvenile Offenders. En J. C., Howell, *et al.*(Eds.), *Serious, Violent and Chronic Juvenile Offenders* (pp. 36 – 46).Thousand Oaks, California, EE. UU.: Sage.
- Wilson, S. J. y Lipsey, M. W. (2000). Wilderness challenge programs for delinquent youth: a meta-analysis of outcome evaluations. *Evaluation and Program Planning*, 23, 1-12.
- Witehead, J.T. y Lab, S.P. (1989). A meta-analysis of juvenile correctional treatment. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 26, 276-295.
- Woodward, L. J. y Fergusson, D. M. (2002). Parent, child, and contextual predictors of childhood physical punishment. *Infant and Child Development*, 11, 213 - 235.
- Worling, J. R. y Curwen, T. (2001). Estimate of Risk of Adolescent Sexual Offense Recidivism (ERASOR; Version 2.0). En M. C. Calder, H. Hanks, K. J. Epps, B. Print, T. Morrison y J. Henniker (Eds.). *Juveniles and children who sexually abuse: Frameworks for assessment* (2a ed., pp. 372-397). Lyme Regis, Dorset, Inglaterra: Russell House Publishing.

- Worling, J. R. (2004). The Estimate of Risk of Adolescent Sexual Offense Recidivism (ERASOR): Preliminary psychometric data. *Sexual Abuse: Journal of Research and Treatment*, 16(3), 235-254.
- Wright, E. W. y Dixon, M. C. (1977). Community prevention and treatment of juvenile delinquency. A review of evaluations. *Journal of Research in crime and Delinquency*, 14, 35-67.
- Yurgelon-Todd, D. (2007). Emotional and cognitive changes during adolescence. *Current Opinion in Neurobiology*, 17(2), 251-257.
- Zuckerman, M. (2007). Sensation seeking and risky behavior. Washington, DC, US.: American Psychological Association

REFERENCIAS DE LOS ESTUDIOS INCLUIDOS EN ESTA REVISIÓN

- Bottcher, J. (1985). *The Athena program: An evaluation of a girl's treatment program at the Fresno County Probation Department's Juvenile hall*. Sacramento, California, EE. UU.: California Youth Authority.
- Bottoms, A. E. y McClintock, F. N. (1973). *Criminals coming of age: A study of institutional adaptation in the treatment of adolescent offenders*. London, Reino Unido: Heinemann.
- Caldwell, M. y Van- Rybroek, G. (2001). Efficacy of a decompression treatment model in the clinical management of violent juvenile offenders. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 45, 469-477.
- Caldwell, M. F. y Van Rybroek, G. J. (2005). Reducing violence in serious juvenile offenders using intensive treatment. *International journal of law and psychiatry*, 28, 622-636.
- Cann, J., Falshaw, L., Nugent, F. y Friendship, C. (2003). Understanding What Works: accredited cognitive skills programmes for adult men and young offenders. *Home Office: Building a safe, just and tolerant society*, 226, 1-6.
- Cornish, D. B. y Clarke, R. V. G. (1975) *Residential treatment and its effects on delinquency* (Research Rep. No. 32). London, Reino Unido: Home Office Research Study, HMSO. (NCJRS Document No. 034165).

- Fagan, J. (1990). Social and Legal Policy Dimensions of Violent Juvenile Crime. *Criminal Justice and Behavior*, 17(1), 93-133.
- Ford, V. B. (1974). *An investigation of the selection process and drug treatment of explosively aggressive adolescent females*. Disertación doctoral no publicada, University of Maryland, EE. UU.
- Friedman, A. S. y Friedman, C. J. (1970). *Comparison of three treatment models in delinquency: Research and demonstration project, July 1, 1966 to October 31, 1970* (Final report). Washington, DC: Department of Health, Education and Welfare.
- Gordon, J. (1997). An evaluation of Paint Creek Youth Center. *Dissertation Abstracts International Section A. Humanities and Social Sciences*. 54 (10-A).
- Guerra, N. G. y Slaby, R. G. (1990). Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders: 2 intervention. *Developmental Psychology*, 26, 269 - 277.
- Ingram, G. L., Gerard, R. E., Quay, H. C. y Levinson, R. B. (1970). An experimental program for the psychopathic delinquent: looking in the "correctional wastebasket". *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 7, 24-30.
- Jesness, C. F. (1971). The Preston Typology Study: An experiment with differential treatment in an institution. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 8, 38 - 52.
- Jesness, C. F. (1975). Comparative Effectiveness of Behavior Modification and Transactional Analysis Programs for Delinquents. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 43(6), 758 - 779.
- Kawaguchi, R. M. (1975). *Camp Fenner Canyon evaluation: Final report*. Los Angeles: Los Angeles County Probation Department. (NCJRS Document No. NCJ036121).
- Moody, E. E. (1997). Lessons From Pair Counseling With Incarcerated Juvenile Delinquents. *Journal of Addictions and Offender Counseling*, 18, (1) 10 - 25.

- Randall, L. E. (1973). *The effects of a vocational education program in rehabilitating youthful public offenders* (Doctoral dissertation, University of Connecticut, 1973). Dissertation Abstracts International, 34 (04), 1786A. (University Microfilms No. 73-24428).
- Robinson, S. C. (1994). *Implementation of the cognitive model of offender rehabilitation and delinquency prevention (cognitive skills training)* Doctoral dissertation. University of Utah). Dissertation abstracts international, 55 (08), 2582A. (University Microfilms No. 95-02199).
- Ross, R. R. y McKay, B. (1976). A study of institutional treatment programs. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology: An interdisciplinary Journal*, 20 (2), 167 - 173.
- Schlichter, K. F. y Horan, J. J. (1981). Effects of Stress Inoculation on the Anger and Aggression Management Skills of Institutionalized Juvenile Delinquents. *Cognitive Therapy and Research*, 5(4), 359-365.
- Seagram, B. C. (1997). The efficacy of solution-focused therapy with young offenders. Disertación doctoral no publicada, York University, North York, Ontario, Canada.
- Sowles, R. C. y Gill, J. H. (1970). Institutional and community adjustment of delinquents following counseling. *Journal of consulting and clinical psychology*, 34, (3) 398 - 402.
- Tupker, H. E. y Pointer, J. C. (1975). The Iowa differential classification and treatment project. Informe de gobierno, Estado de Iowa, EE. UU.

TABLAS

Tabla 1
Análisis de fiabilidad del proceso de codificación.

Variables Moderadoras	n	Acuerdos observaciones independientes/n	Resultados del coeficiente de kappa			
			Valor coeficiente kappa	Error típ. asint.(a)	T aprox. (b)	Sig. Aprox.
Si el estudio fue publicado o no.	30	.97	.902	.096	4.964	.000
Profesión de los autores	30	.90	.868	.071	8.957	.000
Institución que financió el estudio.	30	.97	.898	.070	8.314	.000
Lugar donde se realizó el estudio.	30	1	1.000	.000	7.253	.000
Género de los participantes.	30	1	1.000	.000	6.647	.000
Tipo de participantes (violentos, crónicos o mixtos).	30	.9	.837	.087	6.336	.000
Si los participantes tuvieron algún tipo de alteración.	30	1	1.000	.000	5.477	.000
Tipo de participación	30	.97	.922	.073	6.696	.000
Modelo de intervención	30	.87	.825	.080	8.478	.000
Enfoque de la intervención.	30	.90	.821	.096	7.260	.000
Ubicación del grupo tratado	30	1	1.000	.000	7.515	.000
Ubicación del grupo control	30	.97	.948	.051	7.200	.000
Diseño de la investigación.	30	1	1.000	.000	5.477	.000
Tipo de medidas de resultados.	30	.87	.799	.088	6.721	.000
Promedios		.95	.916			

Tabla 2
Ejemplo de organización de datos en una tabla de contingencia 2X2.

Reincidencia	GRUPO		Totales
	Tratado	Control	
Si	O_{1T}	O_{1C}	m_1
No	O_{2T}	O_{2C}	m_2
Totales	n_T	n_C	N

Tabla 3

Características categóricas de los documentos incluidos en la revisión. Parte 1.

Variable Moderadora	Cantidad	Porcentaje %
Año de publicación		
1970-79	12	52.17
1980-89	2	8.69
1990-99	6	26.08
2000-08	3	13.04
Tipo de documento		
Publicados	14	60.87
No Publicados	9	39.13
Tipo de publicación		
Artículos	12	52.17
Libros	2	8.69
Informes gubernamentales	5	21.74
Tesis doctorales	4	17.39
País		
Canadá	2	8.69
Estados Unidos	18	78.26
Inglaterra	3	13.04
Profesión de los autores		
Analista de investigación	1	4.30
Criminólogo	4	17.40
Doctores, sin información del área profesional a la que corresponden.	1	4.30
Educador	2	8.70
Ingeniero Industrial	1	4.30
Psicólogo	12	52.20
Sin datos	2	8.70
Entidad que financió el estudio		
División estatal e institución donde el programa fue aplicado	2	8.70
Institución Gubernamental dedicada a la Educación	1	4.30
Institución gubernamental para atención de los temas crimen y justicia	8	34.80
Múltiples instituciones que incluyen Organizaciones gubernamentales en temas de crimen y justicia, e instituciones de salud.	3	13.00
Organización gubernamental en temas de salud.	2	8.70
Sin datos	7	30.70
Género Participantes		
Mujeres	3	13.04
Hombres	19	82.61
Hombres y mujeres	1	4.35
Total Documentos	23	100.00

Tabla 3

Características categóricas de los documentos incluidos en la revisión. Parte 2.

Variable Moderadora	Cantidad	Porcentaje %
Tipo de Participantes (Carrera delictiva)		
Crónicos	2	8.69
Violentos	14	60.87
Crónicos y violentos	7	30.43
Los participantes presentaban alguna alteración		
Sí	3	13.00
No	20	87.00
Lugar de institucionalización		
Centro de reforma juvenil	10	43.48
Colegio especial de entrenamiento	8	34.78
Prisión juvenil	4	17.39
Institución correccional no especificada	1	4.35
Total Documentos	23	100.00

Tabla 4

Descripción de variables numéricas de los documentos incluidos en la revisión.

Variables	N	Mínimo	Máximo	Media	Desv. típ.	Total
Edad	21	14	19	16.25	1.441	
N Total	23	19	2010	307.65	484.105	7076
n grupo tratado	23	10	851	148.65	218.208	3419
n grupo control	23	9	1159	159.00	268.760	3657

Tabla 5

Número de estudios por cada investigación incluida en la revisión.

Investigación	Número de estudios
Bottcher (1985)	1
Bottoms y McClintock (1973)	1
Caldwell y Van Rybroek (2001)	1
Cadwell y Van Rybroek (2005)	1
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003)	2
Cornish y Clarke (1975)	1
Fagan (1990)	4
Ford (1974)	1
Friedman y Friedman (1970)	2
Gordon (1996)	1
Guerra y Slaby (1990)	2
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	1
Jesness (1971)	1
Jesness (1975)	2
Kawaguchi (1975)	1
Moody (1997)	1
Randall (1973)	1
Robinson (1994)	1
Ross y McKay (1976)	4
Schlichter y Horan (1981)	1
Seagram (1997)	1
Sowles y Gill (1970)	4
Tupker y Pointer (1975)	3
Total documentos: 23	Total estudios: 38

Tabla 6

Características categóricas de los estudios incluidos en la revisión.

Variable Moderadora	Cantidad	Porcentaje %
Diseño metodológico		
Cuasi experimental	20	52.60
Experimental	18	47.40
Tipo de tratamiento		
Cognitivo	8	21.10
Cognitivo Conductual	9	23.70
Conductual	6	15.80
Educativa	3	7.90
Medicamento	1	2.60
No conductual	11	28.90
Enfoque del tratamiento		
Familia	1	2.60
Grupal	3	7.90
Individual	25	65.80
Multi-enfocado	4	10.50
Pares	5	13.20
Tratamiento recibido por el grupo control o de comparación (rutina institucional)		
Conductual	1	2.60
Educativa	5	13.16
Ardua disciplina	6	15.79
Comunidad terapéutica	4	10.53
Sin información específica de procedimiento	22	57.89
Total Estudios	38	100

Tabla 7

Descripción de variables numéricas de los estudios incluidos en la revisión.

Variables	N	Mínimo	Máximo	Media	Desv. típ.
Duración intervención	30	1.2	14.6	6.598	3.404
Intensidad	14	1	15	4.00	4.653
Magnitud	14	10	144	42.71	34.280
N personal	19	1	120	21.37	34.886

Tabla 8
Número de estudios por tipo de medida de resultado.

Tipo de medida de resultado	Número de estudios
Reincidencia General	31
Reincidencia Seria	16
Psicológicas en general	12
Psicológicas emocionales	12
Psicológicas interpersonales	11
Psicológicas cognoscitivas	4
Psicológicas educativas	3
Institucionales	14

Tabla 9
Análisis del efecto de las intervenciones sobre la reincidencia general “de quienes terminaron” el programa.

Modelo Estadístico	k	r	or ₊	95% C. I.		z	p
				L _I	L _u		
Modelo de Efectos –Fijos	31	.088	1.338	1.205	1.485	5.467	< .001
Modelo de Efectos – Aleatorios	31	.072	1.269	1.076	1.496	2.828	.005

Evaluación de la heterogeneidad: $Q(30) = 48.435$, $p = .018$; $I^2 = 38.1\%$; $\tau^2 = .059$

Nota: k: Número de estudios; r: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de odds ratio; or₊: Promedio odds ratio; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de odds ratio; z: Prueba de significancia para el promedio de logaritmo de odds ratio; p: Nivel de probabilidad; Q: Prueba de Heterogeneidad; I²: Índice de I cuadrado; τ^2 : Varianza entre estudios.

Tabla 10
Análisis del efecto de las intervenciones sobre la reincidencia general de los datos de “intención de tratamiento”.

Modelo Estadístico	k	r	or ₊	95% C. I.		z	p
				L _I	L _u		
Modelo Efectos-Fijos	31	.057	1.209	1.092	1.339	3.649	< .001
Modelo Efectos-Aleatorios	31	.037	1.129	0.905	1.407	1.077	.281

Evaluación Heterogeneidad $Q(30) = 90.087$, $p < .001$; $I^2 = 66.7\%$; $\tau^2 = .181$

Nota. k: Número de estudios; r: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de odds ratio; or₊: Promedio odds ratio; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de odds ratio; z: Prueba de significancia para el promedio de logaritmo de odds ratio; p: Nivel de probabilidad; Q: Prueba de Heterogeneidad; I²: Índice de I cuadrado; τ^2 : Varianza entre estudios.

Tabla 11
Sesgo de publicación y TE de reincidencia general.

Variables	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Publicado	25	.038	1.136	1.017	1.268
No publicado	6	.062	1.229	1.001	1.510

$$Q_B(1) = 0.448, p = .503; \omega^2 = .018$$

k: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de ésta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 12
Tipo de tratamiento y reincidencia general.

Tipo de Tratamiento	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Conductual	4	-.020	0.939	0.564	1.564
Cognitivo	7	.096	1.376	0.983	1.925
Cognitivo-Conductual	8	.175	1.800	1.163	2.786
Educativo	3	-.015	0.953	0.571	1.590
Non Conductual	9	.051	1.184	0.866	1.620

$$Q_B(4) = 5.393, p = .249; \omega^2 = .034$$

k: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de ésta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 13
Tipo de enfoque del tratamiento y reincidencia general.

Tipo de enfoque	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Grupal	3	-.079	0.770	0.377	1.571
Individual	20	.059	1.214	0.993	1.483
Multi-enfocado	2	.175	1.798	1.096	2.950
De pares	5	.093	1.360	0.861	2.148

$$Q_B(3) = 4.057, p = .255; \omega^2 = .014$$

Nota. *k*: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de ésta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 14

Duración del tratamiento y reincidencia general.

Variable Moderadora	<i>k</i>	<i>B_i</i>	<i>Q_R</i>	<i>p</i>	<i>Q_E</i>	<i>p</i>	<i>R²_{aj}</i>
Duración de la intervención	23	-.006	0.049	.825	20.881	.466	.002

Nota. *B_i*: Pendiente de regresión no estandarizada; *Q_R*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; *p*: Nivel crítico de probabilidad; *R²_{aj}*: Índice R cuadrado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable. *Q_E*: prueba de especificación del modelo.

Tabla 15

Edad y reincidencia general.

Variable Moderadora	<i>k</i>	<i>B_i</i>	<i>Q_R</i>	<i>p</i>	<i>Q_E</i>	<i>p</i>	<i>R²_{aj}</i>
Edad	27	.091	1.039	.308	29.157	.257	.034

Nota. *B_i*: Pendiente de regresión no estandarizada; *Q_R*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; *p*: Nivel crítico de probabilidad; *R²_{aj}*: Índice R cuadrado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable. *Q_E*: prueba de especificación del modelo.

Tabla 16

Género de los participantes y reincidencia general.

Género de participantes	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>or₊</i>	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Femenino	7	-.163	0.579	0.297	1.131
Masculino	22	.086	1.332	1.138	1.559
Mixto	2	.089	1.344	0.586	3.083

$$Q_B(2) = 5.655, p = .059; \omega^2 = .040$$

Nota. *k*: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or₊*: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 17

Tipo de participantes y reincidencia general.

Tipo de participante	<i>k</i>	<i>R</i>	<i>or₊</i>	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Crónico	5	-.088	0.747	0.397	1.406
Crónico y violento	9	.092	1.355	1.086	1.691
Violento	17	.068	1.252	0.955	1.642

$$Q_B(2) = 3.038, p = .219; \omega^2 = .022$$

Nota. *k*: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or₊*: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 18

Tipo de diseño de los estudios y reincidencia general.

Tipo de Diseño	<i>k</i>	<i>R</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.	
				<i>L_l</i>	<i>L_u</i>
Experimental	13	.020	1.070	0.763	1.498
Cuasi-experimental	18	.086	1.332	1.101	1.611

$$Q_B(1) = 1.231, p = .267; \omega^2 = .002$$

k: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 19

Tipo de grupo control y reincidencia general.

Tipo de grupo control Rutina institucional	<i>k</i>	<i>R</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.	
				<i>Ll</i>	<i>Lu</i>
Ardua disciplina	6	.055	1.201	0.744	1.940
Educativo	5	.062	1.227	0.870	1.730
Sin información específica	18	.086	1.329	1.067	1.656

$$Q_B(2) = 0.235, p = .889; \omega^2 = .065$$

Nota. *k*: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *Log odds ratios* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 20

Análisis de regresión simple (mediante mínimos cuadrados ponderados y asumiendo un modelo de efectos mixtos) de variables moderadoras metodológicas continuas sobre los TEs de reincidencia general.

Variable Moderadora	<i>k</i>	<i>B_i</i>	<i>Q_R</i>	<i>p</i>	<i>R</i> ² _{aj}
Mortalidad grupos tratados	31	-0.002	0.000	.997	.0
Mortalidad grupos controles	31	-0.145	0.150	.698	.0
Mortalidad diferencial	31	0.273	0.265	.607	.0
Periodo de seguimiento	31	-0.005	1.490	.222	.01

Nota. *B_i*: Pendiente de regresión no estandarizada; *Q_R*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; *p*: Nivel de Probabilidad asociado con el estadístico *Q_R*; *R*²_{aj}: Índice *R* cuadrado ajustado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable.

Tabla 21

Análisis del efecto de las intervenciones sobre reincidencia general y reincidencia seria “de quienes terminaron” el programa.

Tipo de reincidencia	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>or</i> ₊	95% C. I.		<i>Q</i>	<i>p</i>	<i>I</i> ²	τ^2
				<i>L</i> _l	<i>L</i> _u				
Reincidencia Seria	16	.119	1.488	1.200	1.845	15.002	.451	0.0%	.000
Reincidencia General	16	.067	1.249	0.953	1.637	21.132	.133	29.0%	.074

Nota. *k*: Número de estudios; *r*: Promedio de coeficiente de correlación obtenido al transformar el promedio de Logaritmo de *odds ratio*; *or*₊: Promedio *odds ratio*; 95% C. I.: Intervalo de confianza de 95% alrededor del promedio de *odds ratio*; *Q*: Prueba de Heterogeneidad; *I*²: Índice de *I* cuadrado; τ^2 : Varianza entre estudios.

Tabla 22

Análisis del efecto de las intervenciones sobre las medidas de ajuste psicológico.

Variable psicológica	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Ajuste Global	12	.018	-0.185	0.229	15.354	11	.167
Ajuste Emocional	12	.104	-0.169	0.377	26.661	11	.005
Ajuste Interpersonal	11	.060	-0.171	0.292	16.694	10	.081
Ajuste Educativo	5	.0004	-0.221	0.222	0.933	4	.919

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*.

Tabla 23

Sesgo de publicación y TE de ajuste psicológico emocional.

Tipo de documento	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
No publicado	7	.032	-0.285	0.348	7.024	6	.319
Publicado	5	.306	-0.226	0.838	2.756	4	.599

$$Q_B(1) = 0.752, p = .386, \omega^2 = .00$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q*_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 24

Tipo de tratamiento y TE de ajuste psicológico emocional.

Modelo de tratamiento	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Cognitivo-conductuales	4	.142	-0.333	0.616	4.845	3	.183
No conductuales	7	.032	-0.363	0.428	3.501	6	.744

$$Q_B(1) = 0.121, p = .729, \omega^2 = .088$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q*_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 25

Tipo de enfoque y TE de ajuste psicológico emocional.

Tipo de enfoque	k	d ₊	I. C. al 95%		Q	GL	p
			di	ds			
Individual	6	.369	0.070	0.669	6.037	5	.303
Grupal	2	.455	- 0.210	1.120	0.330	1	.566
Multi-enfocado	2	.077	- 0.202	0.357	0.007	1	.931

$$Q_B(2) = 2.412, p = .299, \omega^2 = .039$$

Nota. k: número de estudios; d₊: tamaño del efecto medio; di y ds: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; Q: prueba Q de heterogeneidad; GL: grados de libertad de la prueba Q; p: nivel de probabilidad para la prueba Q. Q_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de d₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω²: Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 26

Duración de la intervención y TE de ajuste psicológico emocional.

Variable Moderadora	k	B _i	Q _R	p	R ² _{aj}
Duración intervención	12	-0.148	3.064	.080	.153

Nota. B_i: Pendiente de regresión no estandarizada; Q_R: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; p: Nivel crítico de probabilidad; R²_{aj}: Índice R cuadrado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable.

Tabla 27

Edad de los participantes y TE de ajuste psicológico emocional.

Variable Moderadora	k	B _j	Q _R	p	R ² _{aj}
Edad	12	-0.162	1.259	.262	.02

Nota. B_j: Pendiente de regresión no estandarizada; Q_R: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; p: Nivel crítico de probabilidad; R²_{aj}: Índice R cuadrado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable.

Tabla 28

Género de los participantes y TE de ajuste psicológico emocional.

Género	k	d ₊	I. C. al 95%		Q	GL	P
			di	ds			
Femenino	3	.457	-.262	1.176	.264	2	.876
Masculino	9	.043	-.244	.331	9.552	8	.298

$$Q_B(1) = 1.097, p = .295, \omega^2 = .008$$

Nota. k: número de estudios; d₊: tamaño del efecto medio; di y ds: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; Q: prueba Q de heterogeneidad; GL: grados de libertad de la prueba Q; p: nivel de probabilidad para la prueba Q. Q_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de d₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω²: Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 29

Tipo de participantes y TE de ajuste psicológico emocional.

Tipo de participantes	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	<u>I. C. al 95%</u>		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Violentos	3	.684	0.181	1.187	0.154	2	.926
Crónicos	4	.165	-0.362	0.692	2.535	3	.469
Crónicos y violentos	5	-.142	-0.409	0.124	5.360	4	.252

$$Q_B(2) = 8.277, p = .016, \omega^2 = .330$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q*_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 30

Tipo de diseño metodológico y TE de ajuste psicológico emocional.

Tipo de diseño	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	<u>I. C. al 95%</u>		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Experimentales	10	.134	-0.187	0.454	6.091	9	.731
Cuasi-experimentales	2	.023	-0.620	0.666	3.328	1	.068

$$Q_B(1) = 0.091, p = .762, \omega^2 = .08$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q*_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 31

Tipo de grupo control y TE de ajuste psicológico emocional.

Tipo de grupo control	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	<u>I. C. al 95%</u>		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>P</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Comunidad Terapéutica	3	.113	-.133	.359	.289	2	.865
Educativo	2	-.504	-.785	-.222	.039	1	.843
Sin información específica	7	.439	.118	.759	6.006	6	.423

$$Q_B(1) = 20.326, p < .001, \omega^2 = .474$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q*_B: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 32

Análisis del efecto de las intervenciones sobre los resultados psicológicos institucionales.

Variable moderadora	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Ajuste institucional	14	.229	-0.046	0.504	45.438	13	< .001

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*.

Tabla 33

Sesgo de publicación y TE de medidas psicológicas institucionales.

Tipo de documento	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
No publicado	6	.225	-0.174	0.623	6.940	5	.225
Publicado	8	.243	-0.188	0.675	9.440	7	.223

$$Q_B(1) = 0.004, p = .950, \omega^2 = .077$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 34

Tipo de tratamiento y medidas psicológicas institucionales.

Tipo de tratamiento	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Cognitivo-conductuales	5	.461	0.083	0.838	10.360	4	.017
No conductuales	8	-.080	-0.383	0.223	1.335	7	.605

$$Q_B(1) = 4.785, p = .029, \omega^2 = .232$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 35

Tipo de enfoque de tratamiento y medidas psicológicas institucionales.

Tipo de enfoque	<i>k</i>	<i>d</i> ₊	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Grupal	4	0.048	-0.588	0.684	0.728	3	.866
Individual	8	0.434	0.013	0.856	11.363	7	.123
Multienfocado	2	-0.097	-0.822	0.628	0.146	1	.702

$$Q_B(2) = 1.998, p = .368, \omega^2 = .00015$$

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 36

Duración del tratamiento y medidas psicológicas institucionales.

Variable Moderadora	<i>k</i>	<i>B_j</i>	<i>Q_R</i>	<i>p</i>	<i>R²_{aj}</i>
Duración intervención	13	.014	.057	.812	.085

Nota. *B_j*: Pendiente de regresión no estandarizada; *Q_R*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; *p*: Nivel de Probabilidad asociado con el estadístico *Q_R*; *R²_{aj}*: Índice R cuadrado ajustado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable.

Tabla 37

Edad de los participantes y medidas psicológicas institucionales.

Variable Moderadora	<i>k</i>	<i>B_j</i>	<i>Q_R</i>	<i>p</i>	<i>R²_{aj}</i>
Edad	13	-.091	.754	.385	.029

Nota. *B_j*: Pendiente de regresión no estandarizada; *Q_R*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la influencia de esta variable moderadora sobre el TE; *p*: Nivel de Probabilidad asociado con el estadístico *Q_R*; *R²_{aj}*: Índice R cuadrado ajustado, que representa la proporción de la varianza explicada por esta variable.

Tabla 38

Género de los participantes y medidas psicológicas institucionales.

Género	<i>k</i>	<i>d₊</i>	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>d_i</i>	<i>d_s</i>			
Femenino	3	1.050	0.250	1.850	2.855	2	.239
Masculino	11	.130	-0.134	.394	13.956	10	.175

$$Q_B(1) = 4.580, p = .032, \omega^2 = .222$$

Nota. *k*: número de estudios; *d₊*: tamaño del efecto medio; *d_i* y *d_s*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d₊* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 39

Tipo de participantes y medidas psicológicas institucionales.

Tipo de participantes	<i>K</i>	<i>d₊</i>	I. C. al 95%		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>d_i</i>	<i>d_s</i>			
Crónicos	5	-.113	-0.718	0.492	0.684	4	.953
Mixtos	3	-.066	-0.654	0.522	0.175	2	.916
Violentos	6	.624	0.164	1.084	8.805	5	.117

$$Q_B(2) = 5.035, p = .081, \omega^2 = .173$$

Nota. *k*: número de estudios; *d₊*: tamaño del efecto medio; *d_i* y *d_s*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d₊* para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 40

Tipo de diseño metodológico y medidas psicológicas institucionales.

Tipo de diseño	<i>K</i>	<i>d</i> ₊	<u>I. C. al 95%</u>		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Cuasi-experimentales	4	.564	0.031	1.098	5.041	3	.169
Experimentales	10	.071	-0.308	0.450	7.638	9	.571
$Q_B(2) = 2.188, p = .139, \omega^2 = .079$							

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

Tabla 41

Grupo control y medidas psicológicas institucionales.

Tipo grupo control	<i>K</i>	<i>d</i> ₊	<u>I. C. al 95%</u>		<i>Q</i>	<i>GL</i>	<i>p</i>
			<i>di</i>	<i>ds</i>			
Comunidad Terapéutica	4	-.086	-.5472	.3758	.231	3	.972
Sin información específica	8	.556	.1166	.9950	12.618	7	.082
$Q_B(1) = 3.896, p = .048, \omega^2 = .209$							

Nota. *k*: número de estudios; *d*₊: tamaño del efecto medio; *di* y *ds*: límites confidenciales inferior y superior en torno al tamaño del efecto medio; *Q*: prueba *Q* de heterogeneidad; *GL*: grados de libertad de la prueba *Q*; *p*: nivel de probabilidad para la prueba *Q*. *Q_B*: Estadístico Chi-cuadrado para probar la homogeneidad entre los promedios de *d*₊ para las dos categorías de esta variable moderadora; ω^2 : Índice Omega cuadrado de Hays, este índice representa la proporción de la varianza explicada por la variable moderadora en los TEs.

FIGURAS

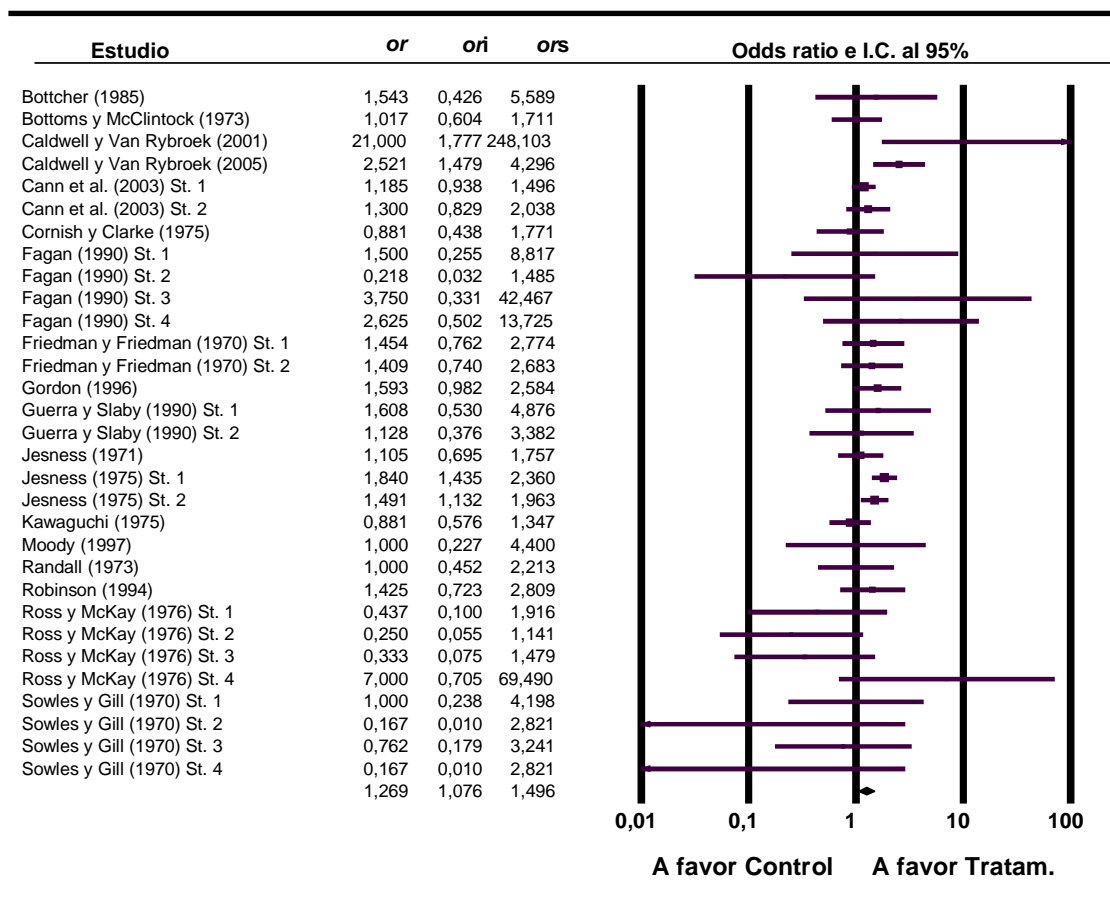


Figura 1. *Forest plot* de los *odds ratios* para los resultados de reincidencia general con los datos “*de quienes terminaron*” el programa. *or*: *odds ratio*. *ori* y *ors*: límites inferior y superior del intervalo de confianza para el *odds ratio* al 95%.

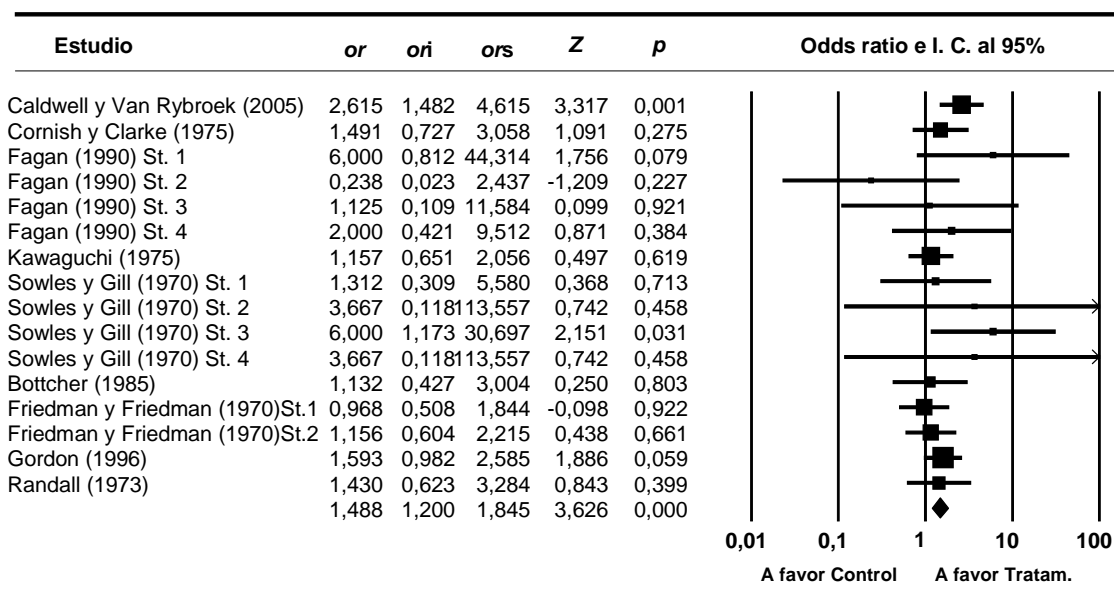


Figura 2. *Forest plot* de los *odds ratios* para los resultados de reincidencia seria con los datos “de quienes terminaron” el programa. *or*: odds ratio. *ori* y *ors*: límites inferior y superior del intervalo de confianza para el odds ratio al 95%. *Z*: prueba de significación estadística del odds ratio. *p*: nivel crítico de probabilidad asociado a la prueba *Z*.

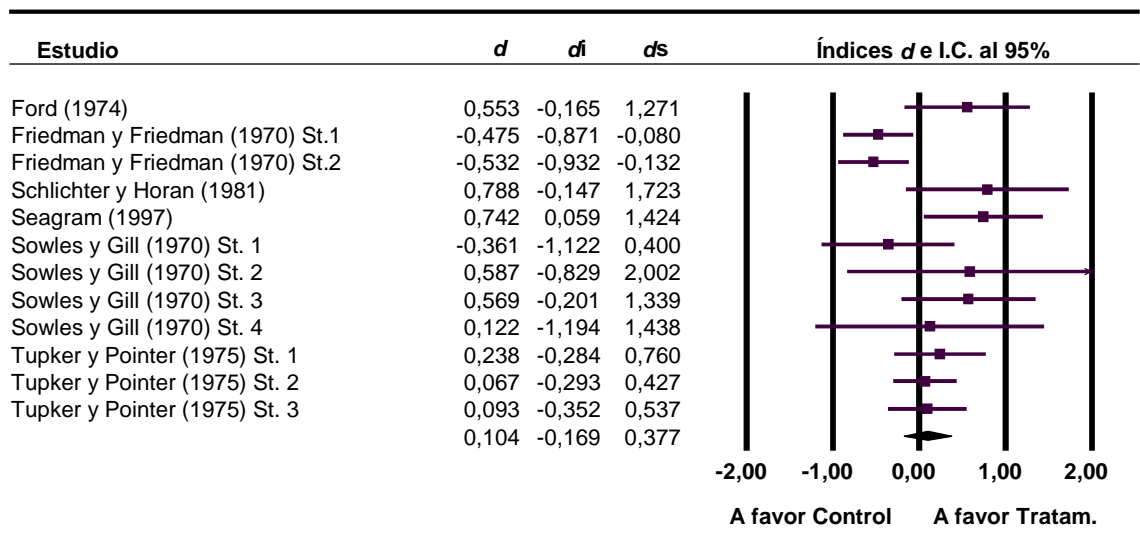


Figura 3. *Forest plot* de las diferencias medias tipificadas para la medidas psicológicas de ajuste emocional con los datos “*de quienes terminaron*” el programa. *d*: diferencia media tipificada. *di* y *ds*: límites inferior y superior del intervalo de confianza para la diferencia media tipificada al 95%.

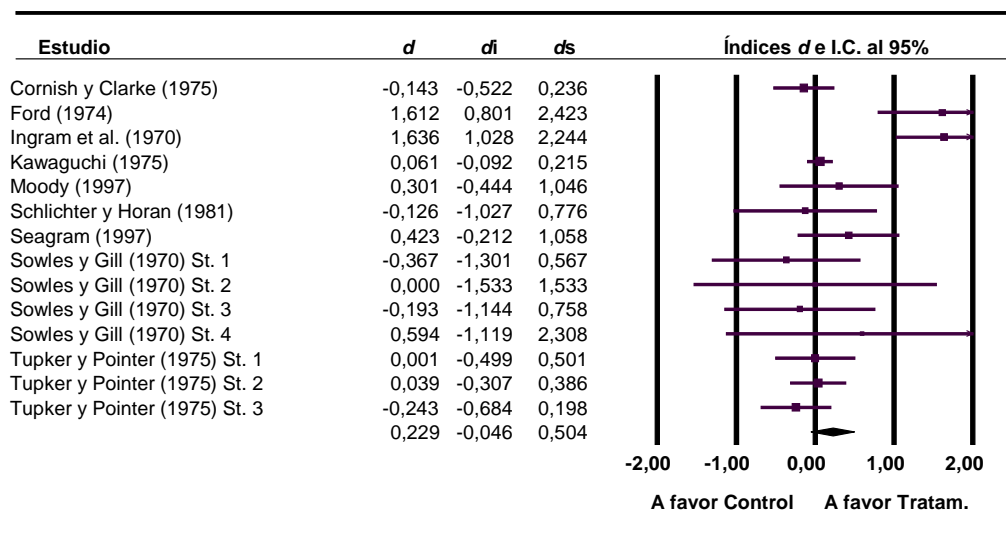


Figura 4. *Forest plot* de las diferencias medias tipificadas para la medidas psicológicas de ajuste institucional con los datos “de quienes terminaron” el programa. *d*: diferencia media tipificada. *di* y *ds*: límites inferior y superior del intervalo de confianza para la diferencia media tipificada al 95%.

APÉNDICES

Apéndice A. Carta de solicitud de información sobre investigaciones que pudieran ser incluidas en la revisión. Parte 1.

Request for supporting a Campbell's Crime and Justice Group Systematic Review Research

We are Vicente Garrido, an Associate Professor in Criminal Psychology and Correctional Education at Valencia University (Spain), and Luz Anyela Morales a Ph.D. student at the Madrid Autonomous University (Spain). We are working with the Campbell Crime and Justice Group, which is an international network of individuals from ten countries – chairing the committee D.P. Farrington- organised to prepare, update, and rapidly disseminate systematic reviews of high quality research, conducted world-wide on effective methods to reduce crime and delinquency and improve justice. We are proud to say that this is the greatest effort ever made for elaborating and spreading in all over the scientific and professional communities the results that, along the time, can be obtained about “what works” in criminal justice and corrections.

We are currently reviewing the topic: *Effects of Interventions for Incarcerated Serious Delinquents*. We would like to know about information in this topic through papers, articles and any published or unpublished investigations. This last source of information is very important, because many of the evaluations about treatment effectiveness are not published, and kept unknown in the institutions that asked for them. Information about institutions, data bases and other researchers are useful too. We are able to use them in any language.

If you have any information available, please indicate us what we have to do in order to obtain it or your information (name, e-mail or telephone number).

Finally, you can find more information about the Campbell Group in the following web page: www.aic.gov.au/cambellcj.

Thank you in advance for your co-operation.

Sincerely yours,

Vicente Garrido
Associate Professor
Universidad de Valencia (Spain)
Faculty of Philosophy and Education,
Avda. Blasco Ibañez 30,
46010 Valencia
E-mail: vicente.garrido@uv.es
Telephone: 963864736

Luz Anyela Morales
Ph. D Student
Universidad Autónoma de Madrid (Spain)
E-mail: Luz_anyelam@hotmail.com

Apéndice A. Carta de solicitud de información sobre investigaciones que pudieran ser incluidas en la revisión. Parte 2.

Esta carta fue entregada a los participantes del Congreso de la Sociedad Americana de Criminología del año 2002, realizado en Chicago, Estados Unidos. Además, la carta fue enviada por correo postal y electrónico a investigadores e instituciones que podrían tener información sobre el tema. En el siguiente cuadro se resumen algunas instituciones europeas a las que se hizo llegar la solicitud de información:

Institución	País
Ministry of Interior	Vienna, Austria
Ministry of Justice	Hämeenlinna, Finland
Office of the Prosecutor- General	Bonn, Germany
Ministry of Justice	Reykjavík, Iceland
Scottish Criminal Record Office – Police Headquarters	Glasgow, Scotland
Information Technology Centre (criminal topics)	Dublin, Ireland
Head Electronic Data Processing Department -Israel Police Headquarters	Jerusalem, Israel
National Swedish Police Board	Stockholm, Sweden
Canadian Police Information Centre	Ottawa, Ontario, Canada
Civil and Criminal Records Office	Lisboa, Portugal
Ali Sicil ve Istatistik Genel Müdürlüğü	Ankara, Turkey

Apéndice B. Lista de registro y verificación de criterios de elegibilidad. Parte 1.

I. Identificación del estudio

1. Código del estudio			
2. Autores:			
3. Año de publicación o redacción del informe:			
4. Título:			
5. Nombre del codificador:			
6. Fecha de la determinación de elegibilidad:			
7. Estatus del documento:			
	1. Elegible O	2.Revisión relevante O	3. No elegible O

II. Criterios de elegibilidad

Participantes

8. Delincuencia Juvenil: El estudio debe cumplir estos dos criterios para considerar que corresponde a un estudio sobre delincuencia juvenil. Si solo cumple uno de los dos, el estudio no está dentro del estatus de elegibilidad.

Criterios de Inclusión	SI	NO	NI
8.1. El estudio informa que durante la aplicación del programa de intervención los jóvenes de su muestra estaban bajo la supervisión de un sistema de justicia juvenil o adulto por la comisión de un delito.			
8.2. Los participantes en el estudio tienen entre 12 y 21 años de edad.			

Observaciones:

9. Delincuencia seria: El estudio debe cumplir uno de los siguientes tres criterios de inclusión y los dos criterios de exclusión.

Criterios de Inclusión	SI	NO	NI
9.1. Más del 50% de los participantes en el estudio han cometido alguna vez o tienen historia de delitos violentos como los siguientes: asesinato (incluye intento), homicidio (incluye intento), secuestro, asalto (incluye los agravados), robo armado, robo de coches, lesiones, amenazas o incendio de viviendas ocupadas. Y otros delitos que atenten contra la vida o la integridad de otras personas que impliquen daños graves causados por el uso de la fuerza física o de las armas (de fuego, corto punzantes, etc.).			
9.2. Más del 50% de los participantes en el estudio son jóvenes con tres o más antecedentes legales previos por cualquier tipo de delitos excepto los violentos.			
9.3. El total de jóvenes que participan en el estudio que han cometido delitos violentos es menor al 50% de la muestra, pero la sumatoria de individuos crónicos y violentos es igual o superior al 50% del total de la población que participó en el estudio.			
Criterios de Exclusión	SI	NO	NI
9.4. Más del 50% de la muestra está adjudicada legalmente por delitos sexuales.			
9.5. Más del 50% de la muestra ha cometido delitos menores y ha sido vinculado por primera vez al sistema legal.			

Observaciones:

Apéndice B. Lista de registro y verificación de criterios de elegibilidad. Parte 2.

Contexto

10. Institucionalización: el estudio debe cumplir los siguientes dos criterios de inclusión y exclusión para ser elegibles.			
Criterios de Inclusión	SI	NO	NI
10.1. Más del 50% de la duración del programa de intervención evaluado tuvo lugar en una institución cerrada (correcional, prisión, colegio de instrucción especial, campos y ranchos para jóvenes, hospitales o cualquier otra institución con ambiente de tratamiento estructurado para jóvenes que han cometido delitos).			
Criterio de exclusión	SI	NO	NI
10.2. Más del 50% de la duración del programa de intervención evaluado tuvo lugar en regímenes abiertos o semi – abiertos, basados en comunidad (achievement place, foster home, foster care, group home, detención periódica, etc.).			
Observaciones:			

Programas

11. Programas: el estudio debe cumplir los siguientes dos criterios de inclusión y exclusión para ser elegibles			
Criterios de Inclusión	SI	NO	NI
11.1. El estudio informa de la aplicación de uno o más programas dirigidos a reducir la reincidencia delictiva de los jóvenes, posterior a su salida en libertad.			
Criterio de exclusión	SI	NO	NI
11.2. El programa aplicado corresponde con <i>Boots Camps</i> o con <i>Scared Straigh</i> .			
Observaciones:			

Medidas de resultados

12. Medidas de resultados: para ser elegible el estudio debe informar sobre alguna medida de resultado en términos de reincidencia delictiva, variables psicológicas ó institucionales que permitan evaluar el efecto de la aplicación del programa sobre el comportamiento delictivo de los participantes. El estudio debe informar de por lo menos una de las siguientes medidas:			
Criterios de Inclusión	SI	NO	NI
12.1. Reincidencia general			
12.2. Reincidencia auto-informada			
12.3. Reincidencia grave			
12.4. Medidas psicológicas asociadas con conducta delictiva.			
12.5. Medidas institucionales			
12.6. Medidas de logro conductual (conseguir un empleo, terminar un grado académico, etc.).			
Observaciones:			

Apéndice B. Lista de registro y verificación de criterios de elegibilidad. Parte 3.

Publicación

13. Características de la publicación			
Criterios de Inclusión		SI	NO
13.1. El estudio fue publicado o realizado entre 1970 y 2008			
13.2. El estudio está escrito en alguno de los siguientes idiomas (encerrar con un círculo el idioma que corresponda):			
Alemán	Español	Francés	
Inglés	Italiano	Portugués	

Utilidad del estudio

14. Características del tipo de estudio			
Criterios de Inclusión		SI	NO
14.1. El estudio no cumple con los criterios de elegibilidad del apartado II pero su contenido y/o listado de referencias es relevante para esta investigación.			
Observaciones:			

III. Evaluación de rigor metodológico

15. A continuación se describen las características de diferentes tipos de diseños metodológicos, de acuerdo con la escala de Maryland (Sherman *et al.*, 1997), con base en las condiciones del estudio evaluado se debe señalar el diseño que mejor se ajuste.

Rigor	Criterios
0	El estudio no cumple con las características de rigor metodológico contempladas en la escala.
1	Investigaciones que aportan evidencia correlacional (baja) entre el programa y la conducta delictiva (o sus factores de riesgo) en un momento dado en el tiempo. No existe forma de contrastar la experiencia de un grupo que recibe algún tipo de intervención (no se hace comparación pre-post ni se utiliza un grupo de comparación).
2	El estudio no hace referencia al control estadístico de los sesgos de selección pero existe algún tipo de comparación con un grupo no equivalente. Por ejemplo, existe un grupo control no equivalente cuyos resultados se comparan con un grupo que ha recibido el tratamiento, o el diseño del estudio consiste en un solo grupo pero con medidas pre y post, que facilitan la comparación.
3	Se informa de control estadístico moderado, caracterizado por la presencia de un grupo control comparable con el que recibe tratamiento, incluyendo un cotejo de medidas pre y post en los dos grupos.
4	El estudio tiene en cuenta el control de variables extrañas, el grupo que recibe el programa se compara con grupo control, teniendo en cuenta y controlando posibles influencias extrañas sobre los resultados (por ejemplo, por igualación, medidas de predicción o controles estadísticos).
5	El estudio corresponde con un experimento aleatorizado, en el que los participantes son seleccionados al azar para ser parte de un grupo control y de un grupo tratamiento. A su vez estos grupos son equivalentes y se comparan entre sí antes y después de la intervención.
Observaciones:	

NOTA: por grupo control se entiende un grupo de comparación que puede consistir en jóvenes que deciden no participar en el programa ó que son seleccionados para no participar en él, chicos que no participan debido al espacio limitado en el programa evaluado, que son trasladados o que se encuentran en otra institución donde no se aplica la intervención, etc.

Apéndice B. Lista de registro y verificación de criterios de elegibilidad. Parte 4.
Guía para cumplimentarla.

I. Identificación del estudio

El ítem 7 sólo se registra después de diligenciar todo el instrumento y se tienen en cuenta los siguientes criterios:

1	Elegible:	Si el estudio cumple todos los criterios de inclusión en las seis categorías de elegibilidad descritas en la segunda parte (II) de este instrumento. Y cuando el estudio sea calificado con 3 o más puntos en la escala de Sherman et al. (1997).
2	Revisión relevante:	Esta calificación se usa en dos situaciones: (A) Cuando el estudio evaluado únicamente cumple con el criterio del ítem 14. (B) Cuando no hay información suficiente para tomar la decisión de excluir o incluir el estudio, pero por el contenido del artículo se requiere su revisión exhaustiva o solicitar información adicional a los autores. .
3	No elegible:	Si el estudio no cumple con los criterios del apartado II.

II. Criterios de elegibilidad

En frente de cada uno de los criterios se han dispuesto tres columnas que contienen un espacio para registrar las características del estudio respecto a éstos. Se coloca una “X” en la casilla correspondiente teniendo en cuenta que se refieren a:

SI	Cuando el estudio cumple con el criterio anunciado.
NO	Cuando el estudio no cumple con el criterio enunciado
NI	Cuando el estudio no contiene información que permita saber si el estudio cumple o no con el criterio.

Para que el estudio sea elegido deben registrarse mínimo los siguientes criterios:

Categoría delincuentes juveniles:	Registrar SI en los dos criterios de inclusión.
Categoría delincuentes serios (crónicos y violentos):	Registrar SI por lo menos en uno de los 3 criterios de inclusión y NO en los dos criterios de exclusión.
Categoría institucionalización:	Registrar SI en el criterio de inclusión y No en el criterio de exclusión.
Categoría de programas:	Registrar SI en el criterio de inclusión y No en el criterio de exclusión.
Categoría medida de resultados:	Registrar SI por lo menos en uno de los seis criterios de inclusión.
Categoría de características de la publicación:	Registrar SI en los dos criterios de inclusión.

III. Evaluación de rigor metodológico

Escala de clasificación de métodos científicos de Sherman et al. (1997).

Para que un estudio se considere elegible debe cumplir con las características de las calificaciones contenidas en esta escala. De acuerdo con las condiciones del diseño de cada estudio se marca con una “X” sobre el número de 0 a 5 que corresponda.

Se ha adicionado un ítem a la escala original, en el que se contempla la posibilidad de que el estudio no cumpla con las características de rigor metodológico contempladas en la escala, que se ha codificado con 0.

Aunque se tendrán en cuenta los estudios que se califiquen en cualquier punto de (1 a 5) de la escala, se dará prioridad a aquellos que puntúen entre 3 y 5.

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 1.

[Los nombres abreviados de las variables están entre los corchetes en cada ítem]

VARIABLES EXTRÍNECAS

I. Identificación del estudio

1. Código del estudio [SC].

2. Nombre del codificador [CN]

3. Fecha de codificación[DED]

4. Fecha de publicación [PY]

5. Título [TTI]

6. Autores [Ath]

7. Número de autores [NATH]

8. Profesión de los autores [PfAth]

1. Psicología	
2. Educación	
3. Psiquiatría	
4. Trabajo social	
5. Criminología y áreas relacionadas	
6. Doctorado sin información del área disciplinar específica.	
7. Otro. ¿Cuál?	

9. Observaciones:

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 2.

10. Tipo de institución o instituciones que financian el estudio [PTyIns]

1. Institución gubernamental vinculada a temas de crimen y justicia.	
2. Institución gubernamental vinculada a temas de salud	
3. Institución educativa	
4. Múltiples instituciones vinculadas con los temas de crimen y justicia, educación, etc.	

11. Tipo de documento [PubTy]

1. Artículo de revista	
2. Capítulo de libro	
3. Reporte oficial	
4. No publicado (reporte técnico, presentación en un evento académico – convención, congreso-, tesis doctoral)	
5. Otra (especificar)	

12. Ubicación geográfica del estudio (país) [Locat]

1. Estados Unidos	
2. Inglaterra	
3. Canadá	
4. Otro. ¿Cuál?	

VARIABLES SUSTANTIVAS

II. Descripción de los participantes

13. Descripción del género de la muestra [Sex]

1. Todos son hombres (más del 90% de la muestra)	
2. Más hombres que mujeres (60% a 90% hombres)	
3. Mitad hombres y mitad mujeres	
4. Más mujeres que hombres (60% al 90% mujeres)	
5. Todas son mujeres (más del 90%)	
6. No hay información respecto al género de la muestra en el estudio.	

14. Edad media de la muestra (en años) [SMA]

15. Edad media del grupo tratado (en años) [TG]

16. Edad media del grupo control o comparación (en años) [CG]

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 3.

17. Rango de edad de los participantes [RgE]

Edad del menor de los participantes:

Edad del mayor de los participantes:

18. Tipo de participantes [SuTyp]

1. Violentos. Más del 50% de los participantes en el estudio han cometido alguno de los siguientes delitos: homicidio (incluyendo intento), lesiones, secuestro, asalto (incluyendo los agravados), robo armado, robo de carros, amenazas o incendio de viviendas ocupadas; y en general delitos que impliquen amenaza o daño serio a la vida o integridad de otras personas causados por el uso de la fuerza física o de armas (de fuego, corto punzantes, etc.).	
2. Crónicos. Más del 50% de los participantes en el estudio son jóvenes con carreras criminales persistentes (con tres o más acusaciones legales previas por cualquier delito excepto los de tipo violento).	
3. Mixtos. Menos del 50% o ninguno de los jóvenes en la muestra cumple los criterios de “violentos”, pero la suma de los jóvenes que cumplen los criterios para la categoría de violentos y la de crónicos es superior al 50% de la población que participa en el estudio.	

19. Observaciones acerca de las características de los participantes.

--

20. Alteración psicológica ¿Más del 50% de la muestra presenta alguna alteración psicológica?
[Alt]

1. Si. Más del 50% de los jóvenes que participan en el estudio presentan alguna alteración de tipo psicológico o psiquiátrico.	
2. No. Menos del 50% o ninguno de los jóvenes en la muestra presentan alguna alteración de tipo psicológico o psiquiátrico.	

21. Si la respuesta al anterior ítem es positiva, describa el tipo de alteración [AltTyp]

--

22. Número total de participantes en el estudio [TGN]

--

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 4.

23. Número de jóvenes en el grupo tratado [TrGN]

--

24. Número de jóvenes en el grupo de comparación [CGN]

--

25. Observaciones:

--

III. Descripción del tratamiento

26. Modelo de intervención del grupo tratado [IntTypTG].

1. No conductual	
2. Educativo	
3. Conductual	
4. Cognitivo-conductual	
5. Cognitivo	
6. Encarcelamiento/endurecimiento del régimen, de la disciplina y de las sanciones.	
7. Ambientes institucionales saludables y comunidad terapéutica	
8. Otros. ¿Especificar?	

27. Descripción del programa de intervención [ProgTG]

--

28. Enfoque de la intervención en el grupo tratado [IntTypTG].

1. Individual	
2. Grupal	
3. Pares	
4. Familiar	
5. Multienfocado	

29. Modelo de intervención que recibe el grupo control o de comparación[IntTypCG]

1. No conductual	
2. Rutina institucional	
3. Educativo	
4. Cognitivo-conductual	
5. Cognitivo	
6. Endurecimiento del régimen (aumento de disciplina y sanciones)	
7. Ambientes institucionales saludables y comunidad terapéutica.	
8. No hay información sobre el tipo de intervención recibida por los jóvenes en el grupo control pero parece que el programa no estuvo estructurado formalmente.	
9. Endurecimiento del régimen con entrenamiento vocacional y laboral.	

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 5.

30. Descripción del modelo de intervención del programa recibido por el grupo control [ProgCG]

--

31. Duración del programa de intervención del grupo tratado (en meses) [LI]

1. Mínima	
2. Máxima	
3. Media	
4. Fija	

1. Se refiere a si hay un criterio explícito de tiempo mínimo de estancia o asistencia al programa para considerar que un sujeto es parte del grupo tratado.
2. Se refiere a si hay un criterio explícito de tiempo máximo de estancia o asistencia al programa.
3. Promedio de la duración del programa para todos los sujetos que participan en él.
4. Si la duración del programa es la misma para todos los participantes.

32. Intensidad de la intervención (Número de horas semanales por participante) [Intens]

--

33. Magnitud (intensidad total) de la intervención (No. Total de horas por participante) [Magnit]

--

34. ¿Hubo atención posterior a la salida en libertad de los chicos que participaron en el programa? [AtePosTto]

1. Si	
2. No	
3. No hay información en el estudio a este respecto.	

35. ¿Hubo atención posterior a la salida en libertad de los chicos que participaron en el grupo control? [AtePosTto]

1. Si	
2. No	
3. No hay información en el estudio a este respecto.	

Características de las personas encargadas de la intervención.

36. Número de personas que aplican la intervención [NStaff]

--

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 6.

37. ¿Cuál es la profesión o formación de las personas que aplican la intervención? [TStaff]

1. Profesionales de la salud mental vinculados al sistema de justicia.	
2. Profesionales de la salud mental independientes del sistema de justicia.	
3. Profesionales de salud mental (sin información del sistema al que pertenecen)	
4. Profesionales de la educación o trabajadores sociales que pertenecen al sistema de justicia.	
5. Profesionales de la educación o trabajadores sociales independientes del sistema de justicia.	
6. Profesionales de la educación o trabajadores sociales (sin información del sistema al que pertenecen)	
7. Otros profesionales. ¿Cuáles?	
8. No profesionales	
9. El estudio no contiene información al respecto.	

IV. Descripción del contexto

38. Lugar donde se encontraban los jóvenes del grupo tratado durante el más del 50% de la aplicación de la intervención [PlaceTG]:

1. Centro de reforma juvenil	
2. Prisión juvenil (<21 años)	
3. Prisión para adultos	
4. Colegio especial de entrenamiento	
5. Campos	
6. Ranchos	
7. Hospital	
8. Otras instituciones cerradas	
¿Cuáles?	

39. Descripción de lugar en el que se realizó la mayor parte del tratamiento [DPlaceTTo]

--

40. Lugar donde se encontraban los jóvenes del grupo de comparación durante el estudio [PlaceCG]

1. Centro de reforma juvenil	
2. Prisión juvenil (<21 años)	
3. Prisión para adultos	
4. Colegio especial de entrenamiento	
5. Campos	
6. Ranchos	
7. Hospital	
8. Libertad condicional	
9. Sentencia de derivación (<i>diversion</i>)	
10. Instituciones residenciales	
11. Múltiples opciones de las anteriores	
12. Otro. ¿Cuál?	

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I-. Características de los estudios. Parte 7.

41. Descripción de lugar o ubicación de los participantes en el grupo de comparación [DPlaceCtrl]

--

V. Descripción del diseño de la investigación

42. Tipo de diseño metodológico [RgorSt].

1. Experimental	
2. Cuasi-experimental (dos grupos comparables)	
3. Cuasi-experimental (dos grupos no comparables)	
4. Cuasi-experimental (un grupo con medidas pre y post.	

43. Descripción del rigor metodológico [DRigor]

--

44. Tipo de selección y asignación de los jóvenes a los grupos tratados y de control [Assign]

1. Aleatoria, simple.	
2. Aleatoria con controles estadísticos posteriores (equivalencia de grupos post hoc, estratificación, etc.).	
3. No aleatoria, con equivalencia post hoc.	
4. No aleatoria de otro procedimiento.	
5. No aleatoria y sin otro procedimiento estadístico para controlar diferencias entre grupos.	

45. Descripción del tipo de selección y asignación [DAssign]

--

46. Medidas de antecedentes delictivos previos al programa evaluado [Precr]:

1. Si	
2. No	

47. ¿Se llevó a cabo proceso de equivalencia de los grupos? [Match]:

1. Si	
2. No	

Apéndice C. Formato de codificación – SECCIÓN I- Características de los estudios. Parte 8.

48. Descripción de las variables que se tuvieron en cuenta para comparar e igualar a los grupos [VbleCompMach]

--

49. Tipo de participación [TyPar]:

1. Voluntaria	
2. Obligatoria	

50. Descripción de las medidas de resultados informadas en el estudio [DpMedRdos]

1. Reincidencia General.	
2. Reincidencia general y seria.	
3. Reincidencia general y seria, y medidas institucionales.	
4. Reincidencia general y seria, y medidas psicológicas emocionales e interpersonales.	
5. Reincidencia general y seria, medidas psicológicas emocionales e interpersonales, y medidas institucionales.	
6. Medidas psicológicas emocionales, interpersonales y cognoscitivas, y medidas institucionales.	
7. Medidas psicológicas emocionales, cognoscitivas y educativas, y medidas institucionales.	
8. Medidas psicológicas emocionales, interpersonales y educativas, y medidas institucionales.	
9. Medidas institucionales.	

<i>Observaciones:</i>

Apéndice C. Formato de codificación – Sección II-. Medidas de resultados. Parte 9.

FORMATO DE CODIFICACIÓN –Sección II-

Formato de codificación de datos para calcular el tamaño del efecto

Se codifica cada una de las medidas de resultado para cada uno de los contrastes entre grupo tratado y grupo de comparación o control. Por ejemplo, si un estudio presenta medidas de resultados de seis variables dependientes y contrasta esta información mediante comparaciones pre – post y grupo tratado vs. Grupo control, se usarán por lo menos seis formatos de codificación (parte II) para registrar los datos correspondientes –un formato para cada contraste-.

I. Identificación del estudio

51. Código del estudio [SC]

52. Código de la variable de resultado que se registra [VbleRdoC]

II. Descripción de medidas de resultados

53. Variable de la cual se informa medida de resultado, como efecto de la aplicación de la intervención [CatVbl]

1. Reincidencia General	
2. Reincidencia Seria	
3. Reincidencia auto-informada	
4. Tiempo mínimo entre salida en libertad y la reincidencia delictiva	
5. Medida psicológica	
6. Medida institucional	
7. Medida conductual (logros conductuales)	

54. Descripción de la medida de resultado [DpCatVbl]

55. En caso de que se registre una medida de resultado psicológica especificar el tipo de ajuste evaluado [TypAjt]

1. Interpersonal	
2. Emocional	
3. Educativo (intelectual, académico o vocacional)	
4. Cognoscitivo: creencias	

56. Tipo de datos informados [ESTypB]

1. Frecuencias o proporciones, dicotómicas (Éxitos y Fracazos)	
2. Medias y desviaciones	
3. F, p	
4. t, p	

Apéndice C. Formato de codificación – Sección II-. Medidas de resultados. Parte 10.

57. Tamaño de la muestra [SamES]

1. Número total de participantes en el estudio	
2. Número de jóvenes en el grupo tratado, para esta medida de resultado.	
3. Número de jóvenes en el grupo control, para esta medida de resultado.	

58. Medias y desviaciones estándar [MSDES]

1. Media del grupo tratado	
2. Media del grupo control	
3. Desviación estándar del grupo tratado	
4. Desviación estándar del grupo control	

59. Proporciones o frecuencias [PFES]

1. n del grupo tratamiento con resultados exitosos	
2. n del grupo control con resultados exitosos	
3. Proporción del grupo tratamiento con resultados exitosos.	
4. Proporción del grupo control con resultados exitosos	

60. Otros datos (OthD)

1. F	
2. p de F	
3. t	
4. p de t	

61. Periodo de seguimiento -tiempo entre la terminación del programa y la evaluación de esta medida de resultado- (en meses). [FollowP]

--

62. Número de participantes en el grupo tratado antes de recibir el programa [nTto]

--

63. Número de participantes en el grupo tratado de quienes se obtuvo esta medida de resultado [nTtoFy]

--

64. Mortalidad experimental del grupo tratado (porcentaje de jóvenes que iniciaron el programa, pero de quienes no se obtuvo esta medida de resultado) [MtExTto]

--

65. Número de participantes en el grupo control antes de que se aplique el programa [nCto]

--

Apéndice C. Formato de codificación – Sección II-. Medidas de resultados. Parte 11.

66. Número de participantes en el grupo control de quienes se obtuvo esta medida de resultado [nCtoFy]

--

67. Mortalidad experimental del grupo control (porcentaje de jóvenes que iniciaron en el grupo control, pero de quienes no se obtuvo esta medida de resultado)) [MtECto]

--

68. ¿Cuál de los grupos presenta un efecto positivo a su favor (con significancia estadística)? [GFSgEst]

0. Ninguno	
1. Grupo Tratado	
2. Grupo control o de comparación	
3. No se informa	

69. ¿Cuál de los grupos presenta un efecto a su favor (ignorando la significancia estadística)? [GFSS]

0. Ninguno	
1. Grupo Tratado	
2. Grupo control o de comparación	
3. No se reporta	

70. Descripción del significado de los datos de la medida de resultado registrada (por ejemplo si a mayor puntaje resultado positivo a favor del tratamiento o viceversa [DpFST])

--

Apéndice D. Resumen de las características categóricas de las investigaciones incluidas en la revisión. Parte 1.

Estudio	Tipo de documento	Descripción Documento	Profesión autores	Institución(es) que Financiaron el estudio
Bottcher (1985)	No publicado	Informe gubernamental	Criminólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Bottoms y McClintock (1973)	Publicado	Libro	Criminólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Cadwell y Van Rybroek (2005)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Caldwell y Van Rybroek (2001)	Publicado	Artículo	Psicólogo	
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003)	Publicado	Artículo	Criminólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Cornish y Clarke (1975)	Publicado	Libro		Múltiples instituciones que incluyen Organizaciones gubernamentales relacionadas con el crimen y la justicia e instituciones de salud.
Fagan (1990)	Publicado	Artículo	Ingeniero Industrial	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Ford (1974)	No publicado	Tesis doctoral	Psicólogo	
Friedman y Friedman (1970)	No publicado	Informe gubernamental	Doctores, sin información de profesión específica.	Organización gubernamental en temas de salud.
Gordon (1996)	No publicado	Tesis doctoral	Criminólogo	
Guerra y Slaby (1990)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.

Apéndice D. Resumen de las características categóricas de las investigaciones incluidas en la revisión. Parte 2.

Estudio	Tipo de documento	Descripción Documento	Profesión autores	Institución(es) que Financiaron el estudio
Jesness (1971)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Múltiples instituciones que incluyen Organizaciones gubernamentales relacionadas con el crimen y la justicia e instituciones de salud.
Jesness (1975)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Organización gubernamental en temas de salud.
Kawaguchi (1975)	No publicado	Informe gubernamental	Analista de investigación	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Moody (1997)	Publicado	Artículo	Psicólogo	
Randall (1973)	No publicado	Informe gubernamental	Educador	Institución Gubernamental dedicada a la Educación
Robinson (1994)	No publicado	Tesis doctoral	Educador	
Ross y McKay (1976)	Publicado	Artículo	Psicólogo	Múltiples instituciones que incluyen Organizaciones gubernamentales relacionadas con el crimen y la justicia e instituciones de salud.
Schlichter y Horan (1981)	Publicado	Artículo	Psicólogo	
Seagram (1997)	No publicado	Tesis doctoral	Psicólogo	
Sowles y Gill (1970)	Publicado	Artículo		Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.
Tupker y Pointer (1975)	No publicado	Informe gubernamental	Psicólogo	Institución gubernamental que trabaja en temas de crimen y justicia.

Apéndice D. Resumen de las características categóricas de las investigaciones incluidas en la revisión. Parte 3.

Estudio	Ubicación	Género	Tipo de participantes	Presentan Alteración	Descripción Alteración	Tipo de Participación
Bottcher (1985)	Estados Unidos	Femenino	Crónicos y violentos	No		
Bottoms y McClintock (1973)	Inglaterra	Masculino	Crónicos y violentos	No		
Cadwell y Van Rybroek (2005)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Caldwell y Van Rybroek (2001)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003)	Inglaterra	Masculino	Crónicos y violentos	No		
Cornish y Clarke (1975)	Inglaterra	Masculino	Crónicos	No		Voluntaria
Fagan (1990)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Ford (1974)	Estados Unidos	Femenino	Violentos	Si	Episodios explosiones conducta agresiva	de Voluntaria de
Friedman y Friedman (1970)	Estados Unidos	Masculino	Crónicos y violentos	No		
Gordon (1996)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Guerra y Slaby (1990)	Estados Unidos	Mixto	Violentos	No		Voluntaria
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		

Apéndice D. Resumen de las características categóricas de las investigaciones incluidas en la revisión. Parte 4.

Estudio	Ubicación	Género	Tipo de participantes	Presentan Alteración	Descripción Alteración	Tipo de Participación
Jesness (1971)	Estados Unidos	Masculino	Crónicos y violentos	No		
Jesness (1975)	Estados Unidos	Masculino	Crónicos y violentos	No		
Kawaguchi (1975)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Moody (1997)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	Si	Los jóvenes presentaron problemas emocionales con antecedentes de hospitalización psiquiátrica.	Voluntaria
Randall (1973)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Robinson (1994)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		
Ross y McKay (1976)	Canadá	Femenino	Violentos	Si	Inmanejabilidad con problemas crónicos y severos de conducta.	
Schlichter y Horan (1981)	Estados Unidos	Masculino	Violentos	No		Voluntaria
Seagram (1997)	Canadá	Masculino	Violentos	No		Voluntaria
Sowles y Gill (1970)	Estados Unidos	Masculino	Crónicos	No		
Tupker y Pointer (1975)	Estados Unidos	Masculino	Crónicos y violentos	No		

Apéndice E. Variables categóricas por estudio. Parte 1.

Estudio	Modelo Intervención Grupo Tratado	Enfoque de la intervención tratado	Tipo de intervención Grupo Control	Rigor metodológico
Bottcher (1985)	Cognitivo	Multi-enfocado	No información específica	Cuasiexperimental
Bottoms y McClintock (1973)	No conductual	Individual	Ardua disciplina	Cuasiexperimental
Cadwell skeem, Salekin y Van Rybroek (2005)	Cognitivo Conductual	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Caldwell y Van Rybroek (2001)	Cognitivo Conductual	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.1	Cognitivo	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.2	Cognitivo	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Cornish y Clarke (1975)	No conductual	Grupal	Comunidad terapéutica	Experimental
Fagan (1990) St.1	Cognitivo Conductual	Individual	Ardua disciplina	Experimental
Fagan (1990) St.2	Cognitivo Conductual	Individual	Ardua disciplina	Experimental
Fagan (1990) St.3	Cognitivo Conductual	Individual	Ardua disciplina	Experimental
Fagan (1990) St.4	Cognitivo Conductual	Individual	Ardua disciplina	Experimental
Ford (1974)	Medicamento	Individual	No información específica	Experimental
Friedman y Friedman (1970) St.1	No conductual	Familia	Educativo	Cuasiexperimental
Friedman y Friedman (1970) St.2	Cognitivo	Pares	Educativo	Experimental
Gordon (1996)	Cognitivo Conductual	Pares	Educativo	Cuasiexperimental
Guerra and Slaby (1990) St.1	Cognitivo	Individual	No información específica	Experimental
Guerra and Slaby (1990) St.2	Educativa	Individual	No información específica	Experimental
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	Conductual	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Jesness (1971)	No conductual	Individual	No información específica	Experimental
Jesness (1975)St.1	No conductual	Multi-enfocado	No información específica	Cuasiexperimental
Jesness (1975) St. 2	Conductual	Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Kawaguchi (1975)	Educativa	Individual	Educativo	Cuasiexperimental
Moody (1997)	Cognitivo Conductual	Pares	Conductual	Cuasiexperimental
Randall (1973)	Educativa	Individual	Educativo	Cuasiexperimental

Apéndice E. Variables categóricas por estudio. Parte 2.

Estudio	Modelo Grupo Tratado	Intervención	Enfoque de la intervención tratado	Tipo de intervención Grupo Control	Rigor metodológico
Robinson (1994)	Cognitivo		Individual	Ardua disciplina	Cuasiexperimental
Ross and McKay (1976) St. 1	Conductual		Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Ross and McKay (1976) St. 2	Conductual		Individual	No información específica	Cuasiexperimental
Ross and McKay (1976) St. 3	Conductual		Pares	No información específica	Cuasiexperimental
Ross and McKay (1976) St. 4	Cognitivo		Pares	No información	Cuasiexperimental
Schlichter y Horan (1981)	Cognitivo		Individual	No información	Experimental
Seagram (1997)	Cognitivo Conductual		Individual	No información	Cuasiexperimental
Sowles y Gill (1970) St.1	No conductual		Individual	No información	Experimental
Sowles y Gill (1970) St.2	No conductual		Individual	No información	Experimental
Sowles y Gill (1970) St.3	No conductual		Grupal	No información	Experimental
Sowles y Gill (1970) St.4	No conductual		Grupal	No información	Experimental
Tupker y Pointer (1975) St.1	No conductual		Individual	Comunidad terapéutica	Experimental
Tupker y Pointer (1975) St.2	Conductual		Multi-enfocado	Comunidad terapéutica	Experimental
Tupker y Pointer (1975) St.3	No conductual		Multi-enfocado	Comunidad terapéutica	Experimental

Apéndice E. Variables categóricas por estudio. Parte 3.

Estudio	Ubicación del grupo tratado	Ubicación del grupo control
Botthcher (1985)	Centro de Reforma Juvenil	Mezcla de ubicaciones.
Bottoms y McClintock (1973)	Prisión Juvenil	Prisión Juvenil
Cadwell skeem, Salekin y Van Rybroek (2005)	Centro de Reforma Juvenil	Prisión Juvenil
Caldwell y Van Rybroek (2001)	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.1ETS	Prisión juvenil	Prisión juvenil
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.2 R&R	Prisión juvenil	Prisión Juvenil
Cornish y Clarke (1975)	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Fagan (1990) St.1	Centro de Reforma Juvenil	Colegio Especial de Entrenamiento
Fagan (1990) St.2	Centro de Reforma Juvenil	Colegio Especial de Entrenamiento
Fagan (1990) St.3	Centro de Reforma Juvenil	Colegio Especial de Entrenamiento
Fagan (1990) St.4	Centro de Reforma Juvenil	Colegio Especial de Entrenamiento
Ford (1974)	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Friedman y Friedman (1970) St.1	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Friedman y Friedman (1970) St.2	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Gordon (1996)	Centro de Reforma Juvenil	Colegio Especial de Entrenamiento
Guerra and Slaby (1990) St.1	Prisión Juvenil	Prisión Juvenil
Guerra and Slaby (1990) St.2	Prisión Juvenil	Prisión Juvenil
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Jesness (1971)	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Jesness (1975)St.1	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Jesness (1975) St. 2	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Kawaguchi (1975)	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Moody (1997)	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Randall (1973)	Prisión Juvenil	Prisión Juvenil
Robinson (1994)	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil

Apéndice E. Variables categóricas por estudio. Parte 4.

Estudio	Ubicación del grupo tratado	Ubicación del grupo control
Ross and McKay (1976) St. 1	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Ross and McKay (1976) St. 2	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Ross and McKay (1976) St. 3	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Ross and McKay (1976) St. 4	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Schlichter y Horan (1981)	Institución correccional sin descripción específica.	Institución correccional sin descripción específica.
Seagram (1997)	Centro de Reforma Juvenil	Centro de Reforma Juvenil
Sowles y Gill (1970) St.1	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Sowles y Gill (1970) St.2	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Sowles y Gill (1970) St.3	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Sowles y Gill (1970) St.4	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Tupker y Pointer (1975) St.1	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Tupker y Pointer (1975) St.2	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento
Tupker y Pointer (1975) St.3	Colegio Especial de Entrenamiento	Colegio Especial de Entrenamiento

Apéndice F. Resumen de variables numéricas de características de los programas aplicados en los estudios incluidos en la revisión. Parte 1

Estudio	Duración intervención (meses)	Intensidad (horas semanales)	Magnitud (horas en total)	N Personal
Bottcher (1985)	3.5	12	144	10
Bottoms y McClintock (1973)	10			120
Cadwell y Van Rybroek (2005)				
Caldwell y Van Rybroek (2001)	6.6			
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.1			44	
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.2			76	
Cornish y Clarke (1975)	13.6			6
Fagan (1990) St.1	10.75			
Fagan (1990) St.2	13.38			
Fagan (1990) St.3	6.71			
Fagan (1990) St.4	7.98			
Ford (1974)	8			10
Friedman y Friedman (1970) St.1	6	1.5	48	12
Friedman y Friedman (1970) St.2	6	1.5	48	12
Gordon (1996)	14.63			38
Guerra y Slaby (1990) St. 1	3	1	12	2
Guerra y Slaby (1990) St.2	3	1	12	2
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	6			4
Jesness (1971)	8.24			
Jesness (1975) St. 1	7.5			84
Jesness (1975) St. 2	8.75			84
Kawaguchi (1975)				
Moody (1997)	2.5	2	20	1
Randall (1973)	4	15		

Apéndice F. Resumen de variables numéricas de características de los programas aplicados en los estudios incluidos en la revisión. Parte 2

Estudio	Duración intervención (meses)	Intensidad (horas semanales)	Magnitud (horas en total)	N Personal
Robinson (1994)	9.7	3	24	2
Ross y McKay (1976) St.1				
Ross y McKay (1976) St.2				
Ross y McKay (1976) St.3				
Ross y McKay (1976) St.4				
Schlichter y Horan (1981)	1.2	10		3
Seagram (1997)	2.5	1	10	
Sowles y Gill (1970) St.3	5	2	40	4
Sowles y Gill (1970) St.4	5	2	40	4
Sowles y Gill (1970) St.1	5	2	40	4
Sowles y Gill (1970) St.2	5	2	40	4
Tupker y Pointer (1975) St.1	4.8			
Tupker y Pointer (1975) St.2	4.8			
Tupker y Pointer (1975) St.3	4.8			
Número de estudios con datos en cada variable	30	14	14	19

Nota: los espacios en blanco indican que el estudio no contenía información sobre esa variable.

Apéndice G.Tipo de medidas de resultado por estudio. Parte 1.

Estudio	Reincidencia		Medidas Psicológicas					Institucionales
	General	Seria	General	Emocionales	Interpersonales	Cognoscitivas	Educativas	
Bottcher (1985)	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Bottoms y McClintock (1973)	Si	No	No	No	No	No	No	No
Cadwell skeem, Salekin y Van Rybroek (2005)	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Caldwell y Van Rybroek (2001)	Si	No	No	No	No	No	No	No
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.1ETS	Si	No	No	No	No	No	No	No
Cann, Falshaw, Nugent y Friendship (2003) St.2 R&R	Si	No	No	No	No	No	No	No
Cornish y Clarke (1975)	Si	Si	No	No	No	No	No	Si
Fagan (1990) St.1	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Fagan (1990) St.2	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Fagan (1990) St.3	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Fagan (1990) St.4	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Ford (1974)	No	No	Si	Si	Si	Si	No	Si
Friedman y Friedman (1970) St.1	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	No
Friedman y Friedman (1970) St.2	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	No
Gordon (1996)	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Guerra and Slaby (1990) St.1	Si	No	No	No	No	No	No	No
Guerra and Slaby (1990) St.2	Si	No	No	No	No	No	No	No
Ingram, Gerard, Quay y Levinson (1970)	No	No	No	No	No	No	No	Si
Jesness (1971)	Si	No	No	No	No	No	No	No
Jesness (1975)St.1	Si	No	No	No	No	No	No	No
Jesness (1975) St. 2	Si	No	No	No	No	No	No	No
Kawaguchi (1975)	Si	Si	No	No	No	No	No	Si
Moody (1997)	Si	No	No	No	No	No	No	Si

Apéndice G.Tipo de medidas de resultado por estudio. Parte 2.

Estudio	Reincidencia		Medidas Psicológicas					Institucionales
	General	Seria	General	Emocionales	Interpersonales	Cognoscitivas	Educativas	
Randall (1973)	Si	Si	No	No	No	No	No	No
Robinson (1994)	Si	No	No	No	No	No	No	No
Ross and McKay (1976) St. 1	Si	No	No	No	No	No	No	No
Ross and McKay (1976) St. 2	Si	No	No	No	No	No	No	No
Ross and McKay (1976) St. 3	Si	No	No	No	No	No	No	No
Ross and McKay (1976) St. 4	Si	No	No	No	No	No	No	No
Schlichter y Horan (1981)	No	No	Si	Si	Si	Si	No	Si
Seagram (1997)	No	No	Si	Si	No	Si	Si	Si
Sowles y Gill (1970) St.1	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	Si
Sowles y Gill (1970) St.2	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	Si
Sowles y Gill (1970) St.3	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	Si
Sowles y Gill (1970) St.4	Si	Si	Si	Si	Si	No	No	Si
Tupker y Pointer (1975) St.1	No	No	Si	Si	Si	No	Si	Si
Tupker y Pointer (1975) St.2	No	No	Si	Si	Si	No	Si	Si
Tupker y Pointer (1975) St.3	No	No	Si	Si	Si	No	Si	Si
Total estudios	31	16	12	12	11	3	4	14

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 1.

Estudios	Publicación Observación 1	Publicación Observación 2	Género Observación 1	Género Observación 2	Tipo participantes Observación 1	Tipo participantes Observación 2	Modelo intervención Observación 1	Modelo intervención Observación 2
Bottcher (1985)	2	2	1	1	3	3	1	1
Boottoms and McClintock (1973)	1	1	2	2	3	3	1	1
Caldwell/ Rybroek (2001)	1	1	2	2	1	1	1	1
Cann et al. St.1 (2003)	1	1	2	2	3	3	1	1
Cann et al. St.2 (2003)	1	1	2	2	3	3	1	1
Cornish/Clarke (1975)	1	1	2	2	2	2	1	1
Fagan St.1 (1990)	1	1	2	2	1	1	1	1
Fagan St.2 (1990)	1	1	2	2	1	1	1	1
Fagan St.3 (1990)	1	1	2	2	1	1	2	2
Fagan St.4 (1990)	1	1	2	2	1	1	2	2
Friedman/Friedman (1970) St.1	2	2	2	2	3	3	2	2
Friedman/Friedman (1970) St.2	2	2	2	2	3	3	2	2
Gordon (1996)	2	2	2	2	1	1	2	2
Guerra and Slaby (1990) St.1	1	1	3	3	1	1	3	3
Guerra and Slaby (1990) St.2	1	1	3	3	1	1	3	3
Jesness (1971)	1	1	2	2	3	3	4	2
Jesness (1975) St.1	1	1	2	2	3	2	4	4
Jesness (1975) St.2	1	1	2	2	3	2	4	4
Kawaguchi (1975)	2	1	2	2	1	1	4	4
Moody (1997)	1	1	2	2	1	1	4	4
Randall (1973)	2	2	2	2	1	1	4	4

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 2.

Estudios	Publicación Observación 1	Publicación Observación 2	Género Observación 1	Género Observación 2	Tipo participantes Observación 1	Tipo participantes Observación 2	Modelo intervención Observación 1	Modelo intervención Observación 2
Robinson (1994)	2	2	2	2	1	3	4	4
Ross and McKay (1976)St.1	1	1	1	1	1	1	4	4
Ross and McKay (1976)St.2	1	1	1	1	1	1	4	4
Ross and McKay (1976)St.3	1	1	1	1	1	1	4	3
Ross and McKay (1976) St.4	1	1	1	1	1	1	4	2
Sowles and Gill (1970) St.1	1	1	2	2	2	2	5	5
Sowles and Gill (1970) St.2	1	1	1	1	2	2	5	5
Sowles and Gill (1970) St.3	1	1	2	2	2	2	5	5
Sowles and Gill (1970) St.4	1	1	1	1	2	2	5	1

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 3.

Estudios	Tipo de asignación observación 1	Tipo de asignación observación 2	Enfoque intervención Observación 1	Enfoque intervención Observación 2	Profesión autor Observación 1	Profesión autor Observación 2	Instituciones financian Observación 1	que financian Observación 2	Instituciones financian Observación 1	que financian Observación 2
Bottcher (1985)	1	1	5	1	5	5	1		0	
Bootoms and McClintock (1973)	1	1	1	1	5	5	1		1	
Caldwell/ Rybroek (2001)	1	1	1	3	1	1	1		1	
Cann et al. St.1 (2003)	1	1	1	1	5	5	1		1	
Cann et al. St.2 (2003)	1	1	1	1	5	5	1		1	
Cornish/Clarke (1975)	2	2	3	3	0	0	1		4	
Fagan St.1 (1990)	2	2	1	1	7	7	1		1	
Fagan St.2 (1990)	2	2	1	1	7	7	1		1	
Fagan St.3 (1990)	2	2	1	1	7	7	1		1	
Fagan St.4 (1990)	2	2	1	1	7	7	1		1	
Friedman/Friedman (1970) St.1	1	1	2	2	6	0	2		2	
Friedman/Friedman (1970) St.2	2	2	4	4	6	0	2		2	
Gordon (1996)	1	1	4	5	5	5	0		0	
Guerra and Slaby (1990) St.1	2	2	1	1	1	1	1		1	
Guerra and Slaby (1990) St.2	2	2	1	1	1	1	1		1	
Jesness (1971)	2	2	1	1	1	1	4		4	
Jesness (1975) St.1	1	1	5	5	1	1	2		2	
Jesness (1975) St.2	1	1	1	1	1	1	2		2	
Kawaguchi (1975)	1	1	1	1	7	0	1		1	
Moody (1997)	1	1	4	4	1	1	0		0	
Randall (1973)	1	1	1	1	2	2	3		3	

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 4.

Estudios	Tipo de asignación observación 1	Tipo de asignación observación 2	Enfoque intervención Observación 1	Enfoque intervención Observación 2	Profesión autor Observación 1	Profesión autor Observación 2	Instituciones financian Observación 1	Instituciones financian Observación 2	que Observación 1	que Observación 2
Robinson (1994)	1	1	1	1	2	2	0	0		
Ross and McKay (1976)St.1	1	1	1	1	1	1	4	4		
Ross and McKay (1976)St.2	1	1	1	1	1	1	4	4		
Ross and McKay (1976)St.3	1	1	4	4	1	1	4	4		
Ross and McKay (1976) St.4	1	1	4	4	1	1	4	4		
Sowles and Gill (1970) St.1	2	2	1	1	0	0	1	1		
Sowles and Gill (1970) St.2	2	2	1	1	0	0	1	1		
Sowles and Gill (1970) St.3	2	2	3	3	0	0	1	1		
Sowles and Gill (1970) St.4	2	2	3	3	0	0	1	1		

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 5.

Estudios	Lugar del estudio Observación 1	Lugar del estudio Observación 2	Alteración Observación 1	Alteración Observación 2	Tipo de participación Observación 1	Tipo de participación Observación 2	de Ubicación grupo tratado Observación 1	Ubicación grupo tratado Observación 2
Bottcher (1985)	1	1	2	2	2	2	1	1
Bootoms and McClintock (1973)	2	2	2	2	2	2	2	2
Caldwell/ Rybroek (2001)	1	1	2	2	0	0	1	1
Cann et al. St.1 (2003)	2	2	2	2	0	0	2	2
Cann et al. St.2 (2003)	2	2	2	2	0	0	2	2
Cornish/Clarke (1975)	2	2	2	2	1	0	4	4
Fagan St.1 (1990)	1	1	2	2	2	2	1	1
Fagan St.2 (1990)	1	1	2	2	2	2	1	1
Fagan St.3 (1990)	1	1	2	2	2	2	1	1
Fagan St.4 (1990)	1	1	2	2	2	2	1	1
Friedman/Friedman (1970) St.1	1	1	2	2	2	2	1	1
Friedman/Friedman (1970) St.2	1	1	2	2	2	2	1	1
Gordon (1996)	1	1	2	2	2	2	1	1
Guerra and Slaby (1990) St.1	1	1	2	2	1	1	2	2
Guerra and Slaby (1990) St.2	1	1	2	2	1	1	2	2
Jesness (1971)	1	1	2	2	2	2	4	4
Jesness (1975) St.1	1	1	2	2	2	2	4	4
Jesness (1975) St.2	1	1	2	2	2	2	4	4
Kawaguchi (1975)	1	1	2	2	2	2	1	1
Moody (1997)	1	1	2	2	1	1	4	4
Randall (1973)	1	1	2	2	0	0	2	2

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 6.

Estudios	Lugar estudio Observación 1	del Lugar estudio Observación 2	Alteración Observación 1	Alteración Observación 2	Tipo participación Observación 1	de Tipo participación Observación 2	de Ubicación grupo tratado Observación 1	Ubicación grupo tratado Observación 2
Robinson (1994)	1	1	2	2	2	2	1	1
Ross and McKay (1976)St.1	3	3	1	1	2	2	4	4
Ross and McKay (1976)St.2	3	3	1	1	2	2	4	4
Ross and McKay (1976)St.3	3	3	1	1	2	2	4	4
Ross and McKay (1976) St.4	3	3	1	1	2	2	4	4
Sowles and Gill (1970) St.1	1	1	2	2	2	2	4	4
Sowles and Gill (1970) St.2	1	1	2	2	2	2	4	4
Sowles and Gill (1970) St.3	1	1	2	2	2	2	4	4
Sowles and Gill (1970) St.4	1	1	2	2	2	2	4	4

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 7.

Estudios	Ubicación grupo control Observación 1	Ubicación grupo control Observación 2	Tipo medidas resultado Observación 1	Tipo medidas resultado Observación 2
Bottcher (1985)	11	0	2	3
Bootoms and McClintock (1973)	2	2	1	1
Caldwell/ Rybroek (2001)	1	1	2	2
Cann et al. St.1 (2003)	2	2	1	1
Cann et al. St.2 (2003)	2	2	1	1
Cornish/Clarke (1975)	4	4	3	3
Fagan St.1 (1990)	1	1	2	2
Fagan St.2 (1990)	1	1	2	2
Fagan St.3 (1990)	1	1	2	2
Fagan St.4 (1990)	1	1	2	2
Friedman/Friedman (1970) St.1	1	1	4	2
Friedman/Friedman (1970) St.2	1	1	4	2
Gordon (1996)	1	1	2	2
Guerra and Slaby (1990) St.1	2	2	1	1
Guerra and Slaby (1990) St.2	2	2	1	1
Jesness (1971)	4	4	1	1
Jesness (1975) St.1	4	4	1	1
Jesness (1975) St.2	4	4	1	1
Kawaguchi (1975)	1	1	3	2
Moody (1997)	4	4	1	1
Randall (1973)	2	2	2	2

Apéndice H. Base de datos para el análisis de fiabilidad de la codificación. Parte 8.

Estudios	Ubicación grupo control Observación 1	Ubicación grupo control Observación 2	Tipo medidas resultado Observación 1	Tipo medidas resultado Observación 2
Robinson (1994)	1	1	1	1
Ross and McKay (1976)St.1	4	4	1	1
Ross and McKay (1976)St.2	4	4	1	1
Ross and McKay (1976)St.3	4	4	1	1
Ross and McKay (1976) St.4	4	4	1	1
Sowles and Gill (1970) St.1	4	4	5	5
Sowles and Gill (1970) St.2	4	4	5	5
Sowles and Gill (1970) St.3	4	4	5	5
Sowles and Gill (1970) St.4	4	4	5	5